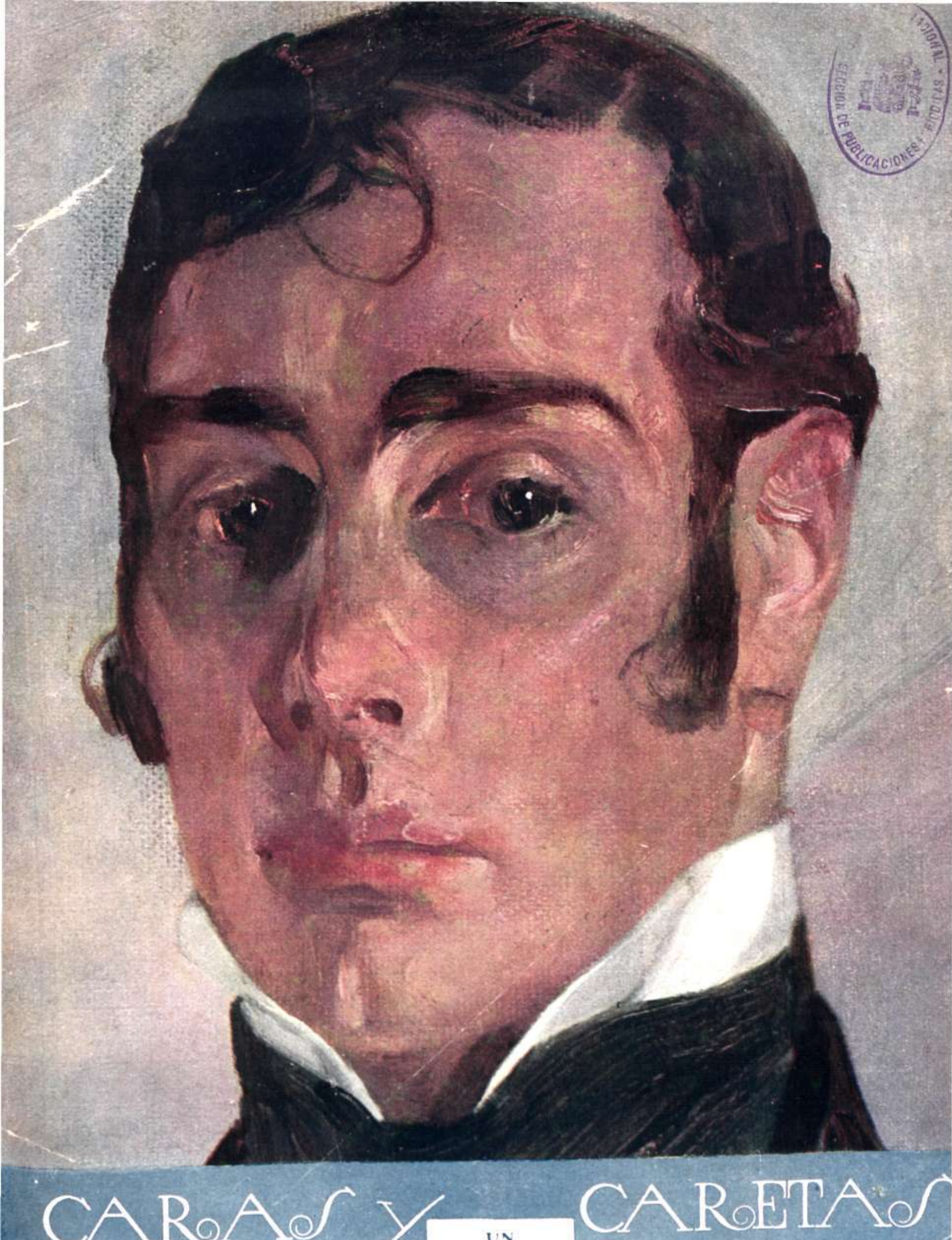


CARAS Y CARETAS

UN PATRIOTA

Oleo de ALONSO

1810 1925







Que no hay en el mundo entero sino una "CAFIASPIRINA" y que ella es el mejor remedio para los dolores, lo mismo que para las consecuencias de las trasnochadas, los abusos alcohólicos y el excesivo trabajo mental, porque alivia rápidamente, levanta las fuerzas y



NO AFECTA EL CORAZON





Que la cajita en que va el tubo está protegida por **la Estampilla Oficial de color anaranjado, con la** CRUZ BAYER, que es también, por su firmeza y respetabilidad, **única en el mundo, y**





Que para proteger contra equivocaciones, deterioro y desaseo a quienes sólo quieran comprar una dosis, las tabletas de **CAFIASPIRINA jamás se venden sueltas,** sino en el cómodo, seguro e higiénico SOBRE ROJO BAYER.





Si le ofrecen una mezcla cualquiera de cafeína, o si quieren venderle tabletas sueltas diciéndole que son genuinas, proteste con todas sus fuerzas y exija la **CAFIASPIRINA** original y legítima, que es la única digna de confianza.



LA PALMERA

UNO de mis sueños de chico fué llegar a ver un día la avenida de las palmeras, en Río de Janeiro. Cuando pude realizarlo, vinieron a mi memoria las palabras con que un viejo señor observó una espléndida foto de dicha avenida, que yo en aquel momento contemplaba.

— Esto no da impresión de lo que es — dijo —. Es preciso verla.

Tenía razón el sujeto. Los testigos de comparación, humanos casi siempre, que se estilan al pie de los grandes monumentos, no logran nunca exaltar la grandeza de aquéllos. En las fotografías de la avenida en cuestión, se percibe claramente, por la pequeñez del hombre al pie de las palmeras, que éstas deben ser veinte o treinta veces más altas. Esta deducción se verifica ante una minúscula cartulina 9/12, bellísima de colores.

En realidad, las palmeras tienen 40 metros. Pero es preciso ver lo que es una columna viva de esta altura, en cuya sola cúspide, surgiendo como por fantasía, puede decirse que está la planta.

Nada en el suelo se advierte de apariencia vegetal. Ni un tono verde, ni una gota de rocío. A lo largo de la vista, sólo una doble y estrecha fila de columnas grises, casi blancas, perfectamente inmóviles e iguales. La vista se alza, y nada se percibe tampoco más arriba que tenga aspecto vegetal. Pudieran ser columnas de artificio, de algún orden arquitectónico pacientemente calculadas y construídas con dolor, piedra sobre piedra, en una demora sin fin. Sería esto, en verdad, un triste, frío y estéril remedo.

Pero cada columna de esas está viva. La inunda, desde el pie a arriba, una ardiente vida que la ha hecho surgir naturalmente de la tierra con sus solas fuerzas, y que la alza, la alza

cada vez más, no para recrear nuestra vista remedando una columna sino para dar apoyo a sus inmensas hojas, que esplenden, por fin, hacia todas las rosas del cuadrante, a 40 metros de la tierra madre.

Los jardines suspendidos de Babilonia no debieron ser otra cosa. Sobre las columnas, lisas y como estucadas, que se afilan y acercan allá arriba, se extiende aquella selva de verde profundo, sin una liana de transición que la una a tierra, perfectamente sola bajo el cielo desierto.

Sus grandes hojas de seis metros, que la brisa balancea apenas en grandes arcos, caen a veces a través de la atmósfera cálida, como grandes pájaros dormidos.

÷ ÷

Un par de enamorados, dos jóvenes rubios de raza nórdica, desembarcan en Río, en viaje de novios.

No hay dicha comparable a la suya. Ella, por haber realizado su sueño de trópico, y sentirse bien amada. El, por saberla feliz y adorarla.

Desde que la joven noruega ha abierto los ojos al sentimiento, el paisaje tropical ha constituído el imán de su vida. No ha sentido nunca la belleza de su clima natal, de sus abetos encapuchados de hielo. Su joven existencia se ha deslizado en un escalofrío glacial durante el día, y en un cálido ensueño, durante la noche, de islas ultraoceánicas, contorneadas de palmeras más negras, bajo la noche ecuatorial, que los rincones de cielo percibidos entre las estrellas.

La poesía y la salud, el amor y el encanto de dejarse vivir, lo ha aprendido, desde que abrió los ojos, en el paisaje tropical. Ha contemplado en sus carteles de escuela, en una perspectiva de aeroplano, las islas polinésicas dormidas en un lago que rodea un gran círculo de corales, y contra los que el mar rompe. El primer árbol que ha aprendido a dibujar con sus dedos infantiles, es la palmera. El ave ideal, es la de paraíso.

Daría ella la vida por una sola noche en los trópicos, arrullada por el mar, las palmeras y la voz de un bien amado.

Y helos aquí: el mar, las palmeras y su amor. Ha ofrecido su vida por ellos, y vive. Oye por fin la voz de su amado, y no ha muerto. Reclinada en el hombro de él:

—¡Oh, mi bien amado! — murmura — ¡Siento que nunca, nunca podremos despertar de esta felicidad!...

El ambiente, de suprema dulzura, se ajusta, grado por grado, al ensueño de la joven noruega. Pasa sobre el rostro como una lenta caricia de aire. Allá arriba, altísimas, las palmeras recortan sobre el esplendor de la luna sus inmensas hojas. Los ojos de la joven se alzan al cielo nocturno.

—¡Mira, Olaf! — murmura todavía — ¿Crees que el Señor puede haber otorgado sus mercedes a otros climas? ¡Oh, mis palmeras! ¡Mis divinas noches tropicales!

Es el trópico, en efecto, dulce y sedante. Allá arriba, dulcemente, una gran hoja de seis metros acaba de desprenderse, y cae. Cae a través de la dulcísima atmósfera, planeando sin acierto ni medida, suspensa a veces en el aire, precipitándose otras como un cometa, con su gran cola a la rastra.

Esa caída desde 40 metros es demasiado grave para que la frente de una joven noruega pueda resistirla. Desde su primera infancia, ella ofreció su vida y su mismo corazón, si un día latía, por la dulzura sin límites de un paisaje tropical.

El país tropical le ha cogido la palabra.

H. Q.



El joven doctor Frutos, graduado en filosofía y letras de la Universidad de Buenos Aires, se dispuso a afeitarse.

— ¡Negro feo! — exclamó al verse en el espejo.

Pues Frutos era un moreno tendinoso, de quien se había dicho que era hijo de un paraguas viejo:

Cuando concluyó de afeitarse, se vistió y salió a la calle. Tampoco era muy elegante en el vestir, en parte por falta de fondos, en parte por deficiencia de la percha. Antes de echarse a andar, se palpó los bolsillos.

— ¿Qué diablos me falta? — se preguntó.

Pero sus siete moneditas de diez centavos estaban en el bolsillo del chaleco, y en el bolsillo del pantalón estaba su billetera con el grueso del ejército: ¡siete pesos! Tampoco le faltaban los cigarrillos ni los fósforos, ni el bastón. Y el sombrero lo llevaba en la cabeza.

— Me parecía que me faltaba algo, pero estoy completo — murmuró. Y echó a andar

Pero, aunque por lo visto no le faltaba nada, se sentía como más liviano que de costumbre.

Frutos vivía en una pensión barata de la calle Maipú. Desembocó por Florida, y a los pocos pasos se detuvo ante la vidriera de una librería. Estaba llena de ejemplares de un nuevo libro. La obra se titulaba: *Historia del teatro nacional, desde sus orígenes hasta nuestros días*. Autor: ¡el propio Frutos!

Este libro, se había dicho Frutos al ponerse a escribirlo, no se venderá nada, ni falta que le hace a la república de las letras. Pero es un libro estratégico, y su autor es Napoleón Bonaparte. Meterá ruido en la crónica bibliográfica, y sacará un premio nacional y otro municipal, lo cual hará cinco o diez mil pesos. Además, me valdrá alguna otra cátedra.

Pues Frutos tenía una cátedra de literatura en el Colegio Nacional, y por cierto que a ella se reducían todas sus propiedades y títulos de renta.

Frutos había salido expresamente a ver qué efecto producía su libro en las vidrieras. Era un pintor contemplando su propia tela. Le halagó mucho una cosa en el trayecto: muchos transeuntes le miraban sonriendo al cruzarse con él. Claro que esto tendría que ver con el libro... y con cierto retrato suyo que se ostentaba en otra vidriera, más adelante:

— Sería curioso que este libro me hiciese popular — pensó.

Pasó un muchacho voceando un diario que acababa de salir. Le compró un ejemplar al vuelo, y, parándose en el cordón de la vereda, lo desplegó: ¡Traía media columna sobre la *Historia del teatro nacional, desde sus orígenes hasta nuestros días!* Frutos conocía al autor de aquel artículo: era un excelente muchacho, literato de café. Sonrió, y siguió andando por Florida.

Volvió a notar que muchos de los que se cruzaban con él le miraban y sonreían. ¡Y figuraban en la cuenta algunas muchachas bonitas! Se dirigió a la vidriera donde debía estar el secreto de aquel éxito: el retrato. Pero aun no lo habían colocado. ¿Cómo era, pues, que la gente le reconocía? Entró en la librería. Venía el librero con el retrato; ahora iba a colocarlo. El librero se detuvo al verlo:

— ¿Qué es esto? — exclamó — ¿Se ha venido usted sin corbata?

— ¿Sin qué?

Frutos se echó la mano al cuello. ¡He ahí lo que le parecía a él que le faltaba! Con razón la gente le miraba y sonreía. Un negro de bastón... ¡y sin corbata! Le pidió al chico de la librería que le fuese a comprar una corbata.

— ¿Y qué tal? — le preguntó Frutos al librero — ¿cree usted que se venda el libro?

— Ya se venderá, ya se venderá — respondió el librero.

— Tengo una idea: recortemos este artículo, y pegámoslo en la vidriera — dijo Frutos, mostrándole el diario.

Así lo hicieron. Vino el muchacho con la corbata, una linda corbata. Se la puso y se despidió. Se estacionó allí cerca, a observar si alguien se detenía ante su retrato. Todos pasaban de largo.

Frutos reanudó su camino. Ahora nadie le miraba sonriendo. Y las muchachas bonitas, menos. Pasaba completamente desapercibido, como decimos los que no queremos decir inadvertido. Tenía un libro y un retrato en las vidrieras, y el diario hablaba de él media columna, pero nadie se daba por notificado. Ni siquiera se fijaban en su linda y flamante corbata.

Por la noche, Frutos refería el episodio en el café.

— ¿Y cuánto te costó la corbata?

— Cinco pesos.

— ¡Ja, ja, ja!

— Pero los doy por bien empleados, ché — dijo Frutos. — Y si alguno de ustedes quiere conocer el sabor de la celebridad, salga a la calle sin corbata.

DIBUJO DE REQUENA ESCALADA





La Moda

Sencillo traje de sarga bordada. El otro modelo es de gasa bordada, adornado con dos moños, de gasa plateada y dorada.

Traje de gasa floreada, con cuello y puños de "loutre", y traje de "crépe marrocain" bordado, y adornado con piel de leopardo.



Las VOLTEADAS

Laureano Ramírez recibió la orden de presentarse a don Juan Manuel de Rozas.

Era la época en que los prestigios del caudillo habíanse mezclado a los temores infundidos por el dictador. Su espíritu de orden, de severidad, de disciplina, plateaba en las campañas.

Las tiranías, en verdad, pesan tan sólo sobre las clases cultas, aquellas que reclaman derechos, los cuales *no sienten* nunca menoscabados las otras, por cuanto los consideran como deberes que *gravitan sobre ellas* y se imponen obrando a manera de esclavitud.

Los gauchos vagabundos y sobrios no tenían sino un temor: ser arreados para las filas del ejército, ora para ser conducidos a los fortines, en defensa de las fronteras contra el salvaje, o bien a las filas de quienes resguardaban la situación política peleando con los batalladores unitarios, siempre dispuestos a producir un alzamiento donde quiera que una mala voluntad hacia el tirano acogiera sus empresas libertadoras.

Ramírez acudió sin demora al llamado de don Juan Manuel, su padrino de óleos, y éste le dió orden de ponerse al frente de la estancia Chacabuco, poblada sobre la margen Sud del río Salado, el cual fué, durante largos años, el límite práctico de la provincia, como lo era el río Negro después de la afortunada campaña iniciada por Adolfo Alsina y terminada por el general Roca; campaña aconsejada en su forma de invasión a las tolderías con tropas ligeras y bien montadas, invasión de conquista, por el general Las Heras desde Chile, y para la cual indicaba al entonces coronel Bartolomé Mitre como el jefe destinado a llevarla a cabo con éxito.

Ramírez escuchó, sin replicar, la orden, ahogando las aprensiones inspiradas por los peligros y responsabilidades que "asumía".

Una tarde, al obscurecer, detuvo su tropilla liviana de resero en las proximidades de los ranchos que constituían las habitaciones de la estancia.

Multitud de caballos y redomones hallábanse sujetos a los palenques. Apeóse e hizo conocer a los capataces encargados hasta entonces de acaudillar aquella gente, enviada por el dictador con distintos motivos, el caracter en que llegaba.

Había allí adversarios de la Santa Federación mezclados con asesinos, gauchos malos, matreros, uniformados moralmente en la manera de conducirse, como sucede a la muchedumbre tiranizada.

La gallarda figura de don Laureano destacóse del grupo formado a su alrededor.

Era alto Ramírez, moreno, de ojos rasgados y obscuros, de firme mirada.

La gruesa cicatriz en forma de media luna que le cruzaba la frente, prestaba a su fisonomía toda entera un carácter de virilidad, sugerido más que grabado por los signos exteriores de peligros aceptados.

Escucháronlo los circunstantes en un silencio receloso, abriéndole paso cuando se dirigió a las habitaciones para tomar posesión de ellas, previo desalojo de quienes las ocupaban.

Una vez a solas con sus pensamientos, volviéronsele a presentar, reales y patentes, las resistencias que seguramente iban a oponerse a su dirección, y las dificultades que sugerirían para el dominio de aquellos individuos, siempre en plena insubordinación, entre los cuales debería levantar alarmas y resistencias su presencia.

No podía ceder a los obstáculos, que sólo los hombres le oponían, sin demostrar una cobardía inconfesable, y ocurríasele imposible comandarlos con autoridad completa sin otro auxilio que el de la propia energía.

Pero al amanecer teníase marcada su línea de conducta: ganaría con la dádiva a los que se dispusieran a acatarla, mientras, por otro lado, dominaría mediante el temor a quienes no se le sometieran.

Su programa, sin él sospecharlo, era idéntico al de todos los dominadores tiránicos pasados, presentes y futuros.

De acuerdo consigo mismo, sus primeros pasos dirigiéronse a los cepos acostados al aire libre, al pie de una fila de paraísos.

—Esos instrumentos de sujeción y de tortura fueron quemados recién el 81, por orden de don José de Causillas, encargado entonces del estable-

cimiento. Esa inspección minuciosa y visible, exponía, sin palabras, toda una forma de gobierno.

No dejó de entenderlo así la turba aquella, la cual inició en seguida, por grupos, las conspiraciones y la desobediencia.

Cautelosamente, y uno a uno, los cabecillas fueron estirados en las cuatro estacas o doblados en cepos de lazo, donde permanecían bajo los rayos quemantes del sol; sujetos otros por los pies o la cabeza en los cepos de madera, o sucumbiendo a causa de heridas y golpes, estableciéndose, por medios tales, la autoridad ilimitada de Ramírez.

De ciento treinta y seis leguas de superficie componíase el campo de la estancia Chacabuco, de las cuales una buena parte pertenecía al dictador, quien las donó a Laureano Ramírez.

El rodeo grande, el rodeo central de los ganados, hallábase en el mismo sitio ocupado hoy por la hermosa plaza de la pintoresca ciudad de Las Flores.

Junto con Cerrillos, al cual también bañaba el Salado, fué Chacabuco uno de los puntos de observación y vigilancia defensiva contra las tribus salvajes que a la voz de: "dando, hermano, dando", eran una eterna amenaza.

En aquellos parajes, el capital bovino y equino de los estancieros no crecía por simples y lentos aumentos vegetativos. Hacíalo por agregación. Para ello se usaban las "volteadas".

⧈

Las vacas y caballos que trajera Mendoza, poblaron tan extensas planicies, gracias a que los indios no se atrevieron, sino después de largos años, a domesticarlos y comer sus carnes. Pululaban especialmente en los campos solitarios, a donde llegaba el dominio de los osados ganaderos de aquellos tiempos, y en los que incursionaron los salvajes más tarde, cuando, caído Rozas, fueron estimulados directamente por los caudillos de los territorios limítrofes con la provincia, e indirectamente por el relativo abandono de las fronteras y la falta de temor que les infundían los gobiernos.

Rozas había hecho respetar su nombre con un solo precepto de táctica moral: cumplirles estrictamente las promesas y también las amenazas.

En cuanto Ramírez creyó asentada su autoridad lo bastante para ser obedecido militarmente, como lo exigía la operación, ordenó una volteada, la primera de la serie con que debía poblar aquellas tierras y darles valor.

Distribuyó la gente en la mañana del día en cuya noche deberían partir todos al rumbo para iniciar, con las primeras luces de la aurora, en los campos dormidos, el arreo apresurado de las vacas alzadas, encaminándolas hacia uno de los rodeos auxiliares, con el cual irían a mezclarse y comenzar su relativa domesticación.

Un grupo de hombres de los menos aptos para las violentas correrías, encargábase de conducir las caballadas de repuesto, a las que se había de mantener en parajes accesibles a los veloces jinetes, urgidos de mudar su cabalgadura para volver a ocupar su puesto en las filas del arreo, por cuanto no podían dejarse claros en ellas achacados a irremediables desbandes de la hacienda peligrosamente asustada.

Descubiertos los animales que debían cercarse, cuyo número crecía con los que se incorporaban durante la marcha, desplegábase la gente como en guerrillas y se adelgazaban los pelotones hasta formar "en fila india", la cual correría a la par del ganado, siguiéndole, al parecer, sin embargo, guiándola, en realidad, hacia el punto convenido y necesario.

La habilidad de la ejecución y su éxito consistían en conducir el mayor número posible de animales y entregarlos cansados al rodeo, donde se les mesturaba con los ya esclavizados, sometiéndolos a un vigilante pastoreo, rondándolos por las noches.

Una vez perdidos bríos y fuerzas, aplicábaseles la marca del establecimiento, bautismo de fuego con el cual quedaban incorporados a su capital bovino.

Durante el vertiginoso arreo, sembrábase de toros el trayecto. Este animal, en cuanto había alcanzado la plenitud de su desarrollo, no corría jamás huyendo. Traspasado un espacio, no muy largo, en el cual acompañaba, trotando, la marcha, "boleaba el anca", como decían los gauchos, y se negaba a proseguir corriendo, dispuesto a arremeter a todo aquel que se le acercara. Era forzoso dejarlo.

Así, en larga fuga, haciéndolos rumbear desde lejos, sin parecerlo, tal cual hacen los conductores de hombres con las multitudes, llevábanse las haciendas hasta el rodeo, donde se las aguardaba.

La operación había terminado en su fase violenta y arriesgada. Tenían entonces las órdenes indicando la forma y el sitio del pastoreo, en que se vigilaban noche y día los animales hasta habituarlos a la presencia y al contacto del hombre, y a que aprendieran a temerlo, ya que en la inspiración de ese sentimiento consiste su superioridad en la lucha con los otros seres animados.

Aquietados, relativamente, llegaba el momento de comenzar la yerra a campo, pues todo "lo alzado" era orejano, y, en seguida, sin más trámite, pasaban todos ellos al poder del dueño de la marca, quien se las clavaba en el anca para hacerla para siempre visible desde lejos y de a caballo.

Menos vigilante hacíase después de esto el pastoreo, extendiéndose poco a poco la superficie de los campos donde pastaban; luego se le substituía con recogidas frecuentes, en las cuales se "paraba rodeo", y se les mantenía en quietud hasta pasado mediodía, con el propósito de acostumbrarlos a la obediencia, que es, en el fondo, la pérdida de la propia voluntad en todas las criaturas y el apagamiento de todas las naturales rebeldías.

Los estancieros antiguos, aquellos que se atrevieron a poblar los campos salvajes, tuvieron la recompensa de encontrar haciendas alzadas, de manera que el capital vacuno lo llevaron en la marca; la fortuna, en su arrojo y en la resistencia irreductible a todas las intemperies, inclemencias y crueldades de la lucha en pleno desierto, en el más completo aislamiento, donde todo es ejercicio de aptitudes, de intrepidez y coraje para triunfar y bastarse a sí mismo.

Los tigres, los pumas y los perros cimarrones animaban y excitaban, con los temores que infundían, las veladas, nunca monótonas, de aquellos hombres, quienes no trabajaron para sí, y cuya obra va cubriendo y olvidando desdeñosamente el progreso, como si hubiera sido obra de atraso cuando era el esfuezo denodado de vanguardia, el cual no realiza victorias definitivas, pero las prepara a las reservas que se establecen, gloriosa y descansadamente, sobre el terreno adquirido a rigor de sacrificios.

JULIO LLANOS

DIBUJO DE USANDIVARAS





LA AJENA OPINION

El Sol. La calle, con su fiebre
de pasar pronto y andar más...
—¿Quién allá trota todavía,
si acaso es tiempo de trotar?

Pues es el carro de dos ruedas
con su infaltable matalón, —
pelo naranjo, pescuecero,
paso menudo, andar tristón;
la cabezada a las orejas
yendo y viniendo a todo envión...

Para él la carga se equilibra
tan sólo al ritmo del trotar;
en vilo le alza si da coces
pero echado le agobia más.

El canto ofende al casco inerme,
llágase el cuero so el arnés,
ya le ciegan, ya le castigan
las anteojeras en vaivén...

Y entre las varas prisionero,
no hace conato ni intención
de echar la ajena carga inútil
y de andar libre bajo el sol...

La calle invita, el tiempo apremia.
¡Malditos, carro y matalón!

PABLO DELLA COSTA (Hijo)

Dibujos de Requena Escalada



PERO YO ACABÉ DE ASUSTARME DEL TODO CUANDO VI...

A. Von Chamisso

Historia Maravillosa de Pedro Schlehmil

Tras una navegación feliz, aunque para mí muy fastidiosa, entramos por fin en el puerto. Tan pronto como llegué a tierra en el bote, cargué yo mismo con mi hatillo, y, abriéndome paso por entre el pululante gentío, entré en la casucha más cercana, ante la que vi colgada una muestra. Pedí un cuarto; el mozo me echó una ojeada y me condujo bajo el tejado. Hice que me diesen agua fresca y me indicasen con precisión dónde vivía el señor Tomás John: "Frente a la Puerta del Norte, la primera quinta a mano derecha; una casa grande, nueva, de mármol rojo y blanco, con muchas columnas." Bien. Como todavía era temprano, desaté en seguida mi lío, saqué mi flamante levita negra, me vestí pulcramente con mi mejor ropa, y, guardándome la carta de recomendación, me puse al momento en busca del hombre que, en mis modestas esperanzas, había de serme favorable.

Así que hube subido la larga calle del Norte y llegué a la Puerta, pronto vi las columnas que brillaban entre la fronda. "Aquí es", me dije. Sacudí el polvo de mis zapatos con el pañuelo, me arreglé la corbata y, encomendándome a Dios, tiré de la campanilla. La puerta se abrió. En el vestíbulo tuve que pasar por un interrogatorio; pero el portero hizo que me anunciasen y tuve el honor de ser llevado al parque, donde el señor John se paseaba en compañía de unas cuantas personas. Reconocí en seguida a mi hombre por su corpulencia y aire de propia satisfacción. Me recibió muy bien, con la condescendencia de un rico para con un pobre diablo; se adelantó y todo hacia mí (bien que sin apartarse de las personas restantes) y me tomó de la mano la carta que le presentaba.

—¡Hola! De mi hermano. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de él. ¿Conque está bien, eh?—Y dirigiéndose a sus acompañantes, sin esperar respuesta y señalando con la carta a un montecillo,

añadió: — Allí es donde voy a levantar el nuevo edificio.

Y rompió el sello; pero sin interrumpir la conversación, que versaba sobre la riqueza, prorrumpió:

— Quien no es dueño por lo menos de un millón es, perdóneseme la palabra, un pícaro.

— ¡Qué verdad es! — exclamé lleno de un sentimiento desbordante.

Esto hubo de gustarle, porque, sonriente, me dijo:

— Quedaos aquí, querido amigo. Más tarde quizá tenga tiempo de deciros lo que pienso de esto.

Y significando la carta, que se guardó al punto, volvióse hacia sus compañeros. Ofreció el brazo a una damisela; otros caballeros se pusieron al servicio de otras bellas, y, cada cual acomodado, se dirigieron todos al montecillo cubierto de rosales en flor.

Yo me escabullí tras ellos, procurando no importunar a nadie, ya que ni un alma se preocupaba lo más mínimo de mí. Como estaban de muy buen humor, se pusieron a retozar y bromear. Unas veces hablaban en serio de frivolidades; otras, las más, de cosas serias frívolamente, pero en especial ejercitaron a su sabor el ingenio sobre los amigos ausentes y sus relaciones. Yo era allí demasiado forastero para darme cuenta cabal de todo, y estaba harto preocupado conmigo mismo para poner atención a tales enigmas.

Así llegamos a la rosaleda. La bella Fanny, al parecer la reina de la fiesta, empeñándose en cortar por sí misma una rama florida, se pinchó con una espina, y un chorro de púrpura obscura, igual que la de las rosas, fluyó por su delicada mano. Este suceso puso en conmoción a todos los presentes. Se buscó tafetán inglés. Un hombre entrado en años, enjuto, larguirucho, reposado, silencioso, que iba junto a mí, y en el cual no me había fijado aún, metiendo inmediatamente la mano en el estrecho bolsillo pegado al faldón de su levita grisácea, a la antigua moda de Franconia, sacó una carterita y, abriéndola, se inclinó devotamente y alargó a la joven lo pedido. Ella lo tomó sin parar mientes en el dador ni darle las gracias. La herida fué curada y se prosiguió la ascensión del montecillo, en cuyo lomo querían disfrutar de la amplia perspectiva sobre el verde laberinto del parque, hasta el océano ilimitado.

La vista era realmente amplia y magnífica. En esto apareció en el horizonte un punto claro, entre el mar obscuro y el azul del cielo.

— ¡Venga un catalejo! — gritó John.

Y antes de que se pusiera en movimiento el tropel de criados que acudió a su llamada, ya el hombre gris, inclinándose ligeramente, había metido la mano en el bolsillo de la levita y extraído de él un hermoso Dollond, que entregó al señor John, el cual, llevándoselo sin dilación a un ojo, dijo a los circunstantes que se trataba de un barco que había salido la víspera y que el viento contrario mantenía a la vista del puerto. El catalejo pasó de mano en mano, pero no volvió a su propietario. En cuanto a mí, miraba estupefacto al hombre, sin comprender cómo había extraído una máquina tan grande de un bolsillo tan pequeño. Pero esto no parecía chocarle a nadie, y nadie se preocupaba ni del hombre gris ni de mí.

Sirvieron un refrigerio. Las frutas más raras de todas las zonas, en los recipientes más costosos. El señor John hizo los honores con soltura y distinción, y por segunda vez me dirigió entonces la palabra.

— Probad algo. Esto no lo habéis tenido a bordo.

Yo me incliné, pero él no lo vió. Hablaba ya con otra persona. ¡Qué gusto tenderse sobre el césped, en la pendiente del montecillo, frente al dilatado panaroma! Pero lo impedía la humedad del suelo.

— Sería divino — opinó uno de los reunidos — extender aquí unas alfombras turcas si las tuviésemos.

Apenas el deseo fué expresado, cuando ya el hombre de la levita gris había metido la mano en el bolsillo y con un gesto tan comedido como modesto se esforzaba por sacar de él una rica alfombra turca con trama de oro. Acudieron a tomarla unos criados y la desplegaron en el sitio deseado. El cortejo tomó sin cumplidos asiento en ella. En cuanto a mí, miraba pasmado al hombre, al bolsillo, a la alfombra (que medía unos veinte pasos de largo por diez de ancho) y me frotaba los ojos no sabiendo qué debía pensar de aquello, singularmente de que nadie encontrase en ello nada digno de nota.

Me hubiera gustado saber quién era aquel hombre y lo hubiera preguntado, pero no sabía a quién dirigirme, pues casi les temía más a los señores criados que a los señores servidos. Al cabo tomé ánimos y me acerqué a un joven que me pareció de menos importancia que los demás y el cual había a menudo permanecido solo. En voz baja le rogué me dijese quién era aquel hombre del traje gris, tan obsequioso.

— ¿Ese que parece una hebra escapada de la aguja de un sastre?

— Sí; el que está solo.

— No lo conozco — fué su respuesta.

Y evitando, al parecer, una más larga conversación conmigo, se separó de mí y se puso a hablar con otro de cosas indiferentes.

A todo esto, el sol empezaba a brillar con más fuerza y se les hizo molesto a las damas. La bella Fanny dirigió con dejadez al hombre gris (a quien nadie había hablado desde mi llegada) la frívola pregunta de si por casualidad no traía consigo también una tienda de campaña. El le respondió con una inclinación tan profunda que pareció como si, con hablarle, le hubiese hecho un honor inmerecido; metió la mano en el bolsillo y empezaron a salir telas, palos, cuerdas, clavos, en fin, todo lo que es propio de una tienda de campaña magnífica. Los caballeros jóvenes ayudaron a desplegarla, y pronto cubrió la extensión de la alfombra... Y todo el mundo seguía encontrando esto muy natural.

Pero yo, que desde hacía un rato me sentía bastante intranquilo, acabé de asustarme del todo cuando vi que, habiendo oído proferir otro deseo, nuestro hombre sacaba del bolsillo tres caballos, tres grandes y hermosos corceles, con silla y arreos. ¡Figúrate, por amor de Dios, tres caballos ensillados que salen del mismo bolsillo de donde habían salido ya una cartera, un catalejo, una alfombra de veinte pasos de largo por diez de ancho y una tienda de campaña del mismo tamaño, con todos sus palos y hierros correspondientes! Si no te jurase haberlo visto con mis propios ojos, a buen seguro que no lo creerías.

A pesar, pues, de lo humilde que parecía ser aquel hombre, como asimismo de la poca atención que los demás le prestaban, a mí se me antojó su pálido rostro (del que no podía quitar ojo) tan espantoso, que no pude soportarlo por más tiempo.

Decidí escaparme de aquella reunión, lo cual me parecía cosa fácil, dado el papel insignificante que representaba en ella. Pensaba regresar a la ciudad y volver a la mañana siguiente a preguntar por mi suerte al señor John, y si me encontraba

con valor para ello, interrogarle acerca del hombre gris. ¡Ay, si hubiera tenido la suerte de realizar mi propósito!

Ya me había deslizado felizmente fuera de la rosaleda, por el montecillo abajo, y me encontraba en medio de un prado, cuando por miedo que me viesen caminar por la hierba lancé a mi alrededor una mirada inquisitiva. Me estremecí de horror al ver que el hombre de la levita gris venía detrás de mí a mis alcances. Al punto se quitó el sombrero y se inclinó tan profundamente como todavía no lo había hecho nadie ante mí. No cabía duda que quería hablarme, y yo no podía esquivarlo sin pecar de grosero. Me quité, a mi vez, el sombrero, me incliné asimismo y permanecí allí, al sol, con la cabeza descubierta, como si hubiese echado raíces. Lleno de temor, mirábale fijamente, igual que un pájaro fascinado por una serpiente. Por su parte, él parecía también muy perplejo. Sin levantar la vista, se inclinó varias veces, hasta que, por fin, acercándose, me dijo en voz baja e insegura, como la de un mendigo:

—Sírvase el señor disculpar mi indiscreción. Si me atrevo a venir a buscarle de un modo tan poco correcto es que tengo un ruego que hacerle. Dignaos perdonar...

—Pero, ¡por amor de Dios, caballero! —prorrumpí angustiado. —¿Qué puedo yo hacer por un hombre que...?

Y ambos callamos, e incluso enrojecimos, si no recuerdo mal. Tras un momento de silencio, tomó él de nuevo la palabra:



AL PUNTO SE QUITÓ EL SOMBRERO.

—Durante el corto tiempo que llevo gozando la dicha de encontrarme en vuestra proximidad, he podido observar más de una vez (permitidme, caballero, que os diga), con admiración indecible, la hermosísima sombra que hacéis al sol, la magnífica sombra que, con cierto desdén honorable, arrojáis, sin percataros de ello, ahí a vuestros pies. Perdonadme la pretensión, atrevida sin duda: ¿Os sentiríais propicio a cederme esa sombra?

Calló, y a mí me parecía que una rueda de molino me daba vueltas en la cabeza. ¿Qué debía yo hacer ante aquella extravagante proposición? ¡Venderle mi sombra! "Por fuerza está loco", pensé; y, cambiando de tono, le respondí, con el acento que mejor convenía a la humildad del suyo:

—Pero, amigo mío, ¿no tiene usted bastante con su propia sombra? Por lo demás, el negocio se me antoja de rarísima especie.

Mas él repuso instantáneamente:

—Tengo en mi bolsillo muchas cosas que no le parecerían al señor totalmente desprovistas de valor. Por su inapreciable sombra el precio más alto se me antojaría mezquino.

Al recordar el bolsillo famoso, me sobrecogió un escalofrío y no supe cómo había podido llamarle mi amigo. Pero tomé de nuevo la palabra e intenté, en lo posible, dominarme, hablando con infinita cortesía:

—Mas perdonad al último de vuestros servidores, caballero. No comprendo bien del todo vuestro pensamiento. ¿Cómo podría dar mi sombra?...

El me interrumpió:

—Yo solicito de usted sólo el permiso de recoger de aquí, en el acto, esta noble sombra y guardármela. ¿Cómo? Eso queda de mi cuidado. En cambio, y como muestra de mi reconocimiento, le dejo la elección entre todas las bagatelas que llevo en el bolsillo: la mandrágora, la varita de las virtudes, el yelmo de Mambrino, la lámpara maravillosa... Pero nada de esto es para usted de valor. Mejor sería el sombrerito de los deseos, de Fortunato, restaurado tan sólidamente que está como nuevo. O también una bolsa de la fortuna..., tal como fué la suya...

—¡La bolsa de Fortunato! —dije interrumpiéndole.

Y aunque mi angustia era grande, esa sola palabra le bastó para apoderarse de mis sentidos. Me entró el vértigo, y ante mis ojos relumbraron los dobles ducados.

—Tenga el señor la bondad de examinar esta bolsa y ponerla a prueba.

Y metiendo la mano en el bolsillo sacó una bolsa de mediano tamaño, hecha de fuerte cordobán muy bien cosido, con dos recios cordones de cuero. Me la entregó. Yo metí la mano en ella y saqué diez monedas de oro, y otras diez, y otras diez, y otras diez... Tendíle rápidamente la mano:

—¡Trato hecho! Por la bolsa, vuestra es mi sombra.

El me estrechó la mano, y arrodillándose sin dilación ante mí le vi, con una habilidad admirable, desprender suavemente de la hierba mi sombra, desde la cabeza hasta los pies, levantarla, enrollarla, doblarla y guardársela por fin. Se levantó, se inclinó una vez más ante mí y volvió al bosquecillo de rosales. Entonces me pareció oírle reírse quedo, como para sí. Mas yo tenía la bolsa sujeta por los cordones; en torno mío brillaba la tierra alumbrada por el sol y yo seguía transportado y fuera de mí.

II

Volví por fin a mis cabales, apresurándome a abandonar aquel sitio, donde a buen seguro ya no tenía nada que hacer. Ante todo, me llené los bolsillos de oro; luego até al cuello los cordones de la bolsa y la escondí en el pecho. Salí

del parque sin ser visto y, alcanzando el camino real, eché a andar hacia la ciudad. Iba pensativo, acercándome a la Puerta, cuando oí gritar a mis espaldas:

—¡Joven, eh, joven, cuidado!

Miré y vi que me llamaba una viejecilla.

—Guárdese el caballero, que ha perdido su sombra.

—Gracias, buena mujer.

Y arrojándole una moneda de oro por el bienintencionado consejo, me entré bajo los árboles. En la Puerta hube de oír igualmente a los guardias:

—¿Dónde ha dejado el señor su sombra?

Poco después me encontré a unas mujeres que, al verme, exclamaron:

—¡Jesús María! ¡El pobre hombre no tiene sombra!

Lo cual empezó a enojarme, y con mucho cuidado evité el caminar por el sol. Pero esto no era posible en todas partes; por ejemplo, en la calle Ancha, que tenía que atravesar la primera justamente, para mi mal, a la hora en que los chicos salían de la escuela. Un maldito bribón giboso (viéndolo estoy aún) se percató al momento de que me faltaba la sombra y me delató con grandes gritos a toda la chiquillería literaria del barrio, que se puso en seguida a hacer mi crítica cubriéndome de cieno.

—Las personas decentes suelen llevar consigo su sombra cuando van al sol.

Para quitármelos de encima les arrojé oro a manos llenas, al tiempo que saltaba a un carruaje de alquiler, que me proporcionaron unas almas compasivas.

Y no bien me encontré solo en el carruaje, empecé a llorar amargamente. Había empezado ya a sospechar que si en la tierra prepondera el oro sobre el mérito y la virtud, mucho más todavía vale la sombra que el mismo oro. Y si antes había sacrificado a mi conciencia la riqueza, ahora había dado la sombra por mero oro. ¡Qué iba a ser de mí sobre la tierra!

Aun seguía muy afligido, cuando el coche paró ante mi antigua posada. Me espantó la idea de pisar otra vez aquella mala bohardilla. Hice que me entregasen mis cosas y, tomando con desprecio mi pobre hatillo, pagué unas cuantas monedas de oro y ordené que me condujesen al hotel de más renombre. La casa estaba orientada al Norte y no tenía que temerle al sol. Despedí con oro al cochero, y habiendo escogido la mejor habitación de adelante, me encerré en ella en seguida.

¿Qué te figurabas que hice entonces? ¡Ah, mi querido Chamisso, vergüenza me da tener que confesártelo! Saqué del pecho la malhadada bolsa y con una especie de furia, que como un incendio aumentaba en mí continuamente, extraje de ella oro, y oro, y oro, y siempre más oro, y lo desparramé por el suelo y me paseé por encima, y lo hice sonar, y saciando en su brillo y su sonido mi pobre corazón, lanzaba sin cesar metal sobre metal, hasta que, cansado, me hundí en el rico lecho y, revolviéndome en él, me regodeé en hozarlo. Así transcurrió el día. No abrí la puerta para nada. La noche me encontró tendido sobre el oro y sobre él me venció el sueño.

Soñé contigo. Me parecía estar en acecho detrás de la puerta de cristales de tu cuartito, viéndote sentado allí, a tu mesa de trabajo, entre un esqueleto y un manojo de hierbas secas. De pie delante de ti estaban Haller, Humboldt y Linneo; sobre tu sofá yacían un tomo de Goethe y la sortija encantada. Yo te contemplé largo rato; contemplé asimismo todas las cosas de tu cuarto; luego te miré otra vez; pero tú no te movías, ni respirabas siquiera; estabas muerto.

¡Desperté! Al parecer era muy temprano todavía. Mi reloj se había parado. Yo estaba como molido, pero aun más sediento y hambriento; como que no había tomado nada desde la mañana anterior. Con disgusto y hasta asco rechacé aquel oro, en que poco antes había saciado mi loco corazón. Ahora no sabía ya qué hacer con él. Como no podía dejarlo allí tirado por el suelo, probé si la bolsa quería recibirlo de nuevo; pero nada. Y pues ninguna de mis ventanas daba al mar, tuve que resolverme a acarrearlo, con grandes fatigas y sudando amargamente, a un gran armario que había en una alcoba y encerrarlo en él. Dejé esparcidos por el suelo algunos puñados. Cuando hube acabado el trabajo, caí agotado en un sillón y esperé que la gente de la casa empezara a moverse. Tan pronto como fué posible, mandé me trajesen de comer y llamé al dueño.

Hablé con este hombre de la futura instalación de mi casa. Para el servicio más inmediato de mi persona me recomendó a cierto Bendel, cuya fisonomía fiel y abierta me cautivó al instante; es el mismo cuya adhesión me ha acompañado desde entonces, consolándome a través de mi desdichada vida y ayudándome a soportar mi sombría suerte. El día entero lo pasé en mi cuarto con criados sin colocación, zapateros, sastres y comerciantes, comprando de todo, especialmente muchas joyas y piedras preciosas, sólo para ver si me libraba un poco del mucho oro que tenía amontonado; pero no me parecía que el montón disminuyese. A todo esto, me encontraba en la más angustiosa incertidumbre. No me atreví a dar un paso más allá de la puerta, y por la tarde mandé encender en mi sala cuarenta bujías, antes de salir de la obscuridad. Recordaba con pavor la horrible escena con los chicos de la escuela. Sin embargo, haciendo acopio de valentía, resolví afrontar una vez más la opinión pública. Aquellas noches había luna. Cuando llegó la obscuridad me puse una gran capa, me calé el sombrero hasta los ojos y salí de casa temblando como un malhechor. Cuando estuve en una plaza lejana afronté la luz de la luna saliendo de la sombra de las casas, a cuyo amparo había caminado todo el tiempo, decidido a escuchar a los transeuntes burlándose de mi suerte.

Ahórrame, querido amigo, la dolorosa repetición de todo cuanto tuve que sufrir. Las mujeres me expresaron su profunda lástima en términos que no me traspasaban el alma menos que la mofa de los jóvenes y el desprecio altanero de los hombres, singularmente de aquellos gordos y corpulentos que proyectaban una gran sombra. Una linda y graciosa joven, que al parecer acompañaba a sus padres, los cuales, prudentemente, sólo miraban donde ponían los pies, volvió por casualidad sus brillantes ojos hacia mí; pero en cuanto notó mi carencia de sombra, espantada visiblemente, ocultó su hermosa faz en su velo, bajó la cabeza y pasó sin decir una palabra.

No pude soportar más. Acerbo llanto me bañaba los ojos, y, con el corazón desgarrado, retorné vacilante a la sombra. Apoyado en los muros de las casas, para asegurar mis pasos, llegué despacio y tarde a mi alojamiento.

La noche la pasé sin dormir. Al día siguiente mi primer cuidado fué mandar buscar por todas partes al hombre de la levita gris. Quizá conseguiría encontrarlo, ¡y qué dicha si, como yo, también él estaba arrepentido del absurdo trato! Hice venir a Bendel, que parecía tener habilidad y buena suerte, y le describí exactamente al hom-

bre en cuyo poder se encontraba un tesoro sin el cual la vida era para mí un tormento. Le dije la fecha y el sitio en donde lo había visto, le describí a todas las personas que estaban en la reunión y le recomendé, además, que se informase con exactitud de un catalejo Dollond, de una alfombra turca tramada en oro, de una tienda de campaña magnífica y, en fin, de unos caballos negros, cuya historia, sin decirle cómo, se relacionaba con la del hombre enigmático, que a todos les parecía insignificante y cuya aparición había destruído la tranquilidad y la felicidad de mi vida.

Cuando le hube explicado todo, fuí a buscar oro y traje un gran puñado, que apenas podía con él, y añadí piedras preciosas y joyas de gran valor.

— Bendel — le dije —, esto abre muchos caminos y hace fáciles muchas cosas que parecerían imposibles. No lo escatimes, como no lo escatimo yo. ¡Anda! A ver si traes a tu amo las noticias en que cifra su única esperanza.

Y se fué; volvió tarde y triste. Ninguno de los criados del señor John, ninguno de sus huéspedes, con todos los cuales había hablado, recordaba ni remotamente al hombre de la levita gris. El telescopio nuevo estaba allí, sin que nadie supiere cómo había llegado. La alfombra, la tienda, estaban allí extendidas y desplegadas sobre el mismo montecillo; los criados ponderaban la riqueza de su amo, pero ninguno sabía cuándo y cómo había adquirido aquellas nuevas preciosidades. En cuanto al mismo John, entusiasmado con ellas, no le preocupaba ignorar cómo las poseía. Los caballos estaban en sus cuadras, en las casas de los jóvenes que los habían montado, los cuales ensalzaban la liberalidad del señor John, que se los había enviado aquel día. Tal fué la prolija narración de Bendel, cuyo rápido celo y discreta conducta, recibieron mi agradecida alabanza, no obstante su infructuoso resultado. Melancólico, le hice señas de que me dejase solo.

Pero él replicó:

— He dado cuenta a mi amo del asunto que era más importante para él. Me queda aún por cumplir un encargo que acaba de darme una persona a quien he encontrado a la puerta, al salir de la averiguación en que he tenido tan poca suerte. Las palabras del hombre han sido éstas: "Diga usted al señor Pedro Schlehmil que ya no me verá por aquí, que me voy por mar, y un viento favorable me llama al puerto inmediatamente: pero que dentro de un año tendré el honor de buscarle yo mismo y proponerle otro negocio, que quizá entonces le convenga. Hágale presentes mis saludos y déle de mi parte las gracias." Yo le pregunté quién era, pero él dijo que usted le conocía.

— ¿Cómo era ese hombre? — pregunté impaciente, porque presentía quién era.

Bendel me describió al hombre de la levita gris, rasgo por rasgo, palabra por palabra, con la misma exactitud con que lo había descripto en su narración anterior cuando hablaba con unos y con otros para informarse de él.

— ¡Infeliz! — grité, retorciéndome las manos. — ¡Era él!

Y Bendel, como si le hubiesen quitado un velo de los ojos, exclamó estremecido:

— ¡Sí, él era; él era realmente, y yo, ciego, necio, no lo he reconocido, no lo he reconocido, y he hecho traición a mi amo!

Y llorando a lágrima viva, prorrumpió en los más amargos reproches contra sí mismo. Su desesperación no pudo menos de inspirarme lástima. Procuré consolarle, asegurándole repetidas veces que no me cabía la menor duda de su fidelidad, y le envié en seguida al puerto para seguir, si era posible, las huellas de aquel hombre extraño. Pero aquella misma mañana habían salido muchos buques, que el viento, contrario hasta entonces, tenía sujetos en el puerto; todos iban con rumbos diferentes a los extremos de la tierra, y el hombre gris desapareció sin dejar huella, como una sombra.

III

Para qué le sirven las alas al que está sujeto por cadenas? Para consumirse de desesperación. Así me encontraba yo, nuevo Fafner junto a su tesoro, alejado de todo consuelo humano misérrimo entre mi oro, al que había llegado a odiar, ya que por su causa me veía privado de todos los goces de la vida. Queriendo ocultar mi horrible secreto, temblaba ante el último de mis criados, a la vez que lo envidiaba por tener una sombra y poderse mostrar al sol. En cambio yo pasaba las noches y los días solo, y la pena me roía el corazón.

Un hombre compartía mi desconsuelo. Mi fiel Bendel no cesaba de atormentarse con mudos reproches por no haber respondido a la confianza de su buen amo no reconociendo a aquel en cuya busca había sido enviado, y que era, sin duda, la causa de mi triste

LE VI DESPRENDER DE LA HIERBA SUAVEMENTE MI SOMBRA.

suerte. Pero yo no podía culparle de nada, porque reconocía muy bien en el fatal engaño la potencia misteriosa del desconocido.

Por intentarlo todo, un día mandé a Bendel, con una costosa sortija de brillantes, a invitar al pintor más afamado de la ciudad a que viniese a visitarme. Cuando llegó, alejé a mis criados, cerré la puerta y, sentándome junto a él, después de ensalzar su arte, abordé el tema con el corazón encogido, no sin recomendarle antes el más riguroso secreto.

— Maestro — le dije —, ¿seríais capaz de pintarle una sombra postiza a un hombre que ha perdido la suya de la manera más infortunada del mundo?

— ¿Os referís a la sombra que hace uno?

— A ello me refiero, sin duda.

— Pero — tornó a preguntarme —, ¿por qué descuido o qué imprudencia pudo el tal perder su sombra?

— No importa — respondí — cómo la haya perdido. Es el caso que (y le mentí descaradamente) el invierno pasado, haciendo un viaje por Rusia, sintió un frío extraordinario y se le quedó helada la sombra en el suelo, de tal modo que ya no le fué posible separarla de él.

— La sombra postiza que yo podría pintarle — repuso el maestro — sería, desde luego, una sombra que volvería a perder al más ligero movimiento; tanto más cuanto que se trata de una persona muy poco unida a su sombra natural, como se deduce del relato que acaba usted de hacerme. El que no tiene sombra, lo mejor que puede hacer es no andar por el sol; eso es lo más razonable y lo más seguro.

Se levantó y se fué, lanzándome una penetrante mirada, que la mía no pudo soportar. Volví a hundirme en mi sillón y oculté mi cara entre las manos.

Así me encontró Bendel cuando entró. Al ver el dolor de su amo, y respetándolo, quiso retirarse en silencio. Pero yo alcé la vista, y sucumbiendo bajo el peso de mi aflicción, sentí la necesidad de compartirla con él.

— ¡Bendel! — exclamé. — ¡Bendel! Tú, el único que ves y respetas mis penas sin tratar de averiguar su causa; tú, que pareces compadecerte en secreto de mí, ven, Bendel, sé el amigo de mi corazón. Ya que no te he ocultado el secreto de mi riqueza, no quiero ocultarte el secreto de mi dolor. Bendel, no me abandones. Bendel, tú me ves rico, generoso, afable, y crees que el mundo debería agasajarme; pero me ves huir y ocultarme de todos. Bendel, eso es porque el mundo me ha juzgado y me ha condenado, y también tú, quizá, te alejarás de mí cuando conozcas mi espantoso secreto. Bendel, yo soy rico, generoso, afable, pero..., ¡ay, Dios mío, no tengo sombra!

— ¿No tiene usted sombra? — exclamó estremecido el honrado mozo y llenándosele los ojos de lágrimas. — ¡Desgraciado de mí, que vine al mundo para servir a un amo sin sombra!

Calló. Yo me tapé la cara con las manos.

— Bendel — añadí, al cabo, temblando —, ahora tienes mi confianza; ahora puedes traicionarla. Anda, vé, y habla contra mí.

El parecía sostener una lucha consigo mismo. Por fin se precipitó a mis pies y cogió mi mano, que regó con sus lágrimas.

— No — exclamó —; que el mundo haga lo que quiera. Yo no debo abandonar a mi buen amo por una sombra, y no lo abandonaré. Obraré con lealtad antes que con prudencia. Me quedaré con usted, le prestaré mi sombra, le ayudaré en lo que pueda, y cuando no pueda más, lo acompañaré en su llanto.

Entonces yo me abracé a su cuello, asombrado de tan insólitos sentimientos, pues estaba convencido de que no lo hacía por codicia.

Desde entonces cambiaron un tanto mi suerte y mi modo de vivir. Era admirable la previsión con que Bendel sabía disimular mi defecto. Por todas partes iba delante de mí o junto a mí, previniéndolo todo, organizándolo todo, y cuando amenazaba inopinadamente un peligro, cubriéndome en seguida con su sombra, cosa fácil para él, que era más alto y más robuto que yo. Me aventuré de nuevo a vivir entre los hombres y empecé a representar un papel en el mundo. Tuve, sin duda, que aparentar muchas rarezas y caprichos; pero éstos le caen bien al rico. Mientras tanto la verdad permanecía oculta, y gocé cuantos honores y respetos correspondían a mi oro, esperando más tranquilo la fecha de la visita prometida por el enigmático desconocido.

Comprendí que no podía permanecer mucho tiempo en un sitio donde se me había visto sin sombra y podía ser delatado fácilmente. También pensaba (y puede que éste fuese mi único pensamiento) en el modo cómo me había presentado en casa del señor John, que constituía para mí un recuerdo deprimente. Por todo lo cual determiné hacer aquí un ensayo para presentarme luego más fácil y seguramente en otra parte. Mas lo cierto es que mi vanidad me retuvo bastante tiempo, pues la vanidad es lo que más inmoviliza a los hombres.

La bella Fanny, a quien había encontrado de nuevo en otras partes, sin acordarse de haberme visto jamás, me concedió alguna atención, pues ahora resultaba que yo también tenía agudeza e ingenio. Cuando yo hablaba, me escuchaban todos, sin saber yo mismo cómo había llegado a ser un maestro en el arte de conducir y dominar una conversación. Noté que había causado sobre la bella alguna impresión, y esto, precisamente, me convirtió en lo que ella deseaba, en un loco, y desde entonces la seguía por todas partes con mil dificultades, en la sombra, de noche, y siempre que podía hacerlo. Envanecíame de que ella se envaneciese de mí; pero, con la mejor voluntad del mundo, no pude trasvasar los humos de mi cabeza al corazón.

¿A qué repetirte detalladamente la historia vulgar? Tú mismo me la has contado mil veces refiriéndote a otras personas distinguidas. Pero la comedia vieja y bien conocida en la que con tanto ánimo representaba yo un papel harto vulgar y manido, tuvo un desenlace catastrófico inesperado para mí, para ella y para todos.

Una hermosa noche en que, según mi costumbre, había reunido a varias personas en un jardín adornado con luminarias, me aparté de los demás invitados, llevando a mi dueña del brazo y dirigiéndole complicadas frases de galantería. Ella caminaba modestamente con los ojos bajos y respondía con suavidad a la presión de mi brazo, cuando de pronto la Luna salió de las nubes por detrás de nosotros. Ella entonces miró y vió que sólo se proyectaba su sombra sobre el suelo. Se quedó estupefacta y me miró asustada; luego volvió a mirar al suelo buscando con la vista mi sombra. Lo que pasó en ella revelábase tan singularmente en su rostro, que yo hubiera prorrumpido en grandes carcajadas si un escalofrío no me hubiese recorrido las espaldas.

Dejándola caer en mis brazos, desmayada, corrí como una flecha por entre los invitados estupefactos, alcancé la puerta, me metí en el primer



TENDIDO SOBRE EL ORO, Y SOBRE ÉL ME VENCIÓ EL SUEÑO.

coche que encontré allí parado y regresé a la ciudad, donde, para mi mal, había dejado aquella vez al circunspecto Bendel. Este se quedó espantado al verme. Dos palabras le informaron de todo. En el acto buscamos dos caballos de posta. Tomé a uno solo de mis criados, un pillastre llamado Raskal, que había sabido hacérseme necesario por su destreza y que no podía sospechar nada de lo que acababa de suceder. En aquella misma noche anduvimos más de treinta leguas. Bendel se quedó para levantar la casa, repartir el oro y traerme lo más necesario. Cuando me alcanzó, al otro día, me arrojé en sus brazos y le prometí, no que no volvería a hacer más locuras, pero sí, al menos, que sería más precavido en adelante. Sin interrumpir nuestro viaje, atravesamos la frontera del país, traspusimos las montañas, y sólo cuando estuvimos ya en la otra vertiente, separados por aquel alto baluarte del sitio de mis desdichas, consentí en dirigirme a un balneario próximo y poco visitado, para descansar de mis fatigas.

IV

Por fuerza he de pasar en mi relato rápidamente sobre una época en la que me detendría gustoso si fuera capaz de evocar vivamente su recuerdo en mi espíritu. Pero el colorido que le daba vida, el único que podría resucitarla, se ha extinguido en mi espíritu, y cuando quiero encontrar de nuevo lo que entonces lo exaltaba tan poderosamente, golpeo en vano una roca de que ya no brota el agua viva. ¡El dios me ha abandonado! ¡Qué distinto me parece ahora aquel tiempo lejano! En el balneario debí representar un papel heroico, malamente estudiado; pero, como era novato en la escena, me olvidé de mi parte ante un par de ojos azules. Engañados por la comedia, los padres se afanaron por concertar el enlace lo antes posible, y la vulgar farsa concluyó en un escenario. ¡Y esto es todo, todo! Lo encuentro ahora necio e insípido, y, por otra parte, me parece espantoso el pensar así de lo que entonces me henchía el corazón con tanto poder y abundancia. *¡Mina!* Como lloraba entonces, cuando te perdí, así lloro ahora por haberte perdido en mí mismo. ¿Tan viejo soy ya? ¡Oh, triste corazón! ¡Sólo un latido de aquella época, un momento de aquella ilusión!... Pero no. ¡Heme aquí, solitario sobre el alto y desierto flujo de tus amargas ondas, apurada hace mucho tiempo la última gota de la copa encantada!

Había enviado por delante a Bendel, con algunos sacos de oro, para prepararme en la pequeña ciudad un alojamiento tal como yo lo necesitaba. El repartió allí mucho oro, y se expresó algo vagamente acerca del distinguido forastero a quien servía (pues yo no quería que se conociese mi nombre); todo lo cual sugirió a aquellas buenas gentes singulares pensamientos. Tan pronto como mi casa estuvo dispuesta para recibirme, tornó Bendel a mi encuentro, y, una vez reunidos, reanudamos el viaje.

A cosa de una hora de la ciudad, en una llanura soleada, nos fué interceptado el camino por una multitud vestida de fiesta. El coche tuvo que parar. Sonó música, repique de campanas y cañonazos; cruzó el aire un fuerte viva, y ante la portezuela del coche apareció un coro de muchachas vestidas de blanco, todas de belleza excepcional, pero eclipsadas todas por una, como las estrellas de la noche cuando sale el Sol. Esta se adelantó en medio de sus hermanas, y, doblando ante mí su delicada figura, me presentó, roja de rubor, sobre un almohadón de seda, una corona tejida con laurel, ramos de oliva y rosas, diciendo unas palabras de majestad, veneración y amor, que yo no comprendía, pero cuyo sonido encantador me embriagó el oído y el corazón. Era como si hubiese contemplado ya alguna vez aquella celestial aparición. En tanto, el coro se puso a cantar las alabanzas de un buen rey y la felicidad de su pueblo.

¡Y esta escena, querido amigo, en medio del sol! Ella continuaba arrodillada a dos pasos de mí, y yo, sin sombra, no podía franquear aquel abismo, no podía caer a mi vez de hinojos delante de aquel ángel. ¡Ah, qué no hubiese dado entonces por una sombra! Tuve que ocultar mi vergüenza, mi angustia, mi desesperación en lo más hondo del coche. Por fin Bendel pensó por mí y saltó del coche al otro lado. Yo le llamé, y sacando de mi cofrecillo, que llevaba precisamente a mano, una rica diadema de diamantes, que debía haber adornado a la bella Fanny, se la di. El se adelantó y habló en nombre de su se-

ñor. Dijo que éste no quería ni podía aceptar tales demostraciones; que por fuerza se trataba de un error; pero que, no obstante, agradecía a los honrados habitantes de la ciudad su buena voluntad. Al mismo tiempo tomó del almohadón la corona que me ofrecían y puso en su lugar el cerco de brillantes; luego presentó respetuosamente la mano a la bella joven para que se levantara y alejó con una señal al clero, a los magistrados y a todas las demás diputaciones. A nadie más dejó acercarse. Mandó que se apartase el gentío y abriese paso a los caballos; saltó al coche y proseguimos la marcha a galope tendido, entrando en la ciudad bajo un arco de laurel y flores. Los cañones no cesaban de disparar. El coche paró ante mi casa. Entré presuroso, separando a la muchedumbre, que el deseo de verme había congregado. El pueblo gritó vivas bajo mis ventanas y yo hice llover sobre él dobles ducados. Por la noche se iluminó la ciudad.

Yo seguía sin saber lo que significaba todo aquello y por quién me habían tomado. Mandé a Raskal en busca de informes. Dijo cómo se había tenido noticias seguras de que el buen rey de Prusia viajaba por el país bajo el nombre de un conde; cómo mi ayudante había sido reconocido, declarándose así nuestro incógnito; cómo, en fin, la alegría del pueblo había sido grandísima al tener la certeza de albergarme en la ciudad; ahora ya comprendían todos que yo quería observar el más riguroso incógnito y veían cuán poco acierto habían tenido al levantarlo tan indiscretamente; pero, aunque enojado, esperaban que mi clemencia e indulgencia les perdonaría por su buena intención.

Mi tunante encontró la cosa tan jocunda, que, con palabras graves, hizo, por su parte, todo lo posible por confirmar a aquellas buenas gentes en su error. En cuanto a mí, me hizo una relación comicísima, y cuando vió que me hacía gracia, hasta se jactó de la truhanería cometida. ¿He de confesarlo? Me sentí halagado de que me confundieran con una testa coronada.

Para la noche siguiente mandé preparar una fiesta bajo los árboles que daban sombra al espacio que había delante de mi casa, e invité a ella a toda la ciudad. El poder oculto de mi bolsa, los esfuerzos de Bendel y la ágil inventiva de Raskal lograron vencer al tiempo. Fué realmente asombrosa la riqueza y belleza con que se dispuso todo en pocas horas. Allí se derrochó magnificencia y profusión, y la ingeniosa iluminación estaba tan sabiamente repartida, que me sentí seguro del todo. Nada se había olvidado, y hube de felicitar a mis servidores.

Llegó la noche. Los invitados aparecían y me eran presentados. La majestad ya no fué mencionada, pero todos me llamaban, con profundo respeto y humildad, señor conde. ¿Qué iba a hacer yo? Consentí en lo de conde, y fuí desde entonces el conde Pedro. Pero en medio del tumulto de la fiesta, mi alma sólo la anhelaba a ella. Por fin apareció. Llevaba puesta la corona. Ella misma era la corona. Iba modestamente detrás de sus padres y no parecía saber que era la más hermosa de todas. Me fueron presentados: el señor Inspector de Montes, su mujer y su hija. Supe decir a los viejos muchos cumplidos y ofrecimientos; ante la hija me quedé, como un muchacho a quien se le reprende, sin poder articular palabra. Por fin la supliqué, balbuciente, que se dignase honrar la fiesta aceptando el puesto cuya insignia llevaba. Ella, vergonzosa, pidió indulgencia con una mirada conmovedora. Pero, más avergonzado yo ante ella que ella misma, le rendí, como primer súbdito, mi homenaje con una profunda reverencia, y el gesto del conde fué para todos los invitados una orden que cada cual se apresuró a acatar alegremente. La majestad, la inocencia y la gracia presidieron, en unión de la belleza, una alegre fiesta. Los felices padre de Mina se sentían realzados por los honores hechos a su hija. En cuanto a mí, estaba en un estado de embriaguez indescriptible. Mandé poner en dos bandejas cubiertas todas las joyas que aun me quedaban de cuantas había comprado para ver si me libraba del oro comprometedor, todas las perlas, todas las piedras preciosas, y ofrecílas a los postres, en nombre de la reina, a sus amigas y a todas las damas, al mismo tiempo que desde el estrado se arrojaba sin cesar oro entre el pueblo, que daba gritos de alegría.

A la mañana siguiente Bendel me descubrió, en confianza, que las sospechas que abrigaba hacía tiempo acerca de la probidad de Raskal se habían convertido ahora en certidumbre. La víspera había substraído sacos enteros de oro.

—Concedamos — repuse — al pobrecillo ese pequeño botín. Si regalo con gusto a todos, ¿por qué no también a él? Ayer me sirvió; me sirvieron con horadez todos los nuevos que me trajiste, ayudándome a celebrar alegremente una alegre fiesta.

No se volvió a hablar más de esto. Raskal quedó como el primero de mi servidumbre; pero Bendel era mi amigo y mi confidente. Este se había acostumbrado a figurarse mi riqueza como inagotable, sin tratar de averiguar su procedencia; antes bien, me ayudaba, penetrando mis designios, a inventar ocasiones de ostentarla y derrochar oro. Del hombre desconocido, del taimado macilento, sólo sabía que por él podía ser librado de la maldición que pesaba sobre mí, y le temía, a pesar de que sobre él descansaba mi única esperanza. Por lo demás, yo estaba convencido de que el hombre misterioso sabría encontrarme en todas partes y yo a él en ninguna, por lo que, esperando el día prometido, había cesado toda superflua indagación.

La magnificencia de mi fiesta y mi proceder con ella, confirmaron en un principio a los sencillos habitantes de la ciudad en la creencia que se habían forjado. Pero muy pronto resultó de las gacetas, sin que pudiese caber duda, que todo el fabuloso viaje del rey de Prusia era un rumor sin fundamento. Mas yo me había conducido como un rey, y un rey tenía que seguir siendo a pesar de todo. Además, me portaba sin duda como uno de los más ricos y magníficos monarcas que pudiera haber en el mundo. Era, pues, yo un rey; sólo que nadie sabía cuál. El mundo jamás ha tenido motivo para quejarse de falta de monarcas, por lo menos en nuestros días, y las buenas gentes, que aun no habían visto ninguno con sus propios ojos, creyeron, extasiados, adivinar en mí ya a éste, ya a aquél. Entre tanto, yo seguía siendo el conde Pedro.

Un día apareció entre los bañistas un negociante que se había declarado en quiebra para enriquecerse, el cual gozaba de general respeto y lanzaba una sombra amplia, bien que algo pálida. Quería el tal gastar allí con pompa el caudal que había reunido, y no se le ocurrió nada mejor que competir conmigo. Yo puse en juego mi bolsa, y pronto dejé muy atrás al pobre diablo, tanto, que para salvar su crédito tuvo que declararse en quiebra otra vez y transponer las montañas, con lo que quedé libre de él. ¡Cuántos vagos y holgazanes hice yo en esta comarca!

A pesar de la magnificencia y prodigalidad regias con que lo hacía todo, mi vida en casa era muy sencilla y reducida. Habiendo tomado por

norma la mayor previsión, nadie que no fuese Bendel podía, bajo ningún pretexto, penetrar en la habitación que yo ocupaba.

Mientras alumbraba el sol, permanecía encerrado en ella con Bendel, y a todo el mundo se le decía: "El conde trabaja en su gabinete." Con estos trabajos estaban en relación los frecuentes correos que a cada momento despachaba y recibía. Sólo por la noche recibía a mis amigos bajo mis árboles o en mi sala, dispuesta ricamente y alumbrada según las instrucciones de Bendel. Si salía, Bendel debía vigilarme constantemente, con los ojos de Argos; mis paseos eran al jardín del Inspector de Montes, que me atraía por ella, pues el aliento más íntimo de mi vida era mi amor.

¡Ah, mi querido Chamisso; espero que no hayas olvidado todavía lo que es el amor! Te dejo, pues, suplir aquí muchas cosas. Mina era realmente una niña digna de ser amada; era tierna y buena. Yo había cautivado toda su imaginación, y no sabiendo, en su modestia, qué prendas tenía para haberme atraído de esa manera, pagaba mi amor con su amor, el amor apasionadamente juvenil de un corazón inocente. Amaba como mujer, sacrificándose por entero, olvidándose de sí misma, entregándose al que era su vida, no pensando en que este amor podría ser su ruina; es decir, que amaba de veras.

Pues, ¿y yo? ¡Qué horas más horribles, horribles y, sin embargo, dignas de envidia! ¡Cuántas veces habré llorado sobre el pecho de Bendel, cuando, volviendo de mi inconsciente embriaguez, me contemplaba a mí mismo sin sombra, perdiendo a aquel ángel con pérfido egoísmo, engañando y robando aquella alma tan buena! Unas veces decidía descubrirme a ella; otras juraba con mil juramentos desgarrarme de ella y huir, hasta que por fin rompía en llanto y concertaba con Bendel visitarla por la noche en el jardín de su padre.

En otros momentos me complacía en forjarme grandes esperanzas a cuenta de la próxima visita del desconocido vestido de gris; pero volvía a llorar porque no lograba creer en ellas. Había calculado el día exacto en que debía volver a ver al temido, pues él había dicho: "De hoy en un año", y yo creía en su palabra.

Los padres eran buenas gentes, honradas, ya de edad, que querían mucho a su hija única. Nuestro amor les sorprendió cuando ya era robusto, y no supieron qué pensar. No se les había ocurrido el soñar con que el conde Pedro pudiera fijarse en su hija, y he aquí que él la amaba y era amado a su vez. La madre era lo suficientemente vanidosa para pensar en la posibilidad de un enlace y trabajar en pro de él; mas el sano juicio del viejo no dió espacio a tan desmesurada ilusión. Estando ambos convencidos de la pureza de mi amor, no podían hacer más que rogar por su hija. Me viene a las manos un carta de Mina, que aun conservo de aquel tiempo. ¡Sí, aquí están sus rasgos! Te la voy a copiar:

"Soy una niña débil y loca y me imagino que mi amado, a quien quiero tanto, tanto, no querrá causar el menor dolor a una pobre muchacha. ¡Ah, tú eres tan bueno, tan indeciblemente bueno! Pero no me comprendas mal. Nada debes sacrificar por mí. ¡Oh, Dios mío, yo sería capaz de llegar a odiarme si tú hicieses esto! No. Tú me has hecho infinitamente dichosa enseñándome a quererte. Vete, pues. Yo sé cuál es mi suerte; el conde Pedro no me pertenece, pertenece al mundo. Quiero estar orgullosa cuando oiga: esto ha sido él y esto volvió a ser, y esto ha acabado él; allí le han adorado, allá han bendecido su nombre. Mira, cuando pienso en esto me enfado contigo porque puedas olvidar tu alto destino por una niña tan simple. Vete, pues; si no, este pensamiento va a hacerme infeliz, a mí que soy por ti tan dichosa, tan feliz. ¡Ojalá entreteja también en tu vida una rama de olivo y un capullo de rosa, como en la corona que te presenté! Te tengo en el corazón, amor mío; no temas separarte de mí. Moriría, ¡ay!, tan contenta, tan indeciblemente contenta por ti."

Puedes figurarte cómo me traspasaban el corazón estas palabras. Le expliqué que yo no era lo que la gente creía, sino sólo un hombre rico, pero infinitamente desdichado; que sobre mí pesaba una maldición; que debía ser el único secreto entre ella y yo, porque tenía alguna esperanza de llegar a librarme de mi desdicha. Este era, en efecto, el veneno de mis días: pensar que yo pudiese arrastrarla conmigo al abismo, a ella, que era la única luz, la única felicidad, la única pasión de mi vida. Entonces ella se echaba a llorar viéndome tan desdichado. ¡Ah, qué cariñosa, qué buena era! Sólo por ahorrarme una lágrima, con qué alegría se hubiese sacrificado.

Mas, en tanto, estaba harto lejos de interpretar rectamente mis palabras. Sospechaba en mí un príncipe cualquiera u otra persona de valía, condenada a dura proscripción, y su fantasía le pintaba sin cesar a su amado entre las imágenes más heroicas.

Un día le dije:

—Mina, el último día del mes que viene puede cambiar y decidir mi suerte. Si no cambia, moriré, porque no quiero hacerte desgraciada.

Ella ocultó, llorando, su cabeza en mi pecho.

—Si tu suerte cambia, me contento con saberte feliz; no tengo ninguna pretensión. Si eres desgraciado, úneme a tu desgracia, para que te ayude a soportarla.

—Niña, niña; recoge esas palabras, harto rápidas y locas, que se han escapado de tus labios. ¿Conoces tú mi desgracia? ¿Conoces tú mi maldición? ¿Sabes tú quién es tu novio? ¿No me ves estremecerme convulsivamente? ¿No ves que te oculto mi secreto?

Ella cayó sollozando a mis pies y me repitió con mil juramentos su ruego.

CONTINUARÁ

DIBUJOS DE FARPAGNOLI

Al Sol de Mayo

Fragmentos de las canciones patrióticas más en boga en la época de la independencia, con las estrofas en las que se canta al refulgente astro que iluminó el glorioso día.

Al Sol que brillante
Y fausto amanece
Aromas y cantos
América ofrece.



La lóbrega noche
De la servidumbre
Huyó de la lumbre
Del Febo de Mayo.



Y al ver su carrera
La infame opresión
Siente turbación
Tristeza y desmayo.



CORO

La patria despierta
Y su rostro hermoso
Baña luminoso
El rayo solar.



La sorpresa priva
De acción al placer
Llegando a entender
Que ha sido soñar.



CORO

Ya los pajarillos
De matiz ornados
Cantan arrobados
Tu feliz natal,



Modulando trinos
Con gracioso ahinco,
Al gran veinticinco
Al día inmortal.



Y los pueblos libres
Al punto se inflaman
Y con gloria exclaman:
¡Anuncio divino!



Los siglos veneren
Del astro la gloria
Que vió la victoria
De la humanidad.
Y siempre que asome
Su faz refulgente
Diga reverente
La posteridad.



CORO

Al Sol que brillante
Y fausto amanece
Aromas y cantos
América ofrece.



En celebración del 25 de Mayo

Volvió otra vez el venturoso día
En que libre la patria del tirano
Nos produjo brillante la alegría.
.. ..
.. ..
Sud americanos
Mirad ya lucir
De la dulce patria
La aurora feliz.
.. ..
.. ..
De la patria al seno
Volando venid,
Que el Sol os preside
En su alto zenit:
Bellas argentinas
De gracia gentil
Os tejen coronas
De rosa y jazmín.
.. ..
.. ..



Que fastidio esta Tos
No me deja trabajar

La comezón en la garganta es muy fastidiosa porque obliga a toser; y a veces se pasan días y sobre todo, las noches, tosiendo. Las

Pastillas de Iodeina Montagu

Por su acción antiepasmódica por la codeina en combinación con el iodo, (bioduro de codeina) calman la tos más rebelde y desinflaman la garganta.

De venta en todas las farmacias

Farmacia Franco Inglesa

La Mayor del Mundo

Sarmiento y Florida — *Buenos Aires*

El 25 de Mayo ante el Cabildo

La plaza estaba ocupada por los patriotas, más de cuatrocientos vecinos, y todos los comandantes y principales directores del movimiento estaban reunidos en lo de don Miguel Azcuénaga. Cuando se supo que el Cabildo insistía en imponer a Cisneros, se formó un grupo dirigido por Chiclana, French, el padre Grela, Planes y diez o doce más, quienes previamente concertados con Rodríguez Peña y Belgrano, salieron gritando: «¡Al Cabildo, muchachos!...» El tropel se desató y entre infernal griterío se metió por la galería de los altos. Asustados los del Cabildo abrieron la puerta grande apareciendo en el umbral Leiva Lezica y Tomás Manuel, quienes gritando: — ¡Orden, señores, orden! — preguntaron al pueblo: ¿Qué es lo que quieren? «La deposición de Cisneros ahora mismo»; fué la respuesta unánime y clamorosa.

Entonces Leiva pidió que se formase una delegación la cual entraría en el salón a expresar la voluntad popular.

Al momento se adelantaron Beruti, Chiclana, French y el doctor Grela.

De lo que se trataba era que el Cabildo aceptase la representación que llevaban escrita y que se nombrase una junta de gobierno compuesta de los individuos designados en la representación.

La discusión en el Cabildo se enardecía y prolongaba. El pueblo impaciente comenzó a levantar gritos y golpear ruidosamente las puertas.

El tumulto crecía como mar embravecida; Leiva dijo: «¡Señores, no hay más remedio que consentir y pronto!» Los cabildantes encogiéndose de hombros se conformaron, y Martín saliendo al corredor gritó:

— Paisanos, queda separado el virrey Cisneros. — La gritería tornóse jubilosa; pero no con menos estruendo, ínterin el Cabildo continuaba sus deliberaciones, tendientes a eludir los compromisos adquiridos.

El alboroto iba en aumento, una furiosa gritería pedía la apertura de los cuarteles.

Leiva apareció ante el pueblo y pidiendo silencio, dijo con voz clara y serena: «Señores: El Cabildo se considera conminado por la fuerza, y cede al tumulto y la violencia, esto es una rebelión abierta...»

«Sí, señor, lo es — gritó alguien desde abajo — y si el Cabildo no se somete a la voluntad soberana del pueblo; quizá no quedemos en eso». — Después de muchos dimes y diretes entre el pueblo y los cabildantes, éstos cedieron en todo, y una comisión de vecinos fué autorizada para penetrar en el Cabildo e intervenir en lo que se debía hacer. Don Mariano Irigoyen, don Miguel Azcuénaga, Belgrano, Darragueira e Ignacio Núñez subieron al salón. Media hora después se oía el vozarrón de Martín Rodríguez que desde el balcón gritaba: «¡Atención, señores!», y el secretario del ayuntamiento, Justo José Núñez, leyó: «Quedaban anuladas las actas del día 23 y 24, y por la nueva acta de hoy, 25 de mayo, queda constituida la Junta de Gobierno, en Saavedra, Castelli, Belgrano, Azcuénaga (criollos), Matheu y Larrea (peninsulares)...»



El júbilo general estalló, en los cuarteles se tocó diana, las campanas de las iglesias se lanzaron a vuelo.

Terrada, en el fuerte, ordenó hacer salvas; los cohetes reventaban por todas partes, y aun cuando las calles eran un barrizal porque llovía recio, se vieron llenas de muchachas y señoritas que al unísono con el pueblo victoreaban a la patria.



El anillo extraviado

Reclinada la frente, sobre el seno
de la hora otoñal, mi pobre vida
ve caer como gotas de veneno,
la sangre de su lámpara suicida.

¡Angustia de esa lámpara en el viento,
trémula de pasión y ardiendo en vano!...
"Vivir"... "Soñar"... fantasmas del momento,
niebla de amor deshecha en nuestra mano!

En la fuente de Otoño caen las hojas
amarillas de fiebre, y tenuemente
mi alma, que las sigue en sus congojas,
luce, extraviado anillo, en esa fuente.

FERNÁN
FÉLIX
DE AMADOR

DIBUJO DE VALDIVIA

NIRONA ¡GRAN NOVEDAD!

ES EL FONÓGRAFO IDEAL

MARCA REGISTRADA

MODELO MENOR

$ 20.00



UN HERMOSO APARATO DE VOZ SONORA Y ASPECTO SIMPATICO

PESO: 2 KILOS.
TAMAÑO: 21 1/2 × 23 cm.
CABE EN UNA MANO
Motor y diafragma de primera calidad. Bocina amplificadora "NIRONA", patentada.
Es una máquina parlante de construcción sólida y sumamente práctica. La caja es de hierro esmaltada en colores diversos *siendo lavable*, y está, además, decorada con variadas y bonitas escenas.

EMBALAJE GRATIS

DISCOS DOBLES "NACIONAL" - Las NOVEDADES de la SEMANA

Discos Dobles "Nacional" de 25 cm., a $ 3.25

DUO GARDEL - RAZZANO

(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)

18126 { **La Choyana.** Chacarera. Dúo. Ruiz-Acuña.
La Cuyanita. Tango. Solo Gardel. L. Lobos Maglio.

18121 { **¡Pa que te Acordés!...** (2do. Premio del Concurso de tangos del Grand Splendid). Tango. Solo Gardel. Seitún - Lomuto.
Tesorito. Tango. Solo Gardel. Caruso-Avilés.

Discos Dobles "Nacional", de 25 cm., a $ 3.00

ROBERTO FIRPO. Orquesta Típica y Jazz-Band

6343 { **La vuelta al Mundo.** Tango. Típica. Vicente Romeo.
Dolly. Shimmy. Jazz-Band. H. Hirsch.

FRANCISCO CANARO. Orquesta Típica y Jazz-Band

4066 { **Picardías.** Tango. Típica. L. Petruccelli.
Primavera. Fox Trot. Jazz-Band. S. P. Olivari.

JUAN MAGLIO. Orquesta Típica "PACHO"

7440 { **¡Pobre Diablo!...** Tango. L. Servidio.
Sombras de Buenos Aires. Tango. M. Santa Cruz.

ELEUTERIO YRIBARREN. American Jazz-Band

8059 { **Mulata Mía.** Maxixa. *Ramón Collazo.*
Ell'Setait fait Couper les Cheveux. Shimmy. R. Mercier.

FRANCISCO LOMUTO. Orquesta Típica

7615 { **Recordando tus Caricias.** Tango. O. Donato.
Ciudad de Montevideo. Tango. N. Cristante.

MARIO A. PARDO. (Con acomp. de guitarra)

6589 { **Espumilla.** Tango. Pardo - Orlando - Puglisi.
Amor Cuyano. Zamba. Panchito Aranás.

Discos Dobles "Nacional", de 25 cm., a $ 3.25

IGNACIO CORSINI. (Con acomp. de 3 guitarras)

18432 { **Luna Gaucha.** Canción. Supparo - Aguilar.
La canción del Huérfano. Canción. Castro-Caffre.

"Organito de la Tarde" - GRAN SUCESO por A. MAIZANI (Disco N.° 11013)

CONDOR

PUA CONDOR (Marca Registrada)
NO TIENE SUSTITUTO. EN CAJITAS de 200 .... $ 1.00

MAX GLÜCKSMANN



BUENOS AIRES
CALLAO y B. MITRE
FLORIDA y LAVALLE

ROSARIO
CORDOBA 1048/52

MONTEVIDEO
18 DE JULIO 966

Nuevos Discos Nacional

Recuerdos históricos

Manos blancas y manos negras

El general San Martín era magnánimo y generoso.

Cuéntase que cuando Marcó del Pont, capitán general de Chile, recibió el oficio en que el libertador le comunicaba la declaratoria de la independencia argentina, al entregar al ingeniero Alvarez Condarco la contestación correspondiente, exclamó:

— Yo firmo con mano blanca, no como la de su general, que es negra.

Más tarde, al saber que el ejército patriota había penetrado en territorio chileno, puso a precio la cabeza del general argentino.

Después de la victoria de Chacabuco, el mandatario español huyó de la capital, con el propósito de embarcarse en Valparaíso, siendo hecho prisionero antes de poder realizarlo.

Conducido a presencia de San Martín, éste lo recibió de pie, y con suma amabilidad le tendió la mano, agregando con tono amistoso y risueño:

— ¡Oh, señor general! ¡Venga esa mano blanca!

Luego lo introdujo en su gabinete de trabajo y conferenció con el vencido.

De esa manera se vengaba el noble patriota de quien lo había insultado y puesto a precio su cabeza.

—

ESCUDO DE ARMAS de la familia del general SAN MARTIN



Trofeos para Buenos Aires

A la Municipalidad de Buenos Aires

»En la campaña que ha decidido la independencia del Perú ha tomado el ejército libertador, entre otros varios trofeos, cinco banderas y dos estandartes que se hallaban en poder de los enemigos de América. Recobrados ahora por el valor del ejército unido, es muy justo ofrecer este monumento de la gloria a aquellos pueblos que han contribuído a los progresos de la causa pública con la energía, decisión y constancia; y ocupando entre ellos un lugar tan distinguido la ilustre Buenos Aires, tengo el honor y la satisfacción de remitir a V. E., con el coronel don Juan O'Brien, las mencionadas banderas, y dos estandartes, que suplico a V. E. se sirva aceptar como un tributo de consideración que le presentan las tropas de mando y disponer que sean deposotados en donde V. E. tenga por conveniente. Dios guarde a V. E. muchos años. — José de San Martín.»

Consagración de los ideales de Mayo

EL 9 de Julio, ante numerosa barra y el pueblo todo, que circundaba la augusta casa, donde se celebraba el Congreso de Tucumán, llenos de alborozo y levantando las manos en señal de adhesión y juramento, los diputados hacen la siguiente declaración, confirmación de la Asamblea del 13, y consagradora una vez más de los ideales de Mayo:

"Nos, los Representantes de las Provincias Unidas de Sud América, reunidos en Congreso General, invocando al Eterno, que preside al Universo, en nombre y por la autoridad de los pueblos que representamos, protestando al Cielo y a las naciones y hombres todos del globo, la justicia que regula nuestros votos: declaramos solemnemente a la faz de la tierra, que es voluntad unánime e indubitable de estas Provincias, romper los vínculos que las ligaban a los reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despojadas e investirse del alto carácter de una nación libre e independiente del rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli, y de otra dominación extranjera.



"Quedan, en consecuencia, de hecho y de derecho, con amplio poder para darse las formas que exija la justicia, e impere el cúmulo de sus actuales circunstancias. Todas y cada una de ellas así lo publican, declaran y ratifican; comprometiéndose por nuestro medio al cumplimiento y sostén de esta voluntad, bajo del seguro y garantía de sus vidas, haberes y fama".

El eco de esta declaración repercutió rápido en todo el país; y los habitantes se incorporaron animosos y con nueva fe al ideal patrio. Disipáronse las brumas que por momentos obscurecieran el diáfano cielo y resplandeciente sol de Mayo. Fué esta declaración del Congreso como un nuevo levantamiento popular; todo se restablecía. Fué el tercer acontecimiento transcendental y avasallador después del de 25 de Mayo y a sus energías y sabias medidas que volaron sobre todos los territorios de Sud América, se debe la organización de gobiernos, ejércitos y el perfecto acuerdo y convencimiento en las masas populares, de que era una realidad sin peligro de regresión la independencia absoluta de este antiguo Virreinato, y este entusiasmo que despertó, no disminuyó ni un ápice, hasta el logro completo de la victoria — lucha que duró algunos años — y su símbolo, la bandera de Mayo, se paseó triunfante llevada por los valerosos soldados de sus ejércitos, desde los Andes al Ecuador, y la República Argentina, allí surgida a la vida política oficial, se organizó sobre tan fecunda y sólida base y su progreso social, económico, material y político, han sido tan rápidos y portentosos que asombran y causan la admiración de cuantos con conocimiento de causa los contemplan.

¿Está Vd. muriéndose sin haber vivido?

¿Qué puede significar la vida en una persona sin ánimo para nada, sin decisión ni energías, débil y cansada? Arrastra su existencia y no ha vivido, porque vivir la vida no es sufrir solamente ni vegetar: ella nos brinda muchas compensaciones. . .

Reaccione: si usted está debilitado, abatido, desganado, si nada despierta mayormente sus entusiasmos, no atribuya este temperamento a una condición de su modalidad. Sencillamente: usted necesita **Hierro** en su sangre para enriquecerla, y **Fósforo** en su cerebro débil para tonificarlo y vencer su apatía, su tristeza, su indiferencia.

Y estos dos poderosos elementos Hierro y Fósforo, pero ambos de origen vegetal, completamente asimilables son los que forman la

FERRO-FITINA

FUENTE DE NUEVA VIDA

Una especialidad única en su género ante cuya acción toda depresión moral desaparece, pues concede una vigorosidad y energías físicas y morales tan firmes y duraderas que ello ha dado motivo para que las más altas autoridades médicas reconozcan en la Ferro - Fitina, el tónico reconstituyente irreemplazable en el tratamiento de la debilidad en todas sus formas, en la anemia y la clorosis.

FERRO - FITINA, es granulada, y disuelta en el, té, café o leche forma una bebida deliciosa.

En las buenas farmacias.

FABRICANTES:

SOCIEDAD PARA LA INDUSTRIA QUIMICA EN BASILEA (Suiza.)



FITINA

REINTEGRA LA VITALIDAD

Para el tratamiento eficaz de la debilidad sexual, nerviosidad y cansancio mental es insustituible.





SINCERIDAD

POR MAX DAIREAUX



¡Ay! ¡Mi amor! ¡Corazón! ¡Qué pena me da verte sufrir así! ¡Te amo, y daría mi vida por salvar la tuya! Pero ¡no! No has de morir. ¡Sanarás! ¡Volverá la alegría de la casa! ¡Viajaremos, felices!

— ¡Pobrecita! Estoy mal. Mis amigas, mis placeres se me han hecho ya indiferentes. Sólo siento al morirme, dejarte sin apoyo

— Calla, Beltrán, me haces mal.

Alicia miró a su marido. Las lágrimas corrían de sus ojos amorosos, su expresión era ingenua, transparente. Beltrán, el moribundo, estaba recostado en un sillón, hizo un esfuerzo y alzóse hasta ella.

— ¡Alicia!... Voy a morir... ¡No llores!... Tengo algo que pedirte. Cuando veo, como hoy, que se me acerca la muerte me entra como una sed de verdad. Sé que me amas. Pero quisiera conocer todos tus pensamientos, todos tus secretos y poseer tu espíritu como poseo tu corazón. Ven. Acércate y dime la verdad; sé sincera como nunca nadie lo es; entonces, sabiendo lo que ningún hombre ha sabido, moriré más triste quizá, pero menos desgraciado.

Alicia secó sus lágrimas, su mirada un segundo fué cruel, y sonrió:

— ¡Vanidoso!

— ¿Por qué?

— Dices que quieres conocer mis pensamientos pero mientes. Lo que quieres es que te hable de ti, que diga lo que te pueda halagar, y no que sea sincera sino que te mienta con aire de sinceridad.

— Te equivocas. He dudado de ti, de tu amor. He creído a veces que tus miradas me engañaban. Prefiero una certidumbre cruel a la duda que me atormenta. Te suplico me digas la verdad

— ¿Lo quieres?

— Sí, Alicia, dímelo todo. ¿Es verdad que me amabas, como lo decías?

— No, Beltrán, no es verdad. No te he amado nunca.

A pesar de su dolor, se rió. Ella pareció desencantada.

— Ya ves. No me quieres creer.

— ¡Claro! Si no me amabas, ¿por qué te casaste conmigo?

— Por la plata.

— Mientes, tenías fortuna.

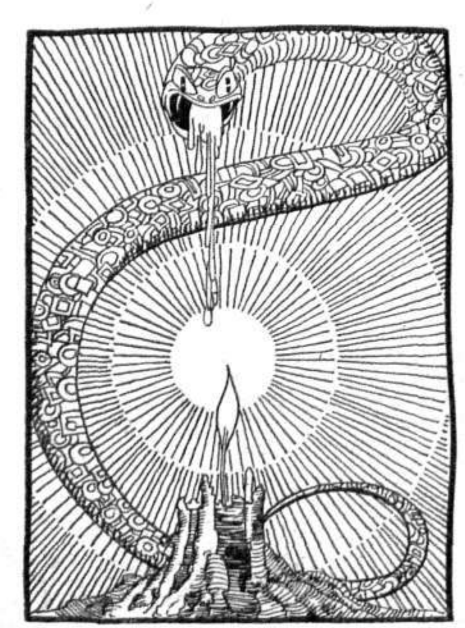
— La fortuna que uno tiene siempre parece chica. Lo que yo quería era la tuya. La tuya que me permitiría comprar las alhajas deseadas, el lujo, la vanidad. Mentí primero para conquistarla y luego para gozarla en paz.

— Y ¿quién me dice que no es ahora que mientes?

— Eres insoportable, Beltrán. Te lo repito, nunca te he amado y desde que sé que tienes un cáncer...

— ¿Un cáncer?

— Pero, sí. Lo que tú, ¡estúpido! llamas dolor de estómago, es un cáncer del cual pronto morirás.



Y yo espero tu muerte. Nunca te amé, pero me eras indiferente, y desde que sé que tienes esa porquería en el vientre, te tengo asco, y espero con ansia que me libres de tu presencia. Créeme, Beltrán, el tiempo se me hace largo. Tardas en morir, ¡tardas!

Las manos crispadas sobre el sillón, Beltrán se enderezó:

— ¿De dónde tomas el coraje para hablarme así?

Y ella, sencillamente extrañada:

— ¿No me habías tú pedido la verdad?

— Pero, ¿eres un monstruo?

— El no ser amados siempre nos parece monstruoso. Tú eres violento e injusto. ¡Resígnate!

— No te creo.

— Y ¿a mí?



— Dame pruebas, entonces, de que dices la verdad.

— Que lo diga, ya es una prueba. Pues si algún día te hubiese querido no te hablaría así. Pero recuérdate; hace pocas semanas me pediste que rezara por ti, y rehusé, y las razones que te di te sorprendieron, porque sabes que soy piadosa. La verdad es que no podía rezar por algo que no deseo.

— ¡Habla! ¿Qué más?

— El año pasado quisiste un tapado forrado de pieles. Quise oponerme, me parecía inútil, pero como insistieras, te pedí que lo hicieses muy lindo, de visón, igualito a mi tapado. Te imaginaste, ¡imbécil! que era por cariño. Yo pensé que, así, cuando te murieras podría ensanchar mi tapado y no lo habría perdido todo. No te quiero, pero soy práctica.

El la miraba con espanto. Con voz suave, ella prosiguió:

— Ahora, te lo he dicho todo. Puedes morir tranquilo. Y cuando estés muerto...

— ¿Cuando esté muerto?...

— Pues yo, «yo» seguiré viviendo. Habrá días de sol, perfumes en el aire, y seré elegante, bella, fresca, y no pensare en ti sino para alegrarme de estar sola. Y saldré cuando se me antoje, y volveré cuando me dé la gana...

— ¿Es que amas a otro?

— ¡Ni eso! Lo lamento, pero no te puedo dar ese consuelo. Si te prefiriese a otro hombre gritarías, me pegarías pero comprenderías. Te prefiero, nada más. Ya sabes ahora *lo que querías saber*. Puedes, pues, irte tranquilo. Lo más prontito, mejor. ¿He?

Cogió los guantes, se puso polvos, se levantó.

— ¿A dónde vas?

— ¡A bailar! Piensa que cuando te mueras estaré de luto. Aunque sea por decencia, me tendré que guardar las formalidades.

Se puso el hombre en pie, y la tomó fuertemente de las muñecas:

— Te quedarás, — le dijo — hasta que me digas que has mentido.

— Te dij la verdad. Déjame, me lastimas.

De pronto, la soltó, con voz sollozante.

— Alicia. Por piedad. Aunque mientas ahora, dime que has mentido, que un poco me has querido, dímelo.

Pero sólo vió la mirada dura de la mujer, su boca sellada por el silencio, y cayó de bruces en el suelo, llorando.

Ella se arregló el vestido, miró a su esposo por última vez, con desprecio, se encogió de hombros y salió.

* * *

Volvió a las dos de la mañana. Las luces estaban prendidas. Se oían voces en el interior de la casa; la sirvienta aguardaba en el zaguán.

— ¿Me esperó, Juliana? ¡Qué valiente!

— Señora, le tengo que decir...

— No me diga nada. Estoy rendida. He bailado como un trompo... y bebido como cuatro; hasta creo que estoy un poco... así. — Y suavemente se reía.

— Señora...

— Vamos, ayúdame a meterme en la cama. No puedo más.

Y cuando estuvo acostada, ya casi dormida, la sirvienta, por fin, se animó a decirle:

— Señora, debo decirle que después que la señora salió, el señor se colgó de la araña, en la sala.

— No me diga... ¡De la araña!... ¡Pues vaya una idea!... ¿*La rompió*?

— ¡No, señora! ¡Pero murió!



— ¡Cómo son de tontos los hombres! ¡Parece increíble!... Bueno, Juliana, buenas noches, puede retirarse. — Cerró los ojos, y con voz somnolienta ordenó:

— ¡Ah!... Juliana... No se olvide de llevar mañana el tapado de pieles del señor a la peletería, junto con el mío..., es para un arreglo...

Dióse vuelta, suspiró, y tranquilamente se durmió.

Página de bronce

Excmo. señor:

La causa de la humanidad con que está tan íntimamente enlazada la gloria de la patria y la felicidad de las generaciones, debe forzosamente interesar con una vehemencia apasionada a las madres, hijas y esposas que suscriben.

Destinadas por la naturaleza y por las leyes a llevar una vida retirada y sedentaria, no pueden desplegar su patriotismo con el esplendor que los héroes en el campo de batalla. Saben apreciar bien el honor de su sexo a quien confía la sociedad el alimento y educación de sus jefes y magistrados, la economía y el orden doméstico, base eterna de la prosperidad pública; pero tan dulces y sublimes encargos las consuelan apenas en el sentimiento de no poder inscribir sus nombres entre los defensores de la libertad de la patria.

En la actividad de sus deseos han encontrado un recurso que siendo análogo a su constitución, desahoga de algún modo su patriotismo.

Las suscritoras tienen el honor de presentar a V. E. la suma de... pesos que destinan al pago de... fusiles y que podrá ayudar al Estado en la erogación que va a hacer por el armamento que acaba de arribar felizmente; ellas la substraen gustosamente a las pequeñas pero sensibles necesidades de su sexo, por consagrarla a un objeto el más grande que la patria conoce en las presentes circunstancias. Cuando el alborozo público lleve hasta el seno de sus familias la nueva de una victoria, podrán decir en la exaltación de su entusiasmo: "Yo armé el brazo de ese valiente que aseguró su gloria y nuestra libertad".


DECRETO

Buenos Aires, 26 de junio de 1812.

Admítese este género de donativo de las ilustres patriotas de esta capital y publíquese en la "Gaceta", después de rendírseles las más expresivas gracias a nombre de la patria.

Hay tres rúbricas de los señores del Gobierno (1).

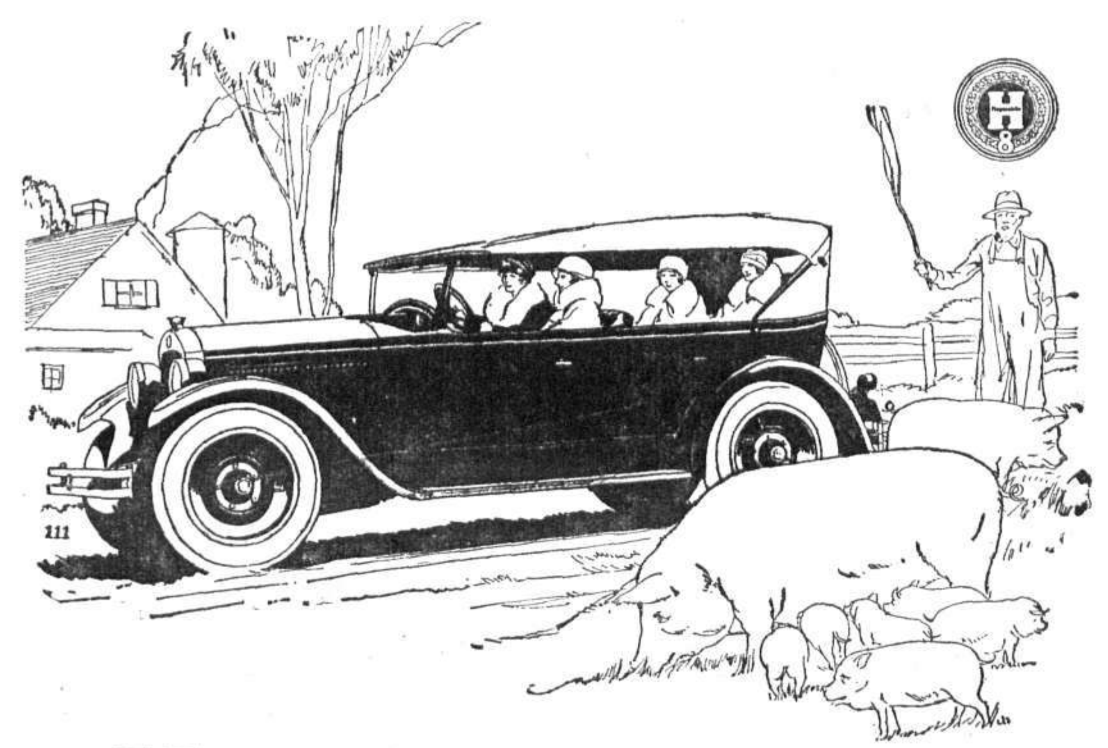
Herrera.
Secretario.

(1) Feliciano Antonio Chiclana, Juan Martín de Pueyrredón, Bernardino Rivadavia.

Dominadas de esta ambición honrosa, suplican las suscritoras a V. E. se sirva mandar se graben sus nombres en los fusiles que costean. Si el amor de la patria deja algún vacío en el corazón de los guerreros, la consideración al sexo será un nuevo estímulo que les obligue a sostener en su arma una prenda del afecto de sus compatriotas cuyo honor y libertad defienden. Entonces tendrá un derecho para reconvenir al cobarde que con las armas abandonó su nombre en el campo enemigo, y coronarán con sus manos al joven que presentando en ellas el instrumento de la victoria dé una prueba de su gloriosa valentía.

Las suscritoras esperan que aceptando V. E. este pequeño donativo se servirá aprobar su solicitud como un testimonio de su decidido interés por la felicidad de la patria. Buenos Aires, Mayo 30 de 1812.

Con un fusil: Tomasa de la Quintana, Remedios de Escalada, Nieves de Escalada, María de la Quintana, María Eugenia de Escalada, Ramona Esquivel y Aldao, María S. de Thompson, Petrona Cárdenas, Rufina de Orma, Isabel Calvimontes de Agrelo, María de la Ecnarnación Andonaégui, Magdalena de Castro, Angela Castelli de Igarzábal; dos onzas: Carmen Quintanilla de Alvear.



Damas inscriptas en la Página de Bronce

Tomasa de la Quintana de Escalada

Es de justicia que sea la primera entre las damas que suscribieron el anterior documento, la dueña de la casa en que tuvo lugar la reunión y a cuya cita concurrieron.

Era de buen linaje, natural de esta ciudad, donde nació, el año 1766, del matrimonio del que fué brigadier don José Ignacio de la Quintana y de doña Petrona Aoix y Larrazábal.

Casada el 14 de junio de 1788, con don Antonio José de Escalada, su hogar fué centro de la mejor sociedad en los tiempos de la Revolución, en la que descollaba por su "renombrada belleza" y suprema distinción.

Con la venia de su esposo, tuvo una casa de comercio, en sociedad con un sujeto que fugó obligándola a liquidar.

Madre de los bravos oficiales Manuel y Mariano Escalada que sirvieron en el regimiento de "Granaderos a caballo", falleció en 1841.

Juana Pueyrredón de Sáenz Valiente

Obló seis onzas de oro.

Nació en Buenos Aires el año 1773, del matrimonio de don Juan Martín de Pueyrredón y doña Rita O'Dogan.

En 1790, contrajo esponsales con don Anselmo Sáenz Valiente, comerciante, y regidor en 1807.

Cuando en 1809, fué preso su hermano, el ilustre Director Supremo de 1816 a 1819, ella se presentó en el cuartel de Patricios y exhortó a la guardia que la custodiaba, diciéndole: ¿Consentiréis que sea sacrificado vuestro compatriota y amigo por la cruel injusticia de un gobernante? ¿Consentiréis que sea expulsado de su país, tal vez, para siempre, sin hacerle un cargo, sin oirle y sin juzgarle? "No, Patricios! dejad que huya mi hermano, si no queréis haceros cómplices de una iniquidad que amenguaría vuestra fama". Y obtuvo que aquél fugase, burlando la persecución de que era objeto, con lo que se aplazó la revolución que recién pudo estallar al año siguiente.


Tomasa de la Quintana de Escalada

Su muerte acaeció, el 14 de junio de 1812, en los días de mayor angustia que se atravesaron, por los actores de nuestra redención política; así es que no le fué dado alcanzar los días en que su hermano dirigió los destinos del país y aumentó las glorias de la revolución.

Mercedes Alvarez de Segura

Nació en la ciudad de Mendoza, el 8 de septiembre de 1800. Hija de don Damián Alvarez y Manuela Morón, era sobrina carnal de los guerreros de la independencia general Bruno y coronel Juan Bautista Morón.

Residía en Buenos Aires, en casa del segundo de éstos, cuando la esposa del general San Martín fué a unirse con él y la llevó de compañera de viaje.

Ayudó a bordar la bandera de los Andes, y es la única que pudo verla a través de ochenta años, en la casa de Gobierno, en que está hoy depositada.

En 1828 se casó con el señor Tiburcio Segura, formando un hogar estimable que la vió desaparecer de senectud, el 22 de noviembre de 1893.

Meses antes todavía refería con toda prolijidad el honor de oir de sus labios, recuerdos interesantes de los grandes días de la *Heroica Cuyo*.



El Corazón

masculino se conquista por lo que el hombre ve con sus ojos. Un cutis aterciopelado, juvenil y completamente natural encanta, atrae, subyuga; esto todas las mujeres lo saben, pero, no todas conocen un método sencillo e infalible para lograrlo.

Todas las noches, antes de acostarse, hay que untarse la cara con cera pura mercolizada, retirándola con un poco de agua tibia a la mañana siguiente. Después de unos diez días de este tratamiento, se verá que toda la cutícula vieja se habrá desprendido, desapareciendo para siempre con todas sus pecas, manchas, arrugas y demás imperfecciones, dejando a la vista, en cambio, un cutis sano, bello, joven, imposible de obtener con cualquier otro medio.

Millones de mujeres de todos los países del mundo han probado este método con todo éxito. ¿Por qué no compra usted en su farmacia cera mercolizada, empezando hoy mismo este tratamiento? Sus efectos son realmente maravillosos.

Cera Mercolizada



BALADA DEL BUEN LEÑADOR

POR ROJAS SILVEYRA

DIBUJO DE MACAYA

—Buen leñador de la selva
dame tu hacha, leñador,
la de hoja más bien templada
la que brille más al sol.

Dame la más acerada
de tus hachas, leñador,
la que hiende rocas vivas
y parte encinas en dos.

Si hubiera hachas de diamante
esa sería mejor,
porque las otras se mellan
y las de diamante no.

Quiero el hacha más potente
que mano alguna blandió,
¿no está entre las otras tuyas
la que busco, leñador?

¡Ah! si pudiera decirte
para qué la quiero yo,
para qué te pido el hacha
que parta encinas en dos!

—No necesitas decírmelo,
por algo soy leñador;
la quieres así templada
para herir un corazón.

—Bien sabes mi pesadumbre,
bien la sabes, leñador,
del corazón de mi amada
¿quién te habló, que no fuí yo?

¿Quién te dió la llave mágica
de mi desesperación?
¿Cómo sabes un secreto
que nunca el labio confió?

—Hacha que hienda las rocas
y parta encinas en dos
sólo la quieren los hombres
para herir un corazón.

Vuelve a emprender tu camino,
sigue de tu anhelo en pos,
porque el hacha que me pides
no es hacha que tenga yo!

ENVÍO

Mujer que urdiste mis males
guarda tu mal corazón
porque el hacha que lo hiera
no la tiene el leñador!

Damas inscriptas en la Página de Bronce

Tradición de gloria es la herencia recibida por los argentinos, de aquellos que lucharon por su emancipación política, y en ese cuadro de luz que incendió el patriotismo de nuestros padres, tienen sitio preferente sus esposas y sus madres, que les estimularon y les acompañaron en los días de abnegación y en las horas de dolor, que duró la empresa de regenerar un mundo.

María Eugenia Escalada fué una de aquellas, y en esa primera manifestación del sentimiento popular aparece declarando los suyos, con un alarde y entusiasmo sublimes.

Nació en esta ciudad, el 8 de setiembre de 1781, y era hija de don Antonio José de Escalada y su primera esposa doña Petrona Salcedo.

Criollo con honradez y fortuna, de buen porte y mejor juicio, Escalada debió ser hombre de mérito, pues llegó a los más altos cargos que podían ocupar los naturales de la Colonia: — regidor, alcalde de primer voto, canciller de la audiencia; desempeñando esas funciones fué uno de los que en el cabildo abierto del 22 de mayo de 1810 participó de las opiniones de los más avanzados y dió su voto por la cesación del virrey en el mando, para que lo asumiese aquel cuerpo con genuina representación del pueblo. Su casa fué uno de los templos en que se adoraba y bendecía a la patria y a la libertad, durante la revolución, y en ese hogar se anidó se dió alas al genio que debía ser libertador de medio continente. Murió amado y respetado, en 1821, y su esposa, la sobrina del virrey Vértiz, llamada la gran señora, había fallecido en esta ciudad, la misma de su nacimiento, treinta y siete años antes.

María Eugenia Escalada creció entre los halagos de un padre amoroso, rico y arrogante, y niña aun, se casó con José de María, el 7 de Junio de 1797.

Era bella y dignísima, y la sociedad de entonces, pequeña pero escogida, le concedió las distinciones y homenajes que se exigían en sus salones.



María Eugenia Escalada de De María.

Fué una patricia y así se deduce del documento que existe en el archivo nacional, donde en la lista de donativos a que hicimos referencia, dice:

"Doña María Eugenia Escalada ha oblado dos onzas de oro para tan digno objeto y manifestando con las expresiones más vivas sus relevantes sentimientos".

A Buenos Aires le cupo la gloria de ser donde principalmente se preparaban los elementos y se disciplinaban los soldados que iban a proclamar y sostener el nuevo orden de cosas. Tuvo mujeres esforzadas que, sin vacilación ni temor, se disponían a arrostrar las crueldades de que habrían sido víctimas, si la empresa redentora hubiese fracasado, y ellas animaron con entusiasmo y energía a los que marchaban hacia donde el peligro era más recio.

Pero hubo un momento angustioso para la causa, en 1812, cuando se había evacuado el Paraguay, retirado nuestro ejército de la ciudad oriental y se estaba en la incertidumbre de la suerte que cabía al que se encontraba en los alrededores de Tucumán. Fué a mediados de este año, cuando el Triunvirato se encontró, en situación tan solemne, escaso de recursos, y es en esa ocasión que las matronas argentinas se reunieron y ofrecieron costear las armas que llegaron de los Estados Unidos.

Una de ellas fué doña María Eugenia Escalada.

Después, la ausencia de su esposo, las atenciones de familia, la anarquía que sobrevino, etc., fueron motivos para que se retirase al silencio del hogar, hasta el día en que la muerte la arrebató al cariño de los suyos y al aprecio de la sociedad, el 29 de octubre de 1822.



"De la hermosa España nos viene el perfume con que soñábamos".

Así dicen las compradoras de los nuevos productos "Jardines de España". Dotados de poderosa originalidad, de intenso y delicado aroma, los selectos productos de esta reciente creación son acogidos con cariño en todas partes. Úselos usted, señora. Fragantes flores de los jardines españoles incorporaron a ellos sus perfumes. Su calidad y pureza, unidas a su elaboración perfecta, justifican la predilección que les otorga el público distinguido. Los

Jardines de España

perfuman el mundo.

Jabón. - Colonia. - Extracto.
Polvos. - Loción, etc.

PERFUMERÍA GAL
MADRID

DE VENTA EN LOS PRINCIPALES ESTABLECIMIENTOS DE AMÉRICA

Damas inscriptas en la Página de Bronce

Carmen Quintanilla de Alvear

Nació en Jerez de la Frontera, en 1793, hija del contador entretenido de millones de la ciudad de Burgos, don Juan Sáenz de Quintanilla y doña Joaquina María Camacho.

Contrajo matrimonio en Cádiz el 26 de julio de 1809, con el alférez de carabineros reales, don Carlos de Alvear. Cuando su esposo, después de haber servido en los ejércitos españoles durante la guerra contra los franceses, asistiendo a las batallas de Talavera, Yevenes y Ciudad Real, se resolvió a prestar sus servicios en favor de la independencia americana, se trasladó con él a Londres y de allí en la barca "Jorge Canning" pasaron a Buenos Aires, arribando a esta ciudad, el 6 de Marzo de 1812.

La recomendable conducta de su esposo y otros militares que, como José de San Martín, José Matías Zapiola, Eduardo Holmberg, venían a ofrecer su espada a la causa de la libertad, así como la belleza, vivacidad e inteligencia de su compañera, fueron motivos para que se les recibiese con aprecio y simpatía.

Incorparada desde el primer momento, a la parte más selecta, de la sociedad, suscribió también la heroica nota que se conoce, y desde entonces arraigada en nuestro país, participó de los honores y congratulaciones de que fué objeto su marido en los días de gloria que obtuvo en Montevideo e Ituzaingó, en la época placentera que ocupó el poder y en los tiempos agitados en que las pasiones políticas la mantuvieron en aventuras y campañas tan censurables como desgraciadas.

Enviado el general Alvear en misión a los Estados Unidos de Norte América, de la que no volvió sino su cadáver, su esposa permaneció en Buenos Aires al cuidado de sus hijos, rodeada por el prestigio de su pasado, que animaba su hogar con gratos recuerdos y generosas expanciones.

Falleció en esta ciudad el 31 de marzo de 1867.



Carmen Quintanilla de Alvear

Ana Riglos de Irigoyen

El 3 de agosto de 1788, nació en esta ciudad, Ana Estefanía Dominga Riglos, hija del abogado de la real audiencia de Charcas doctor Francisco Javier de Riglos y San Martín de Avellaneda, y doña Juana Lezica y Ortega — aquél hijo del capitán y alcalde de Buenos Aires en 1756 - 1766 don Marcos José de Riglos, y ella de don Juan de Lezica Torrezuri, regidor y alcalde por los años 1773 y antes en otras ciudades del Perú.

Casó el 22 de diciembre de 1809 con don Miguel de Irigoyen, porteño, hijo del regidor en 1762, caballero de la orden de Alcántara, ayudante mayor de caballería y más adelante en 1820, con el grado de teniente coronel, gobernador de la provincia e intendente de policía por horas y en situación angustiosa.

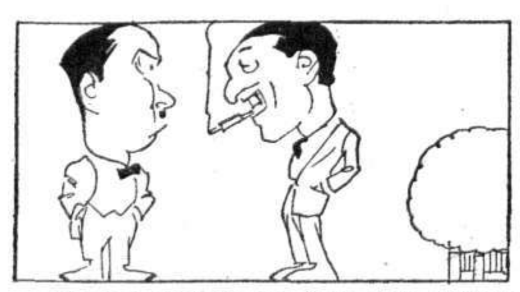
Viuda en 1822, contrajo segundas nupcias con don Antonio María Pirán, falleciendo el 14 de julio de 1870. Se comprometió a sostener dos hombres durante la expedición y donar todas las alhajas de su propiedad en caso de necesidad.

En el "fumoir"

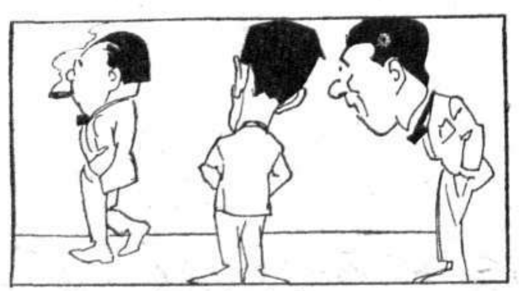
DISCRETEOS



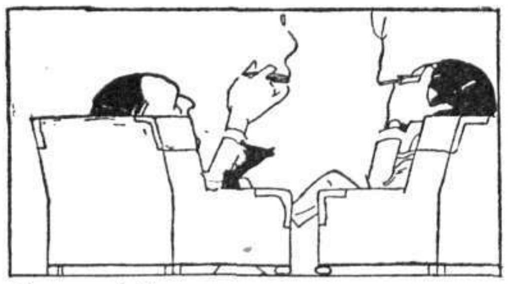
—¿Sabe usted que mañana se baten Javier y el comandante Julio?
—Sí, sabía.
—¿Y usted, quién prefiere que en todo caso muera?
—Me da lo mismo. Los dos son buenos amigos...



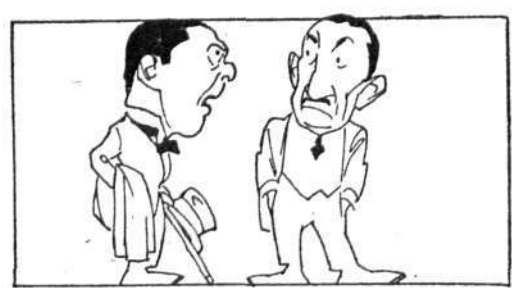
—Me han contado que Luis anda diciendo que soy un idiota...
—No lo creo. Luis no dice nunca lo que piensa de sus amigos.



—¿Ve usted aquel caballero que parece tan serio? Pues cuando se alegra tiene una borrachera terrible, peligrosísima.
—¿Por qué le da?
—Por pedir fiado...



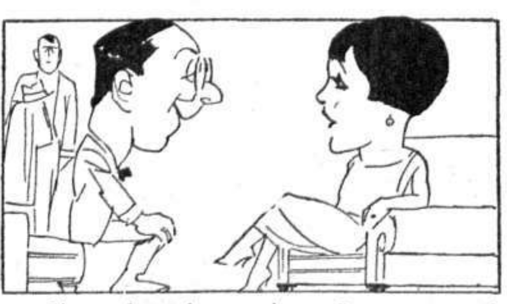
Dos románticos.
—Sí, me conviene esa mujer. Es un magnífico cheque con polleras. Pero es tan zonza y tan gorda... Me asusta pensar que al casarme, tendré que pasar a lo mejor hasta tres horas con ella.
—Una vez casados, no veo la necesidad de pasar tanto tiempo a su lado.



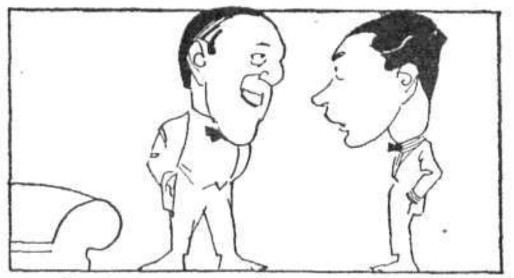
—¿No quiere usted venir mañana conmigo?
—No. Odio el campo. El campo es para los animales.
—¿Y a usted no le gusta?

—¿Qué hora será?
—No sé. No uso más reloj que el de mi conciencia.
—¿Y por qué no le das cuerda alguna vez?

DESPEDIDA DE UN MIOPE

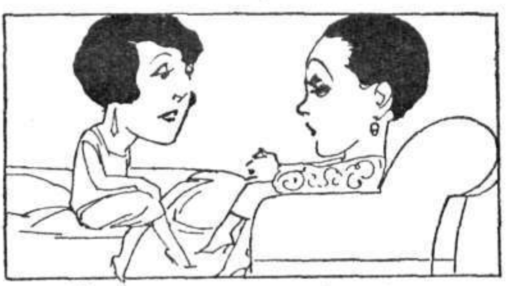


—Si usted me lo permite, señora, esta noche soñaré con usted.
—¿Y cómo podría evitarlo, amigo mío?
—¿Entonces tampoco tendrá usted inconveniente en que me acueste con los lentes puestos?
—¿Y para qué?
—Para ver el sueño más claro...



—Desde hoy voy a ilustrarme, a aprender.
—No se ilustre, joven, terminará por perder las amistades.

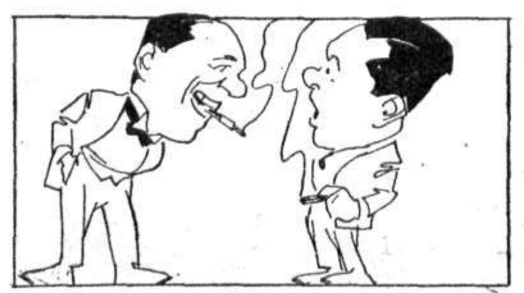
—¡Qué estúpido es ese hombre! Lo detesto.
—¿Por qué? Pues yo, al contrario, busco siempre su compañía. Con él se goza a maravilla la dulce ilusión de creerse solo.



—¿Cómo te casaste con Antonio, un hombre tan estúpido y tan haragán?
—¡Qué querés! Como a mamá no le agradaba el tipo...

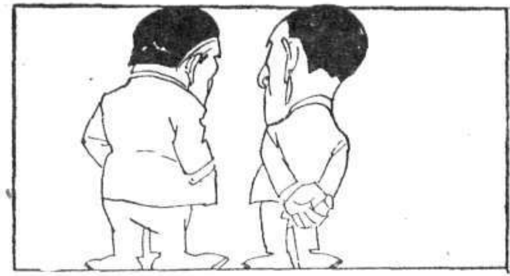
—Te equivocas. La conciencia la tengo muy limpia.
—Claro. Como no la usas...





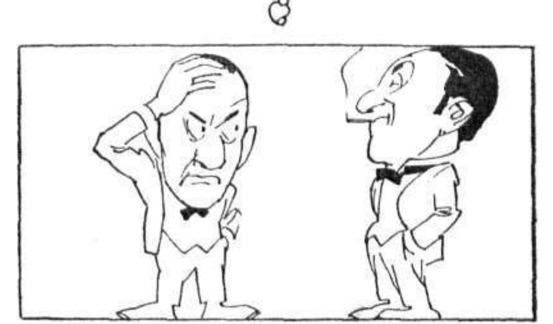
—¿Llegó Jaime a casarse con ella?
—Sí. El hombre decidió echar un velo sobre el pasado de la muchacha.
—Echaría una cortina metálica...

—¿Es posible que sea capitán de un ejército europeo un individuo tan desaprensivo?
—Es un hombre inmoral, pero se portó en la guerra heroicamente. A su pedido, siempre estuvo en el sitio más peligroso...
—¿Prestó servicio en la caja del regimiento?



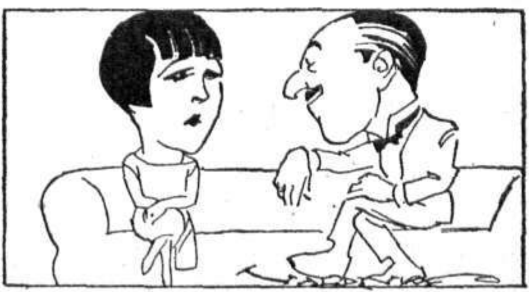
—¿Cómo sigue Jorge?
—Parece que mejor. Ya se han puesto todos los médicos de acuerdo sobre su enfermedad.
—Malo. En las consultas es necesario que haya algún médico que difiera para que exista alguna esperanza...

—Si por algo siento no haberme casado, es por no poder legar a alguien mi apellido.
—¿Cómo se llama usted, señor?
—Gómez.



—No me siento bien. Siento que tengo algo en la cabeza.
—¡Qué exagerado!

—Yo soy muy refinada. Me gustaría un hombre que sufriera un poco de dispepsia.
—Tienes razón. ¡Qué poca cosa debe ser el hombre que no padezca del estómago!...



—¿Pero va usted a tomarme el pelo?
—No, señorita. Y eso que me gusta mucho el cabello de ángel...

—Acérquese, Palmira. En ese corro están su esposo y el sabio doctor Tingel, que adivina el porvenir.
—No, no. Eso me asusta.
—¿Por qué? Si adivinara el pasado...

AGUSTIN REMON

DIBUJOS DE VALDIVIA

Damas inscriptas en las Páginas de Bronce

Mercedes Lasala de Riglos

Nació en Buenos Aires, el año 1763, y fueron sus padres el capitán Juan Bautista Lasala y Agustina Fernández Larrázabal.

En 13 de abril de 1782, contrajo matrimonio con el capitán de Dragones del regimiento "Foji", de esta ciudad y natural de ella, Miguel Fermín Mariano de Riglos, más tarde teniente coronel y gobernador de Chiquitos, desempeñando dicho cargo murió en 1809.

Su viuda, animada del patriotismo que ostentó su familia, dió tres onzas de oro para aumentar los recursos de la expedición.

La consideración de que gozaba en su tiempo, puede juzgarse por el nombramiento de Presidenta que mereció al fundarse la Sociedad de Beneficencia, en 1823, y que subsistió hasta su fallecimiento acaecido, el 1.o de enero de 1837.

Ramona Esquivel y Aldao

Han sido sin resultado todas las investigaciones que se han hecho para obtener datos de esta dama y sólo se ha encontrado la partida de su nacimiento en la pág. 255 del libro 11 de *Bautismos* de la parroquia de la Catedral al Norte de esta ciudad, que dice así:

"En 4 de agosto de mil setecientos cincuenta y siete años, con mi licencia, el doctor don Juan Baltazar Maziel bautizó, puso óleo y crisma a Rafaela Ramona, de cinco años de edad, hija legítima de don Félix Esquivel y de doña Rosa de Aldao: fué padrino don Diego de Arriada, de que doy fe — *Doctor José de Andujar*".

En la lista de donativos para la expedición auxiliar al Perú, en 1810, aparece donando tres onzas de oro por ella y por su esposo.



Magdalena Güemes de Tejada

Magdalena Güemes de Tejada

En la ciudad de Salta nació el 12 de diciembre de 1787 del matrimonio de don Gabriel de Güemes Montero, comisario de guerra y ministro general de la Real Hacienda de la Provincia, con doña María Magdalena Goyechea.

Casada el 24 de octubre de 1803 con don Román Tejada, falleció, el 7 de junio de 1866.

Aparece en la lista de donativos con que concurrieron los vecinos de aquella Provincia, con cincuenta pesos fuertes.

Decidida y valiente, fué activa cooperadora en los esfuerzos y campañas de su hermano, el preclaro general que contuvo las invasiones realistas, al Norte de la república.

Su belleza y su ánimo, eran tan notables como su patriotismo, y a su intervención se debió el convenio de paz, entre las tropas del general Rondeau y las fuerzas que acaudillaba su hermano el año 1816.

Angela Castelli de Igarzábal

Hija del eminente patriota, el doctor Juan José Castelli y de la señora María Rosa Linch, nació en esta ciudad, el año de 1794.

Había contraído matrimonio, pocos días antes de la fecha que lleva el documento famoso, con don Francisco Javier Igarzábal, actuando como testigos de la ceremonia don Antonio José de Escalada y su esposa — y posteriormente con el coronel Antonio Rodríguez, y, en 1827, con el señor Samuel Lea. Vivió estimada por la sociedad porteña, alcanzando a una edad avanzada, pues, su deceso tuvo lugar, el 25 de octubre de 1876.



CANAS

EL EXITO OBTENIDO POR EL BALSAMO GERMINATOR "SUPER-OMNIA"

radica en que **no es una tintura,** sino un bálsamo esencialmente vegetal (certif. 850), que **elimina radicalmente las canas** por el principio científico de la reconstitución de la papila pelífera (raíz del cabello) a la que restablece la facultad de elaborar el pigmento que ha de devolver al pelo su color natural primitivo, el que, una vez conseguido, no se precisa continuar más tratamiento y, el único en el mundo que

PUEDE DEMOSTRAR SU INOFENSIBILIDAD, SOMETIENDOSE A LA MAS EXIGENTE PRUEBA DE

"MOJARSE LOS OJOS CON EL, SIN QUE ORIGINE LA MENOR MOLESTIA".

A una planta que se seca, no pintarle las hojas, pues, aparte de durar poco el engaño, acabaría de secarlas, por las sales de plomo que contienen las Pinturas.

"CURE SUS RAICES Y REVERDECERA".

Lo mismo en el cabello, **sólo eliminará usted sus canas** cuando cure la raíz del pelo y no la mate usted con las sales metálicas de que están compuestas las tinturas con que pretende engañarse.

El **BALSAMO GERMINATOR "SUPER-OMNIA"** no es grasoso ni ensucia; es esencialmente vegetal y se aplica como cualquier loción, compitiendo con la más fina por su agradable perfume, originario de las plantas y flores de que es tácompuesto.

CALVICIE

Sólo un tratamiento científico, como lo es el BALSAMO GERMINATOR "SUPER-OMNIA", a la raíz del cabello, devolverá a éste su vigor, destruyendo los gérmenes y microorganismos que lo atacan, y vigorizando el bulbo capilar lo prepara para el crecimiento del pelo nuevo en abundancia.

A las primeras aplicaciones detiene totalmente la caída del cabello; elimina de una manera absoluta y radical la caspa, y hace salir pelo nuevo en abundancia.

El **BALSAMO GERMINATOR "SUPER-OMNIA"** fué descubierto por el R. P. Rey, de la R. O. T. H. D. CALATRAVA y el único experimentado en tres Congresos Dermatológicos con los resultados más positivos en el tratamiento de la calvicie y eliminación radical de las canas sin tinturas.

Solicite informes y folletos al Agente Gral. de la Cía. Concesionaria de Calatrava para Sud América:
S. LOSADA — Estados Unidos, 437 — U. T. 4729, Buen Orden

Venta y remisión únicamente en nuestras oficinas al precio de $ 10 m/n frasco y libreto. Enviamos al interior contra giro postal o bancario agregando $ 1 más para embalaie v franqueo. **Aceptamos pedidos por teléfono.**

LA VERDAD SOBRE LA HISTÓRICA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

Fragmento de una carta del general San Martín al general Guillermo Miller, escrita en Bruselas, el 19 de abril de 1827:

... «Me dice usted en la suya última lo siguiente:

«Según algunas observaciones que he oído verter a cierto personaje, *él* quería dar a entender que usted quería *coronarse en el Perú y que éste* fué el principal objeto de la entrevista de Guayaquil». Si como no dudo (y esto porque me lo asegura el general Miller), el cierto personaje ha vertido estas insinuaciones, digo que lejos de ser un caballero, sólo merece el nombre de un insigne impostor y despreciable pillo, pudiendo asegurar a usted que si tales hubieran sido mis intenciones no era *él* quien me hubiera hecho cambiar mi proyecto. En cuanto a mi viaje a Guayaquil él no tuvo otro objeto que el de reclamar del general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú: auxilio que una justa retribución (prescindiendo de los intereses generales de América), lo exigía por los que el Perú había tan generosamente prestado para libertar el territorio de Colombia.

«Mi confianza en el buen resultado estaba tanto más fundada cuanto que el ejército de Colombia, después de la batalla de Pichincha, se había aumentado con los prisioneros y contaba 9.600 bayonetas; pero mis esperanzas fueron burladas al ver que en mi primera conferencia con el libertador me declaró que haciendo todos los esfuerzos posibles sólo podría desprenderse de tres batallones con la fuerza total de 1.070 plazas. Estos auxilios no me parecieron suficientes para terminar la guerra, pues estaba convencido que el buen éxito de ella no podía esperarse sin la activa y eficaz cooperación de todas las fuerzas de Colombia: así es que mi resolución fué tomada en el acto creyendo de mi deber hacer el último sacrificio en beneficio del país.



«Al siguiente día y a presencia del vicealmirante Blanco, dije al libertador que, habiendo convocado al Congreso para el próximo mes, el día de su instalación sería el último de mi presencia en el Perú, añadiendo: Ahora le queda a usted, general, un nuevo campo de gloria: en él va usted a poner el último sello a la libertad de América. (Yo autorizo y ruego a usted escriba al general Blanco a fin de ratificar este hecho).

«A las dos de la mañana del día siguiente me embarqué, habiéndome acompañado Bolívar hasta el bote y entregádome su retrato como una memoria de lo *sincero* de su amistad. Mi estada en Guayaquil no fué más que de 40 horas, tiempo suficiente para el objeto que llevaba: dejemos la política y pasemos a otra cosa que me interesa más...»

Patricia argentina

¿Qué argentino ignora que el más grande hombre de su patria fué *José de San Martín?*

En cambio, son pocos los que saben quién era su esposa, la digna matrona que con su enlace contribuyó a los hechos y al lustre del general de los Andes.

María de los Remedios Escalada, nació en Buenos Aires, el 20 de noviembre de 1797, y era hija del Canciller de la Real Audiencia, don Antonio José de Escalada y de doña Tomasa de la Quintana.

Creció entre los goces y caricias del hogar, donde fué siempre la más distinguida por su carácter y sus bellas condiciones.

Cuenta la tradición, que su padre la mimaba de tal modo, que no vivía sino consagrado a su educación, tratando de agradarle hasta en sus caprichos.

Tenía 14 años cuando arribó a nuestras playas, tras larga ausencia, el comandante San Martín, y como la casa de los Escalada era un centro de los patriotas de la Revolución, fué de los concurrentes a ella, desde que manifestó sus intenciones de servir a la causa de la independencia.

El viejo Escalada, quizá entrevió en aquel soldado, la pasta de un gran general, y no tuvo inconveniente en aceptar los galanteos a su hija, a pesar de la diferencia de edad entre ambos, que era casi de veinte años. Ella, niña, no muy alta, delgada y de poca salud; él, de edad provecta, estatura atlética, robusto y fuerte como un roble.

San Martín, vinculándose a esa familia, conquistaba posición y atraía a sus filas un cuadro de oficiales que, como sus hermanos políticos Manuel y Mariano y sus amigos los Necochea, M. J. Soler, Pacheco, Lavalle, los Olavarría, los Olazábal y otros, daban brillo y harían honor al regimiento que empezaba a formar.



Remedios Escalada de San Martín.

El matrimonio se efectuó privadamente, el 12 de Noviembre de 1812, y fueron testigos "entre otros — dice la partida original — el sargento mayor de "granaderos a caballo", don Carlos de Alvear y su esposa Carmen Quintanilla".

No habían pasado tres meses de esta ceremonia, cuando el teniente coronel San Martín tuvo ocasión de recoger el primer laurel de sus triunfos, junto al convento de San Lorenzo, y desde entonces, acentuada su fisonomía militar y su importancia para la guerra, comenzó la vida pública que terminaría simultáneamente con los días de su esposa.

Cuando el ejército marchó en enero de 1817, el general en jefe también dejó el hogar, y éste, desde entonces, no le vió sino de paso, antes o después de sus victorias.

Vivió en Buenos Aires, en casa de sus padres, esperando siempre la vuelta anunciada de su esposo.

Estaba abatida y enferma, y la muerte de su padre agravó su malestar en 1822.

Los médicos aconsejaron que saliera al campo, y fué con toda la familia a la quinta, donde falleció tísica, el 3 de agosto de 1823.

"Murió como una santa — nos decía una de las sobrinas, que rodeó su lecho en los últimos instantes — pensando en San Martín, que no tardó en llegar algunos meses después, con amargura en el corazón y un desencanto y melancolía que no le abandonaron jamás".

En el cementerio de la Recoleta hay un pequeño monumento de mármol que hizo levantar su esposo, en 1824, y que dice: *Aquí yace Remedios de Escalada, esposa y amiga del General San Martín*, y cubre los restos de la que fué digna hija, virtuosa esposa, madre amantísima, patricia esclarecida y mujer merecedora del respeto general.



La policía norteamericana emplea

el Revólver SMITH & WESSON para perseguir a los delincuentes

porque es el arma más segura. Su sólida construcción y la precisión de su mecanismo, ponen a cubierto de accidentes fortuitos.

Exija esta marca estampada en todos los revólveres legítimos:



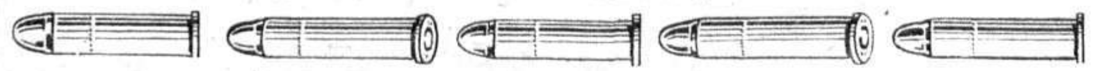
La mejor defensa personal y del hogar la constituye un Revólver SMITH & WESSON.

Se venden en todas las buenas Armerías.

FABRICANTES:

SMITH & WESSON, Inc.

SPRINGFIELD — MASSACHUSETTS, E. U. A.





LAS NUEVAS GENERACIONES

En este día de la patria quiero comentar, con serenidad y con el deseo de contribuir a la disminución de un mal, la falta de patriotismo de las nuevas generaciones. No se trata del patriotismo en el sentido vulgar, sino del verdadero amor por las cosas de nuestro país. Y voy a referirme principalmente a los jóvenes escritores y a los que suelen ser denominados «intelectuales», pues son los que mejor conozco.

Los hombres de mi generación venimos luchando, desde hace veinte años, por algunos ideales argentinistas. Hemos tratado de revelar en nuestras novelas, en nuestros versos y en nuestra obra ideológica, diversos aspectos físicos y espirituales del país. Los paisajes, los hombres, los sentimientos argentinos han sido estudiados con cariño por los escritores de mi generación. Fuimos rebeldes a los veinte años, como todos los jóvenes, pero nunca negamos el pasado. Sabíamos que una tradición nos unía a Sarmiento, a Estrada, a José Hernández, a los escritores de épocas anteriores. Nuestra cultura era a la vez europea y argentina. Mirábamos hacia las grandes naciones, pero no olvidábamos nuestro país.

Los actuales jóvenes de poco más de veinte años, parecen no interesarse en absoluto, salvo raras excepciones, por las cosas argentinas. Como la generación que precedió a la nuestra, buscan sus modelos y sus maestros en el extranjero. Ignoran el país, desconocen la tradición argentina. En una encuesta tristemente célebre, declararon que no tenían ni necesitaban maestros. Esto no les ha impedido colocarse en serviles actitudes discipulares respecto a escritores y pensadores extranjeros. Imitan sus prosas difíciles y pretenden aplicar a nuestra vida argentina ideas que han surgido de la observación de una realidad harto distinta de la nuestra.

Dos grupos principales advierto entre los jóvenes. Los que tienen preocupaciones políticas son bolsheviques. Ignoro lo que quieren para nuestro país. En las revistas universitarias y juveniles elogian inmoderadamente a los siniestros gobernantes de Rusia. Declamadores e ignorantes, repiten, en sus prosas sin precisión y sin sintaxis, los lugares comunes de la demagogia internacional.

El otro grupo juvenil, más culto e inteligente, no es menos extranjerizado. Sus ojos están en Madrid o en París. Del mismo modo que aquéllos importan del exterior sus sentimientos políticos — no me atrevo a decir sus ideas políticas — así estos jóvenes, con ambiciones literarias, importan de París, ya directamente o ya por vía Madrid, sus sentimientos, sus opiniones y sus gustos estéticos.

Todo es extranjero en estos jóvenes, que viven ajenos a nuestras realidades. Si el bolsheviquismo es inaplicable a nuestra política, no son menos inaplicables a nuestra literatura de pueblo joven, sano y optimista, los procedimientos y los gustos de los escritores de naciones viejas, gastadas en el sufrimiento de la gran guerra y agobiadas en la espectativa dolorosa de un porvenir obscuro.

Yo quisiera que los jóvenes argentinos conociesen nuestro país, nuestra historia, nuestra literatura, nuestra tradición. Solamente así podrían comprender las realidades políticas argentinas y todo lo que contiene de interesante, desde el punto de vista literario, la vida nacional.

Este es el verdadero patriotismo para nosotros: estudiar, comprender, amar lo argentino. Hay quienes se dicen patriotas y no han tenido jamás una mirada de simpatía para las cosas argentinas. No ama a su país aquel que lo ignora o aquel que lo ve con ojos extranjeros. Por esto no son patriotas nuestros jóvenes. Todo lo argentino, lo esencialmente argentino, les es extraño.

MANUEL GÁLVEZ

CANAS

Los Años Pasan Rápidamente

Haga todo lo posible por detenerlos. Cuando sus cabellos encanecen, Vd. tiene el deber de ocultarlos: se lo imponen las exigencias de la vida moderna. En la oficina, en el hogar, en la calle, en el salón de baile, en todos los círculos, **la juventud es la que triunfa.** Haga Vd. que sus cabellos canosos recobren su color natural exacto, rubio, castaño o moreno, y habrá ganado diez años en apariencia juvenil.



Su Aplicación Simple,

es lo que más maravilla a todos los que usan "LA CARMELA". Se aplica con la mano, al peinarse, como si se tratara de una loción cualquiera y sin necesidad de lavados y precauciones, pues no mancha y es absolutamente inofensiva.



Hoy no es necesario

recurrir a tinturas químicas molestas y peligrosas en su aplicación.

Sus canas desaparecerán con unas cuantas fricciones higiénicas de

AGUA DE COLONIA

"La Carmela"

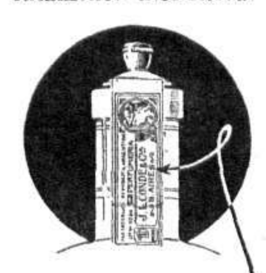
El producto de confianza que no tiene rival.

En venta en todas las tiendas, farmacias y perfumerías.

Precio del frasco: $ 8.— Interior:...... $ 8.50

J. L. CONDE & Cía. - C. Pellegrini, 426 - Bs. Aires.

En el Uruguay: Soriano, 780 - Montevideo.
En el Paraguay: Gral. Díaz, 402 - Asunción.



IMPORTANTE

Sólo son legítimos los frascos que llevan la estampilla fiscal INTACTA con el nombre J. L. CONDE y Cía. pegada en el cuello como en este facsímile.

La Moda para OTOÑO e INVIERNO

está contenida en la hermosa colección de modelos que presentan las Nuevas Carteras "MARTI".

140 FIGURINES Y 140 PATRONES

de vestidos, blusas, chaquetas, capas, tapados, trajes "tailleur", etc., etc., con sus correspondientes trazados a tamaño natural y graduados para todos los talles desde el 42 hasta el 60.................. $ 5.-

Cartera Ropa Interior de Señoras, cada una.............................. $ 4.—
" para Niñas, cada una.............................. $ 3.—
" para Ropa interior de Niñas o de Varones, cada una.............................. $ 3.—
Ajuar completo para recién nacido y bebé, cada uno.............................. $ 3.—

Tenemos, además, sesenta Carteras distintas con toda clase de prendas.
SOLICITE FOLLETO ILUSTRADO. — LO ENVIAMOS GRATIS.

J. L. CONDE & Cía. — Carlos Pellegrini, 426 — Buenos Aires.



La bandera de los Andes

Organizado y listo para emprender la campaña restauradora de Chile, el ejército que formó el general San Martín en la ciudad de Mendoza, cuando finalizaba el año 1816, resolvió, en virtud de órdenes superiores, mandar hacer la bandera nacional que debía cubrir las armas expedicionarias a aquel país.

La señora Dolores Prats de Huysi, chilena, emigrada desde la reconquista española en 1814, se dedicó a confeccionarla, ayudada por las señoritas mendocinas Laureana Ferrari, Mercedes Alvarez y Margarita Corvalán, y una vez terminada se juró en la plaza de la capital de la provincia de Cuyo, el 5 de enero de 1817, en cuyo acto, el general en jefe la saludó, como la primera bandera independiente que se bendecía en América, agregando, con fuerte voz: "¡ Soldados! Jurad sostenerla muriendo en su defensa, como yo lo juro" — juramento que, respondido por millares de voces y descargas de fusil y artillería, bautizaba con esperanzas de gloria a la que debía flamear triunfante, desde ese rincón oriental de la cordillera de los Andes, por sus más altas cimas y hondos valles, hasta la línea del Ecuador, a donde alcanzando la sombra de sus pliegues, se coronaría una etapa de la obra redentora, en la jornada de *Pichincha*.



Bandera del ejército de los Andes.



Laureana Ferrari de Olazábal.

LAUREANA FERRARI DE OLAZABAL

De los vecinos de Mendoza que más cooperaron a la empresa de la reconquista de Chile, fué don Joaquín Ferrari, que puso a disposición del gobernador-intendente todos los recursos que poseía, y que mereció también el aprecio y consideración de San Martín.

Una de la hijas de su matrimonio con María del Rosario Salomón, fué Laureana, nacida el 4 de julio de 1803, que conquistó el corazón de uno de los más bravos oficiales del ejército, el después coronel Manuel de Olazábal.

El mismo general en jefe solicitó su mano y la honró con su padrinazgo de matrimonio, en 1819, y más tarde, de bautismo, del mayor de sus hijos.

No sólo trabajó en preparar la bandera que debía cubrir las armas bajo cuya sombra marchó su prometido, sino que, de su abanico, se tomaron las lentejuelas que servirían para adornar sus bordados.

En la agitada vida de su esposo, le acompañó con numerosa familia, cerca de los campamentos, y en el destierro.

La venerable matrona murió en Buenos Aires el 6 de septiembre de 1870.

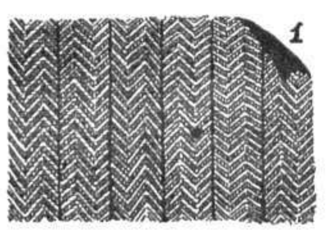
100 MIL CORTES

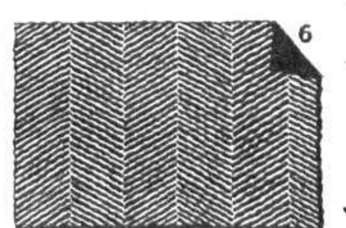
de ricos casimires, a $ 14.80 c/u.

(3 metros)

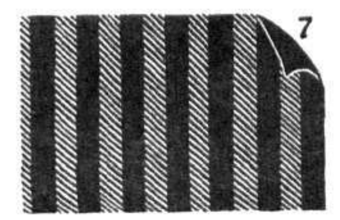
PARA CONMEMORAR DIGNAMENTE LOS

25 AÑOS DE EXISTENCIA DE MI CASA COMERCIAL









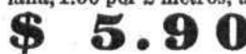
Ofrezco esto por muy POCOS DIAS

Se trata de buenos casimires nacionales, de pura lana, en tipos ingleses, de mucho abrigo y duración. De estos casimires, PARA TAPADOS DE SEÑORA Y SOBRETODOS, vendo cortes de 2.20 metros, a sólo

$ 10.90

OTRAS OCASIONES

50.000 FRAZADAS "SIBERIANA" gris, de pura lana, 1.50 por 2 metros, a



$ 5.90

Grandes saldos de sargas, gabardinas, cheviots, mantas, ponchos, franelas, etc.

Los pedidos de la campaña

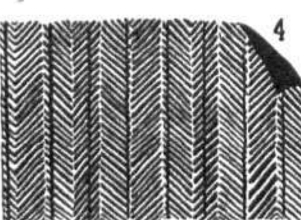
pueden hacerse solicitando los gustos que se deseen, de acuerdo al número que llevan estos grabados, de los cuales hay en 3 colores: marrón, gris y gris obscuro; los que serán atendidos previo giro del importe correspondiente.

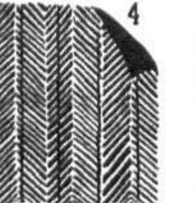
SI ES Vd. COMERCIANTE

y no compra en mi casa, no podrá competir con los demás.















FERNANDO SANJURJO

ALSINA 1000

BUENOS AIRES

U.T. 4862, Rivadavia



Un valioso documento histórico

El grabado que publicamos, facsimil de una de las fojas de servicio del general San Martín, es uno de los más valiosos e interesantes documentos de la historia del Libertador, por cuanto con laconismo militar revela la intensa vida guerrera que desde su niñez hiciera el Gran Capitán. Aumenta y valoriza el interés histórico del documento, la firma que lo autoriza, la de don Rafael Menacho, general que murió pocos años después, defendiendo heroicamente la plaza de Badajoz, en la guerra de la Independencia española.

Por la lectura de esta foja se advierte que don José de San Martín y Maturranas, capitán segundo del batallón de infantería ligera, "Voluntarios de Campo Mayor", era natural de Buenos Aires, América (Sud), de *calidad* noble, hijo de capitán y que a la sazón contaba 25 años de edad.

De la suma de los años de servicio se desprende, que ingresó de cadete en el regimiento de Murcia, siendo casi un niño; tres años despues en 1793, era nombrado segundo subteniente en el mismo cuerpo, ascendiendo a primer sub. en 1794. Segundo teniente 795. Segundo ayudante 1802. Cap. segundo 1804, habiendo servido en el regimiento de Murcia, trece años, cinco meses, cinco dias, y lo restante, en el de *Voluntarios de Campo Mayor.*

Constantemente en campaña, se batió primero en Melilla y Orán, contra los rifeños, luego pasó al Rosellón, en la guerra contra los franceses de la república terrorista, campaña en la cual se distinguió mucho en varias ocasiones, como se menciona en la foja. Después estuvo embarcado un año y veintitrés días en la fragata "Dorotea", de la Real Armada, mandando fuerzas de desembarco y se halló en el combate que dicha nave sostuvo el 15 de Julio de 1798, contra el navío de guerra inglés "El León". Asistió luego a la corta campaña de Portugal, y por último, como es sabido, combatió contra las huestes napoleónicas, que invadieron la Península Ibérica.

BATALLON DE INFANTERIA LIGERA

VOLUNTARIOS DE CANPO MAYOR.

El Capitan Segundo Dn José de San Martin y Matorras su edad 25 años, su Pais Buenos Ayres en America su calidad noble hijo de Capn su salud buena — sus servicios, y circunstancias los que se expresan.

Tiempo en que enpezó à servir los enpleos.				Tiempo que ha que sirve, y quanto en cada enpleo.			
ENPLEOS.	Dias.	Meses.	Años.	ENPLEOS.	Años.	Meses.	Dias.
Cadete	25	Julio	1789	Cadete	3	10	28
Segundo Subteniente	19	Junio	793	Segundo Subteniente	3	5	8
Primer Subteniente	28	Julio	794	Primro Subteniente	.	3	10
Segundo Teniente	8	Mayo	795	Segundo Teniente	7	7	10
Segundo Ayudante	26	Dbre	1802	Segundo Ayudante	3	10	6
Capitan Segundo	2	Nobre	804	Capitan Segundo	—	1	25
Total hasta fin de Diciembre de 1804					16	7	10

REGIMIENTOS DONDE HA SERVIDO.

En el de Murcia trece años cinco meses y cinco dias, y lo restante en este

CANPAÑAS, Y ACCIONES DE GUERRA EN QUE SE HA HALLADO.

Ha echo un Destacamento de 33 dias en Melilla; se ha hallado desde 25 de Junio de 91 sufriendo el fuego que hicieron los Moros en los 33 dias de ataque contra la Plaza de Oran haciendo el servicio con la Compañia de Granaderos en el Cuerpo de Aragon 8 meses de donde pasó al Rosellon y concurrio ala Toma de Torre Batera y Cruz del Hierro Ataque de las alturas de Mombolo; San Marzal y Baterias de Villalonga; en el de Banuls y en sus alturas rechazo alos Enemigos por segunda vez; Hizo una salida ala Hermita de Sn Luc estubo en el ataque que dieron los Enemigos en Portbendre el dia 3 de Mayo de 94 en el que salio ... el 16 ... en la defensa hasta la rendicion de Colibre el 26 del propio mes: Estubo embarcado en la Fragata dela Real Armada la Dorotea un año y 20 dias y con ella se halló en el combate que sostuvo el dia 15 de Julio de 98 contra el navio de Guerra Ingles el Leon; En la Campaña contra Portugal desde el 20 de Mayo de 1801 hasta la Paz, y en el contagio que sufrió la Plaza de Cadiz en 1804.

Rafael Menacho

Facsimil de una de las fojas de servicio del general San Martín.

Prócer argentino

EL doctor Ruiz nació en la ciudad de Buenos Aires, en el año 1773. Fueron sus padres, don Antonio Ruiz y doña Agueda Barragán, siendo éste Alcalde del Barrio N.° 11. La familia Ruiz, constituía una de las principales de aquella época, pues entre sus ascendientes se contaban los Utrera, Troyano - Rivadeneyra, de Silva y Cuello, de la ciudad de Ronda, Andalucía, y entre sus descendientes, otras no menos respetables como Güiraldes, Ortiz Posse, Sáenz Peña, etc.; descendiente, pues, el doctor Ruiz, de una antigua y distinguida familia cuyo origen remoto se pierde entre la nobleza española, encontrábase ligado a otras de tan puro origen como la suya, que fueron más tarde, la continuación de esa austeridad y alta cultura entre las que en aquel entonces constituían el patriciado argentino.



Desde muy joven se dedicó a los estudios eclesiásticos, impulsado tal vez por el ejemplo que le diera su otro hermano Fray Saturnino; de ahí, que lograra recibirse de cura cuando recién contaba veintitrés años de edad. En el histórico Colegio Real de San Carlos, una vez recibido, quedó como profesor de Lógica, cargo que desempeñó por oposición durante varios años. Abogado más tarde, dió patentes muestras de su alta preparación, tanto en la Curia, como en la H. Cámara de Representantes, a la que llegó entre aquella pléyade de ilustres ciudadanos que la componían.

Dictó en el mismo colegio de San Carlos, los cursos de Filosofía, del que fueron alumnos *don Patricio Lynch, don Manuel Dorrego, don Sebastián Lezica, don Esteban de Luca, don Tomás Guido.* Por esta fecha se doctoró en Derecho en la Universidad de Chuquisaca.

Falleció a los cincuenta y cuatro años de edad, el 1.° de Octubre de 1827, siendo cura rector de la Parroquia de Monserrat, y diputado de la Provincia a la H. C. de Representantes, la que con motivo de su fallecimiento envió a la familia la siguiente nota de pésame:

"Sala de Sesiones. En Buenos Aires, octubre 10 de 1827. Penetrada de un justo sentimiento, la sala de Representantes, por el fallecimiento del honorable diputado doctor José Joaquín Ruiz ha encargado al que suscribe, tribute en su nombre a la familia de dicho señor, el homenaje lúgubre de su pesar. Al hacerlo el infrascrito, no puede prescindir de lamentar la pérdida sensible de un ciudadano distinguido, cuyas virtudes y luces le habían granjeado la confianza pública hasta encargarle el sagrado depósito de sus derechos, que fiel a sus principios custodiaba celoso. De esta pérdida es igualmente partícipe la representación de la provincia, que ha visto desaparecer de su seno un ilustre diputado, cuyos consejos y ejemplos, no podían menos de obrar una influencia en la sala de Representantes, y al transmitirlos el que suscribe al conocimiento de la familia del honorable diputado doctor José Joaquín Ruiz, reconoce el justo deber de reproducirlos por su parte".





NOCTURNO DE SABIDURIA

¡Siempre buscando lo que está remoto!
¡Siempre el hechizo de las lontananzas!
¡Siempre en el aire las falaces voces
que nos llaman!...

Cierra tu puerta bien. El sabio es sordo.
No asomes la cabeza a la ventana.
Oro de Ofir te ofrecerán: No escuches.
Oro de Ofir te mostrarán: No salgas.

¡Más oro tienes tú, mucho más oro!
Que son de oro los muros de tu casa.
No lo trueques por ese del camino...
¡Por el bien de tu vida, no te vayas!

Somos como las lámparas. Alumbra
en el alma una luz, una luz blanca.
Cuidado, que corriendo no te quemes
y el propio corazón se te alce en llamas.

Por pobre dicha que en tu casa tengas,
alúmbrala, protégela y ampárala.
Por pequeño jardín que tú cultives
con una rosa más siempre se agranda.

Pero las voces, las falaces voces,
¡cómo resuenan y clamando llaman!
¡Por la paz de tus horas, que no escuches!
¡Por el bien de tu vida, que no salgas!

NOCTURNO DEL ENSUEÑO MARINO

Otra vez navegando...
y otra vez música en el mar...
De nuevo el baile en la cubierta
y la alegría de danzar...

Y el mecerse en las olas y en la noche
y en el rumor del mar...
Y el soñar lontananzas en la borda,
hechos fantasmas, al barniz lunar.

Y otra vez preguntarse: ¿Cuándo? ¿Dónde?
Y en la nada buscar...
Como después de un sueño: ¿Dónde? ¿Cuándo?
Y ni cuándo ni dónde: Luna y mar...

ARTURO CAPDEVILA

DIBUJO DE MORENO

GOLONDRINAS





La teoría de los faroles vela las sombras yacentes en el pavimento bistre. Es la hora de las apariciones. . .

La madre, arrullada con la respiración de su pequeñuelo, sueña cierto portón rústico, que cela una cabaña con vigas sólo pintadas de color de tiempo, y en ellas, colgado, un manojo de olivo bendecido, aguarda la eternidad...

El gañán ve un fugitivo adiós de pañuelos. Y la salida del rezo dominical — allí la visión de la novia es como un subitáneo florecer de cerezos en la más linda rama. Y la idílica montaña donde el cielo se acaricia con las manos.

La pequeña pone un sentido de infancia eterna en la vejez tenebrosa de la estación, cual entre pajitas de oro, resplandecen las gemas de sus ojos esmeraldas.

□

El padre no sueña.

Toda la hostilidad nocturna se concentra en la dureza de los bancos lustrados.

Cada silbido es un despertar de angustia. Mas, asómase una, diez, cien veces, para acostumbrarse a la vertiginosa atracción de los arcos perfectos, altísimos y humosos, que esconden las rutas . . .

Bien venido ese sufrir solitario actual... ¡Después!... Después, las golondrinas de ultramar — esas mismas que bruñen todos los años la cruz del campanario, que deshacen a picotazos las nubes tormentosas, y que llenan de primavera las albercas del pueblo — las golondrinas bien dirán a los que allá quedaron, cómo su arado llega al corazón de la tierra, para hacerla fecunda. Y sobre el verde campo fresco y roturado, una augural bandada de gaviotas . . .

□

Los hachones, cansados, no alumbran ya. Pero la noche, en el cuadro de una ventana, presta su mejor estrella, que sabe de rocío, de luna y de árboles en flor.

Dibujo de Thibon de Libian

ARTURO LAGORIO

Próceres argentinos

Justo de Santamaría de Oro nació en San Juan el 3 de septiembre de 1772, de ilustre abolengo; fueron sus padres, Juan Miguel de Oro y Cossio y María Elena Albarracín.

Desde niño sintió vocación por el sacerdocio y en tales sentimientos le alentaron sus padres.

A los diez y siete años vistió el sayal de dominico, ingresando en la orden, donde por su modestia, inteligencia y aplicación se pronosticó que llegaría a ser una personalidad destacada. En 1794 recibió la unción sacerdotal de manos del obispo Blas Sobrino y Minayo, con dispensas de edad. Poco después era profesor de teología en la Universidad de San Felipe, en Chile, siendo elevado a la dignidad de prior de la comunidad de la Recoleta en el año 1804.

La revolución de mayo de 1810 le halló en España, ocupado en conseguir de la curia romana la reforma de los tres conventos de su orden que existían en las provincias de Cuyo para que fuesen constituídos en una congregación de exacta vida regular.

Conocido el movimiento de mayo, su patriotismo se inflamó, y, como San Martín, Zapiola, Alvear y otros, se apresuró a regresar a su patria, y correr a incorporarse a las filas de los más entusiastas revolucionarios, prestando todas sus energías.

Con su propio peculio, con su propaganda diaria y desde el púlpito, allegó adherentes, simpatías y recursos para la causa patriótica, al extremo de hacer que el convento de Santo Domingo contribuyera con sus esclavos y ventas al equipo y formación del ejército.

Disuelta la gran asamblea del año 13, derrocada la autoridad del



R. P. Justo de Santa María de Oro

director Alvear, se resolvió convocar al congreso general que había de dictar la constitución de las provincias unidas y organizar el sistema de gobierno que respondiese a los propósitos de la revolución de mayo, designándose como punto de reunión la ciudad de Tucumán: congreso que tuvo su primera sesión el 24 de mayo de 1816.

Allí, como diputado por San Juan, acudió el padre Oro y en él se destacó por su actuación.

Entusiasta partidario de la independencia, se destaca también por sus bríos y energía al combatir la forma de gobierno *monárquica incásica*, culminando con estas palabras: "para proceder a declarar la forma de gobierno es preciso consultar previamente a los pueblos, limitándose, por el momento, a un reglamento provincial, y en el caso de proceder sin tal requisito a la adopción del sistema monárquico a que veía inclinados los votos de los representantes, pedía permiso para retirarse del congreso".

Esta valiente y sabia inspiración, echó por tierra la *monarquía*, pues encauzó el juicio de sus colegas, por lo que es justo señalar y recoger para el clero argentino este esplendoroso triunfo.

Si el padre Oro no tuviera otros antecedentes en su vida pública, este solo bastaría para hacer resaltar con gloria inmarcesible su figura histórica.

En 1817 se separa del congreso. Por razones políticas, en 1825, es deportado a la isla de Juan Fernández, dejándole a poco en libertad.

El papa León XII le proclamó obispo de Tanmaco, en *partibus infidelium*, y luego obispo de Cuyo, ciudad en la cual murió el 19 de octubre de mil ochocientos treinta y seis.

Olio Sasso

Un simple par de huevos fritos puede ser la piedra de toque.

Cómase Vd. un par de huevos, fritos en Aceite SASSO y compárelos con otros preparados en cualquier otro aceite.



XI SALON *de* ACUARELISTAS

LOS ARTISTAS PREMIADOS


Jorge Soto Acebal, premio del Concejo Deliberante, fraccionado, 800 pesos.


Enrique Requena Escalada, premio del Concejo Deliberante, fraccionado, 700 pesos.


Emilio Centurión, premio donado por la Comisión Nacional, 1000 pesos.


Arturo Gramajo Gutiérrez, premio del Concejo Deliberante, fraccionado, 500 pesos.


José Bonomi, premio del Concejo Deliberante, fraccionado, 500 pesos.

LAS ULTIMAS EXPOSICIONES

HANS PAAP

Si la pintura consistiera en cierta gracia y habilidad para manejar los verdes y las violetas, en graduaciones amables, reveladoras de un espíritu distinguido, aseguraríamos que el señor Hans Paap —artista alemán que realiza en Buenos Aires una muestra de sus obras — era un pintor de mérito.

Su buen gusto es indiscutible; y la idéntica emoción que le produce cualquier aspecto de la tierra, sería digna de ser considerada, sino se transformase en un patrón, que tradujera en idéntico tono las más diversas sensaciones. Esto es lo que sugiere el título de sus obras, cuando indica que tal o cual tela reproduce un paisaje argentino, uruguayo o brasileño.

Y aunque no sea —ni mucho menos— el caso de Corot, pintando Ville D'Avray sin preocuparse de otro motivo del que llevaba dentro, el señor Paap debería suprimir los catálogos, o caracterizar con mayor observación sus telas, pues hoy sólo guardan — lo que por cierto no es despreciable — el espíritu de una agradable decoración teatral.

JANOS VISKY

Este artista húngaro expone una serie de cuadros, en los que ha deseado penetrar en lo más íntimo del carácter de cada país que estudia. Primero en el Brasil, y más tarde en el Uruguay, buscó especialmente en las faenas rurales, un pretexto, para hacer resaltar sus preferencias como animalista.

En la Argentina, más tarde, con sólo tres vagos meses de residencia, ha pretendido igual y difícil victoria. En todo caso, si el señor Visky puede llegar a serenarse — pese a su paisaje decididamente malo — podría ofrecernos alguna nota feliz que lo justificara. Hoy no puede ofrecernos un argumento que nos decida, cuando tenemos fresco el recuerdo de la última exposición de Cordiviola.

TORO MORENO

En un salón de la calle Florida, expone una serie de obras este artista ecuatoriano, cuya labor reflexiva y castigada no se halla de acuerdo con su juventud. Un miniado extremo; las figuras como si la vida hubiérase detenido un instante en ellas; un ansia de pedirle audacia en vista de sus indudables condiciones; todo ello nos resulta, después de reflexionar sobre su muestra.

ZULOAGA

Una buena intención que no se ha definido por completo, es la exposición que los «Amigos del Arte», han inaugurado en sus salones.

En Buenos Aires, se encuentran los mejores cuadros de Zuloaga. Esto no quiere decir que el esfuerzo no sea digno, y que en este conjunto figuren telas de un histórico valor de arte, como el magnífico «Requichu».

N A M U N K U R Á



El niño y su tos

No todos los jarabes para la tos son indicados para los niños.

El niño necesita un medicamento adecuado.



es el jarabe para la tos preparado especialmente para niños.

De gusto agradable y de efecto seguro.

$ 1.50 el frasco. En las farmacias.



Pratt y Cía. en esta gloriosa fecha patria del pueblo Argentino, saludan con sincero aprecio a sus clientes y amigos, y aprovechan para agradecerles el favor dispensado a su nueva representación de los fonógrafos de calidad y discos "Brunswick", que en los pocos meses que los han presentado al público, por su superior calidad debidamente apreciada, han hecho el nombre "Brunswick" suficientemente afianzado, para que hoy día, sea el complemento necesario en los hogares exigentes de la buena música.

BRUNSWICK BALKE COLLENDER Co.
CHICAGO - E. E. U. U.

Distribuidores exclusivos:
PRATT & Cía.
626 - Sarmiento - 636, Buenos Aires | Rosario | Córdoba

El juramento de la Primera Junta

El 25 de mayo de 1810 se constituyó la junta de gobierno. Los nombrados: Saavedra, Castelli, Belgrano, Azcuénaga, Mateu y Larrea, estaban en casa de Azcuénaga; Moreno, que había protestado que no se metería en nada mientras el virrey continuase en su puesto, se había ido a ver al cura de San Miguel, doctor Ruiz.

Allí se le encontró, y de allí le sacaron los amigos, llevándole a lo de Azcuénaga, desde donde, todos reunidos, salieron a jurar el cargo, en el Cabildo.

La ceremonia fué solemne. El Cabildo ocupaba sus asientos bajo el dosel. A uno y otro lado formando dos extensas alas, se alinearon los comandantes y jefes con muchos oficiales, los prelados, sacerdotes y gran número de patricios. Los miembros de la Primera Junta Soberana, erigida por el pueblo entraron por el centro del salón. Reinaba un silencio impresionante, y parecía como si majestuosa la nueva patria que se iniciaba, tomase forma en el vacío misterioso de aquella elocuente y sublime escena. El alcalde se puso de pie, y como él, los demás vocales; el síndico se levantó y abrió los Santos Evangelios por el versículo aquel de San Luis, en que Zacarías, exclama: *¡Nunc dimette servum tuum Domine!*



Cabildo y Pirámide de Mayo

A una señal que les hizo el Alcalde Mayor, los miembros de la junta electa se arrodillaron ante la mesa principal: el síndico le alargó los Evangelios al presidente Saavedra, y le hizo poner sobre ellos la palma de la mano; Castelli apoyó su mano sobre un hombro de Saavedra, Belgrano la puso sobre el otro y sucesivamente los demás vocales de la Junta, los unos colocaron sus manos sobre los hombros de los otros, unidos así, todos, según el orden en que se hallaban.

Momento de sublime emoción, sentíase el hálito de un pueblo soberano, un pueblo que nacía a la vida libre de las naciones.

El Cabildo bajó de sus asientos, y la Primera Junta de Gobierno pasó a colocarse bajo el dosel. Saavedra, conmovido y trémulo, dirigió una corta, pero sentida alocución a los presentes, y el acto dióse por terminado. De allí la Junta fué a la fortaleza, donde estableció su sede.



La mascota de la Paraná



Como es costumbre en la marina, y también en el ejército de tierra, cada unidad de combate tiene su mascota, que, generalmente consiste en un animal. La cañonera Paraná tenía de mascota un mono, alto como de ochenta centímetros, tan inteligente y respetuoso que a muy poco tiempo de estar en el buque era querido por todos. El mono era más que un personaje, pues tenía franquicias extraordinarias, iba y venía libremente sin hacer venias, ni pedir permiso, y en un buque esto es casi inconcebible.

La vida de los monos puede no ser muy envidiable, porque si el andar por campos y árboles tiene su belleza, también tiene sus peligros. A más, un mono, por feo que sea, siempre está expuesto a la travesura de un cazador, o a la garra de una fiera. En fin, la vida de los monos no es muy atrayente; empero, la de aquel mono de la Paraná era un encanto. Buena comida, excelente cama e incomparable trato hacían del mono de la Paraná el animalito más feliz...

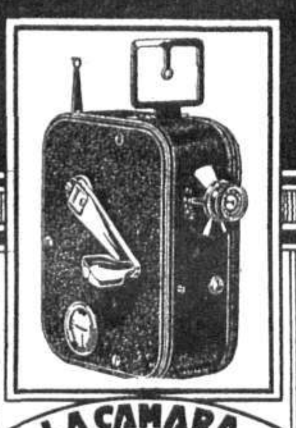
La Paraná, flamante buque agregado a nuestra escuadra, carecía de bandera de combate, es decir, no tenía una bandera especial, y las damas de la ciudad de Paraná se apresuraron a llenar este requisito tan importante. Una magnífica y hermosa bandera hecha por las lindas manos de las damas entrerrianas fué ofrecida al buque, y éste acudió a recogerla, escoltado por otros dos buques de igual importancia.

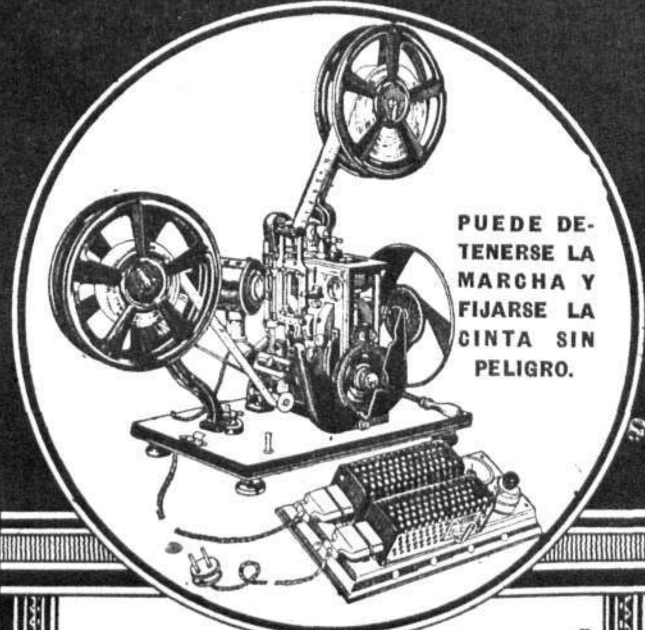
La fecha de la entrega de la bandera se fijó para el 25 de Mayo. El día clásico amaneció como tanto buen día, sereno, con un hermoso sol. La Paraná y las otras dos cañoneras estaban en el pequeño puerto, bien juntas, acaderadas, prontas para la fiesta.

Comenzó la ceremonia: discursos, músicas, aplausos, vivas, la emoción iba creciendo, la banda rompió con el Himno Nacional, la bandera de combate comenzó a izarse lentamente, tronó el primer cañonazo..., la emoción, la sagrada emoción, anudaba las gargantas y oprimía los corazones... De pronto, como jamás se viera, todos comenzaron a sonreír, luego, a reír, y luego..., ¡ay!, luego a reír a carcajadas. El mono de la Paraná al escuchar el primer cañonazo dió un salto, y luego otro, y otro más, y enloquecido de terror saltaba de un buque a otro, de un palo a una gavia... ¡Ah!, era de enfermarse de risa. Mas, hubo uno que no se rió, el capitán Rojas Torres, comandante de la Paraná, serio, presentando su arma, no se le movió un músculo de la cara.

¿El mono? Mucho tiempo después de terminada la ceremonia y los cañonazos, el pobre mono enloquecido saltaba aún de un buque a otro. Decididamente, no era guerrero.







LA CAMARA

PATHÉ-BABY

HAGA SUS PROPIAS PELICULAS

Permite a usted impresionar en pequeñas películas cinematográficas sus recuerdos, escenas familiares, deportivas, etc., que luego puede proyectar en el hogar, con toda la eficacia de un cine perfecto.

UN NIÑO PUEDE MANEJARLA

NO EXIGE CONOCIMIENTOS PREVIOS

DETALLE DEL EQUIPO COMPLETO:

1 Cámara "Pathé Baby" con objetivo extraluminoso Berthiot f1: 3,5, con chassis, en su estuche.
4 Chassis de recambio.
20 Rollos de película virgen incombustible para 1.100 imágenes cada uno.
1 Trípode especial "Pathé-Baby", de gran estabilidad.
1 Lente de aproximación para obtener retratos con nitidez a una distancia mayor de 80 centímetros.

Precio: m$n. 155.-

PROSPECTO GRATIS
EMBALAJE GRATIS

CINEMATÓGRAFO PATHÉ

CONSTRUIDO por CONTINSOUZA

UN PROYECTOR MODELO PARA LA CASA, LA ESTANCIA, LA ESCUELA, Etc.

Es un proyector igual a los que se usan en los principales cines, pero sin luz de arco, mediante el uso de una lámpara de filamento, lo que evita todo peligro de incendio o contacto. Para toda película universal. Se conecta a cualquier tomacorriente. Cuadro luminoso y fijo de 2 m.×2 ½ a 10 m. de distancia.

TIENE SU TAPA, Y ES TRANSPORTABLE COMO UNA MAQUINA DE ESCRIBIR.

PUEDE MANEJARLO UN NIÑO

PROSPECTOS GRATIS, PIDALOS

DETALLE DEL EQUIPO COMPLETO

1 Proyector, con obturador, manija y porta objetivo.
1 Linterna acoplada, con reflector y condensador.
1 Brazo potencia.
1 Devanadera.
2 Bobinas desmontables de 300 metros.
1 Objetivo extraluminoso, serie superior.
1 Lámpara de filamento, 12 volts (2 amperes).
1 Resistencia para la lámpara, de 220 volts, a 12 volts (8 amperes).

Embalaje gratis. **Precio del equipo completo m$n. 480**

AFICIONADOS a la FOTOGRAFIA

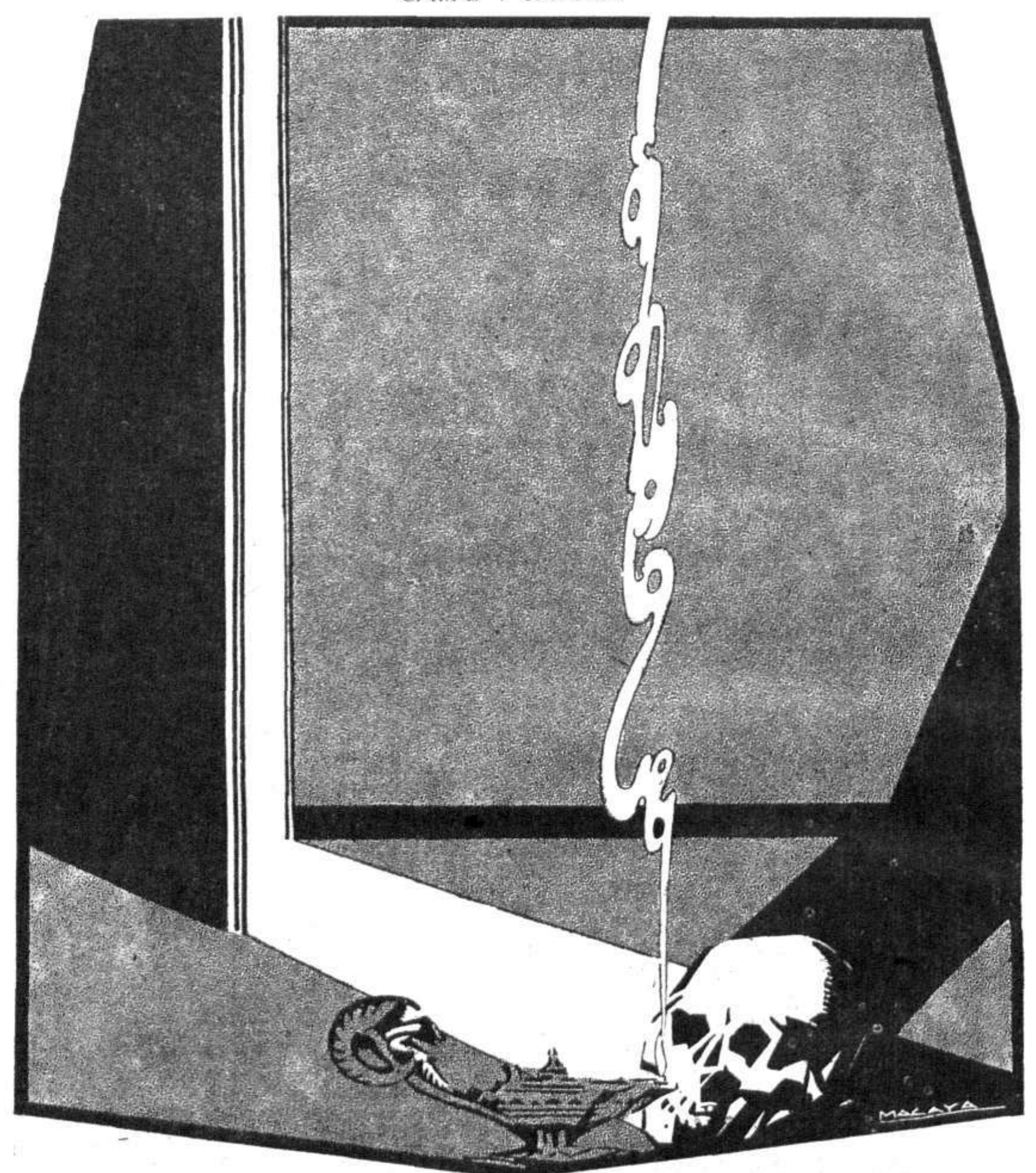
REVELACION Y COPIAS EN **6 HORAS**

MAX GLÜCKSMANN

ROSARIO CORDOBA 1048

MONTEVIDEO 18 de JULIO 966

CALLAO y B. MITRE – B. AIRES – FLORIDA y LAVALLE



LA PUERTA ESTRECHA

El signo de la nada cuando señala y toca
nuestra virtud construída de indiferencia pura,
suele encontrar un hilo que apenas perceptible
en remota esperanza como un lazo se anuda.

Somos como una rosa que inútil se decide
a colmar en sus hojas ilusiones de vuelo;
una inscripción de angustia que en un día lluvioso
trazó sobre los vidrios la mano de un enfermo.

Un espíritu loco que aferrado a la vida
como un volatinero, medroso se estremece,
al cruzar por la cuerda que el azar o el destino
tendieron sobre el pozo sombrío de la muerte.

Apágate temblando como una voz humilde,
fortalece tu carne sobre la misma nada,
no se inquieten tus ojos delante del misterio
si ha llegado la hora de que la puerta se abra.

RICARDO GUTIERREZ

DIBUJO DE MACAYA

ESPOSIZIONE-FIERA INTERNAZIONALE-ROMA

DIPLOMA

di Gran Premio d'Onore e Medaglia d'Oro
Estevez e Cia. „Molino de Yerba Mate„
per la specialità della sua „Yerba 43„

IL PRESIDENTE della GIURIA — SEGRETARIO — IL PRESIDENTE del COMITATO

Facsímile del Diploma otorgado a la "Yerbatera Paraguaya" por su yerba "43", en la Exposición Internacional de Roma.

Traducción de la publicación "L'ECO D'ITALIA", de Milán, en su número de fecha 31 de Diciembre de 1924, bajo el título de

ESTEVEZ & Cía. — Molino de Yerba Mate. — Rosario.

" De Roma nos mandan:

" Continúa llamando la atención del público cosmopolita de nuestra Capital, la Primera Feria Exposición de Roma, y no podría ser de otra manera tratándose de una muestra que además de haberse captado las simpatías y la atención de notables personalidades del mundo político y la adhesión de las más importantes firmas italianas y extranjeras, se ha realmente afirmado como una iniciativa utilísima, no sólo para hacer conocer y alentar las mejores casas productoras del país o extranjeras, sino también para propender directamente y facilitar a la vez las relaciones entre productores y consumidores.

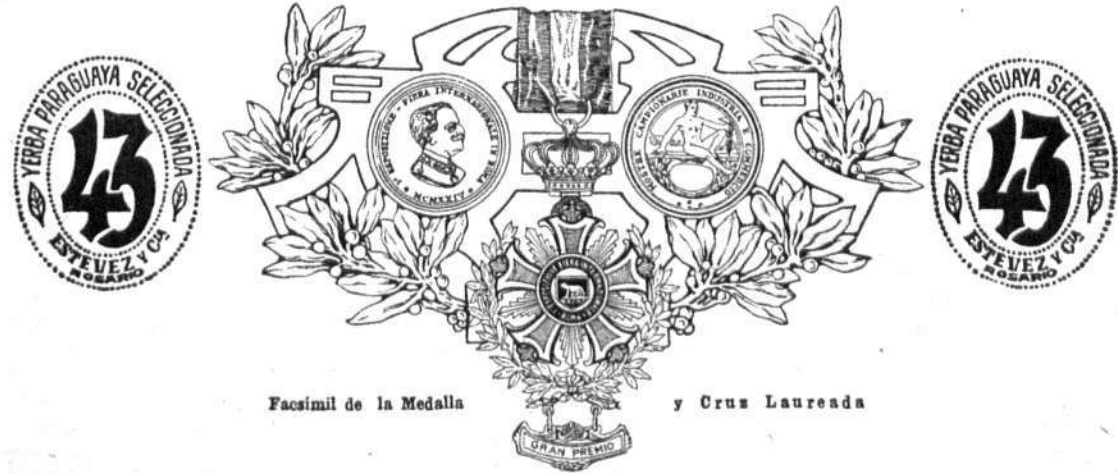
" No pocas firmas extranjeras han honrado con su concurso la Exposición Romana, y entre las que más se han hecho notar y apreciar, es de señalarse la firma argentina ESTEVEZ y Cía., MOLINO DE "YERBA MATE", DE ROSARIO, a la que el Jurado adjudicó la máxima recompensa del Gran Premio de Honor y medalla de oro por su especialidad YERBA "43". Trátase, verdaderamente, de una de las principales casas argentinas que dirige uno de los más grandes establecimientos con molino en Rosario para la producción de la "yerba mate", es decir, de ese "te argentino" que circula victorioso por los mercados americanos, y también italiano, siendo preferido a todos los demás productos del género.

" Los italianos que ya aprecian y prefieren la especialidad de la firma argentina, no pueden sino congratularse del suceso obtenido por la gran casa de Rosario. "

Hoy día, que han degenerado las yerbas paraguayas por mezclas y combinaciones, recordamos a los consumidores de **verdadera yerba paraguaya**, que nuestra **"43"** se mantiene inalterable, superior y pura.

No lo olviden. Exijan siempre yerba **paraguaya seleccionada "43"**. Es la que mantiene y salvará el gusto exquisito de paladar paraguayo, imposible de imitar. Garantizada por la reconocida experiencia y seriedad de sus propietarios y productores.

ESTEVEZ y Cía. — "La Yerbatera Paraguaya" Rosario - Buenos Aires.



Facsímil de la Medalla y Cruz Laureada

AÑO XXVIII
NÚMERO 1390

CARAS Y CARETAS

BUENOS AIRES 23
DE MAYO DE 1925

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR

M. T. de Alvear

EN LA INTIMIDAD



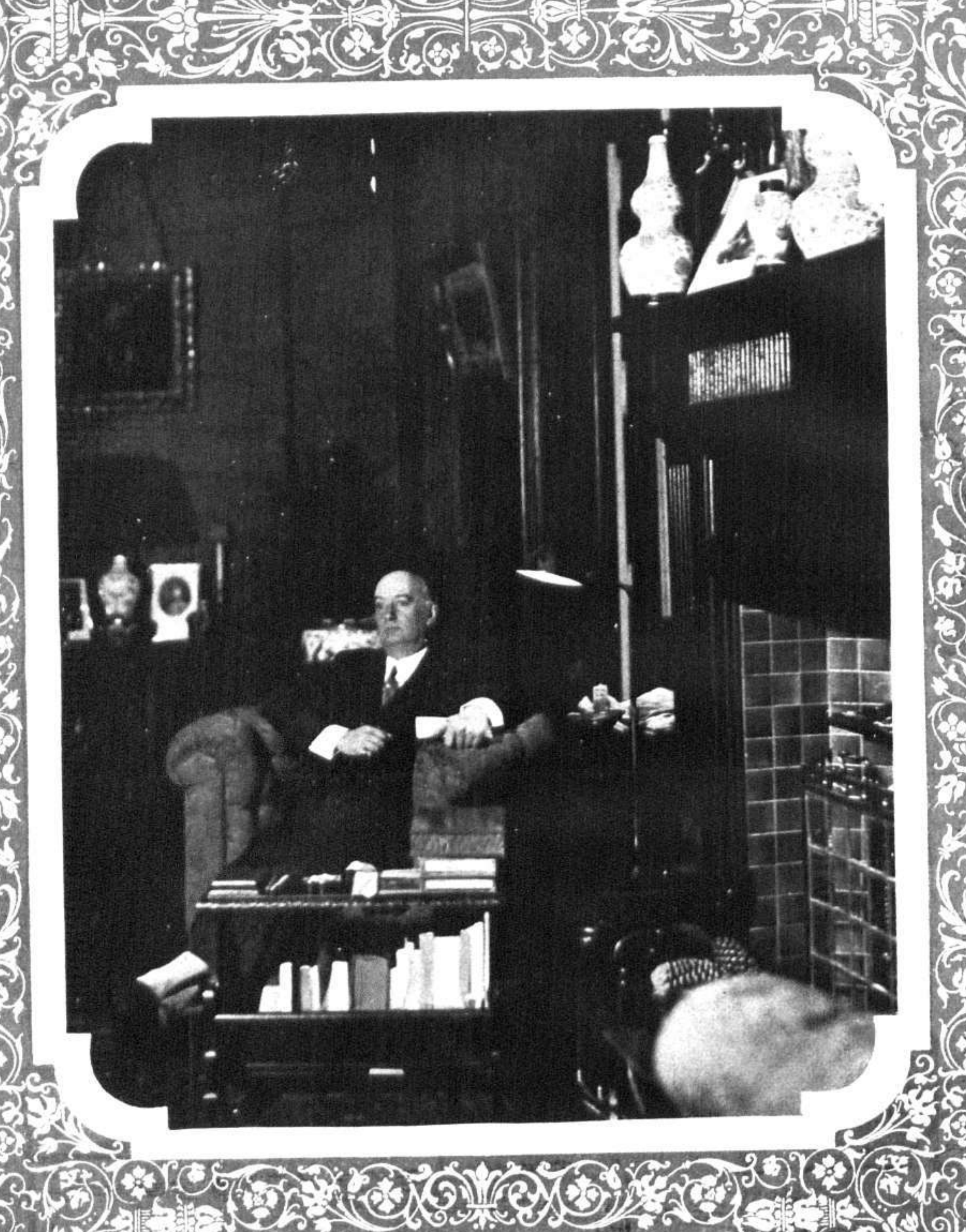
COMO UN HOMENAJE AL EMINENTE MAGISTRADO QUE DIRIGE LOS DESTINOS DE LA NACIÓN, «CARAS Y CARETAS» SE COMPLACE EN DAR LA PRIMICIA GRÁFICA SOBRE ALGUNOS MOMENTOS ÍNTIMOS DEL DOCTOR ALVEAR. ESTA OCASIÓN, EN LA QUE SE REMEMORA LAS GLORIAS DE LA INDEPENDENCIA PATRIA, PARECE LA MÁS APROPIADA PARA REPORTEAR GRÁFICAMENTE AL ILUSTRE MANDATARIO QUE LLEVA COMO PATRONÍMICO UNO DE LOS [illegible] HISTORIA.



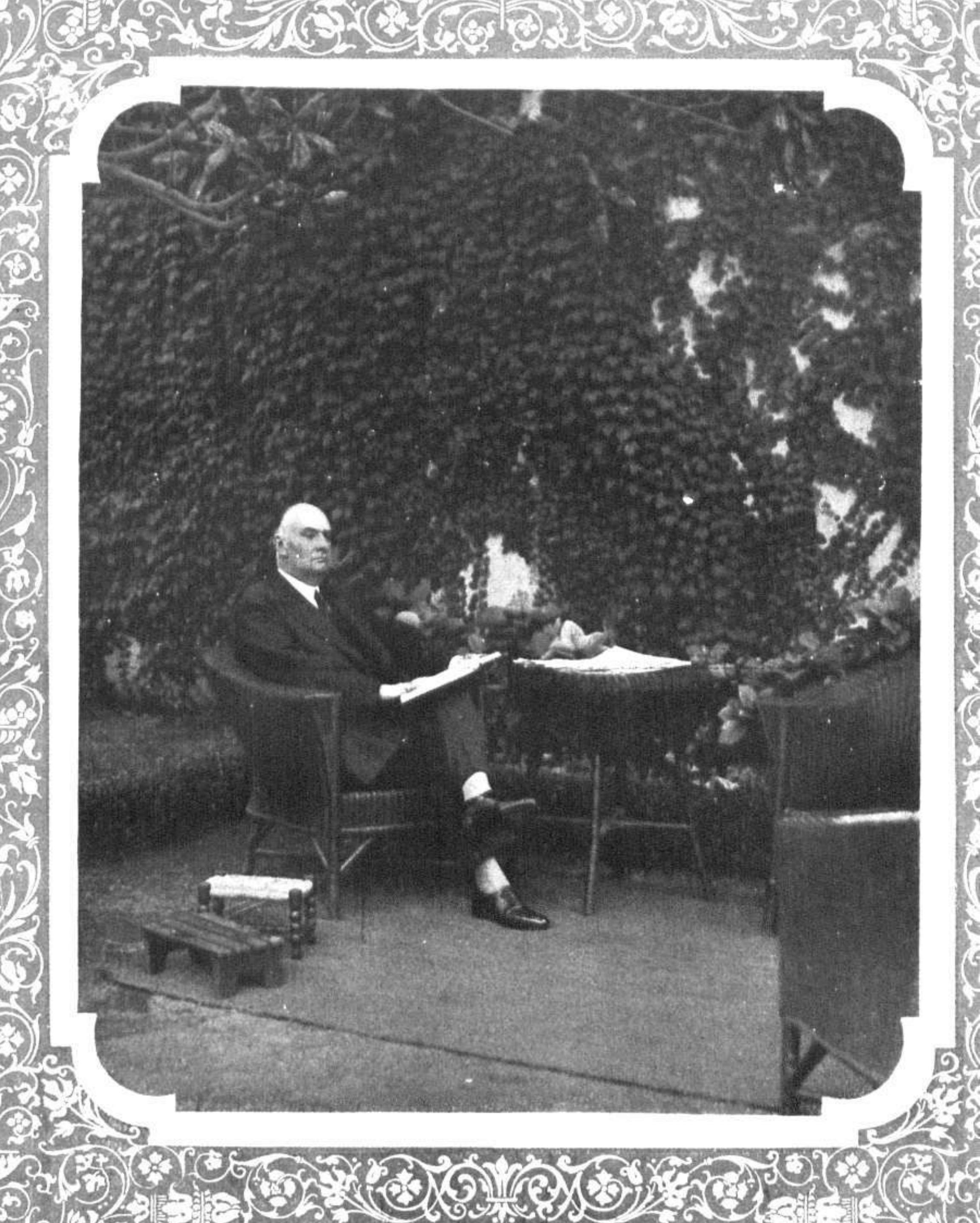
ESTA TERRAZA, BAÑADA POR EL SOL, ES UNO DE LOS SITIOS PREDILECTOS DEL DUEÑO DE CASA; ALLÍ, EN UN SILENCIO AMABLE, SÓLO TURBADO POR EL RUMOR DE LOS PÁJAROS, EL PRESIDENTE TOMA EL LIBRO FAVORITO Y SE ABISMA EN SU LECTURA, PERMANECIENDO AJENO, POR UN TIEMPO, A LAS EXIGENCIAS DE LA VIDA EXTERIOR



LA MAÑANA TEMPRANO, DESPUES DE SU LECCIÓN DE ESGRIMA, EL DOCTOR ALVEAR RECORRE SU MAGNÍFICO PARQUE, CON EL PROPÓSITO DE TERMINAR SU HORA DE EJERCICIO CON UNA BUENA CAMINATA HIGIENICA, SIN VISITAS MOLESTAS NI ETIQUETAS PROTOCOLARES, EL PRIMER MAGISTRADO DEMUESTRA SIEMPRE EXCELENTE HUMOR.



PROFICIO PARA LAS FAMILIARES VELADAS INVERNALES ES ESTE BELLO RINCÓN DEL SUNTUOSO «HALL». SOBRE UNA MESITA, ARTÍSTICAMENTE TALLADA, SE HALLAN LAS ÚLTIMAS NOVEDADES LITERARIAS DEL MUNDO. EL PRESIDENTE ES UN LECTOR INFATIGABLE.



LUEGO DE ATENDER A UNA VOLUMINOSA CORRESPONDENCIA PARTICULAR, EL PRIMER MAGISTRADO SE RECOGE A LA SOMBRA PROTECTORA DE ESTE MURO, BELLAMENTE CUBIERTO POR LA HIEDRA, QUE LIMITA SU PARQUE POR EL LADO NORTE.

CARAS Y CARETAS



AN ATRAYENTES Y TAN DISTINGUIDAS COMO LA DE LA SEÑORA REGINA PACINI DE ALVEAR, SON POCAS LAS FIGURAS FEMENINAS DE NUESTRO MUNDO SOCIAL. MÁS QUE EL HECHO DE SER ESPOSA DEL PRIMER MANDATARIO, SU TRATO EXQUISITO, SU EXTREMA AFABILIDAD Y SU DISCRETA Y CALLADA FILANTROPÍA PARA CON LOS DÉBILES Y HUMILDES, LE HAN CONQUISTADO EL LUGAR MÁS DESTACADO DENTRO DE NUESTRA ALTA SOCIEDAD. PODRÍAN RELATARSE INFINIDAD DE ANÉCDOTAS PROBATORIAS DEL ESPÍRITU DE AYUDA QUE ANIMA A TAN DISTINGUIDA SEÑORA, PERO SU PROPÓSITO DELIBERADO DE PROSEGUIR SU EXCELENTE OBRA EN EL MÁS COMPLETO SILENCIO NOS INHIBE DE ESA, PARA NOSOTROS, GRATÍSIMA TAREA. CONTRASTA ESTE GESTO DE DOÑA REGINA CON EL AFÁN DESAFORADO DE PUBLICIDAD QUE RIGE TODAS LAS ACTIVIDADES DE ESTA ÉPOCA, PERO ELLO NO HACE MÁS QUE ROBUSTECER LA AFIRMACIÓN DE QUE LA SEÑORA DE ALVEAR ES LA PRIMERA DAMA DE LA REPÚBLICA Y, A FE, NUNCA ESTE TÍTULO HA SIDO DADO CON MÁS JUSTICIA Y VERDAD.



INTERESANTE INSTANTANEA TOMADA COMPLETAMENTE DE SORPRESA EN EL MOMENTO EN QUE LA SEÑORA DE ALVEAR SE DISPONE A ACOMPAÑAR A SU ESPOSO A UN ACTO OFICIAL, EN EL CUAL SU PRESENCIA ES COMO UNA DIGNA REPRESENTACION DE LA MUJER ARGENTINA EN LAS GRANDES CEREMONIAS PROTOCOLARES. DE ESTA MANERA, LA SEÑORA DE ALVEAR COMPARTE CON EL PRIMER MANDATARIO ALGUNAS DE LAS TAREAS QUE SU ALTO CARGO LE IMPONEN A ÉSTE. ASÍ, EL MATRIMONIO ALVEAR ES UN TRASUNTO FIEL DE HOGAR PORTEÑO, DONDE, SEGÚN ES FAMA, LAS TRADICIONES DE NUESTRA RAZA SE HALLAN TAN FIRMEMENTE ARRAIGADAS QUE RESISTEN VICTORIOSAMENTE LAS NUEVAS CORRIENTES ÉTICAS PROCLAMADAS POR LA VIDA MODERNA, TAN MÚLTIPLE Y AVASALLADORA. Y SI, COMO DICEN LOS PROFESORES DE CIENCIAS POLÍTICAS, LA VIDA PÚBLICA DEL CIUDADANO ES REFLEJO DE SU VIDA PRIVADA, AFIRMAMOS BIEN ALTO LA VOZ QUE NUESTRAS INSTITUCIONES ESTÁN EN BUENAS MANOS.



N LAS PRIMERAS HORAS DE LA TARDE, DESPUES DEL ALMUERZO, EL PRESIDENTE OCUPA SU AUTOMÓVIL PARA DIRIGIRSE AL DESPACHO DE LA CASA DE GOBIERNO, DONDE SUS SECRETARIOS MINISTROS LE ESPERAN PARA TRATAR LOS GRAVES PROBLEMAS GUBERNAMENTALES. ARRANCADO DE SU HOGAR, CONFORTABLE Y CÁLIDO, EL JEFE SUPREMO DE LAS FUERZAS DE MAR Y TIERRA EMPUÑA, CON MANO SEGURA, EL DIFICIL TIMÓN DE LA NAVE DEL ESTADO. MILLONES DE ARGENTINOS CONFÍAN EN EL.

CARLOS ERNESTO MANGUDO


MAYO-1925
CON MOTIVO DE LAS
FIESTAS
PATRIAS
CONCERTOLA N.º 4
Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis..... $115
Tipo CONCERTOLA N.º 456
Con 20 púas y embalaje gratis. $43.50
CONCERTOLA de SALON N.º 7
Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.... $175
Tipo CONCERTOLA N.º 465
Con 200 púas y embalaje gratis........... $36
Grafófono AMERICA N.º 101. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.....$ 49.50
AMERICA
Fusilamiento del negro Falucho.
Batalla de Chacabuco. Episodio histórico.
Batalla de Maipú. 1.ª parte.
Batalla de Maipú. 2.ª parte. Episodio histórico.
Combate de San Lorenzo.
La empanada de Sarmiento. Episodio histórico
Ofrecemos el más grandioso surtido en discos de todas las mejores marcas del mundo.—
Catálogos gratis.
MERICA
NONIMA Lda.
Avenida de Mayo
979
BUENOS AIRES
CONCERTOLA de SALON N.º 8.—Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.... $198

Sociedades

Parte de la numerosa concurrencia que asistió al te danzante realizado en el salón Lago di Como bajo los auspicios del Centro Defensores de Galicia.

Señoritas y jóvenes que asistieron a la velada extraordinaria ofrecida por la C. D. del Club Social Montes de Oca en honor de las familias de sus asociados, celebrando la inauguración de la temporada de invierno.



SU DOLOR en el período, desarreglado, metritis, hemorragias, flujos, etc., tomen el **"Específico Scheid's"**, Frasco, $ 4.—

EN LA FALTA, escasez o atraso del período, tomen el **"Amenorrol"**, Frasco $ 4.—

EL CUERPO MEDICO cuando opina que un específico es eficaz, es una opinión de verdadero valor, la única que usted debe tener en cuenta. Evitad las malas consecuencias a que fatalmente conducen estas dolencias y todos esos síntomas molestos que ocasionan.

Dice el Dr. J. B. EHULETCHE, Médico:

«Me hago un deber hacerle constar la real eficacia del "ESPECIFICO SCHEID'S" en todos los casos de su indicación.

»Constituye para mí un agente terapéutico valioso, que todo médico práctico debe tener muy en cuenta en el ejercicio de su profesión.»

GRATIS pida por carta a J. Valle, calle Pellegrini 644, en sobre cerrado sin membrete, el interesante libro explicativo, con copias de los muchos certificados médicos de ESTA CAPITAL. Somos los únicos que podemos presentarles estas pruebas que constituyen una real garantía de la eficacia de estos dos específicos.



Pida en toda buena farmacia de estos dos productos el que necesite emplear, mencionando sus nombres con claridad. No admita otros. Hágalo hoy mismo. Comprobados inofensivos en todos los casos. Depósito general:

Scheid & Valle
Carlos Pellegrini, 644.
Buenos Aires.



Vd. no puede "probar" las medias como probaría un traje. Así, el modo seguro es comprar

Medias
Inter woven
MARCA REGISTRADA
(Entre-Tejidos)

mundialmente famosas por su perfecto ajuste y larga duración. Su proveedor le garantizará cada par de Medias "Interwoven".

Will L. Smith, Inc.
Representantes Exclusivos por Mayor.
Cangallo, 1175 — Buenos Aires.



De gran utilidad en el hogar es

LA HILADORA MODERNA

Sencilla maquinita con la cual puede Vd. preparar las lanas para tejidos y labores. Hasta una niña puede manejarla.

Precio, completa, como el grabado **$ 35.—**

Sin pedestal, para aplicar a cualquier máquina de coser **$ 15.—**

TELAR DOMESTICO

Para tejer hasta 0.70 cms., ancho **$ 100.-**

Para 1 m. ancho **$ 120.-**

Completamente equipado.



UNICO FABRICANTE
A. DE TOFFOLI
Avenida de Mayo, 667 - Buenos Aires
Solicite catálogo ilustrado GRATIS



EL FASTO SOLITARIO

por

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG

Una tarde clara, bajo los cielos ingleses.

Desde el parapeto de Embankment — ese mismo parapeto donde en las noches de invierno, lúgubres y solas, se arrojan los suicidas, — miraba las aguas lentas y profundas. Era mayo y hasta las ondas del Támesis parecían sentir un estremecimiento de primavera.

¡Mayo!

Siete millones de almas, yendo y viniendo por las históricas riberas, hormigueando en las calles y en los edificios, sentían su sortilegio misterioso. El viento que soplaba del Mar del Norte había desvanecido los últimos jirones de la niebla. Geranios y gardenias florecían en las ventanas de Buckingham Palace, el hogar de los últimos Windsor, y una caricia de luz diríase que animaba los muros seculares de la Abadía deWestminster.

Continuaba mirando el río, el río cuyas aguas lentas y grises habían llevado al genio inglés a la conquista de los continentes y de los mares.

Estaba solo. Solo, entre siete millones de desconocidos. Y era mayo...

Abandoné el Embankment.Me sentí flotar y arrastrar como un corcho en el torrente humano de Charing Cross. En los ojos azules de los desconocidos leía la canción de la primavera. Y al andar, sin rumbo, melancólico y solitario, recordé una canción que había oído hacía muchos años a un inglés a quien conocí en un rincón de la Patagonia:

«I'll never be in England in the spring...»

«Yo nunca estaré en Inglaterra en la primavera». Evocaba, al través del tiempo, los ojos claros de emigrado, en los cuales temblaba una lágrima de ardiente añoranza.

Y yo estaba ahora en Inglaterra, en la primavera.

Me encontré de pronto en la plaza de Trafalgar. En lo alto de su columna, el héroe del Nilo se erguía inmóvil sobre el tumulto de Londres, y el cielo parecía también animar su imagen de piedra con una caricia de sol.

Primavera, y en Londres...

Me apoyé en uno de los leones de granito que velan el sueño de lord Nelson, y me dije, con súbita y misteriosa tristeza, que allá, a muchos miles de leguas, del otro lado de los mares, en la tierra donde yo había nacido, era el otoño.

El otoño y el 25 de Mayo.

Continuaba rodando el río humano ante mí. Pasaba bajo las arcadas imponentes del Mall, y se perdía en la amplia y luminosa avenida del mismo nombre, bordeada de palacios.

No conocía a nadie, a nadie, en aquella ciudad inmensa, cuyas piedras me hablaban con las voces familiares y solemnes de la historia.

Y allí, bajo la sombra heroica del vencedor de Trafalgar, apoyado en uno de sus leones inmóviles, bajo el cielo azul de Londres, me invadió la misma añoranza ardiente del inglés que suspiraba por la primavera inglesa, en el fondo de la Patagonia.

¿Volvería a estar yo en Buenos Aires, en un otoño? ¿Volvería a escuchar los versos imperecederos que en tales días cantaba jubiloso en mi niñez?:

Oíd, mortales, el grito sagrado...

Empezaba a hundirse el sol detrás de la Abadía de Westminster. Raleaba la multitud, y flotaba sobre las calles londinenses el gran suspiro del crepúsculo.

Seguí caminando.

Delante de mí se levantaba la mole gloriosa del palacio de Buckingham. Y soñé, absorto, tropezando con las vendedoras de flores y de fósforos, en los años distantes, los 25 de Mayo en mi villorrio natal, un pueblecito soñoliento perdido en una hondonada de la provincia de Buenos Aires, un pueblecito triste donde alcancé a oír los relatos incoherentes de un viejecito que había conocido a Lavalle la víspera de Puente Márquez...

¡Cómo cantaba yo, en aquellos años luminosos y remotos, las estrofas del himno nacional!

Mi voz infantil temblaba de emoción, en el patio de la escuela aldeana:

O juremos con gloria morir,
Con gloria morir...!

Oía claramente el coro de las voces infantiles resonando en el villorrio, despertando ecos estridentes en las huertas lugareñas, en la soledad de la hondonada, perdiéndose en el silencio de los campos natales.

Ya no volverían jamás, aquellos 25 de Mayo en la aldea del oeste. El niño que cantaba el himno temblando de unción patriótica en el patio de la escuela, estaba solo en el corazón de una ciudad extranjera, lleno de misteriosa angustia, de nostalgia ardiente.

Los últimos destellos del sol enrojecieron los grandiosos muros de Buckingham, la casa de los reyes de Inglaterra y emperadores de la India.

Pasaban ya escasos transeuntes, apresurados y distraídos.

Y fué entonces cuando canté el himno nacional:

¡Oíd, mortales, el grito sagrado;
Libertad, libertad, libertad!

Mi voz resonaba bajo los muros del palacio real, subía hasta las ventanas de los reyes, quizá el rey de Inglaterra y emperador de la India me estaba oyendo cantar, desde una ventana...

Una mano cayó sobre mi hombro. El gigantesco «constable» me miró con atención, pero no con ira...

— *Move on, sir...* (Siga su camino, señor).

Obedecí. El colosal vigilante me miraba con curiosidad. Le di la espalda y me alejé. Cuando estuve a una distancia prudente, terminé de cantar la canción inmortal, al pie de la estatua de Nelson:

¡O juremos con gloria morir...!

Y me hundí en el crepúsculo de Londres.

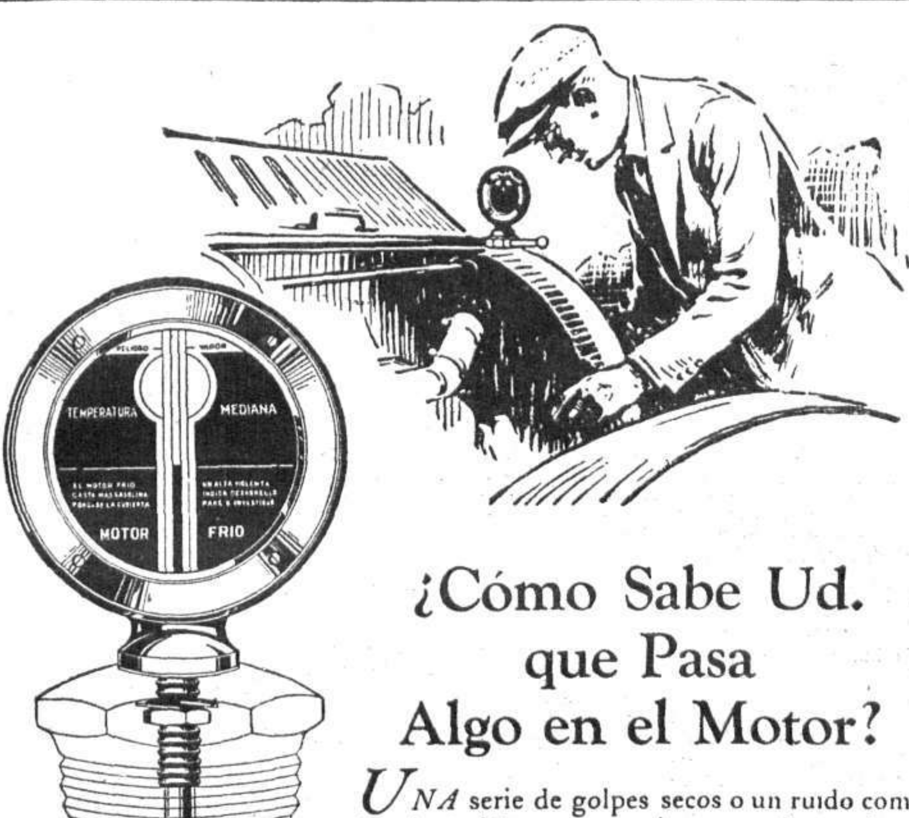
De Oriente





El Sr. E. Pérez, presidiendo el banquete con que fuera obsequiado por un núcleo de destacados vecinos con motivo de su próximo viaje al extranjero.

Monseñor Copello, agradeciendo el homenaje que le fuera tributado durante su paso por esta localidad.



¿Cómo Sabe Ud. que Pasa Algo en el Motor?

UNA serie de golpes secos o un ruido como de trituración es, en muchos casos, la señal que indica al que conduce un auto, que hay un desperfecto en el motor. De haberlo sabido oportunamente, hubiera evitado que se quemasen los cilindros, que se atascaran las válvulas o que se rompiera el eje cigüeñal. Pero, como no tenía un Boyce Moto-Meter la advertencia llegó demasiado tarde.

Los Boyce Moto-Meters anuncian que hay un desperfecto de diez a quince minutos antes de que éste cause daño. Apenas ocurre algo grave, la columna de rojo liquido del Boyce Moto-Meter se eleva para indicar el peligro, así se trate de una banda del ventilador rota, o de un escape en el radiador o de falta de aceite

Los Boyce Moto-Meters son de tamaños y tipos que se ajustan a todas las marcas de automóviles; puedan instalarse inmediatamente y tienen un precio que los pone al alcance de todo el mundo. ¡A Ud. le hace falta uno!

The MOTO-METER CO., Inc.,
Long Island City, N Y, E. U. A.
Agentes: KELEHER y LIBERT — Lavalle, 1268.
Buenos Aires.

BOYCE MOTO METER

TRADEMARK REG. U.S. PATENT OFFICE

"Su automóvil merece uno"

De Campana




GRAN MATCH INTERPROVINCIAL DE FOO-BALL
Equipo del Club Nacional de Rosario, que jugó un interesante match de foot-ball con el Independiente, venciendo por 4 goals a 2.

Team del C. A. Independiente, que a pesar de su brillante juego resultó vencido.

¿CUÁNDO HAY QUE ENJUAGARSE?

Si queréis hacer una cura fácil, sencilla, eficaz, de seguros resultados, preventiva de multitud de enfermedades y que no requiere el auxilio, ni siquiera el consejo, de médicos y boticarios, no tenéis sino enjuagaros la boca "antes" de cada comida.

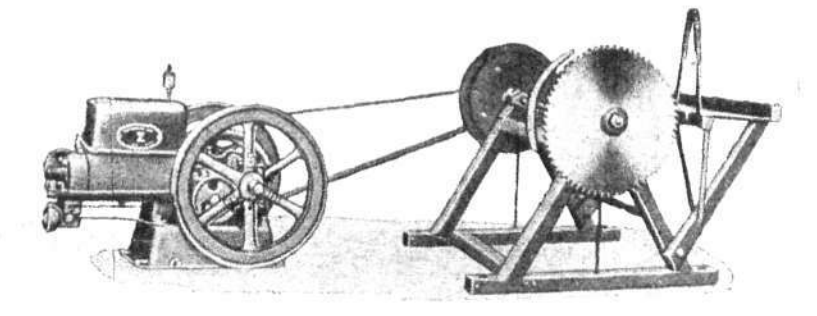
Esta es la panacea, la receta infalible que recomienda en el "Daily Express" un reputado médico de Londres.

Los microbios, los bacilos, las impurezas que se reunen en la boca y que se ingieren con los alimentos son la verdadera causa de la indigestión y de los desórdenes consiguientes.

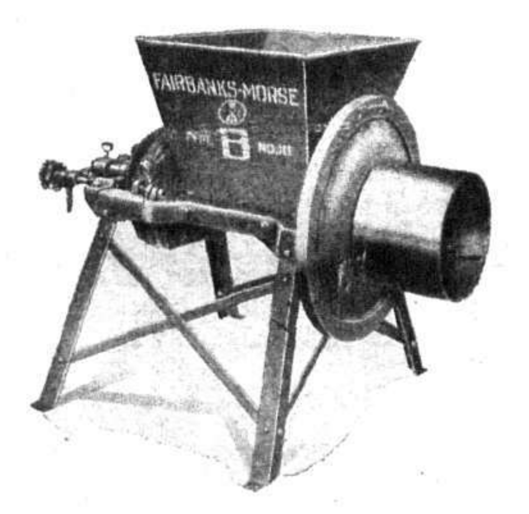
Mucha gente se enjuaga después de las comidas y antes de acostarse; tal costumbre es excelentísima, pero no basta. Cuando se hacen esos enjuagatorios ya está el mal hecho: los bacilos y los fermentos impuros están ya en el interior del organismo.

La obscuridad, el calor y la humedad son tres de las condiciones más favorables a la producción de los bacilos, y estas tres condiciones se encuentran en la boca, la cual es una verdadera incubadora para el rápido desarrollo de los bacilos.

BANCOS DE ASERRAR



Máquina de suma utilidad en la campaña, para aprovechar los montes de sauce, álamo, etc. para hacer postes de alambrados, leña, etc.



Trituradora de Cereales

Para quebrar toda clase de granos.

Se usa también para triturar sal, piedra blanda, corcho etc., etc.

Recomendamos para accionar estas máquinas los afamados Motores FAIRBANKS MORSE serie "Z" a nafta o kerosene.

Pidan Detalles



HENRY W. PEABODY & Cía.

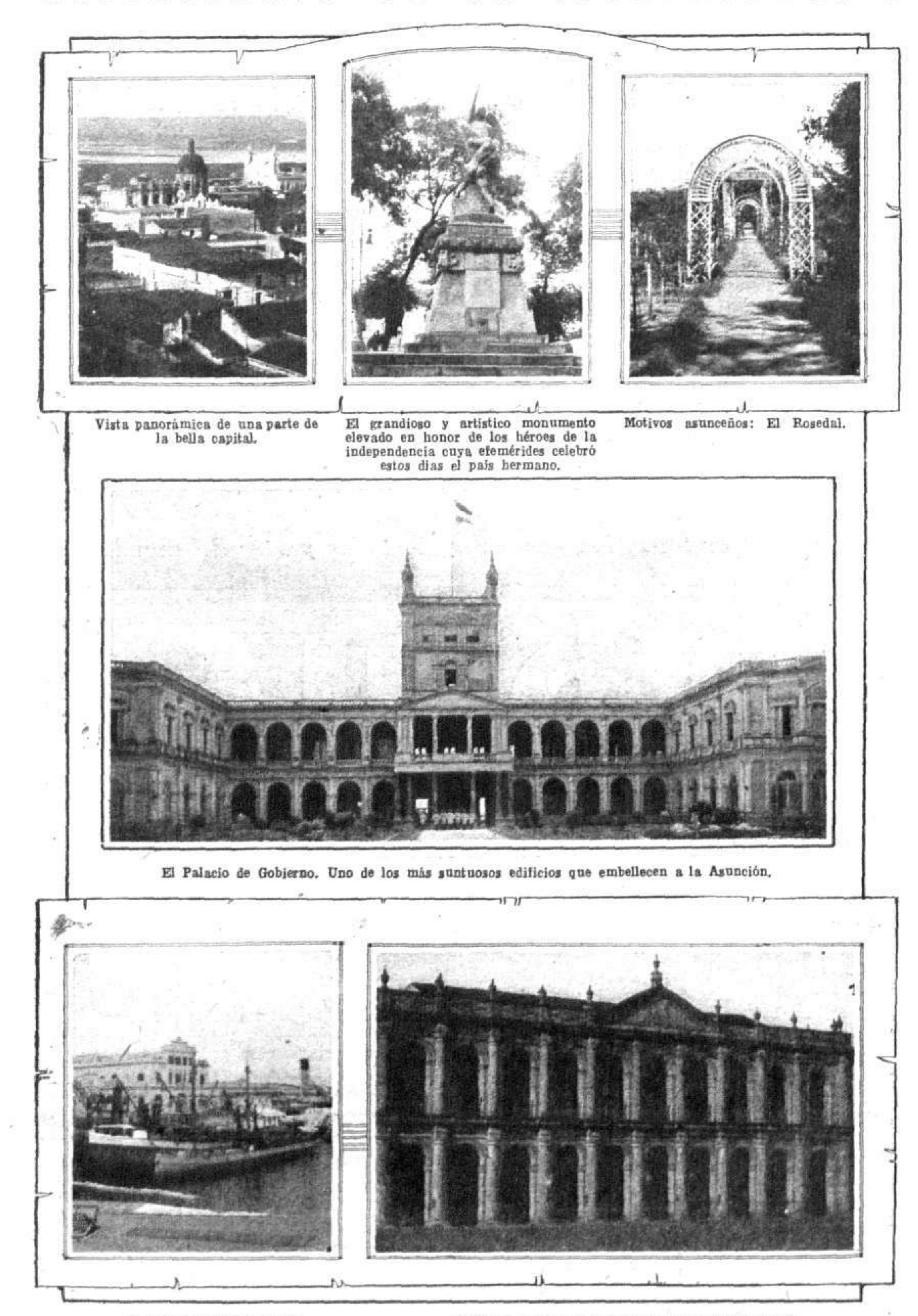
1370 Avenida de MAYO GALERIA BAROLO - BUENOS AIRES

De General Villegas

Monseñor Copello acompañado por la señora Adela Linch de White y por los señores White, Frías, Pizano y Robledo, que actuaron de padrinos en la ceremonia de inauguración de la iglesia local.

PARAGUAY (Asunción)

ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA



Vista panorámica de una parte de la bella capital.

El grandioso y artístico monumento elevado en honor de los héroes de la independencia cuya efemérides celebró estos días el país hermano.

Motivos asunceños: El Rosedal.

El Palacio de Gobierno. Uno de los más suntuosos edificios que embellecen a la Asunción.

Aspecto parcial del puerto.

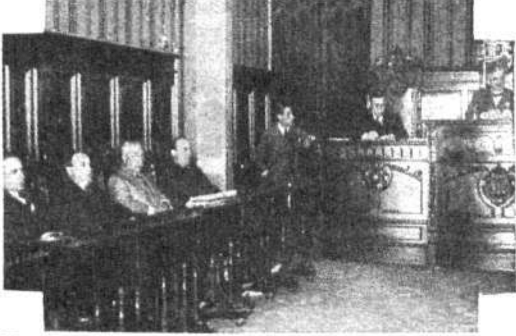
El Congreso Nacional. Fachada principal del palacio.

A TRAVÉS DE LA REPÚBLICA

CORDOBA



Elenco de la compañía teatral Soler-Vela, que debutó, con brillante éxito, en el teatro La Comedia.



Miembros del Concejo Deliberante, que, después de una prolongade sesión, resolvieron renunciar a sus bancas en señal de protesta por la actitud asumida por la Legislatura.



Doctores Hilario Martinez, Tristán González, ingeniero Pablo Bracamonte, y señores Eloy Llanes y Antonio Molina, que integran la comisión de Poderes de la Cámara de Diputados.







ECOS DE UN HECHO VANDALICO. — Manos anónimas, que la policía trata de identificar, cometieron, en los hermosos jardines que rodean el Crisol Club, un hecho que pone de relieve el bajo nivel intelectual y moral de sus ejecutores, pues trataron de destruir las estatuas de "El sembrador" y el "Rapto de las Sabinas", hermosas obras de arte que embellecen esta ciudad.



Aspecto del recinto de la Cámara de Diputados durante la sesión preparatoria, que terminó, dada la exaltación de los ánimos de los concurrentes, en un formidable escándalo.

CORDOBA



La señorita Dalmira Moreno Castro, rodeada por un selecto núcleo de amigas que le ofreció un te en Plaza Hotel, con motivo de *su próximo enlace.*

ENTRE·RIOS



CONCORDIA. — El diputado nacional doctor Antonio De Fornaro, dirigiendo la palabra a los obreros.



Parte de los numerosos concurrentes a la manifestación obrera realizada en esta ciudad, en el Día de los Trabajadores.



CONCORDIA. — Grupo de residentes uruguayos que realizaron un atrayente pic-nic en "La Pampa", celebrando el resultado de las elecciones en la república vecina.



VIDALITA DEL REGRESO

Vuelvo cantando a estos pagos
Donde otros años viví...
Ay, Vidalita de mis paisanos,
Santas memorias me traen así.

Ya oigo sonar en los montes,
Caja, guitarra y violín...
Ay, Vidalita de los amores,
Santas memorias me traen así.

Dejé en la selva una tumba,
Prenda del bien que perdí...
Ay, Vidalita de la amargura,
Santas memorias me traen así.

No vine para las fiestas
Que tiene el bosque gentil...
Ay, Vidalita de las tristezas
Santas memorias me traen así.

Busco las ciertas señales,
Del muerto que dejé aquí...
Ay, Vidalita de los pesares,
Santas memorias me traen así.

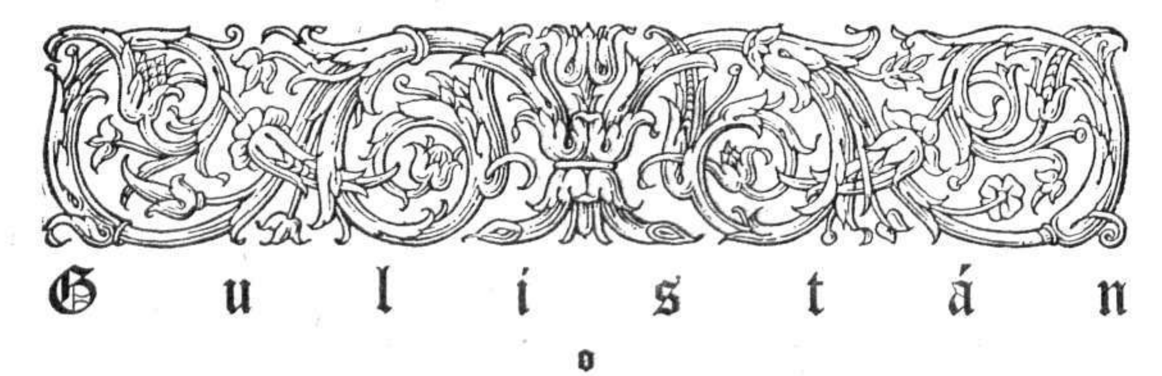
Una cruz bajo un quebracho
Planté hecha en palo de itín...
Ay, Vidalita del desengaño,
Santas memorias me traen así.

Un baile se oye a lo lejos,
Y el cacuy llora por mí...
Ay, Vidalita de los recuerdos,
Santas memorias me traen así.

Bajo ese árbol de la patria,
Dejé alumbrando un candil...
Ay, Vidalita de la esperanza,
Santas memorias me traen así

Si su luz ya se ha extinguido
Para encenderla volví...
Ay, Vidalita de los amigos,
Santas memorias me traen así.

RICARDO ROJAS



Gulistán

o

El jardín de las rosas

del

Poeta persa Saadi.

El enfermo y el veterinario



Un hombre de poca inteligencia, sintiendo que le ardían los ojos, fuése a ver un veterinario para pedirle algún remedio que calmase sus dolores.

El veterinario le dió una pomada que él aplicaba a los caballos.

El enfermo quedó ciego, por lo que acusó al profesional ante la justicia. Pero el Cadí rechazó la demanda diciéndole:

—Si no fuera usted un asno, no habría ido a pedir remedio a un veterinario. Un hombre cuerdo jamás confía a un idiota la confección de una obra de importancia.

La verdadera herencia

Cierto sabio repetía continuamente a sus hijos:

—¡Oh!, hijos míos: si quieren asegurarse contra todas las vicisitudes de la vida, deben aprender una profesión y no confiarse ni en los honores ni en las riquezas de este mundo. Los honores, son locales, y no los acompañan cuando sutedes salen fuera de los muros de la ciudad; y el dinero, está siempre expuesto a la pérdida o al robo.

Por el contrario, cuando un hombre conoce una profesión, tiene en ella una fuente inagotable de bienes. Un artesano a quien le sacan su fortuna, en cualquier parte del mundo tendrá recursos en su profesión y podrá ganarse la vida con sus brazos. Mas, el hombre que nada sabe, en sus días de desgracia no hallará ningún recurso, y se pasará la vida luchando entre la pobreza y la vergüenza, aprendiendo que de todas las amarguras ninguna es más penosa que la de obedecer después de haber mandado y sufrir el rechazo y el desdén.

En las últimas revueltas de Damasco, que obligaron a emigrar a muchos habitantes, se ha visto a simples artesanos vivir cómodamente y, en cambio, hijos de gobernadores iban pidiendo limosna.

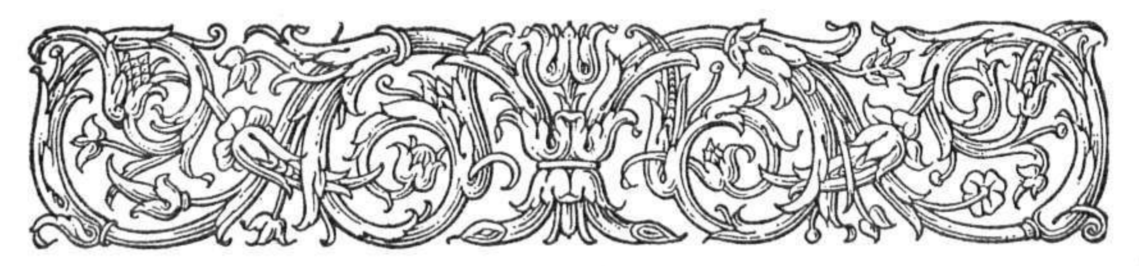
Por consiguiente, la mejor herencia que un padre puede dejar a sus hijos es la ciencia. De otra manera, diez días bastarán para derrochar toda la fortuna que poseemos.

El mal hijo

Un derviche casado desde hacía años, rezaba siempre a Dios, suplicándole que le diese un hijo. Y Dios, todopoderoso, al fin le otorgó su pedido, concediéndole un hijo.

El padre, en el colmo de su alegría, repartió entre los pobres todos sus bienes.





Muchos años pasaron Y un día, recorriendo Damasco, pedí noticias del derviche y me contestaron que estaba en prisión. Indagué la razón, y me dijeron que el hijo, que era un borracho, mató a un hombre y huyó. Por eso tomaron al padre en su lugar y le pusieron el hierro en los pies y en las manos.

Y yo me dije: — Para esta desgracia pedía con tanto fervor que Dios le diera un hijo. Habría sido mejor que su mujer engendrase una serpiente.

Máximas y aforismos

Las riquezas nos han sido dadas para dulcificar las amarguras de la vida, y no la vida para acumular riquezas.

*

— Preguntaron a un sabio, cuál es el hombre más feliz y cuál el más desgraciado. El hombre más feliz — contestó — es el que come de lo que siembra; el más desgraciado, el que muere entre su dinero acumulado.

*

— Dos categorías de hombres trabajan inútilmente: el hombre que gana mucho y no goza de sus ganancias, y el que estudia la moral y no ajusta su vida a sus enseñanzas. Porque un sér malo no puede ser sabio sólo por el hecho de estar cargado de libros.

*

— El sabio cuyas costumbres son inmorales aseméjase más bien a un ciego que lleva una antorcha para alumbrar a los demás sin alumbrarse a sí mismo.

*

— La compasión para con los malos es una injuria para los buenos, pues nada perjudica más a la virtud que la indulgencia para el crimen.

*

— No confíes todos tus secretos a un amigo, porque no sabes si algún día no se convierte en enemigo, ni hagas todo el mal que puedas a tu enemigo que un día puede volver a ser tu amigo.

*

— Si estás en presencia de dos enemigos, sé prudente y cúidate de no decir nada, que un día puede ser tu confusión si esos dos enemigos se reconcilian entre sí.

*

— Antes de hablar delante de un muro, registra bien las paredes para ver si no hay otras orejas escondidas.

*

— Es ofender a la amistad hacer relación con los enemigos de nuestro amigo; por lo pronto, se da margen a la desconfianza.

*

— No perdones a tu enemigo por la razón de que es débil, pues si él fuese fuerte no te perdonaría. Es sublime perdonar, pero tener piedad de una serpiente es exponer la vida de otros hombres.

*

— El exceso de severidad produjo el odio, como el exceso de indulgencia debilita la autoridad. Hay que permanecer en el término medio e imitar al cirujano que, según las circunstancias, unas veces aplica el bisturí y otras el bálsamo.

*

— No anuncies tú mismo las malas noticias. Deja a otros esta misión. Sé como el ruiseñor que anuncia la primavera, y no como la lechuza que en la noche lanza funestos presagios.

*

— No escuches las alabanzas de tu enemigo ni de tus aduladores. Las del primero, son trampas, y las de los aduladores son interés. Sólo a un insensato le agrada siempre ser alabado y adulado.

*

— Cada uno está satisfecho de su espíritu y convencido de la hermosura de sus hijos.

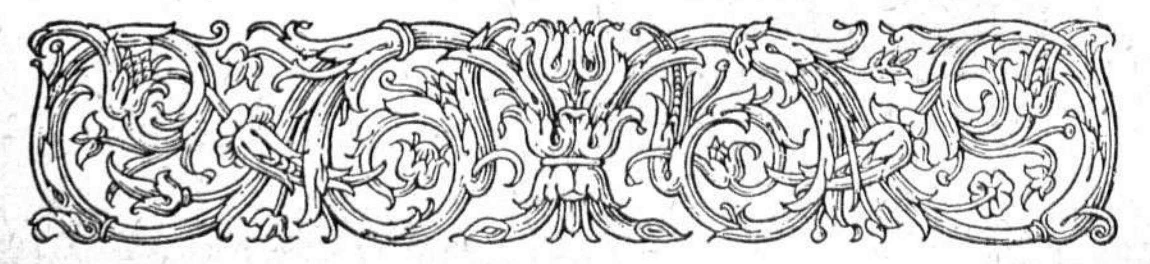
*

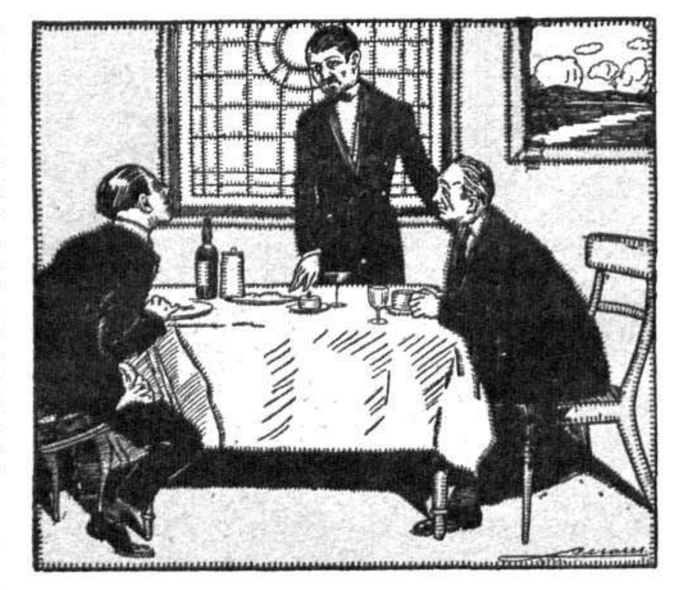
— Muchos hombres pueden comer juntos en paz, pero dos perros disputan y muérdense entre ellos por un hueso. Así es la imagen de la avaricia que aun poseyendo el mundo entero no queda satisfecha.

*

— Nada conviene mejor al ignorante que el silencio, aunque no será más ignorante porque se convenza de esta verdad. La lengua es la que descubre la incapacidad del hombre, como el vacío de las nueces se advierte por su liviandad.

Emir Emin Arslan





Las CUITAS *de* DON SINFOROSO *y las* OPINIONES *de* DON PRUDENCIO

Ya sabéis que don Sinforoso Robledal, político español del antiguo régimen, desplazado del escenario por el golpe militar, es amigo de don Prudencio Amarrete, desde que éste llegó a Europa, «aura va para dos años».

En viaje de retorno, de París a Madrid, Robledal se ha detenido en San Sebastián para saludar a don Prudencio. Y ambos amigos, que lo son míos hasta las cachas, me han invitado a cenar en su amable compañía. A ello me he prestado muy gustoso: en primer lugar por el placer de escuchar los razonamientos de los dos hombres, tan distintos en su manera de ver la vida y el mundo; y en segundo término, porque mi presencia es necesaria como intérprete o lenguaraz, que dice Amarrete, a fin de traducir a Robledal algunas expresiones criollas cuyo sentido escapa a su comprensión. Cultor purista del idioma, su léxico es el que imperaba en el fenecido Parlamento, un léxico que dista bastante de aquel de los clásicos, pero que aun se diferencia mucho más del usado por nuestro amigo don Prudencio.

Apenas sentados a la mesa, comienza la conversación, iniciándola Amarrete.

— ¿Habrá farreado mucho por París? Las macabisas se lo habrán disputado.

Explico. Quiere decir, que habrá corrido usted muchas juergas y que habrá hecho muchas conquistas. Robledal sonríe, con acedo gesto pesimista.

— ¡Conquistas! Sólo he conocido la derrota, señor don Prudencio. El asunto que me llevó a París ha resultado, para mí, un fracaso completo, un un desastre. La humanidad, señor Amarrete, es exitista. Del árbol caído, todo el mundo hace leña. Antes le buscaban a uno para todo; ahora ya no representa uno nada y le excluyen de todas partes. Claro, las influencias han cambiado, y es natural que las empresas las busquen donde se hallan. Pero debieran tenerse en cuenta los servicios prestados.

Amarrete pone gran atención para descifrar el sentido de aquel lenguaje. Con fines indagatorios, avanza esta vaga pregunta:

— ¿Tan mal lo han tratado en París, amigo don Sinforoso?

— Juzgue usted: Yo pertenecía al Consejo de Administración de «La Cuenca Milagrosa», una compañía de minas de cobre, estaño y plomo. Los capitales son franceses y belgas. Las minas están en España, en la provincia de Murcia. Fuí nombrado consejero debido a las indicaciones que mi jefe político hizo a los principales accionistas. Al renovarse el Consejo de Administración, que reside en París, tenía la esperanza de ser reelegido por los muchos servicios que he prestado a la *sociedad*.

— ¿Ha inventado usted algún procedimiento nuevo para extraer el cobre? — le pregunto con aire inocente.

— ¡Qué cachafaces! — exclama Amarrete. — Después de tener don Sinforoso el pálpito del cobre, resulta, amigo don Pancho, que le dejan sin un cobre. Todos toman naranjada, y el pobre naranjero nada.

Robledal abre desmesuradamente los ojos, con ese gesto mixto de incomprensión y asombro.

— Quiere decir — intervengo — que después de descubrir usted las minas...

— No, no — me interrumpe; — yo no he descubierto nada. Los servicios, importantísimos, créanlo ustedes, que he prestado a la compañía, han sido de índole política, allanando todas las dificultades y conflictos en sus relaciones con el Estado y con la provincia. Ustedes no saben todo lo que yo he trabajado. Debido a mi intervención, la empresa se ha economizado muchos miles de duros por concepto de diversos impuestos. Le he evitado también muchos gastos en lo que se refiere a la ley de minas, determinando las formas de explotación y la seguridad en las galerías. Al producirse las huelgas, he procurado siempre defender los intereses de los accionistas. Debido a mi gestión en los ministerios, los expedientes de «La Cuenca Milagrosa» se despachaban en seguida favorablemente. Pero los mayores servicios los presté durante la guerra. Al prohibirse o limitar la exportación, yo conseguía permisos especiales para seguir exportando. Pues bien: todo esto se ha olvidado, y, al renovarse, en París, el Consejo de Administración, no he sido reelecto.

— ¡Qué ingratitud! — exclama Amarrete, entre burlón y compadecido.

— Como nos han barrido de la política, las empresas *buscan otros hombres, otras influencias*.

— Y, dígame, ¡don Sinforoso — pregunta Amarrete —, ¿por qué no se arrima al lao de las casas?

Robledal no comprende el sentido de la frase.

— Quiere decir — explico — que por qué no se va usted con el gobierno, con el Directorio, o con la Unión Patriótica, que es hechura suya.

— ¡Eso, nunca! — clama don Sinforoso —; yo soy leal a mi partido y, sobre todo, a mi jefe. A él se lo debo todo, y yo no le abandono en este trance. No soy ingrato. Detesto la ingratitud, y digo como Voltaire: «Si debiera favores al diablo, hablaría bien de sus cuernos».

— En mi páis — arguye Amarrete — hubo un filósofo más profundo que Voltaire. Era el viejo Vizcacha, que le daba lecciones a Martín Fierro, diciéndole:

«jamás llegues a parar
ande veas perros flacos».

— Es un consejo positivista — dice Robledal con aire meditabundo —; ¿tiene usted las obras de ese señor Vizcacha? Me gustaría leerlas es muy plástico y muy profundo el ejemplo.

— Vizcacha no escribió ninguna obra — le digo —; filosofaba por las pampas, lo mismo que Sócrates por las calles de Atenas.

— En política, como en todo en la vida — dice Amarrete —, hay dos vederas a seguir; la una es ¡derecho, viejo! sin dueblarse ni un chiquito, y ¡déle y déle no más! trás del ideal que uno se ha fijado en el mate, y metiéndoles bala si es preciso a las policías que apoyan a los gogiernos matufieros y no nos dejan asomar la jeta a los atrios para voltiarlos con la libertad del sufragio, que es, compañeros, el verdadero caracú de la democracia y de las instituciones republicanas. Porque si se tolera el trompifai en los atrios, todo lo que viene después es puro batifondo.

Explico el significado de algunos términos, y Robledal hace signos de asentimiento al fondo de la argumentación.

— La segunda vedera — prosigue Amarrete — es hacerse la chancha renga y...

— ¿Cómo, cómo — exclama don Sinforoso sorprendido de aquella rara locución.

— Ajustarse a las circunstancias, pasar por todo— indico.

— Darse vuelta — añade Amarrete —; buscar el acomodo que más convenga y afirmarse como guacho a la ubre del presupuesto. Estos son los dos caminos, amigo don Sinforoso: el primero lo elige el espíritu; el segundo, el apetito. No hay que hacerle.

— Yo no creo, señor don Prudencio — dice Robledal — que el problema sea tan rectilíneo como usted lo presenta. Muchas veces, el hombre político cohonesta el interés particular con el general.

— Vea, compañero, en cuanto se entreveran los dos intereses, el particular se despega del general y sale en punta como alma que lleva el diablo. No hay quien lo sujete. Si usted me lo permite, le hablaré con toda franqueza.

— Desde luego, señor Amarrete. Nuestra buena amistad le autoriza para decir cuanto se le ocurra.

— No dude, compañero, que todo lo que hable será por su bien. Con el amigo don Pancho hemos conversado muchas veces de usted, deseando que acierte a rumbear por el camino que le vuelva a llevar al éxito.

— Gracias, gracias a los dos.

— Todo es cuestión de tragaderas, amigo don Sinforoso. Yo creo que usted, en política, no tiene madera de Cristo. La lealtad a su jefe, ¿es por puro romanticismo, o se apoya en un pucho de esperanza de que ha de volver no más a estar en el candelero?

— De todo hay. No creo que estemos definitivamente muertos.

— Para mí, siento decirselo, amigo don Sinforoso, han parado ustedes las patas y no vuelven a resucitar. El «régimen», como allá decimos, es un Lázaro que nunca se levantará. En este naufragio, usted, compañero, trate de ganar la orilla. Abandone a su jefe; que se ahugue solo, ya que, en realidad, él tiene la culpa por la dirección que dió a la nave, o sea al partido.

— Tiene usted razón; fueron los jefes con sus competencias y codicias, los que todo echaron a pique — dice Robledal con cierto principio de indignación.

— Proteste usted públicamente contra todo lo pasado, como si no hubiera tomado parte en ello. La gente no tiene memoria, y ya no se acuerda, aparte los ases, quiénes eran del viejo régimen y quiénes son del nuevo. Poco a poco se va usted arrimando hacia el asao, y, cuando ya esté listo, se le prende no más. No será usted el único colao...

— No me disgusta el consejo, señor Amarrete. Se ve que es usted hombre de gran experiencia.

— No me falta; pero nunca la usé. En política hay algunos locos, como en religión, quiero decir algunos fánaticos. Yo soy uno de ellos. En cuanto se tocan los principios, me empaco, y ni con cuarta, amigo, me sacan de ellos.

— No hay que fanatizarse por nada — dice don Sinforoso con tonillo escéptico.

— Sin embargo, compañero, el fanatismo ha hecho cosas grandes, empezando por el cielo y los ángeles que lo pueblan.

—Yo creo que en el cielo no hay ningún ángel que haya sido político. Las luchas políticas no son más que un torbellino de egoísmos en pugna, unos cuantos actores contrincantes en medio de un coro de infelices. Es la manera de vivir de unos centenares de listos a costa de varios millones de contribuyentes. En todo el universo ocurre lo mismo. Dice Pope, un escritor inglés, jorobado y de un humor muy áspero y amargo, que el espíritu de partido es la locura de muchos hombres en provecho de unos pocos.

— Ese Pope — responde Amarrete — es un optimista, un romántico, al lado del viejo Vizcacha. Oigalé:

«Dejá que caliente el horno
El dueño del amasijo,
Lo que es yo nunca me aflijo
Y a todito me hago el sordo;
El cerdo vive tan gordo
Y se come hasta los hijos».

— ¡Qué barbaridad! — exclama Robledal horrorizado.

— Ya le dije que su Pope era un optimista cándido, un otario, al lado de mi filósofo.

— Schopenhauer no ha dicho nada semejante.

— Ni nadie. Vizcacha es único. A Pope y a Schopenhauer se les pondrían los pelos de punta si le hubieran escuchado.

— ¡Terrible el señor Vizcacha! Y hablando de otra cosa: ¿cómo juzga usted estas dictaduras europeas, la de Italia y la de España? ¿Se parecen a las que suelen producirse en los países americanos?

— La de Italia se parece poco. La de España tiene cierto aire de familia, empezando por su cárácter militar. Pero, para establecer la diferencia que yo noto entre una dictadura americana y ésta de don Primo, tendría que hablar mucho. Y como malicio que don Pancho tendrá ya ganas de acostarse...

— Yo malicio — le atajo bromeando — que usted tiene ganas de ir a reunirse con Pepita.

— ¡Qué distracción! — exclama Robledal; —no le he preguntado a usted por Pepita. ¿Cómo está? ¿Siempre tan alegre?...

— Ha cambiado mucho de carácter; ha adquirido un aire reposado, tranquilo, unos modales de embajadora. Está muy interesante la macabisa.

— La presenta usted mis respetos — dice don Sinforoso, que ante aquellas ponderaciones de Amarrete cree debe emplear estos términos para enviar su saldudo a la moza.

—Así lo haré. Y otra noche volveremos a reunirnos y le largaré el rollo sobre eso de las dictaduras americanas y europeas...

FRANCISCO GRANDMONTAGNE

DIBUJO DE DESARES



La Canción del Himno lejos de la Patria



FUÉ en Roma, en 1910. En su carácter de presidente electo de la república, y con motivo de abandonar su representación diplomática ante el «Quirinale», se le rindieron al doctor Roque Sáenz Peña muy expresivos homenajes. Mencionaré ahora lo del municipio, que me tocó presenciar, y del cual conservo vívida en la memoria una aleccionadora impresión, por el hondo sentido que encierra.

La sala de actos del Capitolio rebosaba de concurrencia. En la solemne ceremonia, los uniformes daban una nota de suntuosa esplendidez. Presidía la fiesta su majestad el rey. Una prolongada ovación anuncia la llegada del doctor Roque Sáenz Peña. Terminada la salutación de estilo, después de un breve espacio de silencio, suenan los compases de una música. Su ritmo martilla mi corazón y acelera sus latidos. Un estremecimiento indecible, de júbilo y angustia al mismo tiempo, recorre mi ser. Esas notas que nunca en la vida me habían causado tanta impresión, eran el himno de la patria, misteriosa clave de sugestión que penetra, sin encontrar resistencia, en el alma, apoderándose de sus más nobles emociones.

Hay que encontrarse apartado del querido terruño, y hablar un idioma extraño, y alternar con quienes, a pesar de su buena intención, exteriorizan informaciones mortificantes acerca de nuestra nacionalidad, para ver cómo crece, se depura y agiganta el entrañable amor a la patria distante e inolvidable. Contemplada desde un punto remoto, se la abarca en toda su magnífica amplitud, como acontece con las elevadas montañas, como sucede a través del tiempo, que es distancia, con los hombres representativos, con los tipos cumbres de la democracia. El árbol inmediato impide la visión de la selva; el peñasco próximo oculta el centelleo de las nevadas cimas; los detalles cercanos malogran la vista del panorama dilatado. Pero cuando el observador mira desde lejos, el egoísmo, que es sombra espesa y que se desliza al ras del suelo, no alcanza a impedirle la vista de aquellos altos valores que constituyen la grandeza de la patria. Y, entonces, las aristas de las cumbres, bruñidas de sol, dan al paisaje un sello de imponente grandeza.

El himno seguía sonando con la majestad de un salmo.

Sé muy bien que su composición no es precisamente un primor musical, ajustado a los cánones de un riguroso tecnicismo, y que su ritmo carece de la sonoridad marcial acostumbrada en las canciones hímnicas. Pero para mí es perfecto, porque me resulta el más significativo de la tierra. La patria, militar o civil, que sólo ha perseguido la unidad política de los pueblos del Plata y el triunfo sincero de la democracia, cualesquiera ha-

yan sido los instrumentos utilizados en defensa de su ideal (espadas, arados o cartillas); esa patria tal como la describe la historia, es la que palpita viviente en la musicalidad de sus estrofas. Valen éstas por el espíritu que las habita, por el sentimiento que zumba, reza y canta en sus acordes, hasta estallar en un juramento sagrado de epopeya.



Las angustias y las eperanzas de los precursores; la decisión plebiscitaria de Buenos Aires que, sin jefes ni caudillos, no tiene más conductor que el propio arrojo; la enorme magnitud del plan revolucionario y la mezquina pobreza de los recursos para realizarlo; el denuedo de los improvisados militares; la resolución de los clérigos de estampa prócer, en el concilio de Tucumán; el genio de los grandes capitanes; la fortaleza de los gauchos bravíos, en las breñas montaraces, en las rutas peñascosas de repechos imposibles, en las sendas de nieve y brumas que orillan insondables precipicios; la intrepidez de los jinetes criollos, centauros homéricos, que, enloquecidos de coraje, en atropelladas de huracán ganaron la libertad del continente; la osadía de las frágiles embarcaciones que en ríos y mares sostuvieron fragorosos combates, para desplegar al viento, como símbolo de redención, el emblema victorioso de Belgrano; el arrebato dramático de la lucha, la incertidumbre, y, más adelante, como coronación, el triunfo; en una palabra, los elementos que constituyen el alma de la patria se han volcado, hirvientes y vibrante, en el molde armonioso de su himno nacional.

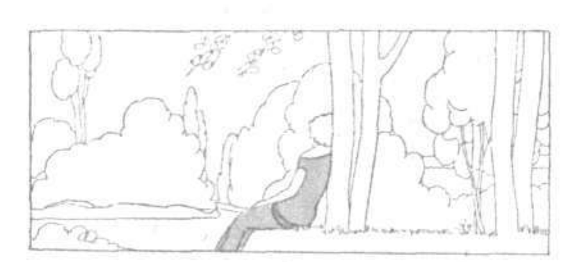
Y mientras el clangor vehemente de los bronces se precipita atacando los acordes finales, yo pienso en aquellos que han afirmado la estabilidad de las instituciones, dándole al país, en generoso derroche, su pensamiento, su esfuerzo, sus energías y su vida! Hombres superiores que, adelantándose a su época, impulsaron a la nación por rumbos de progresos; sacerdotes de austero apostolado en la difusión del Evangelio, en el ministerio de la enseñanza y en el ejercicio de la caridad; trabajadores sanos, fuertes y honrados, argentinos o extranjeros, de la ciudad o de la campaña; instructores de la niñez; estadistas, sabios y tribunos, escritores y artistas, eclesiásticos, políticos y militares: todos, en la coincidencia de un mismo amor y sirviendo idéntico propósito: la grandeza y la gloria de la patria, han traducido a la realidad sorprendente de los hechos el apóstrofe del bardo:

Sean eternos los laureles
Que supimos conseguir.

El hogar lejano, los cariños de la infancia, el suelo nativo, concentraban su reminiscencia en una emoción dulce y recóndita. Es que llevamos la patria dentro de nosotros mismos, en un sentimiento indestructible del corazón. Este morirá primero que permanecer insensible a los acentos de un himno que es evocación del pasado, afirmación del presente y promesa henchida de esperanzas para lo porvenir.







ACABABA noviembre cuando te encontré. El cielo estaba azul y los árboles muy verdes. Yo había dormitado largamente, cansada de esperarte, creyendo que no llegarías jamás.

Decía a todos: mirad mi pecho ¿veis? Mi corazón está lívido, muerto, rígido. Y hoy, digo: mirad mi pecho: mi corazón está rojo, jugoso, maravillado

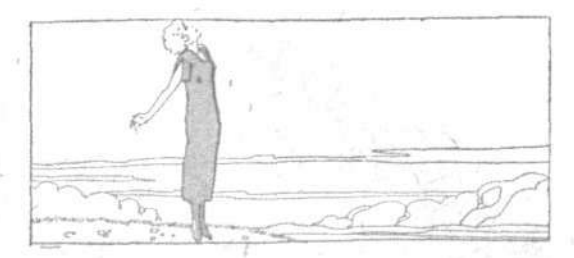
•

QUIÉN es el que amo? No lo sabréis jamás. Me miraréis a los ojos para descubrirlo y no veréis más que el fulgor del éxtasis.

Yo lo encerraré para que nunca imaginéis quién es dentro de mi corazón, y lo meceré allí, silenciosamente, hora a hora, día a día, año a año.

Os daré mis cantos, pero no os daré su nombre.

El vive en mí como un muerto en su sepulcro, todo mío, lejos de la curiosidad, de la indiferencia y la maldad.



EN este crepúsculo de primavera yo volaría: sí, yo volaría.

Si no fuera que el corazón henchido, cargado, doloroso, enorme, llena mi pecho, dificulta mis movimientos, entorpece mi cuerpo, y me mantiene adherida a la tierra donde tú vives, ¡oh, mío!

ESTA madrugada, mientras reposaba, has pasado por mi casa. Con el paso lento y el aliento corto, para no despertarme, te deslizaste debajo de mi balcón.

Yo dormía, pero te vi en sueños pasar silencioso: estabas muy pálido y tus ojos me miraban tristemente, como la última vez que te vi.

Cuando desperté, nubes blancas corrían detrás de ti para alcanzarte.

•

POR sobre todas las cosas amo tu alma.

A través del velo de tu carne, la veo brillar en la obscuridad: me envuelve, me transforma, me satura, me hechiza.

Entonces hablo, para sentir que existo, porque si no hablara, mi lengua se paralizaría, mi corazón no latiría ya, toda yo me secaría deslumbrada.

•

CADA vez que te dejo retengo en mis ojos el resplandor de tu última mirada.

Y, entonces, corro a encerrarme, apago las luces, evito todo ruido, para que nada me robe un átomo de la substancia etérea de tu mirada, su infinita dulzura, su límpida timidez, su fino arrobamiento.

Toda la noche, con la yema rosada de los dedos, acaricio los ojos que te miraron.



UN viento helado y agudo me ha envuelto hace un momento como para robarme algo.

¿Sabe, acaso, que estoy saturada de amor, intenta él, olvido eterno, cargarse de mi constancia, e entibiarse con mi ternura?

Pero, yo le he dicho: ¿no te basta con todo lo que arrastras, vagabundo?

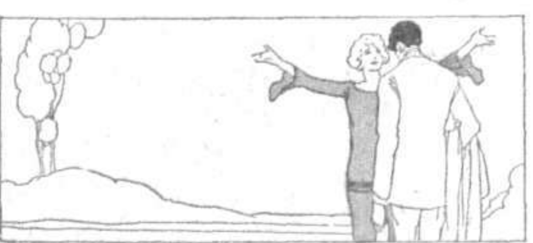
Todo mi amor es poco para mí, no me quites nada.

•

ES media noche. Yo estoy separada de ti por la ciudad. Espesas masas negras, bloques de casas, bosque de palabras perdidas, pero aun vibrando, bloques invisibles de cuerpos microscópicos.

Pero proyecto mi alma fuera de mí y te alcanzo, te toco.

Tú estás despierto y te estremeces al oirme. Y cuanto está cerca de ti se estremece contigo.



OYE: yo era como un mar dormido.

Me despertaste y la tempestad ha estallado. Sacudo mis olas, hundo mis buques, subo al cielo y castigo estrellas, me avergüenzo y me es-

condo entre mis pliegues, enloquezco y mato mis peces.

No me mires con miedo.

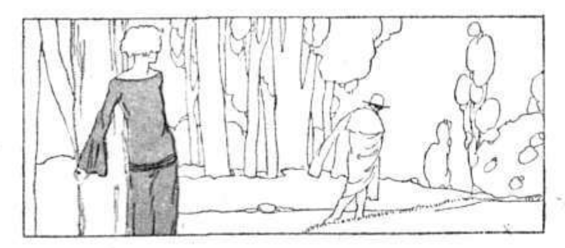
Tú lo has querido.

*

Tú, el que pasas, tú dijiste: esa no sabe amar.

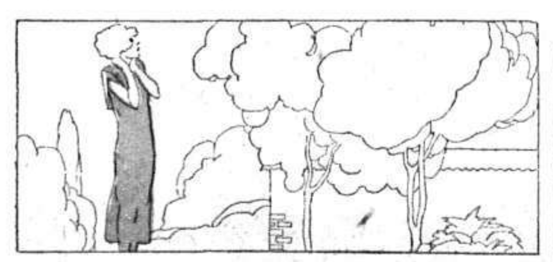
Eras tú el que no sabías despertar mi amor.

Amo mejor que los que mejor amaron.



Ayer te vi pasar cerca de mí; ibas bajo los árboles con tu paso mesurado y la cabeza inclinada, como pesada de pensamientos.

Pero no quise detenerte. Porque aun sueñas conmigo, y todo sueño puede ser muerto, aun por la persona amada que lo provoca.

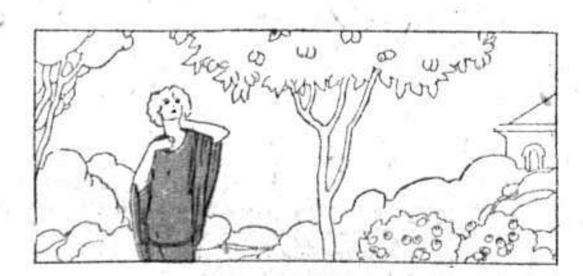


Susurro, lento susurro de hojas de mi patio al atardecer: callad.

¿Por qué me enloquecéis susurrándome su nombre?

El no vendrá hoy.

Piensa en mí, pero no vendrá hoy.

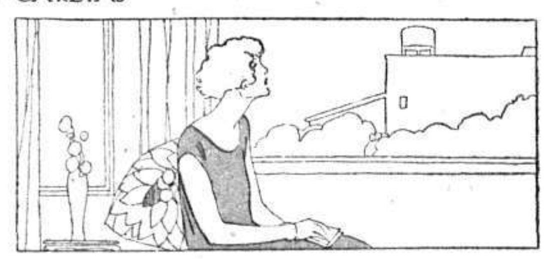


He bajado al jardín con la primera luz de la mañana.

La fina humedad del rocío refresca mis plantas, y los párpados se distienden bajo la dulzura del aire primaveral.

Veo los rosales en flor, la enredadera de jazmín nevada, la negra raya movediza de las hormigas y el limonero cargado de frutos de oro.

Pero pienso: por fuera tenéis oro y por dentro sois ácidos; el corazón de él no es así, es dulce y bello por dentro y por fuera



Te veo en cada cosa, todo me sugiere tu pensamiento.

He levantado los ojos y sobre el techo de la casa vecina he visto el tanque que guarda el agua corriente venida del río.

Pienso que acaso estuviste ayer a su orilla y las gotas que miraste hayan subido al vecino tanque.

*

Te amo, porque no te pareces a nadie. Porque eres orgulloso como yo.

Y porque antes de amarme me ofendiste.

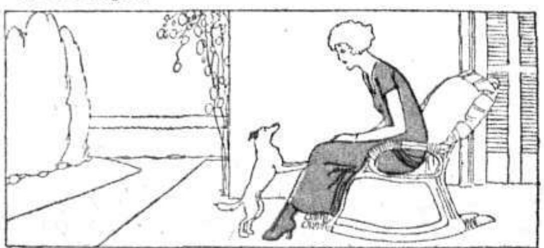
*

Estoy en ti.

Me llevas y me gastas.

En cuanto miras, en cuanto tocas vas dejando algo de mí.

Porque yo me siento morir como una vena que se desangra.



En la casa silenciosa, de patios calmos y frescos y largos corredores, sólo yo estoy despierta a la hora de la siesta.

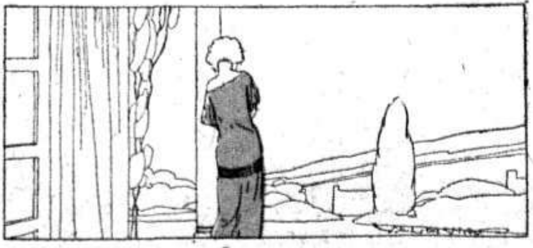
Quema el sol sobre los mármoles. Vibran las alas de los insectos.

La blanca y familiar perrita apoya sus patas delanteras sobre mis rodillas y me mira de un modo extraño.

Yo le pregunto: ¿también sabes tú que lo amo?

*

Tañido de campanas, grosero tañido de campanas: herís mi alma y asustáis en esta hora mis finos pensamientos de amor.



En una columna me apoyo, y te sueño.

Mi mejilla, en contacto con el frío mármol, contagia de hielo a mi corazón.

Gruesas lágrimas caen de mis ojos.

Soy feliz; pero lloro.





Estoy encantado de que me pidas una carta para ti solo; y nada, mi querido, podía haberte ocurrido más lindo que esto y que me llene de más satisfacción al saber que deseas una carta mía directa, exclusiva, para tu sola personita; y aquí va como la quieres.

Me llegó bien enterito el beso que me has mandado en tu retrato. En cambio, yo te mando muchos reunidos en estos renglones, además de otros que envío para los tres en distintas horas, por un correo misterioso que existe para esa clase de correspondencia, y cuya historia voy a contarte.

Allá en tiempos muy antiguos, cuando aun vivían los gigantes y había serpientes con varias cabezas y leones con alas, los hombres estaban divididos en dos clases y en dos poblaciones; en los valles y en las llanuras habitaban los que vivían de su trabajo sembrando la tierra y cuidando rebaños; y en los montes y en las selvas tupidas se ocultaban otra clase de hombres salvajes y crueles que atacaban a mano armada a los labradores y pastores para quitarles por fuerza sus siembras y su ganado. Pero eran bravos, y para robar arriesgaban la vida; y entonces, ni entre la clase de los trabajadores ni entre la clase de los hombres malos se conocía la especie de los mentirosos, de los tramposos y de los traicioneros. Y en este tiempo los ángeles bajaban del cielo para ayudar a los hombres de la llanura y del valle a defenderse contra el asalto de los hombres feroces de la montaña y la selva. Y así sucedía que éstos eran rechazados; y entonces se dijeron: «Si los otros tienen a su favor el auxilio de los ángeles, nosotros debemos llamar en nuestra ayuda a los demonios». Y así hicieron; y los demonios les hablaron así: «Mientras ustedes vivan separados, formando una población distinta de los labradores y pastores, éstos siempre podrán defenderse con la ayuda de los ángeles; pero el día en que ustedes bajen de la montaña y salgan del bosque y vayan a mezclarse y a vivir entre los hombres de trabajo, podrán tomarles con más facilidad todo lo que ustedes quieran». Y los salvajes repusieron: «Pero, ¿cómo podremos vivir reunidos sin que nos conozcan, y de qué modo, estando rodeados por todos, podremos asaltarles, teniendo ellos el amparo de los ángeles?» Y los demonios, riéndose con malicia, contestaron: «Nosotros les daremos lo necesario para ocultarse y les enseñaremos la manera de apropiarse de lo ajeno sin peligro.» Y les regalaron máscaras con fisonomías semejantes a las de los hombres honrados. Y les enseñaron a *mentir*, a *engañar*, a embrollar y a traicionar con todas las formas de la falsedad. Y así sucedió que al poco tiempo, mezclados los hombres salvajes con los trabajadores, no se distinguían ya los unos de los otros. Y entonces los ángeles, no sabiendo cuáles eran los buenos para ayudarlos, y cuáles los malos para combatirlos, vieron que nada útil podían hacer en la tierra y resolvieron volverse al cielo. Pero, uno de los ángeles estaba en un lugar muy retirado acompañando a un viejecito y a una viejecita que vivían muy solos, a pesar de haber tenido muchos hijos; pero algunos habían muerto, y los vivos se habían ido a trabajar muy lejos. Compadecido el ángel de esos pobres viejecitos, iba y volvía volando para llevarles mensajes de los padres a los hijos y de los hijos a los padres. Los mensajes para los hijos vivos los llevaba de día; y a la tardecita, o en las noches de luna, se iba volando a donde estaban enterrados los hijos muertos. Y quién sabe lo que sabría hacer el ángel allí que, a la mañana siguiente, las sepulturas solitarias amanecían cubiertas de flores, y de allí se volvía a la choza de los viejecitos, y cuando estaban durmiendo los consolaba mostrándoles en sueños la imagen de sus queridos hijos muertos.

Y el caso fué que cuando ese ángel compasivo supo que sus hermanos se volvían todos al cielo, fué a despedirse de sus buenos amigos los viejecitos; pero éstos, al saber que los dejaba, lloraron tanto y le suplicaron que no los abandonase, que al fin resolvió quedarse con ellos para seguir sirviéndoles de mensajero. Y cuando los viejecitos murieron, los hijos, que ya se habían hecho viejos a su vez, y que tenían también hijos ausentes y otros muertos, le rogaron que siguiera prestándoles el mismo servicio. Y cuando éstos murieron ocurrió lo mismo con los hijos que iban quedando a través de varias generaciones. Y, como ocurre siempre, que así como hacer lo malo acostumbra a lo malo y hacer lo bueno acostumbra a lo bueno, el ángel se había habituado de tal modo a su oficio de correo entre todos los padres y los hijos ausentes y muertos, que definitivamente determinó quedarse en el mundo a desempeñar esa misión verdaderamente digna de un ángel. Y el Señor, allá en el cielo, cuando supo tan noble determinación, lo bendijo; y dicen que, en recompensa, le tiene preparado el lugar más cerca de su trono, que está vacío desde que Luzbel, que lo ocupaba, fué arrojado del cielo.

Y bien, mi hijito: con ese mensajero es que yo les mando todos los días a decir muchas cosas de mi corazón, y muchos besos, y lo mejor de mis pensamientos, y lo único que conservo de esperanza en la vida. Y él, volando, invisible, me trae también cariños de ustedes, que me consuelan y me llevan salud al alma, porque cuando estoy acordándome de ustedes yo no puedo ser malo. Y el mismo mensajero es el que, de cuando en cuando, me hace ver en sueños a tu hermanito *Silvio Honorio*, como lo besé en su cunita el día que lo enterraron No lo olviden, mis hijitos; quiéranlo también aunque no lo vean Y para que el ángel correo vaya y venga entre nosotros, es necesario que ustedes no aprendan a mentir y sean muy cariñosos, lo mismo con tu mamá que con tu papá. Un gran abrazo,

J. Castellanos



VISION PROFETICA

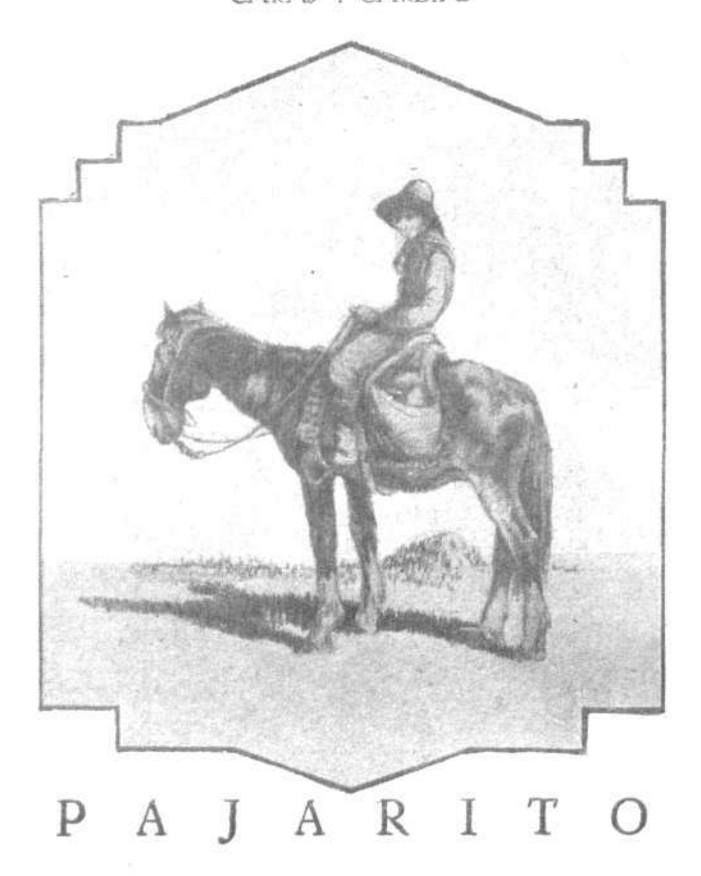
Llega la hora, hermanos: un saludo
a la aurora. Dejad todo quebranto...
Sobre el diario luchar suene el clamor del canto
como un recio martillo en un escudo.

Frente gallarda, corazón desnudo.
Arduo sufrir que nos valiera tanto!
La Libertad ya se ha grabado en libro santo,
con todo lo que siente y lo que pudo.

Ante la obra: ved qué noble centelleo!
Juremos conservar ese trofeo
y llevarlo adelante con la voz, con el puño.

Batid en el metal, viriles manos:
y la rotunda efigie ha de salir, oh, hermanos,
cual medallón de bronce que se vuelca del cuño!

ERNESTO · MARIO
BARREDA



PAJARITO

El mote no era tan desdoroso como él lo consideró al principio, porque, en realida, constituía una forma amable de acariciar un pájaro ... pero, sus protestas se hicieron sentir muy a menudo.

— Sépase que yo me llamo Toribio Perdomo... Tengo nombre...

Pero no hubo manera de corregir la mala costumbre general. «Pajarito» le pusieron, y «Pajarito se quedó, y con ese apodo figuró en la historia de sus tiempos, particularmente en la historia de su «pago».

Por otra parte, el sobrenombre resultaba apropiado. Aunque ya había cumplido los treinta años, su escuchimizado cuerpo no era mayor que el de un muchacho enclenque y débil, y su cabeza diminuta y su nariz fina y arqueada le daban el aspecto de un ejemplar ornitológico de «bañado» o de matorral de sierra, que son incubadores naturales de pájaros de extraño plumaje, canto inarmónico y ridícula figura, siendo el parecido más completo cuando caminaba, pues lo hacía dando saltitos como un chingolo.

Su plástica tenía bastante relación con su psiquis. No era precisamente idiota, pero había, sin duda, en su reducida masa encefálica, algún nervio atrofiado, o era víctima de un atraso en el desarrollo de las facultades mentales. Tenía, sin embargo, algunas cualidades sorprendentes: era activo, incansable en las grandes «galopiadas», conocedor, como nadie, de todos los intrincados laberintos de los montes y las sierras y no había lugar apartado, rincón penumbroso u obscuro, «picada» tenebrosa y «paso» de arroyo, más o menos vadeable, que no estuviese delimitado con exactitud matemática en su torre frontal deprimida. Eso sí, no hacía servicio gratuito a nadie. El que lo utilizaba ya sabía que debía pagarle. Poco o mucho, para él era lo mismo... y decían que guardaba el dinero, no se sabe dónde, presentando, de este punto de vista, condiciones excepcionales para comerciante al «menudeo».

Nadie conoció su rancho, sencillamente porque no lo tenía. Pasaba el día en una «estancia» para desaparecer bien pronto, yéndose a pernoctar en otra. Nunca pedía permiso para entrar o quedarse porque todos le conocían, y así que se apeaba de su caballejo anguloso, medio petizo, se iba derecho a la cocina, saludando, al parecer, de mala gana, pues su voz y sus maneras, distaban mucho de ser francas y cordiales. Apenas le veían entrar, no faltaba un peón, o el dueño de la casa que le dijese:

— Pajarito, si vas a dir al pueblo, tenés que trairme tabaco, hierba y azúcar.

— No hay inconveniente, aunque di aquí al pueblo hay unas seis leguas. Pagandomé, tuito se arregla...

— ¡Pucha, que sos interesao.

— Claro —contestaba él, sonriéndose un poco —como ustedes trabajan de balde...

— ¿Y qué hacés, Pajarito, con la plata que ganás? ¿Tenés madre?

— Yo no tengo a naide.

— O alguna chinita orejana... escondida en el monte...

La idea de que el pobre gaucho pudiese tener amores ocultos, hacía reir a los paisanos, de suyo predispuestos al holgorio. Y entre mate y mate, las bromas se multiplicaban, mientras el mozo, indiferente a las alusiones, «matiaba» también o «churrasquiaba», cuando había algún «asadito» jugoso, ensartado, al alcance de su mangorrero.

— Decí, Pajarito, ¿cuántos mangangás tenés guardaos? Porque vos hase más de veinte años qu'estás rejuntando y no gastás nada... ni cuando vas a la pulpería, porque nunca falta un gaucho, que dispués de rairse un rato de vos con los otros, te convida... y vos, tomás, sin decir nada, lo mesmo que si estuvieses cumpliendo una obligación contra tu gusto... ¿Cigarros? Siempre tenés uno en la boca, dos atrás de cada oreja y un paquete en el bolsillo. Dejuro que no los comprás, porque dise el pulpero que nunca li has gastao ni un centavo...

— No paresés criollo — agregó otro contertulio — por lo generoso y desprendido... del saco... Cualquier día, si seguís ansina, vas a pedir runión di acredores... como el pulpero don Fermín...

Y Pajarito, sin pestañear siquiera, seguía su labor de succionar la bombilla, hasta que el mate vacío «roncaba» significativamente, para ser llenado otra vez, sin solución de continuidad, lo que hacía decir a algún paisano:

— El hombre tira más al pescuezo qui a la cincha...

— Es que siempre ha sido delantero...

— Cada uno sabe pa lo que sirve — interrumpía él —. No soy como ustedes, que sirven pa tuito.

Y así pasaba la vida. Constantemente se le veía en los caminos, o «cortando campo», con las maletas llenas de artículos que le encargaban en las estancias, yendo y viniendo del pueblo. A veces, transcurrían semanas enteras, sin aparecer, y nadie se

acordaba del mandadero, a no ser que hubiese necesidad de comprar urgentemente alguna cosa, que, en ese caso, la pregunta era inevitable.

— ¿Alguno e ustedes sabe ande está Pajarito?

No, nadie lo había visto; pero, como si hubiese sido el resultado de una evocación, su silueta se delineaba netamente en la «tranquera» de la «estancia», o en el caminito vecinal, galopando a todo lo «que daba» su mísera cabalgadura.

— ¡Si es como mandinga... que no se puede nombrar sin que muestre las guampas o la cola...

Y volvían a «embromarlo», porque, aunque todos lo necesitaban, eso no excluía el buen humor criollo, que sabe aprovechar todas las oportunidades...

— ¿Qui ha sido e su vida? — le preguntaba la patrona, riéndose —; se me hase que su novia es muy esigente... Vaya enseñandolá, pa que dispués no le salga empacadora... cuando se case...

Pajarito se ponía serio y decía secamente:

— Si precisa algo, haga el apunte, qui ahura güelvo.

Y se iba a la cocina a «cimarronear», como de costumbre, no sin antes haberle sacado el freno a su caballejo y atado de un poste del «alambrado» para que pudiese pastar a gusto...

Al entrar, — los paisanos reunidos, lo recibían alborozados, como de costumbre, y mientras le hacían sitio, para que se sentase, iniciaban el tiroteo de las indirectas.

— Oiga, Pajarito — expresaba el capataz —, el patrón le va a vender muy barato el mejor potro e su manada e mestisos, pa que lo dome y ansina va a tener dos fletes e mi flor. El mestiso p'al trabajo y el suyo pa los domingos...

Las carcajadas parecían inaguantables, pero él, como si no tuviese nada que ver con ellas... hasta que terminado el vigésimo «cimarrón» decía:

— Digalé al patrón, capataz, qu'es muy güeno, pero que yo no tengo plata, no soy domador aunque m'he criao en el campo; qu'el potro se lo venda a usté, qui ha de tener el cinto lleno... y que a domar... no hay quien le gane... Está bien acreditao, pa eso...

Como todos conocían el estado de las relaciones del capataz con el dueño de la estancia, apagaban el estruendo de las carcajadas, repentinamente, en tanto Pajarito le volvía a «pegar» al cimarrón, manteniendo la «pava» en la mano... hasta que el agua se enfriaba o concluía.

Y así siguió, sin variar en lo más mínimo sus hábitos de corredor viajero mercantil, en veinte leguas «a la redonda». Muchas veces le siguieron por curiosidad, porque, realmente, «el hombre» no «debía de ser lo que era». ¿Qué hacía con el dinero que ganaba? ¿Un gaucho sin vicios? ¿Ni jugador, ni bebedor, ni «mujerengo»? No, no podía suceder semejante cosa, tratándose, sobre todo, de un mozo de carácter un tanto extravagante, trabajador infatigable y casi «tocame un chotiz», como decía el escribiente de la policía, gran conocedor de temperamentos... Pero, no descubrieron nada. Iba al pueblo, compraba regateando los artículos que le encargaba su clientela. Almorzaba «de arriba» y «matiaba» en algún «puesto», al regreso del viaje, siempre silencioso y siempre serio, como un enigma campesino. Ni un amor, de esos que se encienden al pasar y se desenredan con el galope del caballo. Las mujeres, como los hombres, se burlaban de sus saltitos, de su vestimenta de gaucho pobre y de su figura de «teru-tero sin plumas». El, parecía no preocuparse gran cosa de esas burlas, y sólo contestaba, sin hacer gestos, cuando lo apuraban demasiado. El comisario expresaba su opinión en frase breve y cortante:

— Es un gaucho degenerao, pero infeliz. Trabaja, pa ganar las achuras e la vida... Ande se las dan las agarra. Es honrao porque no roba y nunca ha tenido que ver con la polecía, porque no se enoja. Paja mansa el estero. Puede que, como la totora, sirva pa quinchar un rancho... si hay alguno que le pague... que sino, ni pa eso...

Pasó el tiempo. Pajarito había interrumpido durante más de un mes sus habituales ocupaciones y ya empezaban a extrañar su ausencia, cuando en las estancias circuló un rumor extraordinario, insólito, increíble...

— ¿No saben nada de Pajarito? — preguntó el escribiente de la comisaría, mirando a los paisanos con ojos de malicia.

— Nada. Hace más de treinta días que no se le ve en el pago — dijo uno, sin dar mayor importancia a la pregunta.

— Se habrá enfermao — dijo otro —, porque ahugarse en una laguna o cairse di una barranca, es lo mesmo que si yo trompesara ahura que estoy sentao. Pa él no hay peligro. Es capaz de caminar por la orilla de un tembladeral sin refalarse, y en el monte no hay más que gatos...

El escribiente oía y seguía sonriendo misteriosamente.

— ¿Pero usté sabe algo d'el, no? — interrogó uno de los presentes, intrigado por la reserva del empleado policial.

— Dejuro que sé — contestó el aludido —, pero no se lo digo, porque no me lo van a crer... Si quieren saberlo, siganmé tuitos los presentes... Una galopiada corta... menos de tres leguas... pero vengan preparaos pa ver lo que no han imaginao ni soñando...

— ¿No es broma? — preguntó un gaucho viejo y por lo mismo suspicaz — mire que hoy no es día de inocentes...

— Parece cosa e broma no más — contestó el aludido—, pero es tan cierta, como qui ahura es día...

Impulsados por la misteriosa reserva, todos montaron a caballo y salieron al camino, guiados por el escribiente. Una hora y media después, éste se apeó, gritando a sus acompañantes:

— Apeensén que ya hemos llegao...

— Pero esta es la pulpería de don Fermín...

— Del mesmo, que se fundió...

— ¿Y está abierta otra vez?

¿ Pero, no lo ven?

Se apearon y rápidamente entraron en la casa de comercio. Vieron con asombro ensanchado el salón de ventas y los estantes llenos de mercaderías, pero lo que llenó más de sorpresa el alma de los curiosos paisanos, fué ver a Pajarito detrás del mostrador, dándo órdenes a dos mozos, que acomodaban barricas en los rincones.

— ¿Se ha empliao? — preguntó uno, para iniciar las indagaciones.

— ¿Empliao? — respondió el escribiente, casi en la misma cara de Pajarito — es el dueño. Se ha quedao con la pulpería, con el campito y con la hija de don Fermín. Se casó ayer con ella y el comisario y yo fuimos testigos...

— ¿Y ese es el gaucho degenerao, asigún el comisario?

— Ansina tiene que ser, porque a ser gaucho e verdá, agatas habría llegao al matrimonio, dispués de alsarse en ancas la prenda... Confiesen que el Pajarito ha resultao un pájaro...

SANTIAGO MACIEL.

FIESTAS PATRIAS en la ALDEA



INES de mayo. Están ya peladitos todos los árboles, y el color verde se trueca gris en los valles. Heladas tras heladas blanquearon las huertas, y en los cerros multicolores la nieve ha comenzado a espolvorear su harina... Un vientecillo frío viene quebrada arriba, juguetón como nunca, colándose sin permiso por todas partes, y, desde media mañana a media tarde, el sol cabrillea los berruecos muy bellamente... La noche, con premura, se echa sobre las cumbres y envuelve en negro a la aldea. Mientras no dé la luna su luz, todo: valle, cerros, casas, callejas, árboles, piedras y hombres, formarán un solo borrón de tinta que se empeña en secar el viento frío que viene quebrada arriba, juguetón como nunca...

<>

MAYO, el otoño! La aldea está triste como una muchacha provinciana que tiene el novio lejano, estudiando en la ciudad. ¡Todo son nostalgias! Durante el verano estas callejas llenáronse de ruidos, de pasos y risas femeninas. Los primeros fríos dispersaron a los forasteros, y sólo quedan, metiditos en sus casas de adobe, bajo los techos de torta, los poquitos habitantes del lugar, amigos del brasero y de la cama temprano, a veces, en cuanto oscurece...

Por espacio de horas no cruza nadie las callejas aldeanas; ni un mal «choco» siquiera. A mediodía, grupos de rapazuelos, — los changos color de tierra, — se van a la escuela. Tres horas después, regresan, con el mismo paso tardo de siempre, un libro y un cuaderno bajo el brazo. Al rato, la maestra, arrebujada en su chal, cruza la cercada plaza. Su paso menudo y gracioso, alegra fugazmente los ojos; parece el garabato trazado por un chiquillo sobre la pizarra llena de la aridez de los números: 2 × 2 = 4. 2 × 3 = 6. 2 × 4 = 8. y de pronto, inesperada, como una carcajada en un entierro, la cara chata de un monigote imposible: hombre, mono, perro...

Antes de hora, el sol se esconde tras un pico blanco, lo llena de tinta violeta y la noche rellena las callejas de sombras. La aldea está triste como una muchacha de provincia que tiene el novio lejano, estudiando en la ciudad...

<>

MAÑANA — ha dicho el cura a unos cuantos vecinos, — oficiaré a las 9... Daremos las gracias al Señor...

Los vecinos demoraron unos instantes en averiguar el motivo de aquella misa a mitad de la semana.

— Mañana es 25... — ha dicho el cura sonriendo.

— ¡Veinticinco! — ha repetido admirada una vieja.

— ¡Cabalmente! — afirmó el cura. Y como si aquello tuviera mucha gracia, la risa se le espatarra en la ancha cara brillante y le tamborilea en el vientre largo rato.

<>

DOS banderas argentinas se alzaron sobre las casas la mañana del 25. Una en la escuela; la otra en el almacén de don Francisco... Como la atmósfera es tan diáfana y el sol lo encanta todo, aquellas dos banderas viejas parecen nuevas y su lanilla gastada es pura seda brillante... Cuando el vientecillo las mece, sus franjas se acarician, unas a otras, mimosas. De pronto, una ráfaga sacúdelas con fuerza, y se saludan a la distancia, las dos banderas joyantes bajo el sol...

<>

DE 9 a 10 celébrase la misa; de 11 a 12, la fiesta escolar. De la Iglesia salen los vecinos caminito de la escuela, calleja arriba. La maestra los recibe en el zaguán de la casa y los ubica por categorías en los infantiles bancos. Los alumnos forman en filas bajo los cuadros de San Martín y Belgrano. Llegado el momento, gritan los chicos el Himno Nacional, unos fuertemente como si les pincharan en la nuca, remolones otros como si quisieran dormir... Luego, una niña, la hija de don Clemente, el juez de Paz, dice unos versos, ingenuos, largos, fatigosos, que sólo a medias se entienden. Y al final, la maestra lee unas páginas escritas por ella, narrando lo acaecido el 25 de mayo de 1810 en Buenos Aires. Tranquilamente comienza: «Amaneció, por fin el 25. El cielo estaba *opaco y lluvioso como en el día anterior...»*

Don Clemente cree recordar esas mismas palabras... ¿Dónde? ¿Dónde? — piensa.

Al filo de las doce, la patriótica ceremonia toca a su fin. Cada vecino felicita a la señorita maestra estrechándole la mano, y sale. Por espacio de unos minutos la calleja pina se llena de murmullos y de colores. En seguida vuelve a quedar desierta. Al rato, la maestra envuelta en su chal, cruza la cercada plaza...

<>

A las oraciones, el almacenero don Francisco, quema una gruesa de cohetes en honor de la patria. A su tronido acuden chicos y grandes, jubilosos...

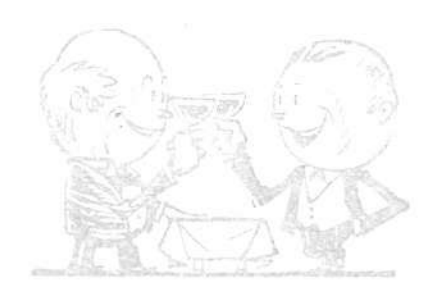
Las dos banderas argentinas, sobre las casuchas aldeanas, envejecen de pronto, y se quedan mustias, sobre sus astas, arrecidas...

La noche llega cuando en los picos lejanos el sol derrama su tinta violácea. Las callejas solitas se rellenan de sombras. Los niños esta noche soñarán muchas cosas bellas, inolvidables; la patria, una mujerona alta, gruesa, rubia, vestida de blanco y de azul — como la bandera de la escuela, como el manto de la virgencita que está en el altar mayor de la iglesia — los alza en sus brazos, los aupa uno a uno, y les da un beso en la frente. Y ellos, confusos, juran amarla hasta morir...

GONZALEZ ARRILI



La verdad es que todas nuestras experiencias nos conducen al mismo fin: al convencimiento de que hemos vivido equivocados. Por tanto, podríamos decir que experiencia vale lo mismo que ironía. Resulta, en efecto, que toda comprobación de la realidad que verifica el hombre, se traduce siempre en error. De donde se infiere que el hombre merecería llamarse: el animal que se equivoca.



Desde niños nos abrazamos obstinadamente a una ilusión, por la cual otorgamos a la dicha un valor de realidad, y al infortunio, un sentido de inexistencia. Después, la propia vida nos enseña que es todo al revés. Averiguamos, en suma, que el dolor es lo real, lo seguro, lo permanente y cotidiano, y que el placer es lo excepcional y lo fortuito.

Esto lo demuestra el mismo hombre en cómo persigue la felicidad. La felicidad queda transformada por nosotros en un ideal a conseguir, en el hito y la aspiración afanosa de toda nuestra vida; es decir, lo extraño, lo difícilmente alcanzable y lo que está fuera de nuestras posibilidades inmediatas.

Tanto nos familiarizamos con el dolor, de tanto como convivimos con él, que terminamos por no tomarlo en cuenta. Lo descontamos como algo que comprendemos está alrededor nuestro en actitud positiva y actuante. Por esto el hombre, en su persecución del placer, aunque sabe que tiene que atravesar por la selva espesa del dolor, pocas veces vacila. El dolor lo tiene descontado. Sólo le interesa el alcance de esa ave rara que es la felicidad, tanto más codiciable cuanto más alto y más excepcionalmente vuela.

En vano descubriremos un placer que sea superior al esfuerzo, la fatiga o el sufrimiento que cuesta. El dolor supera siempre, pero desmesuradamente, a la brevísima satisfacción de un apetito placentero. El hombre a la moderna, por ejemplo, que trabaja y se agita con tanta intensidad durante una larga jornada, para sentarse por la noche satisfecho de su hazaña, en un bar brillante, piensa que hace un buen negocio; en realidad, está cambiando el oro de sus ocho o diez horas de afanoso trabajo, de humillaciones y de sudor, por la breve sensación de unas libaciones nocturnas.

Pero el sentido de lo cómico que hay en la naturaleza, se advierte con mejor claridad en el siguiente ejemplo: toda satisfacción física algo intensa va acompañada de daño. Así, el episodio de Sancho cuando queda erigido en gobernador de la Insula, y al ir a comer ante la mesa ricamente abastecida, el doctor le prohibe una a una el saboreo de todas las viandas; ese episodio se repite en el caso de cada uno de nosotros a través de la vida. Modernamente, el higienista, pero siempre el sentido de experiencia o el instinto de conservación, nos dicen que aquello que más nos gusta aquello es lo que nos perjudica. La propia naturaleza nos va mostrando a la tentación las cosas apetecibles, y nos las retira al momento. El simple acto de beber un gran vaso de agua fría, cuando más sofocación padecemos, ya es un peligro. ¿Por qué inspirarnos el apetito, la necesidad física e imaginativa del chorro de agua fría, para después amenazarnos con el mal irreparable? El espíritu irónico de la naturaleza, como los médicos socarrones a Sancho, nos brinda en retribución el agua tibia, bebida a pequeños sorbos.

Entonces el hombre, ante la burla de la naturaleza, se desquita por el procedimiento que usan los hijos pródigos: gasta su capital. Nuestro verdadero capital consiste después de todo en el no dolor. Para comprar los placeres que la Naturaleza nos escatima, echamos mano a la bolsa de nuestros dolores. De modo que nadie tiene derecho a acusarnos de informalidad en nuestros tratos: compramos los placeres con dinero contante, que, es decir, con nuestros propios dolores. La delicia del tabaco, del alcohol, de los tóxicos, de la gula, por ejemplo, ya sabemos que nos cuesta cara. Pero no importa. Pagamos con buena moneda y nadie puede demandarnos.

En el placer amoroso es donde esto se ve mejor. Por ese placer, que embriaga como ningún otro, tan breve como un suspiro, el hombre desafía las más horrorosas enfermedades, los trabajos más penosos, los mayores sacrificios, la vergüenza, la humillación, el mismo crimen, la propia muerte. Ni siquiera vacila en abandonarse a la suprema servidumbre del matrimonio.



Y si consideramos ahora el placer espiritual, veremos que por la vaga y excitante y nunca bien cumplida satisfacción que produce la fama, el mando, el poder, se somete el hombre a las más increíbles y consecutivas torturas morales, hasta convertir su existencia en una especie de úlcera dolorosa.



Distante de tus playas, hermosa patria mía,
Sentía, muchas veces, deseos de llorar,
Porque no hay una angustia ni una melancolía
Comparable a la ausencia de tu cálido hogar.

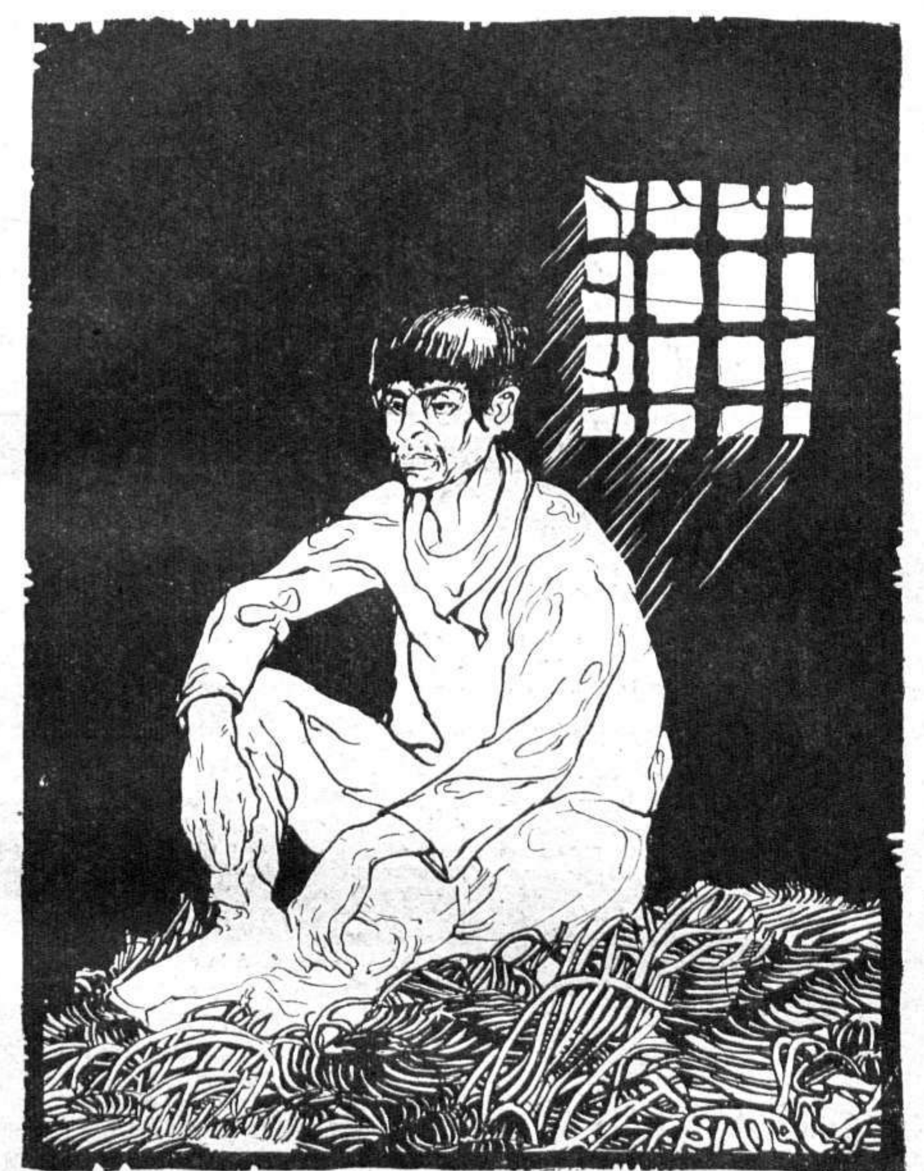
Paseando en otras tierras mi angustia o mi porfía,
Como un viajero triste que ya no puede amar,
Añoraba tu cielo, tu fresca lozanía,
Y el voluptuoso encanto de tus hijas sin par.

Ofrendas de cariño, presentes de ternura,
Perfumes, besos, sueños, caricia, luz, albura,
Todo eso deposito con indecible amor

Ante tu altar, ¡oh, patria!, augusta y aun más bella
Cuando brillas lejana, feliz, como una estrella
Vertiendo en la alta noche su intangible fulgor!

AMOR SUPREMO

Por Eugenio Díaz Romero



ATESTACIONES

Cuando me llamaron para presentarme a un desconocido recién llegado de la aldea, yo me encontraba haciendo una breve refacción de maíz torrado en los cortos intervalos del descanso del mediodía.

Con otros mozos tan tímidos como yo nos recogimos a la sombra de una roca que se adelantaba sobre el campo de labranza. Los demás indios gozaban del mismo reposo; ellos se expurgaban recíprocamente la cabeza y los otros devoraban sus rituales hojas de coca.

El que vino a buscarme era un aldeano achaparrado, de nariz ganchuda y de voz impositiva. De una profunda faltriquera extrajo unos papeles churretosos y me leyó algunas providencias que yo no pude traducir.

Después, para asegurar su cometido, me hizo una admonición en lengua nativa; como yo estaba cohibido y m mente en lugar de atenderle hacía medrosas fantasías no supe lo que me quiso decir, a pesar de que casi mecánicamente respondía con un «sí» a sus advertencias.

Me quedé suspenso hasta que arreglara de nuevo sus papeles y, con un movimiento grotesco, se pusiera sobre su mula cansada y fuérase con ella otra vez hacia la aldea.

—Tienes que ir a la ciudad—dijo mi madre rompiendo el silencio en que nos había dejado esta exabrupta escena.

—Allí tienes una demanda—avisóme otro viejo que con sus muchos años de ilota sabía siquiera a medias lo que significaban estos episodios.

Yo en verdad aun no discernía nada. Nunca había alcanzado la ciudad, y la temía; no tenía entonces más conocimiento que el de mis incipien-

tes labores campesinas, en las que mis veinte años se abrían como una apretada flor silvestre.

Nadie ignora que los fundos de la altiplanicie boliviana están poblados por un puñado de peones vernáculos que, a la manera de los manos muertas del Medioevo, se transfieren de un amo a otro juntamente con el agro que cultivan desde sus más ancestrales generaciones. Por eso, me alivio del embarazo de hacer descripciones sobre un hábito tan conocido.

Pero, cualquier patrón es siempre para nosotros el ser inaccesible que de tiempo en tiempo llega a vigilar las operaciones agrícolas y que se convierte tácitamente en el tutor de la mesnada.



— Ha dicho que es por el asesinato del año pasado — informa el Hilacata —. El amo me avisó que algunos colonos de esta finca tenían que ir al Juzgado.

— Pero ocurrió hace mucho tiempo y nosotros no tenemos nada con él.

— Mi hijo no sabe absolutamente una palabra.

A pesar de todo, en nosotros había ya un pequeño temor. Ellos sabían que era arriesgado embarazarse entre los líos del tribunal y que para cada indígena eso constituía un laberinto del que nunca zafaba con el único auxilio de su mente achatada.

Mi desconfianza era mayor que la de los demás. Sentíame arrancado de la impalpable protección de mi propia tierra y lanzado al centro de gentes desconocidas y crueles. Desde entonces, una impaciencia angustiosa me arañó las entrañas con un dolor impreciso y perseverante.

A pesar de tantas conferencias y después de diversas conjeturas, no pude columbrar más que algunas noticias sobre lo que debía hacer. En la ciudad los jueces debían hacerme declarar y allí tendría que permanecer un tiempo indefinido.

Cuando llegué a casa del dueño de la estancia, con un par de pesos en el bolsillo y con una enorme ansiedad, no encontré sino a un encargado suyo. Por su consejo llegué hasta el consultorio del abogado.

Me acuerdo perfectamente de estos detalles. Había un sofá anacrónico, lleno de periódicos viejos y de polvo donde sus visitantes se daban sitio. En su escritorio, desordenado y mohoso, los expedientes se desorbitaban y confundían. Dos o tres sillas de esterilla gastada, unos cuantos cromos deslucidos en la pared, y el doctor, solemnemente ubicado tras de su bufete en un sillón que enseñaba el desastre de sus tripas de estopa.

Había dos hombres que conversaban con él. Yo me atreví con un ligero atisbo por los cristales y, sintiéndome ya supeditado a la voluntad del leguleyo, me acomodé en el batiente de su puerta y allí hice una larga antesala.

Con mi silenciosa impaciencia dejé entrar a nuevos visitantes que prolongaron mi espera.

Cuando el sol, que llegaba hasta mi sitio, se había retirado a otra parte más alta, pude ingresar adentro de la oficina, con mi sombrero de fieltro en las manos y mi gorrito de colores sobre las híspidas melenas de mi cabeza.

— ¿Qué quieres?—me dijo en tono agrio el doctor.

Entonces le expliqué mi caso. Tuve que decírselo varias veces y absolver sus difíciles preguntas hasta que se posesionára de mi situación.

Pero tampoco me develó el misterio.

— Bueno, voy a ver tu asunto, y ya te diré lo que tienes que hacer. Regresarás mañana.

— Está bien, doctor — le repuse.

Antes de salir me cobró la consulta. Cinco pesos. Yo no llevaba más que dos, porque mi madre creyó que esa suma me bastaría para poder comer en la ciudad durante mi estada.

— No tengo más que dos pesos...

— Déjame eso, no importa; mañana me traerás el saldo y hablaremos lo que te costará mi defensa.

Cuando volví a la casa de mi amo, tuve la suerte de hallarlos disponiéndose para la cena. Cumplí algunos encargos y pude regalarme con los restos de los platos que se devolvían a la cocina.

Al día siguiente hice otra antesala semejante a la anterior.

— Ya he visto tu asunto — me anunció el abogado —. Tienes que declarar lo que sepas sobre el asesinato.

— Yo no sé nada. A la estancia llegaron simples noticias. Es todo lo que oí.

— Eso mismo le dirás al juez. Después, tienes que estar aquí algunos días hasta que yo te avise. ¿Trajiste el saldo?

Yo no tenía ningún centavo más. Sólo, al cabo de muchas disputas, pude lograr ablandarlo y obtener una espera hasta que volviera de la estancia con más dinero.

Ese día de la audiencia mi angustia recrudeció; una emoción invisible me conmovía el espíritu. Era un temor, una timidez acendrada.

En el patio de los tribunales, rodeado de columnas delgadas y antiestéticas, estuve de pie largas horas esperando el momento. Un empleado me miró, me preguntó el nombre y me dijo que no me moviera de aquel sitio.

Apoyado contra la pared, cubierto con mi poncho de flecadura roja, desnudos los pies recios sobre las abarcas de suela sin curtir, vi el hormigueo de los que deambulaban por entre las oficinas.

Yo también habría querido usar de semejante libertad de locomoción; ingresar a una sala, ir a otra, subir las escaleras, hablar con un poco de desgaire a los empleados judiciales. Pero ello me parecía imposible. ¡Qué extraordinario ver a un indio transitando con tanta desaprensión!

Permanecí clavado en mi sitio, con los brazos cruzados y mi fisonomía inmóvil.

— Entra — me ordenó un axiliar. La noticia me dejó aturdido; inmediatamente me saqué el sombrero y no supe por donde entrar.

— Por aquella puerta, hom-

bre — me indicó con fastidio y malhumor el mismo empleado.

Era una sala cuadrangular. En la testera obscurecida estaba el juez tras de una mesa amplia y vieja, cubierta con una carpeta manchada de tinta.

Para verme arrugó el entrecejo y frunció los párpados. Cerca de las comisuras un bozo de bigotes reacios le hacía dos guías caídas y desiguales. En su frente angosta caía la visera de un gorrito descolorido y maculado. Un poco obeso, con una gordura de abandono y laxitud; su rostro brillaba con la exudación fría de sus adiposidades irregulares.

— Este es Francisco Nina — le dijo el secretario.

— Siéntate — ordenó el juez, con su voz solemne y autoritaria.

Torpemente pude acomodarme enfrente del tribunal. Con mis ojos vacilantes busqué un sitio para mi sombrero y concluí por ponerlo debajo de la silla.

El secretario indagó mis datos personales. A cada pregunta yo respondía con la voz trémula, me equivocaba y corregía. Es cierto que mi memoria vacilaba y que, por la atonía, yo estaba tartamudeando porque a tiempo de responder se me escapaba la palabra de la mente.

En la sala obscura, alfombrada de rojo y con la paupérrima luz de los ventanales de vidrios empañados, sentíame completamente solo, como olvidado en un yermo gigantesco; instintivamente quería encontrar la confianza de la fisonomía materna o alguna otra cara familiar; detrás de mí el espacio descubierto era como un gran vacío que gravitara sobre mi nuca. No tenía desembarazo ni aun para volver la cabeza y cerciorarme de que estaba más o menos seguro.

— Levántese. Va usted a jurar — me ordenó el juez; yo no le entendí, pero le adiviné; se levantaron todos, y, de pie, el juez, con su mano levantada, con la cruz del índice y el dedo gordo, como hacíamos en la iglesia los «yocallas» y pilletes de la estancia, me hizo jurar.

— Cómo no — respondí, por decir algo, con voz ininteligible.

— ¡Diga usted «sí», con voz clara! — me gritó el secretario.

Los demás circunstantes parecían impacientarse con esta fugaz dilación y algunos sonreían por mi humilde torpeza.

— Sí, juro.

— Siéntate — dijo el juez en lengua campesina y con voz menos solemne. Se encasquetó sobre la cabellera desgreñada su gorrito sucio de casimir, de mal gusto, y se puso a hojear el expediente.

Yo no sabía qué debían hacer conmigo ni para qué estaba allí. En el intervalo de pesadez y silencio de la sala vi al fiscal, también cubierta su cabeza deforme por un gorrito menestral, fumar un cigarrillo cuyas volutas se iban lentas techo arriba; sus ojillos menudos se posaban en todos mis detalles y a medida que recorrían a lo largo de mi cuerpo parecían abrasarme con un reflector ardiente.



Cuando llegó a mis piernas desnudas, tostadas por la rudeza del campo, las recogí, instintivamente, para protegerlas entre las patas del asiento.

A un flanco, el letrado que me defendía, llevaba hundida la cabeza entre los hombros y sobre la palma de su mano; quería imaginarlo mi único tutor en aquella maraña, pero su mirada indiferente se diluía en los triviales detalles de los muros. Todos los demás funcionarios y alguaciles, con una uniformidad de animales imitativos, con el instinto de la adulación, llevaban el mismo corte de gorritas que el juez; sus cabezas disonaban en el pesado interior de la sala.

— Nos vas a decir la verdad — habló el juez con un lenguaje cualquiera —. Si mientes irás a la cárcel. Ten mucho cuidado de ocultarnos algo.

— Bueno, tata — dije con la tribulación en el fondo del alma; la amenaza me dejó adivinar el horror de un traspiés.

—¿Dónde estuviste cuando mataron a Gervasio Gutiérrez?

Dudé mucho antes de responder. Hacía bastante tiempo de ese crimen y lo conocí fragmentariamente muchos meses después. Olvidé cómo había sido y buscaba en mi memoria aquella circunstancia.

— No me acuerdo. Debía estar yo en la estancia.

— Tienes que recordarlo. Nadie olvida una cosa así. ¿Ves a ese que está sentado a tu izquierda? Lo han acusado como autor y él ha dicho que fuiste su testigo.—El hombre que me señaló era un indio abatido, andrajoso, plegado el rostro con el dolor de muchos lustros de brega estéril. Me miró mansamente con una resignación torpe, inconsciente.

— No lo conozco

—El dice que te conoce.

—No lo conozco.

— Que estuvo contigo en la feria de Caracollo...

Recordé un hecho aislado sin importancia.

— Sí, me parece, no sé...

— Aquí has venido a asegurar o negar, y no a hacernos vacilar.

Mi memoria en este trance no podía salvarme. Como una impresión leve pasaba por ella la fisonomía de aquel hombre, pero no reconstruía la escena que él me atribuía.

El secretario anotó que yo no sabía pronunciarme. El fiscal hizo un «hum» reticente y quedo; mi abogado movió la cabeza reprobándome y el juez y todos los demás encandilaron algo más sus ojos obscuros; yo los vi trasladando mi cabeza a saltos bruscos de un sitio a otro.

— ¿Dónde estuviste en el mes de diciembre del año pasado?

— Fuí al valle a vender sal. En Caracollo me detuve una tarde

— Eso es lo que te pregunto. Allí te viste con ese hombre.

— Debe ser, señor.

— Así es, hombre, así es — me dijo enconado el juez, por mis palabras dubitativas.

— ¿Quién te contó el crimen?

— Supe que hace un año había transcurrido.

— Al día siguiente de tu estada en Caracollo.

— No sé, señor.

— Hombre; si estuviste allí hace un año. Además te lo contaron ese mismo día.

— Supe después de mucho tiempo.

El fiscal se levantó y pidió la palabra.

— Pido que el testigo sea interrogado con más detalles. Hay muchas contradicciones y con sus dudas parece que oculta la verdad.

El juez ya no pudo más. El encono le congestionó los pómulos y le inundó la córnea de los ojos.

— ¡Si no hablas claro irás a la cárcel! Esto no es un juego, ¿entiendes?

— Bueno, tata — le dije mecánicamente. Sentía oscilar toda la sala y como un plomo en mis párpados. Las rodillas tremaban febriles y ya no se movía ningún rasgo de mi cara.

El abogado contendor se puso a hablar. Retorcía las guías de su bigote sucio; con sus ademanes era como un orador grotesco. Daba entonación de actor con latiguillo a sus frases hinchadas. No supe lo que decía, pero cuando terminó y se retrepara, como un vencedor en su butaca, volvieron todos a mirarme compasivamente.

— Te voy a hacer una última pregunta...

Como un estimulante, mi memoria reedificó las cosas de años atrás. Recordé claramente que al acusado le había visto en esa feria y que al día siguiente los dos viajáramos hasta el anochecer en dirección al valle. Mi mente fué más veloz que la pregunta del juez.

— ¿Cuándo llegaste al valle?

— La noche siguiente, con este hombre. Ahora he podido recordarme. — Se sorprendieron todos. Creí que con nuevas preguntas me conducirían hasta aclararme del todo las vaguedades que aun no limpiara mi memoria, pero todos se miraron entre sí.

— Este hombre miente — gruñó el fiscal.

— En Caracollo, a tu regreso, supiste el crimen.

— Sí, lo supe.

— ¿Y cómo has dicho antes, que mucho tiempo después te lo habían contado?

Otra vez flaqueó mi memoria. La claridad de los segundos anteriores se llenó de bruma con esas preguntas inquisitivas; perdí la ilación que ya iba a tener en las manos. Se confundieron en mi cerebro impresionado los pedazos de escenas sueltas que no pude rehacer.

— El testigo — dijo el abogado de la parte contraria— es perjuro. Con su vacilación no hace más que confirmar lo que ya afirmé: había una declaración recogida al azar que era sospechosa. Este es el hombre que no puede ser explícito.

El fiscal volvió a levantarse.

— Sería conveniente ordenar su detención. Hay suficientes pruebas de su perjurio. Con evasivas urdidas hábilmente, oculta lo que se le interroga, y sin embargo no puede engañarnos, porque se contradice.

El juez requirió el expediente; volvió a un lado y otro sus folios plenos de renglones escritos; después dictó al secretario una providencia.

Mi abogado habló también con voz fría. Esperé ansioso que me dejaran en la calle para rehacerme y volver, aun abandonando mi defensa y sometiéndome al riesgo de una contumacia, hasta mis parcelas agrestes.

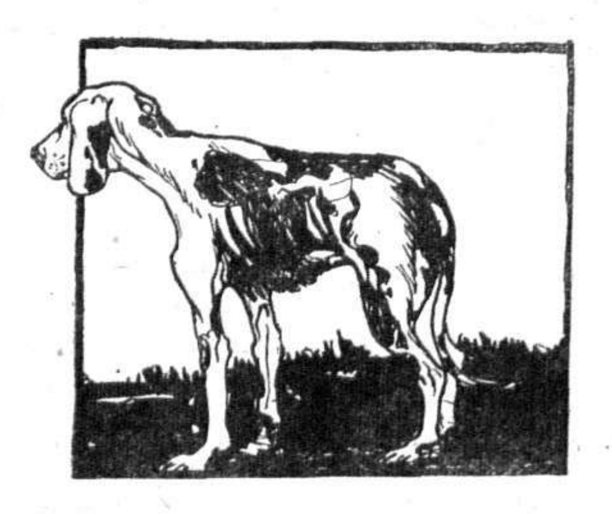
Nunca estuve tan torturado. Mi pequeñez se hizo más insignificante en medio de esa gente letrada y de tribunal, y se aplastó con el humillante imperio de mis interlocutores. Me creí un pingajo, toda una miseria que incomodara la superioridad de ese mundo.

Cuando el secretario concluyó de escribir, el juez dijo:

— Se suspende la audiencia hasta nuevo señalamiento. Incorporáronse todos; yo, sin saber cómo debía proceder, aun permanecí en mi sitio. El secretario, siempre agrio, me dijo:

— Vamos, vamos. Tienes que ir a la cárcel.

Esta vez, por intuición, comprendí todo lo que quería decirme; la lógica de mi temor se había cumplido. Cuantas veces los indios llegaran a la ciudad para comparecer en los tribunales había una espada de Damocles encima de ellos. Por eso tenían todos horror a esos enjuagues. Acompañado de un alguacil, por la calzada de las calles, fuí hasta la cárcel; muchos años después me expliqué esta providencia judicial y pude rehacer los detalles de esta historia.



JOSERMO MURILLO VACAREZZA.


MEJORA LAS COMIDAS
REFINERIA DE ACEITES
DE OLIVA
BAU
FREIXAS
PURO DE OLIVA
PARA UNA COMIDA BUENA HAY QUE EMPLEAR ACEITE BUENO

Enlaces




Mayorga Argañaraz- Allende — Córdoba




Cabanillas-Cuestas — Córdoba




Capri-Acevey — Ciudad




Luna Vidal-Fernández — S. Nicolás




Lauza-Salas — S. Nicolás




Fernández-Fallón — Capital

NOTA COMICA DEL



—¿Y como te encuentras hoy?

—Hace un rato estaba bien, pero desde que has venido siento un gran peso en el vientre.

De Avellaneda



El popular jugador internacional de foo-ball señor Alberto Marcovecchio, presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por sus compañeros del Club Racing, con motivo de su próximo enlace.

LA IGNORANCIA

La ignorancia es la condición necesaria, no diré de la felicidad, sino de la existencia misma. Si lo conociéramos todo no podríamos soportar la vida ni una hora; los sentimientos que nos la ofrecen apacible, ó, por lo menos tolerante, nacen de una mentira y se alimentan de ilusiones.

Si un hombre poseyera, como Dios, la verdad única, la única verdad y la dejara caer de sus manos, el Mundo quedaría aniquilado inmediatamente y el Universo también se disiparía, como una sombra.

La verdad divina, como un juicio final, lo reduciría todo a polvo.

ANATOLE FRANCE.

Si desea Usted

para su toilette un agua de Colonia que una a su alta calidad, las delicias de un perfume exquisito, delicado y persistente, use el agua de Colonia



artículo de excelente clase, capaz de satisfacer los deseos del buen gusto más exigente y las preferencias del hábito más refinado.

De venta en todas partes.

MENDEL y Cía.

Guardia Vieja, 4439
Buenos Aires

Suprema
Eau de Cologne

$2,65

LA CITA EN EL BOSQUE

¡Allí, a la entrada del Rosedal! — ordenó la linda voz femenina, mostrando el lugar con una breve mano que simuló un bello pájaro fugaz.

El conductor detuvo el taxímetro, abrió la portezuela, recibió el pago, y, tras un "gracias" entre dientes, contempló durante un momento a la mujer que se alejaba. Le miró los lindos pies, ante todo; luego fué subiendo hasta el sombrerito de paja clara, a uno de cuyos lados se desmayaba un corimbo de rosas. Después bajó la torpe mirada y clavóla en el amplio y carnoso escote, como un zarpazo.

— ¿Dónde irá y quién será el "dichoso mortal"? — preguntóse; mas pensó en que no estaba en América para esas aventuras, relevó por completo la banderita metálica y echó a rodar el automóvil en busca de otro cliente.

La silueta de la pasajera internóse bien pronto en el jardín, y tomando uno de los senderos que bordeaban los arbustos y las hortensias, llegó rectamente al pequeño belvedere que domina toda la Rosaleda y una parte del lago.

Subió la buena moza de los finos pies las pocas gradas y sentóse en uno de los blancos taburetes, no sin haber mirado en torno con cierto aire de enojo melancólico.

La mañana, tibia pero agradada por un alegre y fresco soplo del río, daba a los jardines un hálito enervante al mezclar los perfumes de tantas rosas. Sensuales de rojura las más, abríanse al beso del sol ofreciendo a las abejas las íntimas dulzuras de sus cálices. Otras rosas — las te, — semejaban áureas orfebrerías incrustadas de temblorosos brillantes. Otras, rosadas y tranquilas, de pétalos vistosos y de corolas vírgenes, sentían quizá las cosquilleantes caricias de una que otra mariposa romántica que las regaba de polvillo azul... Otras aun, blancas e inmensas, dilatábanse cándidamente, como impolutas ínfulas de hermana, llenándose de luz mañanera y dando a la brisa un delicado olor de santidad...

La joven, solitaria en el jardín temprano, contemplaba cada ramo, hallando posiblemente el símbolo de cada flor, concertándolas luego en un golpe de vista poético y aspirando con voluptuosidad exquisita los aromas unidos.

A un lado del belvedere un alta ave zancuda púsose a meditar con elegancia, llamando la atención de la paseante. El noble pájaro, evocador de los ibis sagrados del Egipto, de los flamencos decorativos y pacientes, y hasta de las níveas garzas tropicales de largo y curvo cuello interrogante..., el noble pájaro púsose a contemplar a la bella mujer madrugadora, cual si tratase de adivinar lo que allí hacía.

La joven, absorta entonces en la contemplación del paisaje, pasó largo rato. Su figura emergía graciosamente en el templete de piedra blanquecina, y el discreto poeta espectador pensó acaso en un altar pagano rodeado de lozanas flores reverentes. El ave zancuda y gris, con su largo pico vertical y su mirada fija en la figura humana del templete, hubiérase dicho un mago sacerdote oracular.

¿Cuánto tiempo duró la encantadora fantasía?

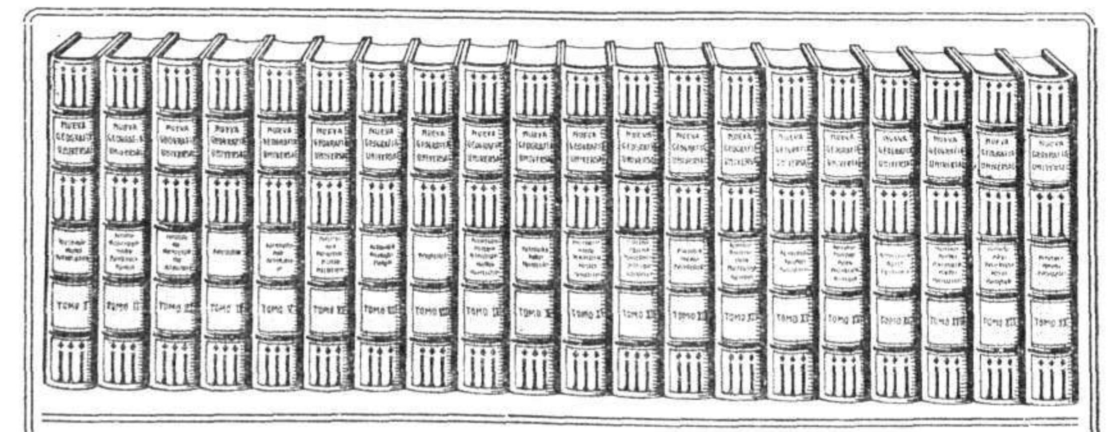
La muchacha, volviendo en sí, consultó su reloj de pulsera, haciendo un gesto amargo al ver la hora. Después tornó a mirar por todas partes. El jardín continuaba solitario, como si la mañana se hubiera detenido en el esfuerzo de alargar un sueño...

Consultó nuevamente su reloj la hermosa y, poniéndose en pie, descendió la breve escalinata, dirigiéndose a un oculto sendero en el boscaje, donde se detuvo un momento.

La grande ave misteriosa siguió con sigilo a la paseante por entre los ramajes agachados del paraje, y también se detuvo.

La preciosa mujer, creyéndose invisible y aprestándose al regreso, se quitó el sombrero y desprendiéndose la peineta que le sujetaba los cabellos, comenzó a peinarlos sobre el amplio escote de la carne blanca. Los brazos, desnudos hasta las axilas y torneados a la perfección, movíanse como siguiendo un ritmo orquestal que acariciara la cabellera abundante. El talle recto bajaba hasta la insinuación de las caderas, ceñido por la tela sedeña y vaporosa que se resolvía a poco en vuelo circular. Luego veíase la pierna estatuaria, rematada en el pie, nervioso y diminuto. La media de color carnal completaba la mágica ilusión... Aquella mujer de leves ropas transparentes, debajo de los árboles cuajados de magníficas magnolias desmayadas, era tan bella y tan inspiradora como la más amable de las ninfas que llenaron la Grecia de visiones eternas. Por eso no quisieron los dioses que un amante vulgar fuera a la cita. El poeta y el pájaro sagrado se miraron entonces como dos rivales. Pero ella no lo supo...

E. Carrasquilla-Mallarino



¿Le Atraen los Viajes?



INDUDABLEMENTE que sí. La pasión por "ver el mundo" es característica de todo pueblo progresista. A nadie escapan las ventajas resultantes de un amplio conocimiento del mundo exterior, ya que son evidentes los beneficios morales y materiales que tales conocimientos reportan. Muchos de nuestros lectores han viajado extensamente. Otros arden en deseos de hacerlo. En ambos casos y sin lugar a dudas:



"Los Países y Las Razas"

(Nueva Geografía Universal)

Proporcionará a sus lectores muchos deliciosos momentos en sus horas libres, presentándole, como nunca se ha hecho, una minuciosa descripción de cuanto pueblo y país hay en el mundo. **Lo novelesco de esta admirable obra de viajes, tiene el mérito de ser absolutamente cierto.** No sólo nos divierte, sino que, paulatinamente, nos da un perfecto conocimiento del mundo exterior. Nos hace "personas de mundo" y las personas de mundo son bien recibidas en todas partes.

"LOS PAISES Y LAS RAZAS" comprenden 20 hermosos volúmenes; 7.000 páginas de texto; 500 láminas de página entera, muchas en colores y 3.000 grabados en el texto, reproducciones de otras tantas fotografías.

Vale la pena que Vd. conozca en qué forma fácil y económica pueda Vd. obtener la entrega inmediata de ésta soberbia biblioteca de viajes, a pagar en pocas y reducidas mensualidades, sin fiador ni pagarés.

Pídanos hoy mismo, detalles completos.

W. M. JACKSON - Inc.

Bartolomé Mitre, 1092 — Buenos Aires.

Calle Rincón, 420 - 422 — Montevideo.

W. M. JACKSON - Inc.

Casilla de Correo 1542 **Buenos Aires**

Sírvanse enviarme una descripción ilustrada de los 20 volúmenes de "LOS PAISES Y LAS RAZAS".

C. C. 4

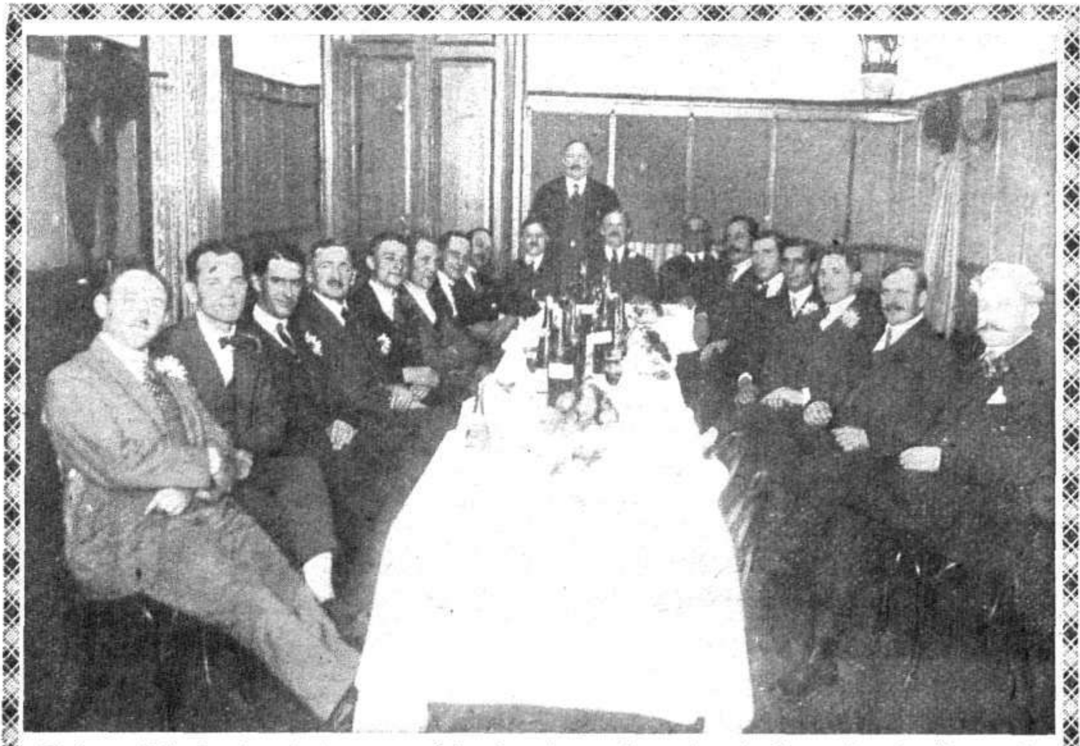
NOMBRE..

PROFESIÓN..

CALLE.................................. N.º..........

LOCALIDAD........................ F. C. ....

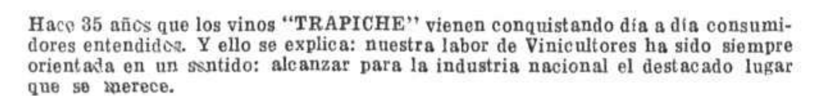
De Avellaneda



El doctor Julio Berndt rodeado por un núcleo de amigos, a los cuales ofreció una demostración, agradeciendo atenciones recibidas.

TRAPICHE

Hace 35 años que los vinos "TRAPICHE" vienen conquistando día a día consumidores entendidos. Y ello se explica: nuestra labor de Vinicultores ha sido siempre orientada en un sentido: alcanzar para la industria nacional el destacado lugar que se merece.



Pero nuestros ideales, aunque cumplidos, no nos detuvieron, y hoy presentamos el nuevo vino "ESPUMOSO" en cuya elaboración se han aunado durante algunos años los mejores entusiasmos y esfuerzos nuestros, para que el "ESPUMOSO" lleve con orgullo la etiqueta

TRAPICHE

"TRAPICHE" hace siempre honor a la mesa en que se sirve.

BENEGAS Hnos. & Cía. Ltda.

Sociedad Anónima INDUSTRIAL y COMERCIAL

744, FLORIDA, 744 - Buenos Aires

Unión Telefónica 1752 y 1365, Retiro.
Cooperativa Telefónica 3708, Central.

De L. M. Saavedra



El doctor Miguel E. Benítez, acompañado por la Presidenta y Directora de la Escuela de Enfermeras, señora María Ana S. de Jorge, el vicealmirante Vicente Montes y por alumnas que concurrieron a su conferencia sobre "Mortalidad Infantil"

¿QUIERE USTED VOLVER MAÑANA?

LA bondad de Carlos Pellegrini se manifestó desde que era muy pequeño, es decir, pequeño no, por que no lo fué jamás, que, de muy tierna edad era un muchacho larguirucho y espigado, cuya estatura sirvió a amigos y enemigos como tema de bromas.

Pellegrini toleró siempre los chistes a costa de su estatura, no tomando a mal, ni los que en fuerza de repetírselos podían cansarlo. Se sabía de memoria cuanta cosa se podía decir a una persona alta. Puesto en el caso, habría podido, como Cyrano, dar lecciones al más chistoso.

¿Es usted de una pieza o empalmado?

¿Qué temperatura hace por allá arriba?

¿Encenderá su cigarrillo en los faroles?

¿Para dormir, se doblará como un compás?

¡Mas largo que... un día sin pan!

¡Qué gracia, si usted nace en Febrero... un hombre tan largo, en un mes tan corto!

Y, como decimos, Pellegrini, con una bondad sólo igualada por su talento, admitía todos los chistes, y cuando le decían alguno nuevo o ingenioso, lo celebraba como un hallazgo; pero, esto no era muy frecuente, porque no es fácil decir cosas nuevas, sobre tema tan manoseado.

Una tarde, Pellegrini fué invitado a visitar a una artista española de gran fama y talento. La visita fué una interesantísima tertulia, donde la artista quedó encantada, y al despedirse, no sabiendo cómo decirle que volviera, y pronto, a visitarla, le dijo con un atrayente gracejo:

—Es un gran gusto para mí, el haberle conocido... pero, oiga usted, señor Pellegrini — y le miró de alto a abajo — ¿quiere volver mañana... para terminar de verle?

Pellegrini lanzó una de sus más ruidosas carcajadas, y reía a saltársele las lágrimas, cuando aquella noche contaba en rueda de amigos la ocurrencia:

—Vuelva mañana... para terminar de verle...

Westclox



Un buen nombre

EL NOMBRE Westclox en su esfera indica una garantía de buena calidad del reloj que lo lleva. Todos los Westclox marcan las horas exactas y sus alarmas despiertan en el momento requerido.

Hay diferentes modelos. El Big Ben es el mejor siendo el Buenos Dias, Modelo A el de precio más reducido.

Escoja un Westclox y poseerá un buen reloj.

WESTERN CLOCK COMPANY, LA SALLE, ILLINOIS, E. U. A.
Fabricantes de *Westclox:* Big Ben, Baby Ben, Pocket Ben, Buenos Dias

Westclox
Buenos Dias C

Tiene 12¾ cms. de altura, caja de metal estirado, de niquelado y brillo excelentes, y un frente, muy elegante y novedoso. Da el alerta, sin parar, en un gongo trasero de 9 cms. de diámetro.

Westclox
Big Ben

Es un despertador muy buen mozo con fondo resonante. Tiene 17¾ cms. de alto, caja de gran niquelado, a prueba de polvo; alarma ininterrumpida de 5 minutos o intermitente de 10 minutos.

Westclox
Pocket Ben

Es un reloj remontoir, tamaño 16, con caja de metal blanco admirablemente niquelada. Su excelente maquinaria, cuya cuerda dura 30 horas, es sometida seis veces a rigurosísimas pruebas en la fábrica.

Westclox
Baby Ben

Si su altura no fuera solo de 9 cms., guardando sus partes la necesaria proporción, sería idéntico al Big Ben. Caja de metal, sin costuras, niquelada y brillante; da el alarma sin parar o con intermitencias.

Westclox
Buenos Dias A

16 cms. de alto. Caja de estaño, altamente acabada y niquelada. Esfera de 10 cms. de diámetro con guarismos árabes. Alarma ininterrumpida. Maquinaria de facil manejo y 32 horas de cuerda.

EL POTRILLO DE TRES PATAS

POR ENRIQUE M. AMORIM

L manquito Florentino venía de la cantera, conduciendo la carretilla de pértigo, montado en *el petizo bayo.* Caía la tarde de un día bochornoso de mayo. La carretilla, cargada de adoquines, daba tumbos en *las cuevas de taco.* Florentino, no procuraba seguir el trillo, abierto sobre el campo, en el ir y venir del vehículo cargado de adoquines. Más bien parecía guiar su bestezuela por el camino y tratando de hacer pasar alguna de las ruedas por encima de los hormigueros pardos que alzaban su lomo más arriba del *mío mío*... A su paso, cachaciento, iba alzando los dormilones escondidos entre el bosterío, como si los pájaros perezosos se despegasen de la tierra para hacer su vuelo tartamudo...

Era la última carrada de piedras que llevaba aquel día. Los trabajadores de la cantera, cercana al tajamar de las nutrias, le dejaron una porción de adoquines preparados para cargar y habíanse marchado al *puesto.* Florentino solo, con su único brazo, había cargado las piedras una a una.

Estaba deshecho de cansancio. Le venían ganas, por momentos, de conversar con el petizo bayo y así quejarse de su fatiga, contarle el dolor que le proporcionaba cargar adoquines con su brazo único.

Cabizbajo, apenas taloneaba su cabalgadura, alzando de vez en cuando — para variar — su pesado rebenque, el que dejaba caer sobre la carona.

El petizo se quejaba, cortando el aliento, del peso de la carga, sin asustarse de los dormilones que arrancaban del suelo, al volar, pasando a cuatro dedos de su morro baboso.

En mitad del camino detuvo la carretilla. El pértigo, como una lanza, pasó rozando su pierna izquierda. A pocos pasos, estaba la yegua malacara, marca cruz, con un nervioso potrillo a las patas. Lo lamía y olfateaba, siempre inmóvil. En cambio, el potrillo no se estaba quieto, metiéndose entre las patas de la madre o paseándose a su alrededor.

En el mismo momento que levantaba su rebenque para castigar al petizo y seguir la marcha, pensando en dar la noticia del alumbramiento al patrón, descubrió que al potrillo de la malacara le faltaba

un pata... ¿Cómo podía ser aquello? Agitó las riendas con su mano, taloneó fuertemente al bayo y acercó la carretilla a la yegua con su cría. El petizo estiraba en tal forma la cabeza al arrancar, que debilitaba la recia contextura del pescuezo, como si fuera a despegarse del cuerpo.

La yegua permanecía inmóvil con su cría, inquieta y amedrentada, a las patas. Agitó, la madre, su amplia cola, y clavó los ojos en el bulto que se aproximaba. Las clines parecían erizadas; los ojos, fijos en el recién llegado; las orejas atentas; el obscuro morro adelantándose con su olfato; las patas temblorosas y el pelo colorado surcado de temblores. De cuando en cuando, la yegua movía las orejas, como si aguardase un relincho de alguna parte.

Cuando el manquito estuvo a una prudente distancia, se puso a observar los movimientos del potrillo. Le pareció, en un momento que la pata, la cual a él le parecía que le faltaba, podía estar pegada a la otra... Como el potrillo no se quedaba quieto un solo momento, en seguida pudo comprobar que, efectivamente, tenía una pata de menos.

El petizo bayo, estiró tantas veces su morro en dirección al suelo, que consiguió lo codiciado: hacer aflojar las riendas y poder pastar a sus anchas.

El potrillo movíase con facilidad, agitando incesantemente su rabito. La falta de una de las patas de atrás no le impedía trasladarse de un lado para el otro, como si fuese completo.

—¡Pobre bichito! — dijo, con voz apagada, Florentino. — ¡Mire cómo Dios puede hacer animalitos distintos! — prosiguió, en el mismo tono. —¡Y lindito, con esa mancha en el cuarto, en lugar e la pata!... ¡Qué cosa del diablo! ¡Y estos traen disgracia, asigún lo dicen por ahí... Mire que largarlo con una de menos. Lo que va a decir el patrón... Lo mata, siguramente, porque no servirá para nada... ¡Qué disgra...!— y cortó la palabra, porque el petizo bayo, cansado de buscar una yerba mayor, en el círculo que había rapado sin moverse, pegó un tirón para avanzar, haciendo rechinar una de las ruedas de la carretilla.

Entonces, Florentino quitó sus ojos de la curiosa visión, para alzar las riendas. Y, al agacharse, recién se dió cuenta de su manquera, de su parecido con el potrillo de tres patas. Miróse el hombro izquierdo... Con su mirada, calculó el espacio que ocuparía el brazo que le faltaba. Se palpó el hombro, con su mano enorme y deformada, a fuerza de trabajar ella sola por dos. Volvió a mirar el animalito defectuoso, pero la obscuridad le impidió reconocer claramente el fenómeno.

Mientras andaba, en dirección a la estancia, iba pensando en la cercana muerte del potrillo de tres patas. Porque, seguramente, el potrillo debía morir, pues traería desgracia al establecimiento su vida en el campo. Pensó en dar la noticia, pero prefirió callarse. No le iban a creer, y, si le creían, esa misma noche, el capataz era capaz de mandarlo matar...

Al día siguiente trajeron al corral a la malacara *marca cruz* y su potrillo. El patrón, cuando reconoció al animalito defectuoso, mostróse sorprendido y hasta contento.

—¡Qué curioso! — decía. — ¡Y camina lo más bien! Es una linda mascota...

Nadie se atrevía a opinar. El capataz y los peones, silenciosos, miraban para otro lado, comprendiendo el entusiasmo del patrón. Ya habían perdido la esperanza de escuchar la orden de matarlo. Si fuese el patrón de *La bolsa*, un *criollo de verdad* — pensaba el capataz—, ordenaría:

—Agarrá ese bozal y encajale un mangazo al animalito ese..., pa no hacerlo penar...

Pero este patrón era muy pueblero, y ordenó a los ocho meses que lo llevasen con la madre, de tiro, al pueblo. Pero el patrón ignoraba que, durante los ocho meses, Florentino, casi todas las tardes, a la entrada del sol, conversaba con el potrillo de tres patas. Unas veces en el campo — cuando no lo traían a *las casas* para que lo viese alguna visita —, y otras, en la chacra, donde le daba avena fresca, diciéndole:

—¡Pobre bichito, pobre bichito, sin patita, renguito lindo, pobrecito!

Y, el día antes de emprender el viaje para el pueblo, Florentino cambió las palabras rituales:

—Te yevan, bichito, pal pueblo... ¡Pobrecito, te yevan a la suidá, con tres patitas!...

Y, esa noche, soñó que llevaban el potrillo a la ciudad, para *pegarle una pata más*, y que volvería completo el animalito. Tanto soñó, que, al día siguiente, estaba convencido que el patrón era quien lo aseguraba:

—Vamos a yevarlo para que le coloquen la pata que le falta...

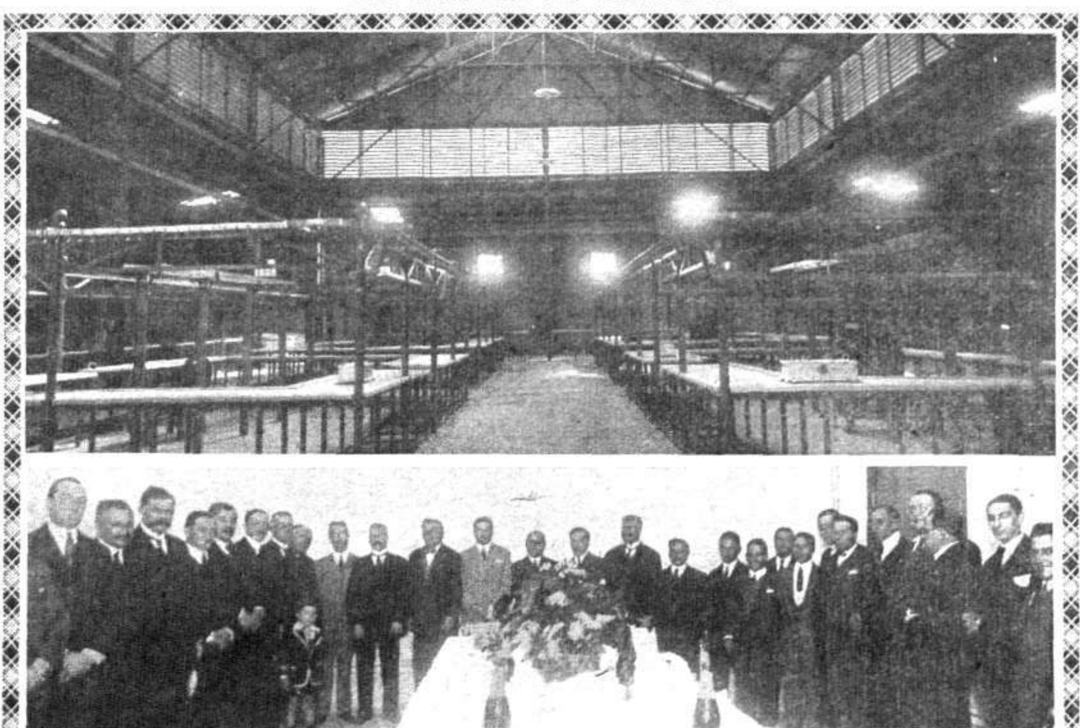
Lo vió partir a la madrugada. Llevaban la yegua madre, de tiro. El potrillo, sin dificultad, seguíales.

Florentino quedó convencido de que en la ciudad le pondrían al potrillo la pata que le faltaba. Lo dió como cosa hecha... ¡Hacían tantas cosas en el pueblo!... Hasta carruajes y carretones que andan solos... Así que no era de extrañarse la cura del potrillo. Quién sabe si de esa manera no sacarían del potrillo de tres patas un caballo de carrera...

Pero el manquito Florentino, no pensó nunca en el milagro de que le hicieran poner el brazo que le faltaba...

DIBUJOS DE REQUENA

De Lomas de Zamora





El Intendente Municipal Dr. Rodríguez Brito, autoridades locales y grupo de destacados vecinos que concurrieron al acto inaugural del Mercado Central, el que constituye una notable obra de adelanto en esta localidad.



PROTECCIÓN

La rápida y eficaz intervención del teléfono en los casos de peligro representa una de las características fundamentales de este invento y una de sus más útiles aplicaciones.

Es tal su utilidad, que bien puede decirse que merced al teléfono se puede contar en casa con el auxilio de una persona más; pero; generalmente cuando un merodeador ha logrado introducirse en una casa, no hay tiempo para llamar telefónicamente a la policía.

Es éste un poderoso motivo que debe inducirle a acudir a la protección de un Revólver o de una Pistola Automática **COLT**, protección inmediata, instantánea, fulmínea.

Indudablemente, para instalar un teléfono en su casa, usted no esperará el momento en que tenga que hacer una llamada de urgencia. Y entonces, ¿por qué demorar en la adopción de una medida que le asegura una seguridad mayor aún? ¡Procúrese su correspondiente **COLT** ahora mismo! Muchas personas han sufrido pérdidas irreparables por haber postergado esta resolución "para mañana".

Su armero le explicará todas las ventajas que ofrecen las armas COLT.

COLT'S PATENT FIRE ARMS MFG. Co.
Hartford, Connecticut, E. U. de N. A.



COLT

...Orden

De Villa Luro



Público que asistió a la interesante conferencia dada por el doctor Alberto Nin Frias, en la "Asociación Vecinal de Fomento y Cultura de Villa Luro".



El conferencista doctor Alberto Nin Frias.

REFRANES SOBRE EL AMOR Y LA MUJER

Sígase el primer consejo de una mujer, nunca el último.

La más honrada mujer es la menos llevada en boca.

Coger a un águila por la cola y a una mujer por la palabra, es no coger nada.

Una mujer ríe cuando puede y llora cuando quiere.

Todos los disgustos de las mujeres vienen de no estar en sus casas.

Debemos temer más al amor de una mujer que al odio de un hombre.

La mujer es como la sombra: se sigue y huye, se huye de ella y nos sigue.

Cuando una mujer dice adiós en una visita, es que está en la mitad de ella.

Las mujeres son como los pasatiempos: pierden interés cuando se les acierta.

Tres mujeres y un ganso hacen un mercado.

No amamos de verdad hasta que los juramentos son innecesarios.

El amor aborrece a la cobardía.

Secreto y misterio son esenciales al amor.

La ausencia es al amor lo que el viento al fuego: extingue el pequeño y aumenta el grande.

El corazón no tiene arrugas.

La mujer hermosa no es para el hombre hermoso.

En el arte del amor, las principiantes conocen tanto como las maestras.



En el principio de la vida...

sólo una circunstancia rige la tristeza o la alegría: la alimentación. Si el seno materno es abundante y rico, el niño se desarrollará sano y robusto, siempre dispuesto a la alegría, al entretenimiento infantil.

Señora: No olvide que la Malta Palermo es el tónico natural reconstituyente ideal, que mantiene fuertes y animosas a las madres durante la lactancia, auxiliándolas eficazmente para criar sanos, robustos y alegres a sus bebés.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. — BUENOS AIRES.



NO ES TAN FIERO EL LEÓN COMO LO PINTAN

UNA ANÉCDOTA DE URQUIZA

LA REPRODUCCIÓN EN GRABADO DE LA IMPORTANTE RELIQUIA HISTÓRICA QUE OFRECEMOS HOY A LOS LECTORES DE «CARAS Y CARETAS», DA ACTUALIDAD A LA SIGUIENTE ANÉCDOTA SOBRE URQUIZA, RECOGIDA POR EL DIRECTOR DEL MUSEO HISTÓRICO NACIONAL, DOCTOR ANTONIO DELLEPIANE, QUIEN HA TENIDO LA DEFERENCIA DE FACILITÁRNOSLA.

Mascarilla del capitán general Urquiza, sacada al día siguiente de su asesinato, por el señor Delor, quien, por esa razón, hubo de expatriarse para salvar su vida. Donada al Museo Histórico Nacional por el doctor Luis María Campos Urquiza, nieto del prócer. La pieza es de un perfecto modelado, observándose nítidamente los detalles, y, entre ellos, el agujero de entrada de la bala que dió muerte al general (sobre el labio superior, lado izquierdo).

Nuestro respetable amigo don Mariano V. Escalada nos ha relatado la siguiente interesante anécdota sobre el general Urquiza. Se trata de un episodio en el cual figura como actor la persona que narra el hecho, por cuya razón no cabe poner en duda la exactitud del mismo.

Siendo aún adolescente, don Mariano formaba parte, en la ciudad de Gualeguaychú, del personal de empleados de la casa de comercio denominada "El Ancla Dorada", compuesto de hombres que, por razón de los entusiasmos e ilusiones propios de la edad juvenil, figuraban, naturalmente, en las filas de los opositores a la persona y a la política del Presidente de la Confederación y gran caudillo entrerriano.

La oposición no se limitaba a lo teórico, sino que descendía con frecuencia al terreno de lo práctico, llegando hasta fundar un diario, "La Democracia", que dirigió y redactó un periodista llevado expresamente de Buenos Aires a Gualeguaychú. Nos referimos a don Eulogio Enciso.

Un día el grupo de jóvenes aludido resolvió hacer víctima de una broma al vencedor de Caseros. Valiéronse, al efecto, de un tilingo popular, de apellido Castillo, a quien vistieron con un traje adecuado, para que se presentara en el domicilio del general e invocando el título de Ministro Plenipotenciario, manifestara su propósito de saludarlo y conferenciar con él.

Llegado que hubo Castillo a la residencia del general, fué recibido por uno de sus edecanes, el general Caraballo. Tardó menos el titulado embajador en hacerse conocer y expresar el objeto de su visita, que en recibir del general Caraballo un formidable empellón que lo envió rodando a caer en un charco de la calle.

Al enterarse el general Urquiza de lo ocurrido, por el general Caraballo, que se mostraba indignado contra "esos muchachos insolentes de "El Ancla", cuyo desacato a la autoridad y falta de respeto a su ilustre jefe se disponía a reprimir, díjole a Caraballo riendo: "Déjelos, general, tranquilos; esas cosas son propias de la juventud; a esa edad era yo lo mismo que ellos."

El gesto y palabras de Urquiza llegaron a oídos de los autores de la broma, y, cosa singular, desde ese momento algunos de los bromistas, entre ellos el propio señor Escalada, se convirtieron en admiradores del organizador constitucional de la República. Un simple rasgo del león habíales hecho comprender que no era tan fiero como lo pintaban sus adversarios políticos.



"Cozy Glow"

La salud es el tesoro más grande de la vida y no hay sacrificio demasiado grande para conservarla.

El frío del invierno que lleva bacilos de enfermedades fatales, es el enemigo de la salud y el arma contra él, es el calor.

El calor más higiénico, sin humo ni olor, es el producido por la electricidad y la estufa eléctrica "Cozy Glow" es el medio ideal contra el frío.

Es la más eficaz, la más durable, la más bonita y la más económica.





Pida estufa **"COZY GLOW"**
legítima de la ***Westinghouse.***

Cía. Westinghouse Electric Internacional, S. A.

Av. de Mayo, 1035 — **Colón, 59**
Buenos Aires. — **Córdoba.**

Westinghouse

De Quilmes



Profesor y alumnos de la Sociedad Española de S. M., que tomaron parte en el festival realizado en conmemoración del 2 de Mayo.

Aproveche esta excepcional oferta para adquirir la obra que Vd. necesita.

LAS GRANDES ENCICLOPEDIAS PRACTICAS DE

Mecánica	*Electricidad*	*Automóvil*

PONEN AL ALCANCE DE TODOS LA TECNICA Y LA PRACTICA MODERNAS



Es esta, una Enciclopedia de carácter esencialmente práctico que es lo que, precisamente, necesitan todos aquellos que se dedican a la mecánica y sus múltiples aplicaciones.

3 vol. tamaño 25×18 cm., 2576 páginas, 3445 grabados y 42 láminas.

10 $ al contado y 9 cuotas a 5 $.
En un solo pago: $ 47.50 %.



En Electricidad es la única obra que realmente responde a cualquier consulta que sea necesario hacer sobre tan importante elemento, base de la Industria Moderna.

2 vol. tamaño 25×18 cm., 1626 páginas, 2157 grabados y 29 láminas.

6 $ al contado y 6 cuotas a 5 $.
En un solo pago: $ 31.50 %.



La Guía más autorizada en la materia; verdadero tratado moderno que a cada momento precisan quienes manejan el volante. Para los que deban reparar Autos y Camiones, es un excelente auxiliar.

3 vol. tamaño 23×15 cm., 3100 pág., 1750 fig., 29 láminas y 5 desmontables.

9 $ al contado y 9 cuotas a 5 $.
En un solo pago: $ 46.50 %.

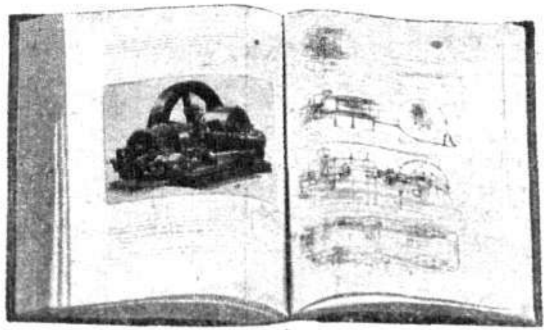
5 $ al mes

PAGANDO MENSUALMENTE UNA PEQUEÑA CUOTA, LE ENTREGAREMOS, A SOLA FIRMA, SIN FIADOR NI PAGARES, UNA O VARIAS DE NUESTRAS MODERNAS PUBLICACIONES

5 $ al mes

Ediciones Técnicas sumamente interesantes.







MANUAL DEL CONSTRUCTOR DE MAQUINAS

2 tomos encuadernados en piel flexible, tam. 19×13 cm., con 2000 pág., 2620 figs. y numerosas Tablas.

11 $ al contado y 6 cuotas a 5 $ % cada una.

En un solo pago: 36 $.

MOTORES DE COMBUSTION INTERNA Y GASOGENOS

Este libro está considerado en el mundo industrial, como clásico y fundamental en la materia. En él se hallan tratados los diversos tipos de motores.

Un volumen tamaño 20×28 cm., con 867 páginas, 1282 figuras, 35 grandes planos de máquinas y 200 tablas numéricas.

10 $ al contado y 6 cuotas de 5 $.
En un solo pago: 35 $.

ELECTROTECNIA

Este Manual, según la frase gráfica de uno de sus comentaristas, enseña al estudiante y al práctico a "pensar electrotécnicamente".

Un tomo, 608 pág. y 555 grabados, tamaño 17×24 centímetros.

$ 14.00 en un solo pago.

ENVIENOS EL CUPON, INDICANDO LA OBRA POR LA CUAL SE INTERESA, E INMEDIATAMENTE RECIBIRA, GRATIS, EL CORRESPONDIENTE FOLLETO EXPLICATIVO.



Editorial LABOR

Piedras, 599 - Buenos Aires.

Cupón para el folleto gratis y condiciones de compra de la obra ....
D ....
Profesión ....
Calle ....
Localidad ....
Provincia .... F. C. ....
Corte este cupón y envíelo a Editorial Labor.
C. C. Esp. 4.

De Villa Urquiza

Parte de la selecta concurrencia que asistió a la brillante reunión social realizada en la residencia de los esposos Barado-Moreno


La Elegancia no es un don de la Naturaleza
Es el arte con que toda señora adorna el encanto de su figura. El vestido de moda, el color más apropiado a su rostro y cuerpo, el calzado, etc., son factores que cooperan a la mayor elegancia; pero el lucimiento de su silueta la deberá únicamente A LA FAJA O CORSE que use, por ser ésta la prenda básica de toda elegancia. La
CASA IZQUIERDO
en su constante y probada habilidad en el arte, esmero en la confección e INDISCUTIBLE SUPERIORIDAD en los materiales, ha conquistado la supremacía en el ramo y la confianza del público. El criterio artístico de sus técnicos y la más alta CALIDAD de las prendas que confecciona son garantía que atestigua la fama de que goza.
MODELO "MARCELA"
Lindísima faja toda cerrada y sin ballenas, la más práctica y cómoda, confeccionada en rico tricot inglés mercerizado, con cuatro ligas de seda.
$ 35.—
CASA IZQUIERDO
LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA
CARLOS PELLEGRINI, 490 — BUENOS AIRES
UNION TELEFONICA: MAYO, 0313



UNA AVENTURA



ESTA noche me he propuesto escribir. ¿Qué? Algo. Hay en esto una pequeña parte de instinto de aventura que se despertó en mí, allá, en la infancia. De seguro que entre todos los que se dedican a este melancólico arte de escribir, pocos habrá que comprendan en todo su alcance lo que hay de inefable en este hecho pequeño de sentarse a escribir sin saber qué. Hay una serie de cosas obscuras, de hilos imperceptibles, que se tienden hacia el azar, el infinito, el misterio todo que nos rodea. Acaso no me explique bien.

Pero aquellos que conocen el trato cotidiano con la pluma, comprenderán, sin esfuerzo, que uno se siente asombrado al encontrarse de pronto en medio de las fuerzas libres y ciegas de la naturaleza. En medio de las fuerzas primitivas y elementales; y todo, por este sólo movimiento insignificante y obscuro: el de haberme sentado a la hora de siempre, en la misma mesita de todos los días, a escribir algo que yo mismo no sé en qué consistirá.

Lo recuerdo bien: al llegar a mi casa, yo no traía ningún plan de trabajo, no meditaba nada. Ni siquiera pensaba cumplir automáticamente un hecho infinitamente repetido en la monótona espiral de mis días. Nada nuevo vi, nada anormal noté. Como la noche es intempestivamente fría, no se percibe el perfume de los naranjos, ni de las rosas, ni las glicinas; perfumes que suelen ser los culpables silenciosos de muchas literarias tonterías mías. No, ellos no están presentes ahora. En cuanto a la casita, en cuanto al silencio que la rodea, la sombra de los árboles y de los rosales, esta paz impregnada de azul en que la envuelve la noche de luna, tampoco. Nos conocemos tanto ya, nos hemos dicho tantas cosas, en la mutua soledad de nuestras almas, que yo sé bien cuándo ella me habla. Es la nuestra, la situación de dos amantes que ya se lo han dicho todo, que se han dado ya el beso más hondo y que callan para ser buenos, felices de estar juntos. ¡Oh! y este silencio no se rompe sino cuando yo vuelvo al hogar con la frente demasiado ardiente, con el pecho demasiado agobiado por las amarguras de la calle. Sé que algunos se reirán, pero muchas veces, al entrar aquí, sobre todo en el silencio absoluto de la media noche, yo he sentido de pronto que algo muy suave rozaba mis sienes cansadas y que una paz infinita descendía sobre mi corazón. Y yo sé que ese algo es el alma de esta vieja casa, el alma silenciosa de esta humilde piecita solitaria.

Ahora escribo. Me he propuesto escribir, y esto se va cumpliendo a pesar de la dog-

mática y preceptiva literaria. Una cuartilla descansa a mi lado, grávida ya. Pienso multitud de cosas, y me cuesta poner un poco de orden en mis pensamientos. Recién, confundida entre ellos, venía una idea hermosa. Grácil y hermosa, como una mariposa blanca. Y en mi afán para ofrecerle un dosel, de palabras, se me ha huído... Venía quién sabe de dónde, y se va sin que yo sepa precisar su destino. Acaso sea el suyo nacer a la vida de la forma en el cerebro de otro más afortunado que yo, o esté destinada a no ser más que un presentimiento obscuro, que se borra sin dejar huella.

A veces, cuando escribo, me domina un sentimiento religioso, o místico, para ser más exacto. El mundo se transforma ante mis ojos, y la más humilde cosa adquiere un significado tan enorme, que me agobia. Y una angustia inmensa se apodera de todo mi ser. Procuro entonces huir de mí mismo, entrando en la órbita de las vulgares distracciones humanas: el paseo, la charla, el café. Poco después, santificado de vulgaridad, puedo volver a sentarme a escribir, confiado ya. Todo lo que en tales circunstancias hago, merece casi siempre algún tímido aplauso. En cambio, lo otro, descompone el rostro del que lo lee con una mueca inmensa de bostezo.

Y otra encrucijada. Otra vez la pluma, el papel y el propósito de escribir; todo esto, empezando no sé qué cosa obscura que habrá de venir a través del opaco silencio que me envuelve.

Una vez oí hablar de un músico que sufría una angustia indecible al no poder fijar en el papel, con rapidez necesaria, los acordes que le dictaba su inspiración fugitiva. Como si la inspiración fuese algo que viniera de fuera, pasara por nosotros y se alejara insensiblemente, obedeciendo una voluntad distinta de la nuestra. Lo cierto es que está reñida con la memoria y que lleva un ritmo juvenil mucho más ágil que ella. No hace mucho escribí la historia de un pobre muchacho que se paseaba desolado a través de su paisaje habitual, pidiéndole vanamente a las cosas inspiraciones que no podían darle, porque previamente no existían en él. No sé si la situación cómica está allí suficientemente lograda; porque yo nunca he considerado una cosa seria eso de estar «inspirado».

Una noche tuve un sueño curioso: En una pradera inmensa, cuyos lejanos confines se perdían en una suavísima penumbra azul, estaban alineados multitud de pequeños seres; legiones de cabecitas rubias y cabecitas morenas, esperando una orden mía para ponerse en marcha. Eran las palabras de mi idioma. Con un movimiento inconsciente de mi voluntad, yo daba esa orden. Entonces, ellas se destacaban, se reunían en grupos, y marchando siempre, desfilaban ante mí en airoso batallón, formando frases, pensamientos, historias, poemas... Pero al desfilar, lo hacían con tan grave seriedad, y, sobre todo, marcaban tan soberbiamente su rídiculo paso de marcha alemán, que yo me reía a carcajadas...

Esto asocia otro recuerdo más reciente. Ayer, revolviendo unos papeles viejos, hallé la primera clasificación escolar, obtenida en el primer grado infantil. Excelente, desde luego. He sido un estúpido durante toda mi vida. Y para colmo, esta observación escrita de puño y letra de la suave maestrita que me tocó en suerte: «Este niño tiene un generoso corazón. Es dócil e inteligente. De carácter bondadoso».

¡Dulce ingenuidad de la primera maestra! ¿Dónde está el niño aquel: «dócil e inteligente»? Y sobre todo: ¿dónde está aquel del «generoso corazón»? ¡Que Dios me ampare!

Menos mal que a los diez años probé ya el dulce y acre sabor del fruto prohibido del colegial: la «rabona». ¡Cuánto tiempo había soñado con ella, sin sospechar jamás que un día iba a pertenecer a la orgullosa cofradía de los que se hacen «la sin cola», sugún la pintoresca jerga infantil! Y tanto me aficioné luego a ella, que durante un año entero valiéndome de mentiras y simulaciones sin cuento, hice la comedia de ir a la escuela. Claro que al fin del curso se descubrió todo y me gané una descomunal paliza. Pero nadie podrá decir si no fueron más fecundas, para mi alma virgen todavía, las múltiples sensaciones nuevas y el amplio horizonte de aquel año de vagancia que las de aquel otro empleado en balbucir las primeras sílabas de la ciencia de los hombres en la atmósfera viciada y obscura del aula infantil, apenas iluminada por los dulces ojos y la cariñosa sonrisa de mi suave e ingenua maestrita primera.

Confieso que pongo un poco de secreto orgullo al referir esta anécdota. Cuando se ha nacido tonto, ¡es tan dulce sentirse capaz de alguna travesura! Acaso todo deba suceder; pero cuando llegan las horas cotidianas del desaliento y de la queja, y me acontece recordar aquel venturoso año de «rabona» — venturoso a pesar de la paliza epilogal—, siento que la fe y la esperanza se despiertan de nuevo y que mi alma se levanta y eleva hasta parecer más fuertes que las cadenas que pesan sobre ella. Y entonces, no me quejo más, porque esto me hace pensar en lo que hay de inevitable en la naturaleza de las pequeñas cosas de que están llenos nuestros días.

Pequeñas cosas que toman, apenas uno se descuide un poco, la grave prestancia y la trágica figura del Destino.

Atado como estoy, como una bestia de carga, a la rueda inmensa del engranaje social; sometido por la necesidad a una disciplina mil veces más pesada y odiosa que la disciplina de la escuela; ligado al rincón de la tierra en que vivo por pequeños afectos, por ideas del deber, por escrúpulos, convencionalismos y mil cosas más, he intentado en vano repetir aquello de mi infancia, alejarme del paisaje habitual, dar siquiera un paso fuera de mi mismo. Inútil siempre.

No me queda otra cosa que la válbula del sueño. Acaso este extraño deseo de escribir que hoy me ha acometido, no sea sino una de sus formas. Una aventura de mi pluma, sin propósito, sin rumbo, sin tema...

En esta mesita, al lado mismo del tintero, alguien ha olvidado una rosa pálida que está ahora marchita, casi seca ya. Esto es un poco ridículo, pero, al tomarla entre mis manos, me ha parecido que reanimada por mi aliento, revivía, que tornaban los delicados matices a los pétalos marchitos, como si una postrera ilusión despertara un instante a la pobre flor. Y al recoger su último perfume, he pensado que algo en mí se va muriendo, como ella, irremediablemente...

ARMANDO CASCELLAS

DIBUJO DE MACAYA

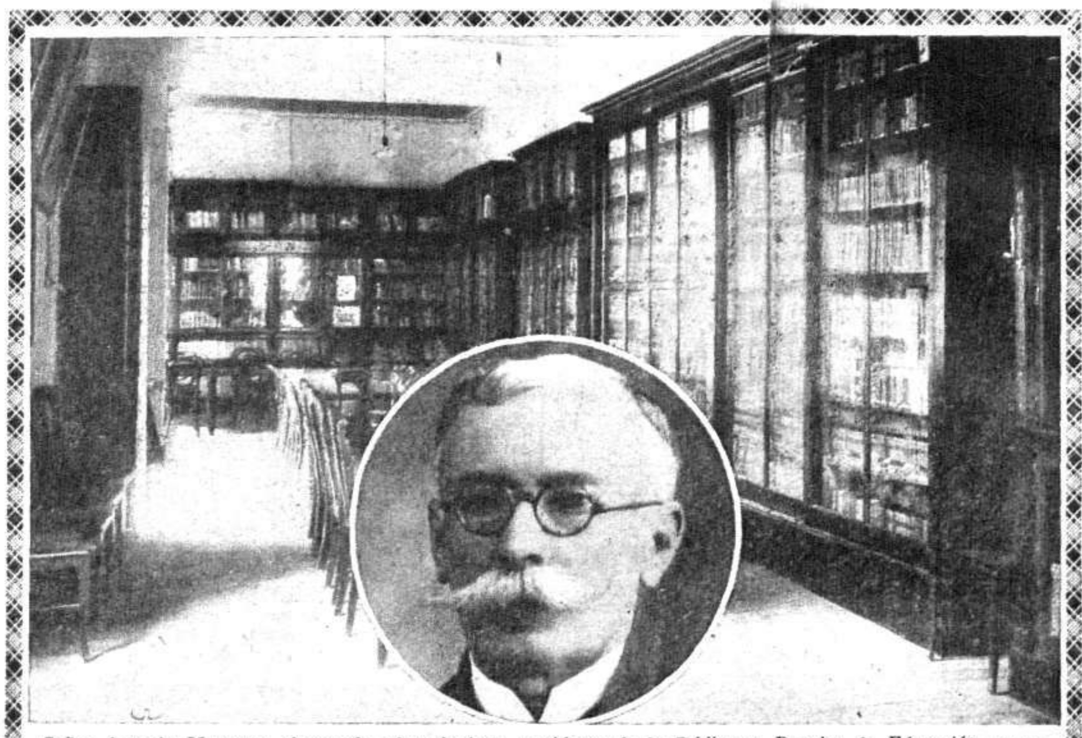
De Villa Dominico

Organizado por la Comisión de damas y señoritas Protectora de la *Escuela Gral. Justo J. de Urquiza Núm. 64*, realizóse en el cine-teatro "Colón" un gran festival artístico y danzante, prestando su valioso concurso un conocido núcleo de aficionados.





De Lomas de Zamora



Señor Antonio Mentruyt, destacado educacionista, presidente de la Biblioteca Popular de Educación, cuyas bodas de plata con la enseñanza celebró recientemente, tributándole el pueblo, con este motivo, una sincera demostración de aprecio en admiración a su intensa obra cultural.



QUINTO AÑO

POR LUIS CANÉ

EL CUMPLEAÑOS DE GAMARRA

Para festejar su cumpleaños el gordo Gamarra nos invitó a cenar a medianoche en el restaurant del nuevo hotel de Rossi, quien acababa de instalarse en el centro de M, después de atender durante veinticinco años la "Fonda de la Estación", en cuyas paredes se anunciaba en grandes letras negras: "Comodidades para pasajeros, caballos, carruajes y familias".

Mientras tomábamos el aperitivo innecesario — que no pudo ser "sanmartín", pues Rossi nos aseguró no haber instalado todavía "las maquinarias" para prepararlo — Miró abrió un diario de la noche, de Buenos Aires, recién llegado en el nocturno de las once.

— ¡Dejate de leer! — le dijo Gamarra, quitándoselo.

— ¡No; esperate! — exclamó Miró rescatándolo. — Dejame buscar en los avisos fúnebres a ver cómo sigue Linardi.

Linardi, el profesor de química, encontrábase gravemente enfermo en un sanatorio de la capital. Hombre terco, bilioso y caprichoso, jamás conquistó las simpatías de sus alumnos. Era tan bajo y tan gordo que cuando caminaba producía la impresión de rodar. Entraba a clase esforzándose por dar pasos sonoros y largos. Una vez sentado al escritorio, miraba hacia el fondo del salón, y entornando los ojos con un gesto maligno, se frotaba las manos y decía:

— Señor Del Campo, ¿sabe la lección?

— ¡No, doctor! — contestaba alegremente el aludido, levantándose con energía y produciendo gran estrépito con la tapa y el asiento del pupitre.

— Señor Malerca, ¿sabe la lección?

— ¡Nooo! — gritaba éste, a voz en cuello, sin moverse del asiento, ni abandonar el aire de tranquilidad que adoptaba.

— Señor Mariani, ¿sabe la lección?

El "largo" Mariani se ponía perezosamente de pie, como si tuviera el cuerpo dolorido y las articulaciones endurecidas, y mascullando insultos y maldiciones, caminaba hasta el frente del aula. Al llegar al pizarrón elegía la tiza más larga que encontraba y tomando el borrador, lo golpeaba contra la pared, levantando una nubecilla de polvo blanco. Después daba el frente a Linardi, parándose con las piernas abiertas y los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

— Vamos a ver; exponga, — ordenaba Linardi.

Mariani lo miraba largo rato con una falsa expresión de ternura inefable y al cabo suspiraba:

— ¿Qué le vamos a hacer?...

Dejaba la tiza y el borrador, se soplaba la punta de los dedos y volvía a su banco, donde se dejaba caer pesadamente.

Durante esta escena, invariablemente repetida todas las clases, reinaba un profundo silencio y nadie osaba moverse ni respirar, pues Linardi nos acechaba con mirada vigilante, dispuesto a expulsar del aula a cualquiera. Una vez que Mariani se sentaba, empezaba la clase de química.

Nuestra cena transcurrió alegremente, como toda reunión donde tomáramos parte. Después de la segunda copa de vino, Miró y yo tuvimos un fugaz incidente porque él intentaba referir nuevas aventuras amorosas y yo quería decir versos; Pepe expresó varias veces su deseo de romper a botellazos los focos de luz del restaurante, y César se empeñó en mostrarnos cartas de Amalia Poleta, una gordita petiza a quien festejaba desde el año anterior. Gamarra se limitaba a oír y sonreír, consagrado por entero a comer, como si no lo hiciera desde la edad de la lactancia. Cuando estábamos a punto de terminar el último plato, Rossi preguntó a Gamarra si traía la ensalada de fruta. Previos aplausos al gordo, que esa tarde había ordenado que la prepararan, exigimos que la hiciera comparecer. Rosso mismo la trajo; pocos pasos antes de llegar a la mesa, nos anunció con jubilosa sonrisa:

— ¡Está de chuparse lo dedo!

Una ruidosa carcajada estalló al unísono. El pobre ex-fondero nos presentaba en una gran ensaladera desbordante de aceite y vinagre, seis naranjas y seis bananas enteras y peladas.



DIBUJOS DE MACAYA

De San Fernando



Equipo del Club Atlético Sportivo Barracas, que jugó un interesante match de football con el Club S. Fernando, venciendo por 1 goal a 0



Team del Club S. Fernando, que, no obstante su brillante juego, resultó derrotado.

LA DESPOBLACIÓN DE FRANCIA

La preocupación causada por la despoblación en Francia, ha inducido a un periódico de la capital francesa a hacer una encuesta sobre la bigamia. La pregunta fué dirigida, naturalmente, a las señoras. Algunas de las más curiosas respuestas obtenidas son comunicadas al periódico "La Tribuna", por su corresponsal en París. "La crisis de los alojamientos, pero, sobre todo, la casa moderna, ha dicho Madame Colette R., se oponen al incremento de la idea poligámica. Hay que pensar en esto: ¿cómo vamos a instituir la poligamia en un apartamento de tres cuartos y cocina, que a menudo, una sola mujer basta para hacer inhabitable? ¡Qué horror!" Una graciosa contestación dió la actriz Jane Renouard: "Creo que es indispensable que todo hombre tenga, cuando menos, dos mujeres legítimas, pero no se debe obligar a ninguno a tenerlas. La bigamia podrá conjurar la crisis de las malas inteligencias, los dramas pasionales y otros pequeños inconvenientes de la vida conyugal. Con muy pocas excepciones, yo tengo la impresión de que para los hombres, esto no será más que una regularización." Una sola dama, en todo París, respondió con gravedad, y fué, aunque parezca imposible, la abogada María Verone: "Conservemos la familia tal como está hoy, es decir, como existe desde hace siglos. Lo que debemos hacer es esforzarnos por mejorar las condiciones económicas y sociales de nuestro país: así podremos tener hijos."




FERNET-BRANCA
FRATELLI BRANCA E COMP.
FERNET-BRANCA
AMERICA del SUD

De San Isidro







Constituyó una lucida fiesta el baile ofrecido por la C. D. del Club Atlético San Isidro, con motivo de la inauguración de los nuevos pabellones recientemente terminados. Asistió a este acto una selecta concurrencia, la que tributó una espontánea manifestación de aplauso a las autoridades del Club por su eficaz actuación.

Gray

NUEVO PRECIO:
$ 2695.- m/n
S/W Bs. Aires

El Aristócrata de los Automóviles livianos

ES el coche que le conviene a Vd. adquirir por los beneficios que reporta y por su apariencia de gran lujo, representando un valor muy superior al pagado.

REUNE TODAS LAS COMODIDADES Y POSEE LA CALIDAD DE UN COCHE DE PRECIO ELEVADO

Motor cuatro cilindros (suave y silencioso), tres velocidades, arranque eléctrico, velocímetro, luz en el tablero, carrocería lujosamente equipada, cuatro puertas, etc.

TENEMOS EXISTENCIA PERMANENTE DE REPUESTOS

HAY PLAZAS DISPONIBLES PARA AGENTES ACTIVOS

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS





CARICATURA DE LÓPEZ SILVA, POR CAO, PUBLICADA EN "CARAS Y CARETAS" EN EL NÚM. 661.

Para Caras y Caretas!!

¡Adiós, tiempos felices de mis amores!
¡Ay, juventud hermosa, cómo te mueres!
¡Ya me enseñan las canas sus rigores!
¡Ya me piden dinero las mujeres!!...

J. López Silva

Montevideo, junio/911

EN MEMORIA DEL CANTOR DEL PUEBLO MADRILEÑO DON JOSE LOPEZ SILVA

Reproducimos este primoroso romance que el poeta Frutos dedica a su maestro, el inolvidable cantor de los barrios bajos, López Silva, en nombre de sus queridos Madriles.

ADIÓS, excelso poeta,
cantor del alma del pueblo,
que al prodigio de tu pluma
y a tu soberano ingenio
diste vida a un pueblo bajo,
que, por su gracia en el léxico,
y sus costumbres sencillas,
y su nobleza, y sus méritos,
fué poco a poco dejando
semilla en el mundo entero.

Te vas cuando tus chulapas
también van despareciendo,
como si en su fin tuvieras
un triste presentimiento.

Hoy tus chulas no se visten
con el pañolón de flecos,
ni la toquilla de estambre,
ni el pañuelo en barboquejo,
ni calzan medias de lana,
ni botas de paño negro,
ni llevan faldas de cola,
ni lucen matas de pelo.

Hoy son *garsones* tus chulas,
que visten caros *modelos*,
su buen abrigo de pieles
y campanas por sombreros.

Hoy calzan medias de seda
y zapatos de oro viejo,

y usan remedos de faldas
y unos peinados al *cero.*

Aquellos bailes castizos
de *ambigú* y de bastonero,
donde el bailarín giraba
con los pies sobre un pañuelo,
hoy son *Dancing* y *Tes Tangos*
y *Tes con churros "Imperio"*,
y los danzantes parecen
máquinas en movimiento.

Hoy no hay chulas, son artistas
estimables de concierto,
que hablan tres o cuatro idiomas,
todos muy mal, por supuesto.

Antes decían la *órdiga*
y *m'alegro verte güeno:*
hoy dicen: "*Sui ansanté*
de *votre* conocimiento."

Antes, si se *acoquinaban*,
hoy se *acocainan*, que es nuevo
y beben Champagne helado,
y fuman que es un portento,
y se pintan las ojeras,
y los labios, y *hasta el pelo*,
y juegan a los prohibidos
y, claro..., piden dinero...

Y qué decir del chulapo
¡inocentón y modesto,
con su gorrita de seda,
con su pañuelito al cuello
por corbata, su pañosa
de embozos de terciopelo
a dos colores, su traje
de pana, cuando era invierno,
y de crudillo en verano,
ajustado (por lo estrecho)
para *lucir su figura*
como si fuera diciendo:
«Aquí va un niño bonito.
¡Bendito sea mi cuerpo!»

Hoy aquel chulapo viste
a la inglesa, con un terno
de punto de seda, abrigo
con trabilla, su sombrero
flexible, zapato bajo
y lleva bastón y perro.

Antes iba a la taberna,
porque el vino era *alimento*,
y tomaba unas judías
de *horma derecha y recuelo.*
Ahora va al *bar* y se bebe,
sin respirar, unos *tercios*
y toma sus bocadillos
de *foagrá*, jamón o queso.

El mús, el cané o la rana
eran antaño sus juegos;
hogaño juega al tresillo
y aprende el juego *chinesco.*

En tartana iba a los toros,
y ahora, si le falta el *Metro*,
toma automóvil o autómnibus,
que es *gentelman de los nuevos.*

Antes daba algún *mamporro*
si se lo pedía el cuerpo;
hoy, por si vienen mal dadas,
se hace *amater* del boxeo,
y en los ratos que le quedan,
para ejercitar sus remos,
se dedica a futbolista,
que el deporte es su elemento.

Aquel albañil del *miting*
que proclamaba muy serio
no ser orador, ahora
es *lideur* de Parlamento,
y no falta a una Asamblea,
y habla en todos los Congresos,
y... ¿a qué seguir? Todo cambia,
y lo de hoy se lleva aquello.

Pero ha de poder llevarse
el transcurso de los tiempos,
las costumbres, hombres, razas,
todo, menos tu recuerdo,
que vivirá con tu obra
eternamente entre el pueblo,
que tus chulapos castizos
llevan en el lado izquierdo
un corazón, que es tan grande,
que no les cabe en el pecho.

Ya lo dijo, con fortuna
el llorado sainetero
don Ricardo de la Vega:
«También la gente del pueblo
tiene su corazoncito».
Y aunque seamos los menos
y el siglo de la «patada»
nos vaya a todos venciendo,
mientras en pie quede alguno
que se llame madrileño,
honrará como merece
la memoria de sus muertos.

Adiós, excelso poeta,
cantor del alma del pueblo;
recibe esta siempreviva,
queridísimo maestro...

LUIS PASCUAL FRUTOS

De San Justo

Autoridades provinciales y locales saliendo del templo, después del tedéum oficiado, con motivo de la celebración del centenario del partido de Matanza.

De Quequén

Grupos de familias de esta localidad que concurrieron al almuerzo campestre ofrecido por el señor Catalino Ledesma, en honor de sus relaciones.

RADIOTELEFONIA

UN EXCELENTE CIRCUITO DE DOS VARIOMETROS

PARA RECEPTOR PORTÁTIL CON LÁMPARA ECONÓMICA

El circuito de que a continuación nos ocuparemos es muy sensible, al extremo que permite una buena recepción con el solo empleo de la toma de tierra, sin antena. Es también selectivo y de fácil manejo, pues tiene sólo dos controles, el de los variómetros.

Su selectividad es debida a que oscila continuamente, excepto cuando el circuito de placa y reja coinciden con la onda que se desea escuchar; por lo tanto, se puede recibir una transmisión lejana, aun estando muy próxima su onda de una local.

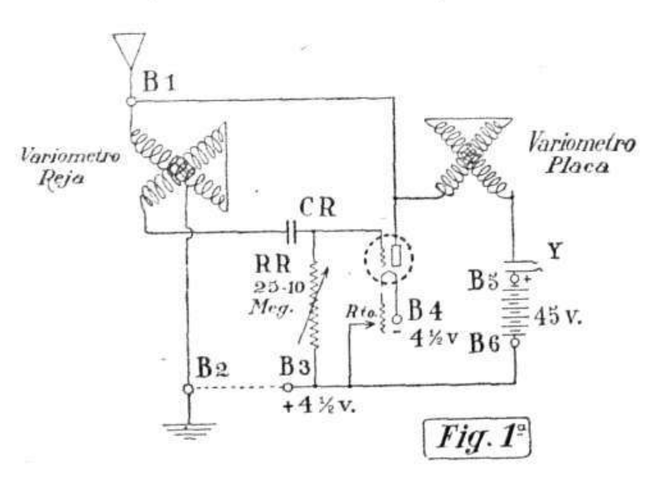


Fig. 1ª

La sintonia se hace con el variómetro de placa, hasta encontrar la onda continua de la estación deseada; enseguida se ajusta el de reja, poniendo así los dos circuitos en el mismo período de oscilación. Para oir con tierra solamente, se conectará ésta al borde de antena quedando libre el de tierra; para emplear antena y tierra se conectan a sus bornes correspondientes.

Los materiales necesarios para la construcción de este receptor son:

Dos variómetros para ondas de 150 a 400 metros; el tipo de pocas pérdidas es de preferirse pues, como en todo circuito sensible, debe evitarse cualquier defecto de aislación y pérdida por capacidad. Alrededor de 60 vueltas en el rotor y 65 en el bobinado fijo, darán buen resultado para las ondas de Broadcasting. Sugerimos también el empleo de los bobinados en estrella, semejantes al de los receptores tipo Perry O. Brigg, cuyos valores pueden determinarse fácilmente ensayando diversos bobinados.

Una resistencia de reja variable entre .25 y 10 "meghoms" (RR.).

Un condensador de reja de 0,00025 MF. con dieléctrico de mica (CR.).

Un reóstato de 30 "ohms" (Rto.).

Una caja y frente de ebonita. Dejamos este punto a elección del aficionado, pues tratándose de un receptor sencillo se puede disponer fácilmente. Téngase en cuenta que los variómetros deberán estar bien separados uno de otro, por lo menos 10 cm.

Un Jack simple para el teléfono o en su defecto dos bornes (Y.).

Seis bornes para antena y las dos baterías (B 1 a B 6).

Un portalámpara o cuatro enchufes, según el tipo de lámpara que se emplee.

Construcción y manejo

Respecto a la construcción, el único punto que deja lugar a dudas es la derivación efectuada en el variómetro para conectar al borne de tierra. Por la figura 2 se verá claramente donde hacerla, está tomada en la última espira de la primera sección fija del variómetro cuyo otro extremo va conectado a la antena.

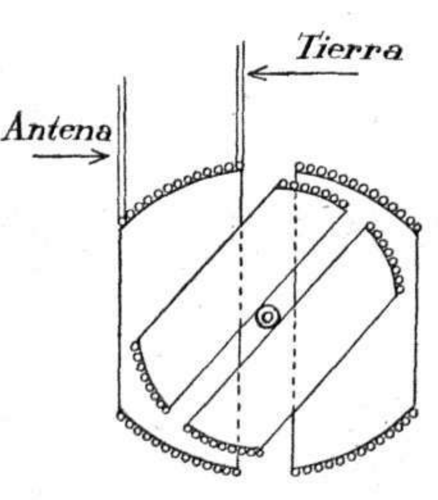


Fig. 2ª

Para hacer este receptor portátil, deben incluirse en el interior del receptor las baterías de filamento y placa.

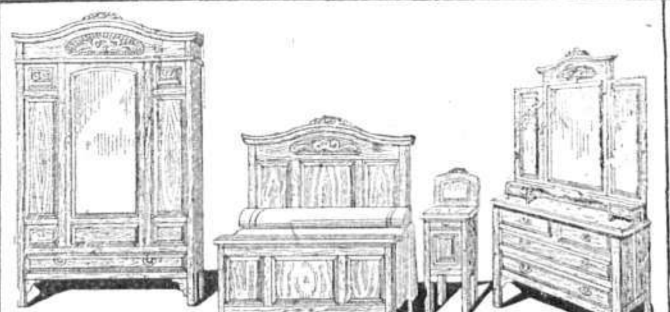
Se encuentran en el comercio baterías de 45 volts de un volumen muy reducido, construídas para equipos portátiles.

Para terminar, diremos que al emplear antena y tierra es muy conveniente unir el borne de tierra con el B 3, pues así se ponen a tierra los negativos de ambas baterías evitándose los efectos de capacidad.

En el próximo número estudiaremos un receptor de largo alcance, para ondas de Broadcasting, con amplificación de alta frecuencia.

JORGE A. DUCLOUT


Muebles Sólidos
y muy Baratos





De Mercedes



Miembros de la Comisión pro conservación de caminos, y vecinos que concurrieron al almuerzo campestre ofrecido por el Intendente Municipal señor Toribio de Achaval, al cumplirse los dos años de labor

¿USTED GUSTA?

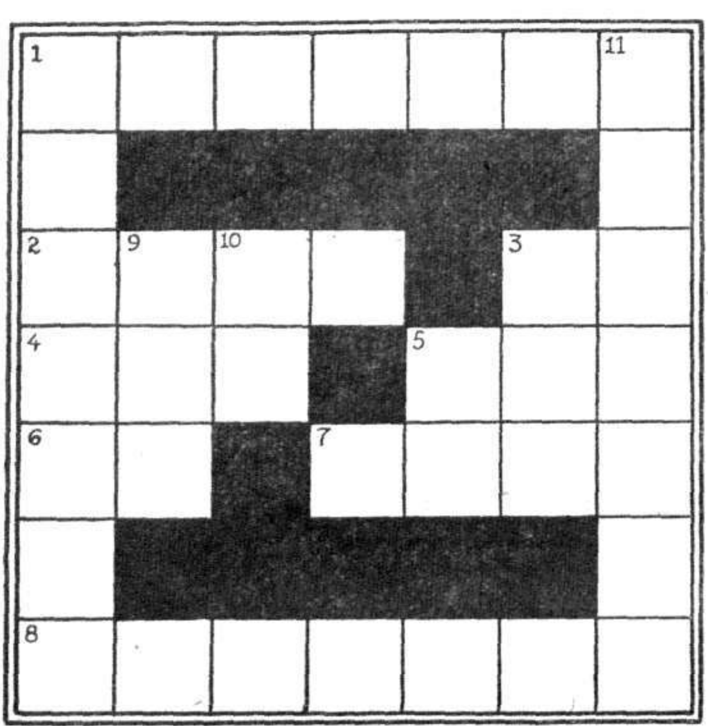
En el Japón, cuando se escribe invitando a comer a una persona, encabezan generalmente la carta las siguientes frases:

"Os pido perdón por el insulto que os infiero al suplicaros me acompañéis a comer. La casa es pequeña y muy sucia. Nuestros hábitos son rudos y es muy probable que nada de lo que tengamos preparado os sea agradable; a pesar de esto, confiamos, en que nos honraréis con vuestra presencia a las seis de la tarde del día".

Al llegar a la casa, el invitado no encuentra nada que censurar en lo que toca a limpieza y gusto, y es recibido con exquisita amabilidad por los dueños de la casa. La lista se compone de diez o quince platos, siempre de los mejores. El huésped se cree obligado a humillarse para honrar al que acepta un asiento a su mesa.

Problema de palabras cruzadas

Número 1



Referencias

HORIZONTAL

1. Reptil marino.
2. Substancia mineral que forma parte de la masa terrestre.
3. Nota musical.
4. Tiempo de verbo.
5. Verbo.
6. Artículo de género masculino (singular).
7. Adverbio.
8. Lago.

VERTICAL

1. Mar.
3. En el matadero.
5. Verbo.
9. Nombre de una antigua comarca francesa.
10. *Nombre de una letra del alfabeto.*
11. Nombre de geógrafo célebre de la antigüedad.

EXPLICACION

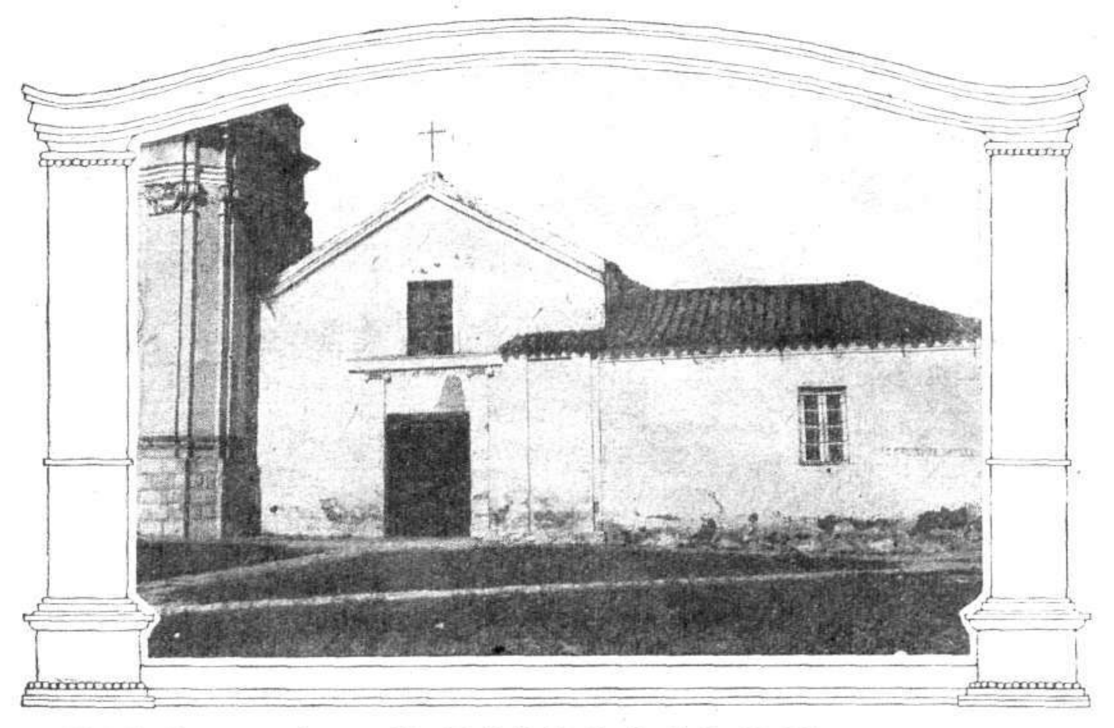
Cada cifra indica el principio de una palabra, anotándose en las referencias si ésta debe leerse vertical u horizontalmente, correspondiendo una letra por cuadro. Las palabras terminan en el borde, o en las casillas blancas, inmediatas a las negras.

Si en una línea horizontal o vertical se hallan varias cifras, debe tomarse como *punto de partida, en las horizontales la* primera cifra de la izquierda y en las verticales la primera de arriba hacia abajo, sin tener en cuenta para nada las intermedias, que significan el punto de partida de otras tantas palabras de diferente dirección.

A NUESTROS LECTORES

Intencionalmente publicamos hoy un problema de relativa facilidad, cuya solución se dará a conocer en el número próximo.

A medida que los lectores se *penetren* de su mecanismo, daremos problemas más complicados y novedosos para este país.

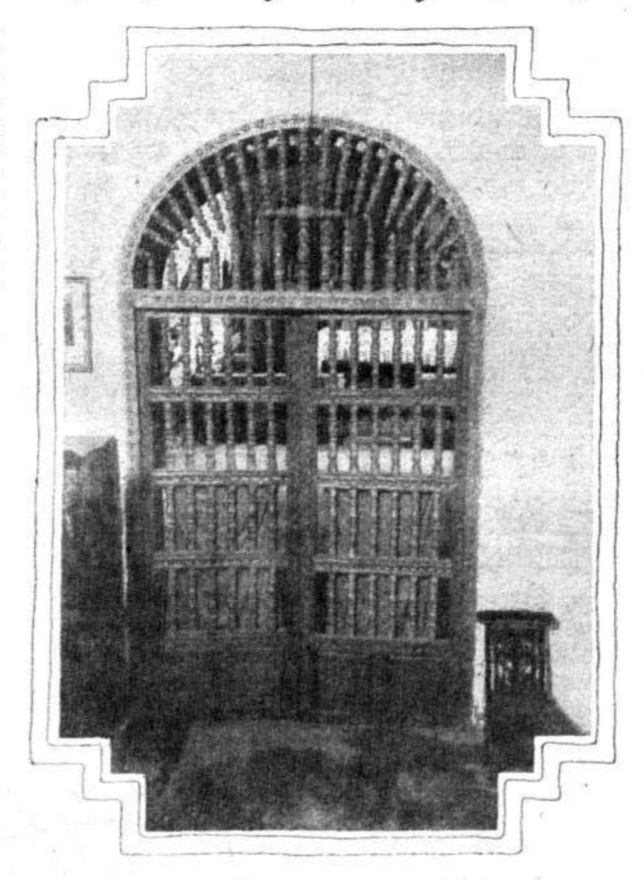


FRENTE DEL ANTIGUO CONVENTO DE SAN FRANCISCO (JUJUY).

La DEMOLICION *del* TEMPLO CONVENTUAL *de* SAN FRANCISCO *en* JUJUY

Anúnciase en Jujuy la próxima demolición del viejo templo conventual de San Francisco. Perderá con ello Jujuy, uno de sus edificios coloniales más típicos, conservado hasta ahora en el centro de la ciudad como una reliquia ante la cual, nativos y forasteros, evocan bellamente los días gloriosos de la lejana provincia unidos estrechamente a los orígenes de la Nación.

Para el afán *modernizador* será, sin duda, un triunfo el presenciar la desaparición del viejo caserón coronado de tejas; la humilde iglesia en la que rezaron varias generaciones de devotas jujeñas; las enladrilladas galerías que rodean a la huerta —jardín donde tantos frailes pasearon meditando sobre cosas divinas y humanas en las horas que les dejaba libres la escuela anexa, ya modernizada a su vez... Pero, para los amantes de las cosas viejas, testigos mudos y elocuentes de épocas tan humildes y sencillas como ellas, famosas ya en la breve historia patria, un dejo de honda melancolía acompaña al anuncio de que picos y palas demolerán viejas paredes, arrancarán apolillados dinteles, quitarán al panorama familiar y querido la casa religiosa que vió crecer a su alrededor todo lo nuevo, y a nosotros mis-



ANTIGUA PUERTA DE LA CAPILLA, LABRADA A MANO, SEGURAMENTE POR LOS INDIOS BAJO LA DIRECCIÓN DE LOS FRAILES.

LOS VIEJOS CLAUSTROS QUE RODEAN A LA PEQUEÑA HUERTA-JARDÍN CUIDADA POR LOS FRAILES.

ANTIGUAS Y VALIOSÍSIMAS CASULLAS CONSERVADAS EN EL CONVENTO DESDE LA ÉPOCA COLONIAL.

mos. Más honda y más perdurable ha de ser esta melancolía tratándose de un viejo templo. Con él han de desaparecer rincones que santifica el recuerdo de una mujer que ya no existe y que llegaba hasta ellos día a día para rezar su rosario; polvorientos altares, con una virgencita vestida de percal y adornada con amarillentas puntillas, con muchos exvotos a su alrededor y un par de candelabros perniquebrados que, cuando sostienen los cirios encendidos, se llenan de escurriduras de estearina...

Los amantes del modernismo a toda costa, han de estar a estas horas batiendo palmas en Jujuy; mas, los amantes de cosas viejas, por lo que evocan, por lo que ensueñan, por lo que de melancolía plácida dan, no haremos, seguramente, lo mismo...

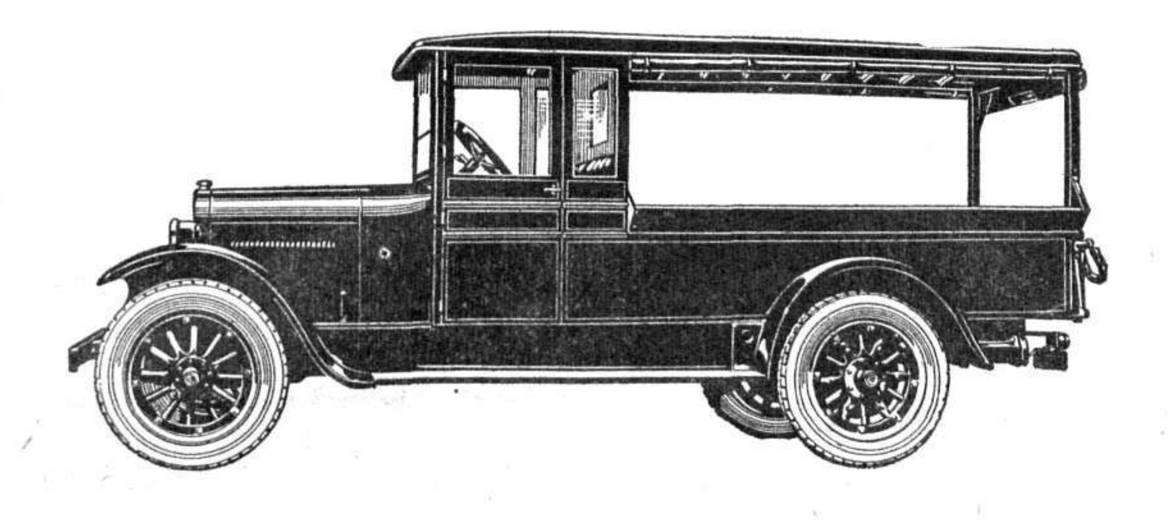
LA ENTRADA AL TEMPLO

POR LA CALLE BELGRANO

PROTASIO LUCERO

De Puán

Núcleo de familias de esta localidad que asistieron a la fiesta realizada en el domicilio del Sr. Teodoro Otazú celebrando un grato acontecimiento particular.



Los Camiones Graham Brothers

Los Camiones Graham Brothers han demostrado convincentemente que se adaptan en todo y por todo a difíciles problemas de transportación.

Su sólida construcción, su seguro motor Dodge Brothers y el hecho de que, para mantenerlos en buenas condiciones, se encuentran en todas partes agencias Dodge Brothers, constituyen ventajas definitivas para cualquier trabajo que requiera una resistencia excepcional y continuidad de servicio.

GRAHAM BROTHERS
Detroit, U.S.A.
UNA DIVISIÓN DE DODGE BROTHERS

JULIO FÈVRE Y CÍA
Av. Leandro N. Alem, 1620-40 — Buenos Aires

SE VENDEN EN LAS AGENCIAS DE LOS AUTOMÓVILES DODGE BROTHERS

De Roberts



Parte de la concurrencia que presenció la ceremonia de la bendición de la piedra fundamental de la iglesia a erigirse en esta localidad. Monseñor Copello presidió la ceremonia, actuando de padrinos la Sra. Andrea L. de Duggan y el Sr. Tomás Duggan.



Regalamos este Reloj

Pidan instrucciones por carta a:

H. LOUMAGNE y Cía.

24 de Noviembre, 387 - Bs. Aires

Le serán mandadas a vuelta de correo

No remitan estampilla para la contestación.

¡¡Enderécese!!

Esto lo haría nuestra "ESPALDERA HERCULEX". El precio de la "ESPALDERA HERCULEX" es de $ 2.80 m/n. c/l. Para envío de encomienda postal, agregar pesos 0.20 m/l. (Para la Capital Federal, $ 0.45 por encomienda). Mande medida de cintura y sisa. — Cía. SANDEN. — Sección S. Carlos Pellegrini, 105 — Buenos Aires.



¡¡¡Se Cura La HERNIA!!!

CON EL HERNIA HERCULEX

La electricidad galvánica devuelve la elasticidad a los tejidos relajados, cierra la herida y la curación es un HECHO.

Pida datos hoy mismo a **Cía. "SANDEN" Sección S. - C. Pellegrini, 105 - Bs. Aires.**

VIGOR VARONIL

VIGOR

La causa de su pérdida y el modo de recuperarla, «VIGOR», SU USO Y ABUSO POR EL HOMBRE

Pida este librito hoy mismo, es GRATIS para todo HOMBRE DEBIL.

Cía. "SANDEN" - C. Pellegrini, 105. - Buenos Aires. - Horas de oficina: de 9 a 18.

VIGOR







Ahora á $ 175 papel

¡Esta sí que es una Espléndida Oportunidad

para adquirir una Buena Máquina de Escribir a un precio extraordinariamente bajo!

La «Corona N.º 3», que ofrecemos por el precio de $ 175.- m/n al contado, es realmente una máquina de escritorio que reune también el carácter de máquina portátil. En la actualidad se hallan en uso más de 600.000 máquinas «Corona», lo que es una prueba evidente de su gran superioridad y de su gran duración.

La «Corona N.º 3» tiene: cinta de dos colores y automáticamente reversible; línea de escritura más extensa que la de cualquier otra máquina portátil; espaciador interlineador automático; completa visibilidad de su hermosa escritura. Ninguna otra máquina de su clase presenta estas ventajas.

Aproveche esta especialísima oferta que hacemos actualmente y que sólo regirá hasta que se agoten nuestras actuales existencias. Llene y remítanos hoy mismo el cupón que va al pie, adjuntando un giro o cheque por la suma de $ 175.—, m/n y le enviaremos en seguida, porte pago, una Máquina «Corona N.º 3», completa, con estuche y útiles.

Cía. La Camona — 39, Maipú 43 - Bs. Aires

U. T. Avenida 5076 - 5077

CUPON

A Cía. LA CAMONA, 39 - Maipú - 43, Buenos Aires.

Remítanme una Máquina de Escribir «Corona N.º 3», a cuyo efecto adjunto un cheque o giro por la suma de pesos 175.— moneda nacional.

Nombre..

Dirección..

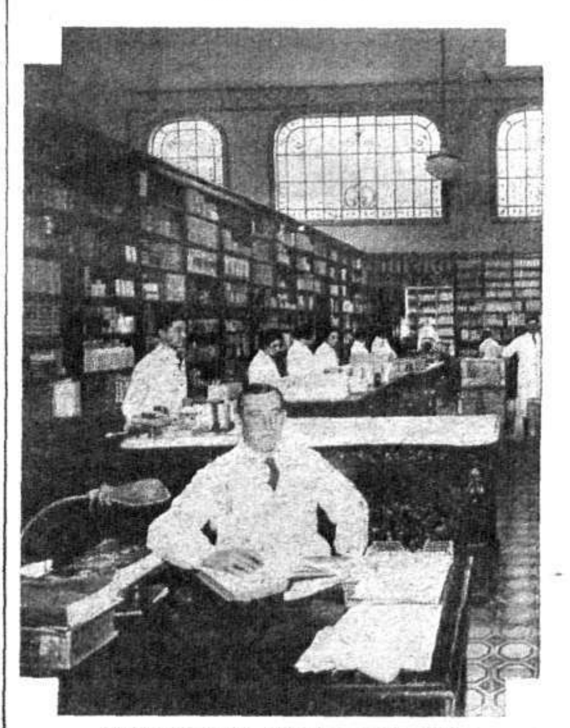
Localidad.. F. C....................

(Escríbase claro). C. y C.

Progresos de Rosario



La gran farmacia y droguería del Cóndor, recientemente inaugurada.



Espléndido salón depósito y expedición.



El laboratorio que cuenta con todos los modernos adelantos



ARGENTINA

Naciste a la Gloria
Entre las triunfales dianas de clarines,
Forjando tu historia
Con los heroísmos y con los martirios
De tus paladines.

Te duermes triunfal, voluptuosa,
Al pie de nevadas, enormes montañas!
Y besan tu rostro de diosa
Los vientos que pasan cantando canciones
Arrullan y velan tus siestas, [extrañas.
Con sus armonías,
Las brisas de todas tus frescas florestas,
Las brisas de todas tus selvas umbrías.
Se eleva sutil, melodiosa,
De tus imponentes dorados trigales,
Y de tus viñedos serranos y cañaverales,
Canción misteriosa.

Tu Pampa asemeja un mar de esmeralda
Que el sol tornasola, radiante,
De rosa y violeta, de grana y de gualda.
Tus Andes se yerguen como un centinela
Que escruta el Pacífico y la Pampa vela!
Y allá, el Aconcagua, de piedra sombrío gigante,
Levanta su frente de nieve brillante, —
Que nunca derriten los soles, —
Igual que si fuera el monarca de todas las moles,
Y tienen el cóndor y el sol, escondidos,
Entre los peñascos, sus nidos, que la tempestad
Azota con golpes salvajes y fieros!
A un tiempo regresan los dos a sus nidos,
Después de haber juntos cruzado, altaneros,
Los vastos espacios de la inmensidad!

¡Argentina! Hoy tu vida
Alienta en los surcos que te abre el arado,
Y vas del Progreso siguiendo la senda florida
Que alumbra con rayos de aurora tu heroico Pasado!
¡Pasado glorioso, Presente fecundo!
Ayer, te ofrecía la gloria laureles y hazañas,
Y Marte en tu frente dejaba su beso,
Y hoy Ceres te mima, y admírate el mundo;
Y Paz y Trabajo te brinda el Progreso!
Por todos tus triunfos, por todos tus lauros,
Por el juramento que a un pueblo hizo libre,
América aclame tu esfuerzo gigante.
¡Por todos los mártires y por tus centauros,
La voz de los siglos olímpica vibre
Por sobre los Andes, por sobre el Atlante!

EDUARDO R. ROSSI



Unicamente puede adquirirse en:

Casa LEONARD

ESMERALDA, 577 - Bs. Aires

Remítase un Catálogo LEONARD, a

Sr. ....

....

....

.......................*F. C.*.........

De San Martín



Concurrentes al baile realizado en los salones de la Sociedad Española, en honor de las familias de sus asociados.

PATRULLAS AÉREAS SOBRE LOS BOSQUES AMERICANOS

Para mejor conservar los bosques, se están organizando, en Norte América, patrullas provistas de aeroplanos y aparatos de radio. Se calcula en 20.000.000 de dólares las pérdidas anuales que se sufren en los bosques de aquel país a causa de incendios.

Después de triunfar en la guerra, la aviación está demostrando su eficiencia en la lucha terrible del hombre contra la eventualidad del incendio.

Ya han prestado servicios muy estimables algunas de las patrullas aéreas. En un año solo, la patrulla al servicio de los bosque de California señaló 442 fuegos.

Sus avisos oportunos sirvieron para impedir que los fuegos se propagaran y produjesen mayores pérdidas.

En el Estado de Oregón, sólo dos aeroplanos — uno de los cuales era piloteado por el célebre capitán Lowell Smith, quien recientemente batió el "récord" mundial — descubrieron 128 fuegos en nueve semanas.

Con el uso de aparatos radiográficos, mediante los cuales era fácil avisar a un número de personas considerable, los servicios de los observadores aéreos, han aumentado en gran manera su eficacia.

Otro de los beneficios de la nueva organización es que los cazadores, y, en general, todos los que tienen necesidad de acampar en los bosques, tienen gran cuidado de no dejar tras de sí hogueras encendidas, por miedo a ser observadas por dichas patrullas.

Sirlin Hnos Muebles

Ofertas Interesantes en Nuestros Grandes Almacenes de Muebles

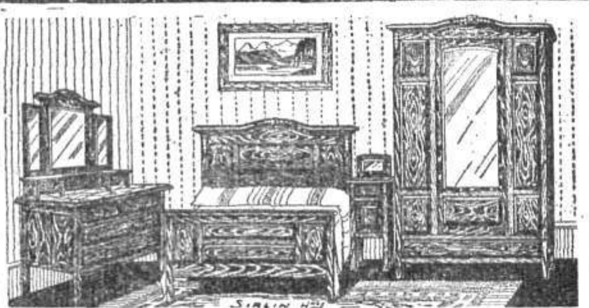
CORRIENTES 1172-80

BUENOS AIRES

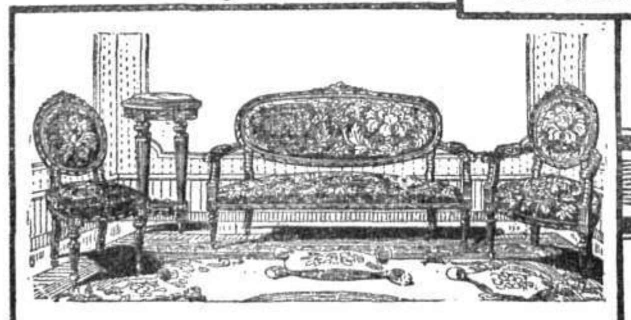
Mientras dure la reedificación total de nuestro edificio, única entrada por el 1180.

CATALOGOS:

General de Muebles, edición Nº. 9
Camas de Bronce, „ „ 4
Camas de Hierro, „ „ 2



DORMITORIO, construído en roble macizo, lunas bisceladas, mármoles de color, herrajes y aplicaciones de bronce; compuesto de 1 ropero 1 cama matrimonial con elástico «Patentado», 1 «toilette» cómoda y 1 mesa de luz a .... $ **290.-**



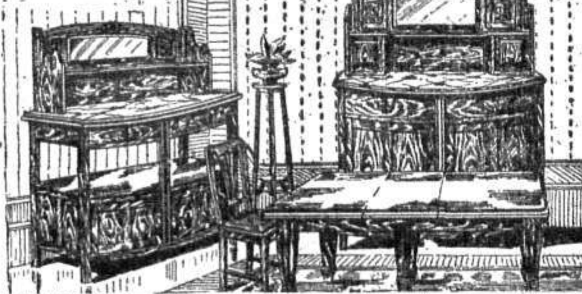
JUEGO DE SALA, dorado «Paris», armazón de nogal tallado, ovalado, tapizado en lampás de seda; compuesto de 1 sofá, 2 sillones y 6 sillas. El juego completo, rebajado a...... $ **320.-**



MUSIQUERO construído en madera «meple», tallado alto relieve, con artístico «panneau», óleo dorado «Paris», divisiones internas, a.................. $ **140.-**



CAMA DE BRONCE, modelo 50, electro dorado, colores inalterables elástico de hierro con estiradores; 2 plazas, metros 1.40, a $ 150; de 1 ½ plaza, metros 1.05, $ 125.—; de 1 plaza, metros 0.90, a.. $ **90.-**



COMEDOR construído en roble, forma bombée, compuesto de 1 aparador, 1 trinchante, 6 sillas reforzadas esterilla, 1 mesa con tabla repuesto, lunas bisceladas, mármoles de color. Completo $ 340.—. Aparador y trinchante .... $ **235.-**



JUEGO DE MIMBRE, modelo 1401, en color natural, reforzado, modelo de gran aceptación; compuesto de 1 sofá, 2 sillones, 2 sillas y 1 mesa. El juego completo de las 6 piezas, a.. $ **38.-**
El mismo juego substituyendo los sillones por 2 hamacas, a.. $ **44.-**



SILLA de Viena, importada, asientos y respaldos estampados, artículo muy reforzado. La media docena $ **40.-**



GUARDARROPA, modelo ideal, imitación roble, cedro, caoba, herrajes de bronce,....... $ **130.—**
El mismo en roble macizo, norteamericano, $ **180.—**

De Luján



Ex-alumnas de la Escuela Nacional de Maestras N.º 7 de la capital, que acompañadas por el Sr. director del Museo Histórico, visitaron todas las dependencias de esta institución.

ANÉCDOTA

Un día le llevaron a Mirabeau un libelo contra él y dijéronle los comisarios: — Os atacan inicuamente, defendeos — y Mirabeau exclamó: — Quienes me atacan los conozco; por eso no me defiendo, pues sería entrar en tratos y discusiones sobre mi dignidad con quienes no tienen ninguna y con los cuales no puede medir sus armas un hombre que vale, no digamos mucho, pero sí más que ellos.

Sigue ese ejemplo. Sé callado y paciente. No te bajes hasta la canalla porque encanallecerías. Quédate donde estás, que abajo gritan la calumnia, el odio, el despecho y la envidia, porque esos gritos en el viento se pierden y tú eres tú, firme en tu silencio digno, cuya elocuencia no entienden tus enemigos, pero que vale ante la gente que a ellos los conocen y a ti te aprecian.

Fíjate en lo que ellos valen socialmente y en lo que tú vales, y saca la cuenta. El odio que los devora es su propio castigo. No les hagas caso. No les dispenses el valor de tu atención, porque los infelices pueden creerse personas de verdad.

MARCEL PREVOST.

Una eximia concertista brasileña

ELSIE HOUSTON



La señorita Elsie Houston, cantante brasileña, se propone dar conciertos vocales en nuestras principales salas. La señorita Houston ha logrado en su patria, merced a sus exquisitas dotes de intérprete musical, un prestigio sólido y grande. La crítica brasileña se ha ocupado en diversas ocasiones de ella, señalando su temperamento delicado y sutil en la interpretación de trozos nacionales en la que ha llegado a adquirir una maestria incomparable. No cabe duda que nuestro público ha de saber valorar con justicia el renombre de la señorita Houston y ha de premiar su labor como se lo merece.


UNA MUJER NORTEAMERICANA SE HA HECHO UN TRAJE CON DOS MIL FALSOS BRILLANTES. ESTA BAILARINA DE AUSTRALIA CUBRE SUS HOMBROS CON DOCE MIL VIOLETAS (CREACIÓN DAL VERME, MILÁN).

LA MODA AL DIA

ENTRE PIELES

POR

LUZ Y SOMBRA

«Al voluptuoso gesto de la mujer que se envuelve en su tapado para pasar del teatro al automóvil, de su casa al te, sigue siempre el bonito exagerado *laissé-aller* del descote, impreciso, estudiado y *negligé*, diabólico (¡diablos, qué sensibilidad tienen estos creadores de la moda!) descote que pone el cutis en inmediato contacto con el forro del tapado.»

Así escribe, en su libro de la Moda el italiano señor Pergiovanni, haciéndonos justamente observar que de este modo tenemos la necesidad de una triple armonía: cabello, cutis y forro, mientras que la cuarta (las pieles) queda un poco lejos, y completa, con el cabello, el marco a todo el busto.

Por lo tanto, las de cabello rubio con tez blanca, o, por lo menos, clara, deben de elegir entre las pieles que van a continuación:

Astracán, *breitschwanz*, castor un poco obscuro, chinchilla obscura, karakul, *kolinsky*, *mufflón* azul, *opossum skungs*, *persianer*, *petit-gris* obscuro, mono, *skungs*, *sealskin*, *taupe* un poco obscruo, zorro negro u obscuro, cibelina obscura; con forros: plateado o azul, o *bleu* vivo, o azul claro, o negro, o violeta, según las tonalidades del cabello.

Ya se sabe que ciertas pieles de pelo largo, como el mono y el *skungs*, no se pueden usar más que para adornos de tapados de género. La piel de mono, para señoritas, conviene usarla con mucha discreción, ante todo porque «hace muy señora», y luego porque está un poco pasada de moda; dos argumentos colosales para la mujer. El *sealskin* para señoritas es mejor como adorno que para tapados enteros, y el zorro es preferible blanco, o por lo menos en tonalidades claras, para las jóvenes, y negro u obscuro para las otras (¡si todavía las hay!)

El *muflón*, no hay quien lo dude, no está indicado más que para nenas; el *breitschwanz* sienta a las señoras si es de color gris bien rasado, adornado con pieles negras o de tonalidad obscura, como el zorro, *sealskin*, karalkul y piel de mono.

El zorro sienta bien a las señoras, en cualquier tonalidad y en cualquier caso; también como símbolo...

Las mujeres morochas, las de cabello castaño obscuro (¿cómo iba a decir «las castañas?») pueden elegir entre: Castor claro, chinchilla, arminio, *martora*, marmota, *muflón*, *opossum* natural, oso, *petit- gris*, *taupe*, visón, zorro blanco; con forros: anaranjado, blanco, amarillo, marrón, avellana, oro, verde, colorado.

Las señoras de edad un poco avanzada harán bien limitándose al astracán, *breitschwanz*, *karakul*, *kolinsky*, *opssum*, oso, *persianer*, mono, *skungs*, *sealskin* y el zorro negro o Alaska.

El *breitchwanz*, que se usa más para adornos que para tapados, es muy bonito sobre géneros de seda pesados y sin brillo. En los tapados de esta piel se le añaden cuellos y puños de chincilla o de zorro. El astracán *persian* desposa las lanas de mucho cuerpo. La chinchilla es una piel muy delicada, tan sensible como un barómetro, pero el zorro negro natural es considerado la piel de más precio, siendo rarísima.

La piel de mono resalta mejor sobre géneros de seda brillosos, mientras que el *skungs* viene empleado por las casas de moda para adornar terciopelos *chiffon* para salidas de noche. El karakul ama el género de lana, así como el *lapin*, el *opossum* y el *persianer*; el visón, cibelina, *taupe* y *martora* prefieren las sedas brillosas.

En tema de adornos, el *sealskin* es un borde muy recomendable sobre géneros gris perla, sin brillo; el arminio es divino sobre el terciopelo, y asimismo el zorro plateado; el *breitschwanz* armoniza con casi todos los colores, siempre que se trate de seda pesada sin brillo, con excepción del lila pálido; *martora*, *petit-gris*, *taupe* y visón armonizan con el *bleu* obscuro, mientras que las lanas, sedas y el terciopelo color vino obscuro armonizan con casi todas las pieles.

Hay pieles que hacen parecer más gruesa la persona, y otras que hacen el efecto contrario. Las que (según úsase decir) «engordan», y por lo tanto, son recomendables a las siluetas excesivamente tipo inglés; son: astracán castor, chinchilla, karakul, *lapin*, marmota, *mufflón*, *opossum*, oso, *persianer*, *petit-gris* (tapado entero o adornos en sentido horizontal), *skungs*, *taupe*, zorro. «Adelgazan» las pieles siguientes: *breitschwanz*, arminio, *kolinsky*, *lapin rasé*, *martora* (en adornos colocados en sentido vertical, *petit-gris* (íd.), mono, *sealskin*, cibelina, *taupe* y visón (en sentido vertical). Todas las pieles ya citadas, además, y en cualquier sentido que estén colocadas, tienen la particularidad de adelgazar la cartera del hombre. Sin embargo hay que reconocer que la mujer «bien vale un dineral gastado en un regio tapado para tenderlo a su paso». Y después: «¡Pisa, morena; pisa con gracia!»

VNA VOZ DECIA...

En la noche, una voz decía:
Hombre, recoge las antenas
De tu espíritu, y óyete a ti mismo,
Penetra en tu propio abismo
Y el fondo del alma embellece
Con la luz que acrece
De tus penas.

No des al prójimo ningún desconsuelo,
Así te guarde por vano temor
La distancia que hay entre la tierra y el cielo,
O la mucho peor
Que existe desde su placer hasta tu dolor.

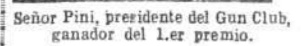
Si te sientes solo sabrás que eres fuerte,
Y entonces comparte el problema de tu esperanza
Con aquella diosa que jamás se alcanza
Y que a veces llega junto con la muerte.

Prodiga todo tu bien,
Regala todo tu oro,
Ofrece toda tu sabiduría,
Humildemente, sin mirar a quien...
El mundo en cambio te dará un tesoro
Que se llama la Melancolía.
En la noche, una voz decía...

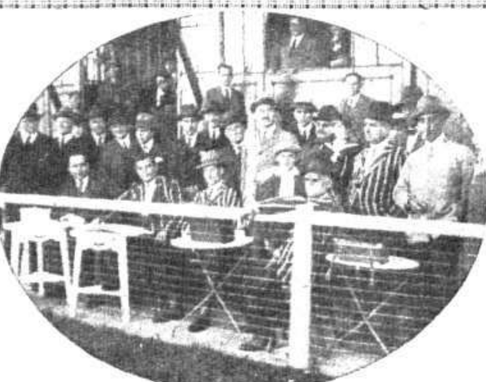


De Rivadavia





Señor Pini, presidente del Gun Club, ganador del 1.er premio.



En el Gun Club de tiro a la paloma fué disputado con gran entusiasmo el Premio Apertura, con el que se dió por inaugurada la temporada actual.



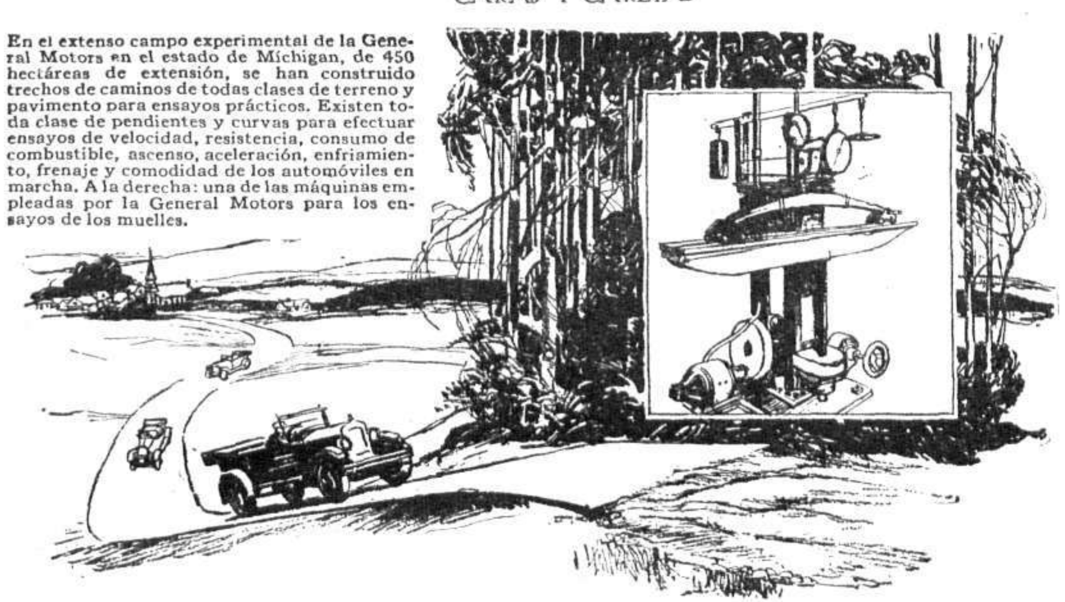
Señores Olivari, Ruiz y Campomar, ganadores del 2.°, 3.° y 4.° premio.

LOS CAMINOS DE UN CEMENTERIO

En estos escondidos rincones, último albergue de los ignorados campesinos hay una profunda calma; nadie turba su santo recogimiento; sin tener siquiera encima el peso de una losa, deben de dormir mejor y más sosegados.

Cuando logré abrir la carcomida puerta del pequeño cementerio que por casualidad había encontrado en mi camino, y éste se ofreció a mi vista, no pude menos de confirmarme en mis ideas. Es imposible ni aun concebir un silencio más agreste, más solitario y más triste, con una agradable tristeza que aquél. Nada habla allí de la muerte con ese lenguaje enfático y pomposo de los epitafios. Cuatro lienzos de tapia humilde, compuestos de arena amasada con piedrecillas de colores, y algunos sillares cubiertos de musgo en los ángulos, cercan un pedazo de tierra, en el cual la poderosa vegetación abandonada a sí misma, despliega sus silvestres galas con un lujo y una hermosura imponderables. Al pie de las tapias y por entre sus rendijas, crecen la hiedra y esas campanillas de color de rosa pálido que suben sosteniéndose en las asperezas del muro hasta trepar a los bardales de heno, por donde cruzan y se mecen como una flotante guirnalda de verdura. La espesa y fina hierba que cubre el terreno y marca con suave claroscuro todas sus ondulaciones, produce el efecto de un tapiz bordado de esas mil florecillas cuyos poéticos nombres ignora la ciencia, y sólo podrán decir las muchachas del lugar que en las tardes de mayo las cogen en el halda para engalanar el retablo de la Virgen.

Gustavo A. Bécquer.



En el extenso campo experimental de la General Motors en el estado de Míchigan, de 450 hectáreas de extensión, se han construido trechos de caminos de todas clases de terreno y pavimento para ensayos prácticos. Existen toda clase de pendientes y curvas para efectuar ensayos de velocidad, resistencia, consumo de combustible, ascenso, aceleración, enfriamiento, frenaje y comodidad de los automóviles en marcha. A la derecha: una de las máquinas empleadas por la General Motors para los ensayos de los muelles.

¿En qué consiste el valor de un automóvil?

5. Comodidad en la marcha

NO BASTA que un automóvil pueda llevarle a Ud. adonde quiere ir: es necesario que le lleve con comodidad.

Por eso la General Motors se esfuerza en hacer lo más cómodos posible los automóviles construidos por sus diversas fábricas.

Por ejemplo: Los técnicos de su gran laboratorio de investigación científica se ocupan constantemente en el estudio de los principios de los muelles de suspensión, presión de los neumáticos, posición de los asientos y otros factores que determinan la comodidad de la marcha y del manejo. También ha construido la General Motors para fines de ensayos trechos de toda clase de caminos imaginables.

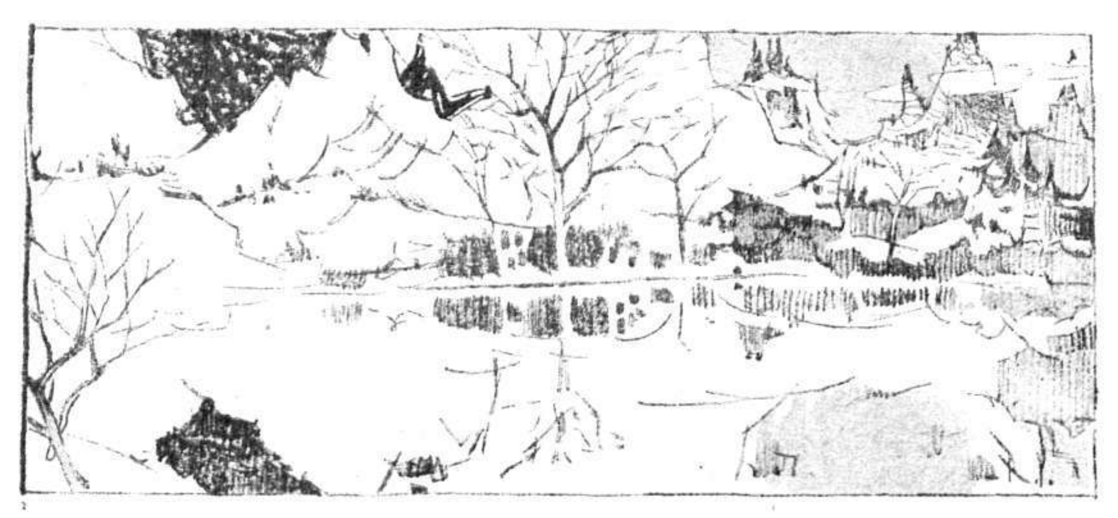
Los resultados obtenidos en pruebas y ensayos tan completos, transmitidos a las fábricas, contribuyen al perfeccionamiento de los automóviles, no sólo en lo que respecta a la marcha, sino también en otros sentidos que determinan el valor intrínseco de un automóvil.

Para más detalles relativos a la General Motors, dirigirse a General Motors Export Company, Calle Garay No. 1, Buenos Aires.

GENERAL MOTORS

BUICK CADILLAC CHEVROLET
OAKLAND OLDSMOBILE CAMIONES GMC

POEMAS DE CUYO



COPLAS AL TULUMAYA



¡Tulumaya, Tulumaya,
arroyo de mi querer,
hacia ti mi copla vaya
como un junco a florecer!

Hacia ti vuele mi canto
solitario y montaraz,
y en tu agua limpie su llanto
cual sus plumas la torcaz.

En esta noche tan pura,
como una estampa bendita,
noche de viva ternura
y de dulzura infinita;

hacia ti mi copla vaya
hecha roja luna llena,
¡lindo arroyo Tulumaya,
tan claro como mi pena!

Y bríndeme la fortuna
de dar a todo viajero,
en el puco de la luna
el alma de tu coplero.

FIESTA NOCTURNA

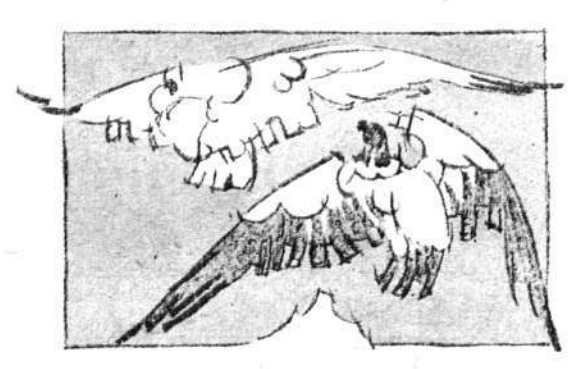


Sobre el valle brillan
las estrellas claras.

Y en el río verde
desnudas se bañan.

¡Oh fiesta de luces!
¡Oh el cielo y el agua!

Y en la noche pura,
musical y diáfana,
mi corazón niño
sobre una montaña
quema alegremente
luces de bengala,
para que lo vean
las estrellas claras.



VUELO DE AGUILAS

Vuelan dos grandes águilas
en la tarde serena.

Sobre las cumbres níveas,
graves revolotean.

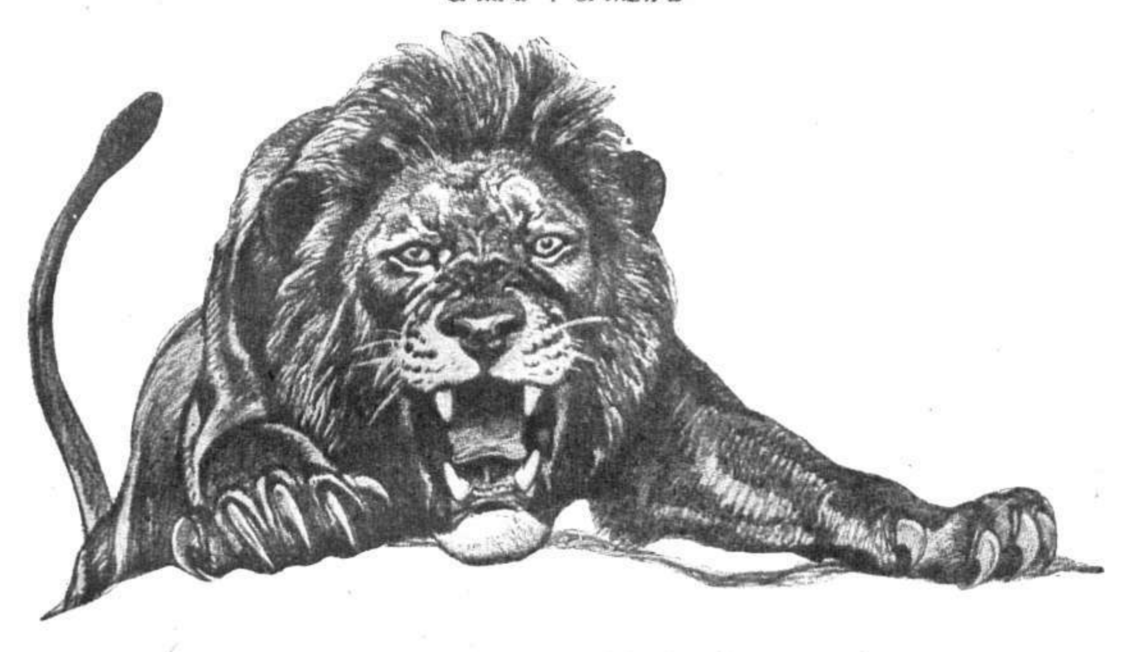
Recórtanse en los aires
sus curvas alas negras.

¡Ah, si pudiera irse
mi corazón con ellas!



ALFREDO R. BUFANO

DIBUJOS DE PARPAGNOLI



¡El león!

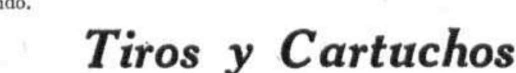
¡Ahí está! El rey de la selva, agazapado para saltar sobre la víctima..... Se siente un estremecimiento de terror y se queda uno hipnotizado por un instante, ante su furia majestuosa. Es el momento supremo de la caza, con sólo un arma y un tiro entre el hombre y la bestia carnicera. Momentos como éste, requieren un valor igual a la furia avasalladora de la fiera y municiones que sobrepujen su poder destructor.

La WESTERN CARTRIDGE COMPANY, siempre al frente en la fabricación de municiones, ha proporcionado al tirador productos de calidad exclusiva, que justifican la confianza en ellos depositada en el momento crítico, ora se trate de una perdiz o de una pantera.

Mejoras tan sobresalientes, como la Bala de Punta Abierta Expansiva y la famosa cubierta de metal Lubaloy, hacen que las municiones WESTERN, sean las preferidas por la mayoría de los cazadores de importancia, así como por todos los campeones de tiro al blanco.

Las mismas cualidades que han ganado para la WESTERN, la envidiable reputación que actualmente goza y han hecho que sea su marca la preferida de los grandes tiradores, serán igualmente beneficiosas para todo el que las use. Compre usted una caja de tiros o cartuchos para su revólver, rifle o escopeta y podrá comprobar por experiencia propia, el porqué la WESTERN tiene fama de fabricar las mejores municiones del mundo.







"Notables por su eficacia"

Western Cartridge Company

East Alton, Illinois.
Estados Unidos de Norte América.

Representante: E. DE LA VEGA
1265, Bmé. Mitre, 1265. - Buenos Aires.

La belleza de Sarmiento

SARMIENTO era decididamente feo, pero, quizá nunca se supo, ni se confesó feo; no obstante, estaba bien lejos de ser presumido. Vestía correctamente, y era hasta cuidadoso de su ropa, pero, sin ir mas allá. Acaso, como muchos hombres de talento, consideraba poco varoniles esas minucias de cuidarse el rostro, y la ropa.

Su carácter áspero, y su manera un poco violenta de replicar, lo ponían a cubierto de toda broma.

¿Quién se habría arriesgado a hacerle un chiste? Nadie, pues, muy culto como era, tenía fama, y no robada, de contestar con cierta acritud.

Los diarios y revistas de la época lo ponían y criticaban de todas formas y maneras, no habiéndosele podido descubrir más punto sensible que el acusarlo de loco; esto lo molestaba mucho, pero no tenía más remedio que soportarlo.

Un periodista, cuyo nombre no recoge la crónica, se dió empeñosamente en buscar qué podía decírsele a Sarmiento, que lo molestara más que el tildarlo de loco, y con ese entusiasmo que suele ponerse en las cosas fútiles, revolvió cielo y tierra. Inútil tarea; nadie sabía de qué podía acusarse o motejarse a Sarmiento, y cierta noche...

Celebrando un acontecimiento patrio el Club del Progreso ofrecía una gran recepción, a la que concurrió Sarmiento.

Acudió una selecta y numerosa concurrencia, resultando la recepción, realmente brillante.

A cierta hora se abrió el comedor, ofreciéndose la simbólica copa de champagne, que, si muchos la bebieron con mesura, muchos otros la bebieron continuadamente.....

Departía Sarmiento con varios amigos, cuando abriéndose paso un poco bruscamente, se llegó hasta él un señor que no parecía astemio; le hizo una reverencia muy profunda, y con lengua torpe le dijo:

—Señor Sarmiento..... es usted un hombre de genio. Yo tengo por usted una gran admiración. Creo que es el primer hombre de América. Las múltiples faces de su actividad y conocimientos; las bellas y profundas y útiles cosas que usted realiza...

Sarmiento se inclinó en un agradecimiento mudo.

—Sí, señor Sarmiento — siguió diciendo el apologista — usted es el más gran hombre de América... aunque su físico es una porquería...

Hubo un silencio molesto; todos esperaron un estallido de Sarmiento:

—¿Usted me entiende, verdad? — preguntó el apologista, con muy torpe lengua.

—¡A maravilla, señor, a maravilla! — exclamó Sarmiento. — Aunque la figura es un poco enérgica... — Y volviéndose al corro de amigos que aguardaban su enojo, dijo, festivamente. — Sí, lo he entendido bien a este señor, aún cuando su figura es un poco enérgica...

Al día siguiente el periodista de marras contaba el suceso, y cuentan que Sarmiento se fastidió mucho.



De Ramos Mejía



Corredores que tomaron parte en la carrera ciclista por el "Gran Premio Crítica", en el recorrido Liniers-Ramos Mejía-Morón-Bellavista-Ramos Mejía.

EL ALMA EN FLOR

Todo conjuga el verbo amar. Llegó la estación de las rosas; no estoy en disposición de hablar de otras cosas: estamos en el primer día de mayo. El amor alegre, ardiente y celoso, arranca suspiros a los bosques, a los nidos y a las flores; el árbol, en cuya corteza escribí unas palabras el otoño pasado, las repite por cuenta suya, creyendo que improvisa; la atmósfera embalsamada y suave parece que esté llena de las declaraciones que la llanura hace a la primavera y que el herbaje enamorado eleva al cielo sin nubes. A cada paso que da luz del día por el espacio azul, la campiña, admirada y complacida, prodiga sus aromas, y con la tibia brisa envía a los renuevos sus besos perfumados. En los ribazos, los estanques, las praderas, y hasta los mismos surcos, en todas partes fórmanse manchas de todos colores; y la naturaleza, esparciendo sus aromas, conserva las flores, como si sus suspiros y las dulces miradas que dirige al mes de mayo, que sonríe en las lascivas ramas, hubiesen dejado sus huellas en hojas de papel secante.

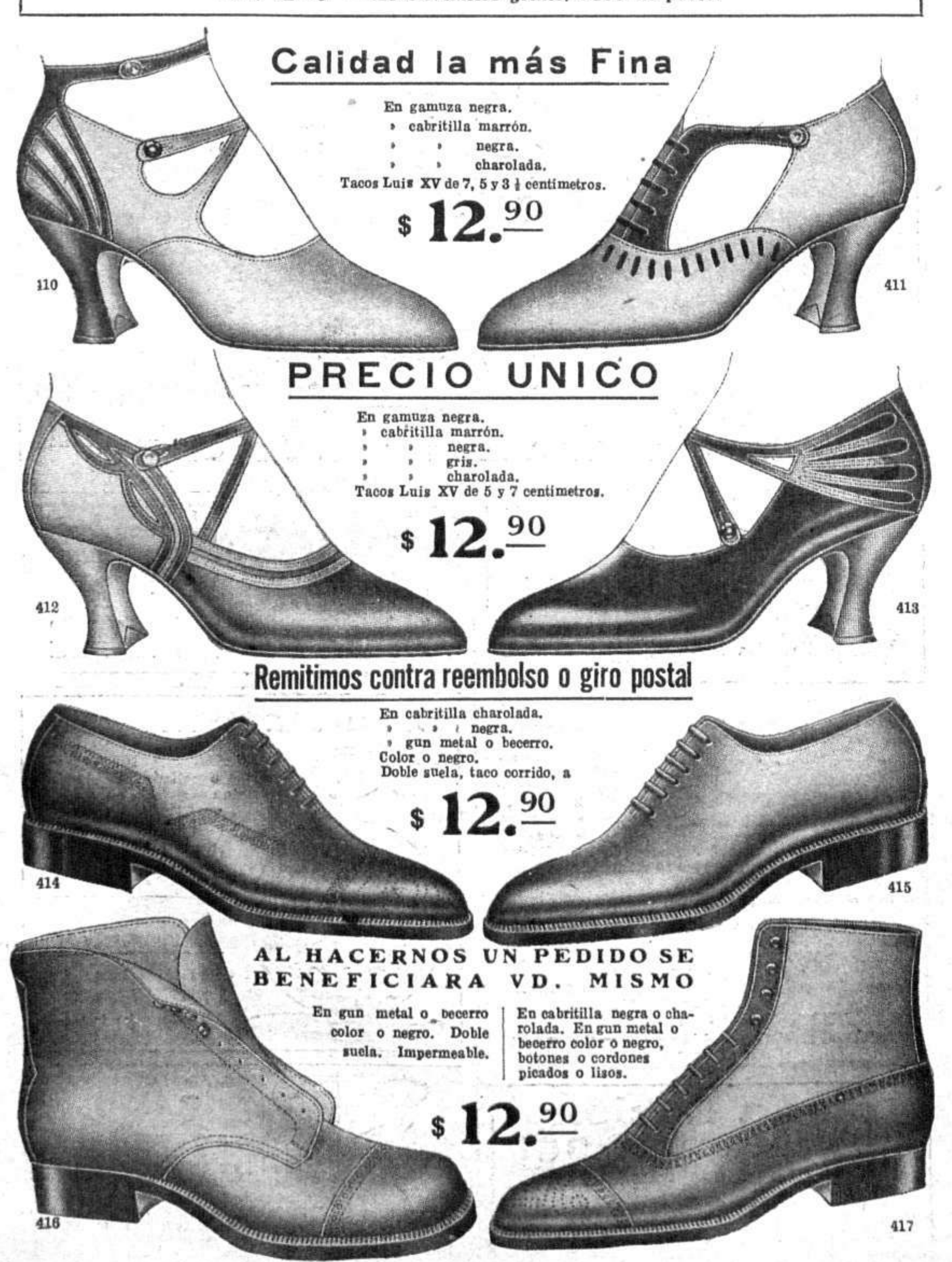
Los pájaros de los bosques, con ardiente voz, dirigen sus tríos y sus rondós a las hadas; toda la naturaleza parece que confía a la sombra un delicioso secreto; todo ama en ella y todo lo confiesa en voz baja; parece que en el Norte, en el Sur, en el Oriente y en el Poniente, la llanura florida, los arroyuelos murmuradores, los montes y las colinas, toda la naturaleza, en fin, repite una canción de amor a los cuatro vientos del globo.

VÍCTOR HUGO.

El Hogar

Bdo. de Irigoyen, 84.
Entre Avenida de Mayo y Victoria.

Solicite nuestro **NUEVO CATALOGO**, es el más importante del mundo; contiene 300 clases diferentes de calzados de la actual moda al único **PRECIO** de $ 12.90 — Lo enviamos gratis, libre de porte.



De Pigué

Público que asistió a la ceremonia realizada con motivo de la inauguración del monumento que perpetuará la memoria del fundador de la colonia francesa local, Sr. Clemente Cobanetes.

TERRITORIOS



VIEDMA (Río Negro). — El juez letrado, señor Luis J. Frías, presidiendo el banquete con que fuera obsequiado por un núcleo de amigos, celebrando un grato acontecimiento particular.



GENERAL PICO (Pampa). — El intendente, señor Torres, que renunció, concejales doctores Igal, Gaeta, Boles y demás funcionarios superiores de la comuna que terminaron su mandato, por lo cual la Municipalidad ha quedado acéfala.



Equipo del Club Independiente, que jugó un interesante "match" de "football" con el Club Nacional Sportivo de Quemú-Quemú empatando por el mínimo "score".



CHARATA (Chaco). — El almirante Bebuke, rodeado por un grupo de compatriotas que lo agasajó durante su estadía en esta localidad.



NEUQUEN. — Miembros que integra la comisión organizadora del último torneo atlético realizado en esta localidad.

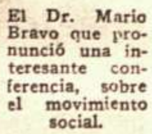


APOSTOLES (Misiones). — Señor Raúl S. Nociglia, estimado educacionista recientemente ascendido a visitador de escuelas del Territorio.

TUCUMAN



Aspecto de la manifestación obrera, realizada el 1ro. de Mayo.



El Dr. Mario Bravo que pronunció una interesante conferencia, sobre el movimiento social.



Banquete realizado por los miembros de la colectividad española, celebrando el 2 de Mayo.



El mayor Florencio Torres, presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por las autoridades del Aero Club Tucumán.



Aspecto del salón de la Sociedad Española, durante el baile realizado en conmemoración del 2 de Mayo.